

UN RESUMEN DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Elaborado por
Elena Erickson de Hollenbach

Traducido al español por
Federico Carrillo Luna
Saúl Cruz Ramos
José Antonio Santana Sepúlveda

revisión, marzo de 2016

© 2016 por el Instituto Lingüístico de Verano, A.C.
Derechos reservados conforme a la ley.

Introducción de la compiladora

Este resumen del Antiguo Testamento fue preparado al principio de los años setenta. En aquel entonces, la política del ILV fue traducir solamente el Nuevo Testamento, y el resumen suplió el trasfondo histórico del Antiguo Testamento necesario para comprender el Nuevo Testamento. Fue distribuido dentro del ILV, en inglés y en español, primero en versiones impresas, y después en una serie de versiones electrónicas. La presente versión incorpora cambios pequeños hechos en 2010, 2014 y 2016.

Mucho ha cambiado desde los años setenta, y ahora en ILV se permite traducir el Antiguo Testamento. Ya no hay tanta necesidad de tener un resumen. Sin embargo, estos materiales tienen varios usos. Preparar un resumen puede ser una parte de la capacitación de un nuevo traductor, y el contenido de un resumen está al nivel de un lector intermedio. Además, cuando solamente partes del Antiguo Testamento son traducidas, el resumen puede proveer transiciones.

Algunas versiones anteriores del resumen sugirieron maneras de dividir el resumen en libros pequeños, y también incluyeron varios índices. Este archivo presenta solamente las secciones en orden (más o menos cronológico) de la 1 a la 161, con la referencia a las porciones bíblicas que sirvieron como la fuente después del título de las secciones. Un resumen del período intertestamentario se presenta en las secciones de la 162 a la 166. El índice de todas las secciones se presenta al final.

Esta versión en español del resumen está disponible con marcadores SFM y puede ser instalado en Paratext como un proyecto. El proyecto se llama RdAT, y para el nombre del libro se usa XXA, colocado después del Apocalipsis.

Además hay un archivo de materiales suplementarios que incluye: una lista de porciones del Nuevo Testamento en que se mencionan los hechos del Antiguo Testamento, un índice de las porciones del Antiguo Testamento que se encuentran en este resumen, un Índice de las porciones del Nuevo Testamento en que se mencionan hechos del Antiguo Testamento, y un diccionario.

Elena Erickson de Hollenbach
Bonner Springs, Kansas, marzo de 2016

PRIMERA PARTE

En el principio: de la creación a la torre de Babel

1. Dios hace la Tierra y el cielo

(basado en Génesis 1.1–2.4)

Hace mucho tiempo no había nada. No había cerros ni ríos ni mares ni plantas ni animales ni gente. Tampoco había cielo. No existían el Sol, ni la Luna, ni las estrellas; pero Dios sí existía.

Dios decidió hacer la Tierra y el cielo, y así lo hizo. Al principio, la Tierra estaba vacía y oscura. Había agua en la superficie de la Tierra y el Espíritu de Dios se movía sobre ella.

El primer día

Dios dijo entonces que la luz debería brillar y la luz brilló; así fue cómo él hizo el día y la noche.

El segundo día

Después él hizo que una parte del agua subiera al cielo. Eso fue en el segundo día.

El tercer día

El tercer día Dios separó la tierra del mar, y dijo que crecieran plantas y árboles en la tierra. También dijo que cada planta y cada árbol debía producir semillas para que otros árboles y plantas de las misma clase pudieran crecer. Dios vio que lo que había hecho era muy bueno.

El cuarto día

El cuarto día Dios hizo el Sol, la Luna y las estrellas y los puso en el cielo para que señalaran el día y la noche, las estaciones y los años. Y Dios vio que lo que había hecho era muy bueno.

El quinto día

El quinto día Dios hizo todos los animales que viven en el agua, y también los pájaros. Entonces Dios vio que lo que había hecho era muy bueno y les dijo a los animales que viven en el agua y a los pájaros, que tuvieran muchas crías y que fueran a vivir por toda la Tierra.

El sexto día

El sexto día Dios hizo todos los animales que viven sobre la tierra. Hizo los reptiles, y los animales salvajes y domésticos que maman cuando nacen. El mismo día, Dios hizo también a la gente y le dio la responsabilidad de gobernar la Tierra y de gobernar también a todos los animales. Creó, pues, a un hombre y a una mujer.

Ellos eran semejantes a Dios como no lo era ningún animal. Dios les dijo que se acostaran juntos y tuvieran muchos hijos, y que sus hijos fueran a vivir por todos los lugares del mundo. También les dijo que podían usar las plantas como alimento. Dios vio que todo lo que había hecho era bueno.

El séptimo día

Al final del sexto día, Dios había acabado de hacer la Tierra, el cielo y todo lo que hay en ellos. Así que el séptimo día descansó y dijo que el séptimo día de la semana sería un día sagrado.

2. Dios hace al primer hombre y a la primera mujer *(basado en Génesis 2.5–25)*

Cuando Dios hizo al primer hombre de la tierra misma, sopló en su nariz y le dio vida. Entonces hizo un jardín muy bonito en un lugar llamado Edén, para que allí viviera el hombre. También le dio trabajo, diciéndole que debería cultivar y cuidar el jardín.

Le dijo que tenía permiso de comer fruta de todos los árboles del jardín, menos de uno. El árbol del cual Dios le dijo que no podía comer era el árbol que, al comer de su fruta, hace saber lo que es bueno y lo que es malo. Dios le dijo al hombre que si comía de la fruta de ese árbol moriría.

Dios hace a la mujer

Entonces Dios pensó que el hombre necesitaba alguien que lo acompañara y lo ayudara, y trajo a todos los animales a donde estaba el hombre para que les pusiera nombre a cada uno; pero ningún animal resultó ser la ayuda adecuada para el hombre. Por eso Dios hizo dormir al hombre, y le sacó una costilla y de ella formó una mujer. Al despertarse el hombre, Dios le presentó a la mujer. El hombre se puso feliz y dijo:

—¡Tú fuiste hecha de mi propio cuerpo! Te voy a llamar mujer, porque del hombre fuiste formada.

Desde entonces los hombres dejan a sus padres para casarse con su mujer, y los dos son como una sola persona.

En aquel entonces el hombre y la mujer andaban desnudos, pero no les daba vergüenza.

3. El primer hombre y la primera mujer desobedecen a Dios

(basado en Génesis 3)

El primer hombre y la primera mujer vivían en el lindo jardín que Dios había hecho. La culebra era muy astuta, más que todos los animales que Dios había hecho.

La culebra engaña a Eva

Un día la culebra se acercó a la mujer y le preguntó:

—¿Así que Dios les dijo que no comieran de la fruta del jardín?

La mujer contestó:

—Tenemos permiso de comer de la fruta de todos los árboles, menos de uno. Dios nos dijo que si comíamos de la fruta de ese árbol, o aun si la tocábamos, moriríamos.

La culebra, engañándola, le dijo:

—No morirán. Dios sabe que si ustedes comen de esa fruta, van a saber lo que es bueno y lo que es malo, y entonces serán como él.

Adán y Eva desobedecen a Dios

La mujer hizo caso de lo que la culebra le dijo y miró al árbol. Vio que la fruta era bonita, y pensó que sería una fruta muy sabrosa; además, le gustó la idea de ser igual a Dios. Así que, tomando una fruta de aquel árbol, se la comió. Luego le llevó de la misma fruta a su marido y él también comió.

Fue entonces cuando se dieron cuenta de que andaban desnudos, y se cubrieron con hojas de higuera.

Al atardecer, ya casi para meterse el Sol, el hombre y la mujer oyeron la voz de Dios en el jardín; como tenían miedo de encontrarse con él, se escondieron.

Dios le pregunta a Adán y Eva

Entonces Dios le preguntó al hombre:

—¿Dónde estás?

El hombre respondió:

—Oí tu voz y tuve miedo de ti porque estaba desnudo; por eso me escondí.

Dios le dijo entonces:

—Nadie te dijo que estabas desnudo. ¿Comiste de la fruta del árbol que te prohibí? Seguramente, porque si no hubieras comido, no te hubieras dado cuenta.

El hombre dijo entonces:

—La mujer que tú me diste me dio la fruta, y yo la comí.

Entonces Dios le preguntó a la mujer, qué era lo que había hecho, y ella respondió:

—La culebra me engañó, y por eso comí la fruta.

Dios los castiga

Entonces Dios les puso un castigo a la culebra, a la mujer y al hombre. A la culebra le dijo que desde ese momento iba a arrastrarse sobre su panza; su descendencia picaría el talón de la descendencia de la mujer, y la descendencia de la mujer aplastaría la cabeza de la descendencia de la culebra.

A la mujer le dijo que al dar a luz a sus hijos sentiría mucho dolor, y que su marido tendría autoridad sobre ella.

Al hombre le dijo que había hecho mal al escuchar a su mujer y al comer la fruta; y que desde ese día tendría que trabajar muy duro para conseguir su comida, porque crecerían muchos espinos y yerbas inútiles en la tierra. Le dijo

también que su cuerpo, que había sido hecho del polvo de la tierra, se haría viejo, moriría y volvería a ser polvo otra vez.

Entonces el hombre, llamado Adán, que quiere decir tierra, le puso a su esposa el nombre de Eva, que quiere decir vida, porque ella sería la madre de toda la gente que iba a nacer después.

Dios los saca del jardín

Dios hizo ropa de pieles de animales para Adán y Eva y los sacó del lindo jardín de Edén, porque no quería que ellos comieran de la fruta de un árbol que les haría vivir para siempre, el cual Dios había puesto en el jardín junto con los demás árboles. Entonces Dios envió del cielo unos querubines, a cuidar la entrada del jardín para que el hombre y la mujer no regresaran a comer de la fruta del árbol de la vida.

4. Adán y Eva tienen familia *(basado en Génesis 4–5)*

Nacen Caín y Abel

Adán se acostó con Eva, su esposa, y ella quedó encinta y tuvo un niño, y le pusieron por nombre Caín. Poco después, ella quedó encinta otra vez y tuvo otro hijo, y lo llamaron Abel.

Caín y Abel pelean

Al crecer Caín, se hizo campesino y Abel, pastor. Un día, los dos decidieron hacerle una ofrenda a Dios. Caín trajo frutas y semillas, y Abel mató algunos borregos; y se los ofrecieron a Dios. A Dios le agradó mucho la ofrenda de Abel, pero no la de Caín. Entonces Caín se enojó muchísimo.

Dios le dijo que no se debería enojar; y que si hacía lo bueno, también estaría contento con él. También le dijo que si no hacía lo bueno, tendría la tentación de hacer algo muy malo. Pero Caín no quiso hacerle caso.

Un día, Caín le dijo a Abel:

—Vamos a dar un paseo por el campo.

Ya cuando estaban en el campo, Caín mató a su hermano.

Dios castiga a Caín

A Dios no le gustó lo que Caín había hecho, y le preguntó:

—¿Dónde está tu hermano?

Caín, mintiendo, respondió:

—No sé, yo no lo ando cuidando.

Pero Dios le dijo:

—Has hecho algo muy malo. Sé que has matado a tu hermano. Por eso, desde ahora, vas a sufrir mucho; cuando cultives la tierra, vas a cosechar poco, y tendrás que irte lejos de aquí.

Caín le dijo a Dios que él no podría aguantar todo eso y además, que tenía miedo de que cualquiera que lo encontrara lo matara.

Por eso, Dios le puso una marca para que nadie lo matara. Entonces Caín se fue a vivir a un lugar lejano. Se casó y tuvo un hijo al que llamó Enoc; después construyó un pueblo para vivir en él. Enoc también tuvo un hijo y, con el tiempo, Caín tuvo muchos descendientes. Algunos de ellos fueron pastores, otros músicos y otros herreros.

Nace Set

Adán y Eva estaban muy tristes porque Abel había muerto; pero después tuvieron otro hijo y lo llamaron Set. Cuando creció, se casó y también tuvo un

hijo al que llamó Enós. Enós y su familia fueron los que comenzaron a orar a Dios.

Uno de los tataranietos de Enós fue Enoc. Enoc fue un hombre que siempre obedeció a Dios y por eso, Dios no lo dejó morir, sino que se lo llevó del mundo y nadie lo volvió a ver jamás.

El hijo mayor de Enoc se llamó Matusalén, y murió a los novecientos sesenta y nueve años. Uno de los nietos de Matusalén fue Noé.

5. Dios envía un diluvio para destruir el mundo

(basado en Génesis 6–9)

En aquel entonces, Dios vio que la gente que había en la Tierra estaba haciendo muchas cosas malas y que deseaba seguir las haciendo; él se arrepintió de haber hecho a la gente, y dijo que la iba a destruir, y también a los animales.

Sin embargo, un hombre llamado Noé era bueno y siempre obedecía a Dios. Noé tenía tres hijos, llamados Sem, Cam y Jafet.

Dios le manda a Noé construir un barco

Un día Dios le dijo a Noé:

—He visto bien claro que la gente de la Tierra es muy mala; por eso voy a destruirla. Quiero que hagas un barco de madera y que lo cubras con brea. Hazlo muy grande, con una puerta y con techo, y con cuartos adentro, porque voy a enviar un diluvio que destruirá a toda la gente y a los animales.

'Pero contigo haré un trato; tú y tu familia se deben meter al barco, y meter también algunos animales de cada clase: los animales de cuatro patas, los animales que se arrastran y los pájaros. Metan siete parejas de la clase de animales que son adecuados para hacerme ofrendas, y una pareja de todas las demás clases.

'Metan, también, comida para ustedes y para los animales; estarán seguros dentro del barco y no serán destruidos por el diluvio.

Noé hizo todo lo que Dios le había dicho que hiciera.

El diluvio viene

Cuando terminó de hacer el barco, Dios le dijo que se metiera con su familia y con los animales. Y Noé, su esposa, sus tres hijos y sus tres nueras entraron al barco, junto con todos los animales. Después, Dios cerró la puerta del barco. Noé tenía, en aquella época, seiscientos años de edad.

Entonces Dios envió la lluvia; estuvo lloviendo muy recio durante cuarenta días, día y noche. Además, el agua brotaba de la tierra. Había tanta agua que cubrió toda la tierra seca, y el barco comenzó a flotar sobre el agua. El agua cubrió hasta los cerros. Toda la gente que vivía en la Tierra murió, y también murieron los animales de cuatro patas, los animales que se arrastran y los pájaros. Sólo Noé, su familia y los animales que estaban en el barco se salvaron.

Después de algunos meses, Dios hizo que el agua empezara a bajar. El barco quedó detenido sobre el cerro Ararat y el agua bajó un poco más. Noé abrió una ventana del barco y soltó un cuervo para ver si el agua ya había bajado, pero el cuervo no regresó.

Entonces soltó a una paloma, pero la paloma regresó porque todavía había agua sobre la tierra. A la siguiente semana, envió otra vez a la paloma y la paloma regresó con una hojita de olivo en su pico. Una semana más tarde envió a la paloma por tercera vez y la paloma ya no regresó.

Así se dio cuenta Noé de que la tierra ya estaba seca. Entonces abrió la puerta y se asomó, pero se quedó en el barco otras semanas más.

La familia de Noé sale del barco

Al fin, cuando Noé ya había estado en el barco por más de un año, Dios le dijo que saliera con su familia y con los animales. Dios les dijo que se deberían acostar cada uno con su mujer, tener hijos y volver a poblar la Tierra.

Así que salieron del barco y Noé construyó un altar de piedras. Entonces tomó de los animales y pájaros adecuados para una ofrenda, y los mató y quemó

su carne sobre el altar como una ofrenda a Dios. A Dios le gustó mucho la ofrenda de Noé y prometió que, mientras la Tierra existiera, nunca volvería a destruir a toda la gente por medio de un diluvio, aunque fuera muy mala.

Dios le dijo a Noé que desde entonces los animales le tendrían miedo a la gente. Ahora la gente podía comer carne de animales, siempre y cuando no se comieran la sangre del animal.

Dios también dijo que si un hombre o un animal mataba a otro hombre, debían darle muerte como castigo por haberlo hecho.

Además, Dios le prometió a Noé y a sus descendientes que no volvería a destruir la Tierra ni a los animales por medio de un diluvio. Entonces él puso el arco iris en el cielo como señal de que era verdad lo que decía.

6. Dios hace que la gente hable diferentes idiomas

(basado en Génesis 11.1–9)

En aquel tiempo toda la gente hablaba el mismo idioma. Al ir poblando la Tierra se quedaron a vivir en un lugar llamado Sinar, y decidieron construir una torre tan alta que llegara hasta el cielo. Hicieron eso porque querían ser famosos y porque no querían estar regados por toda la Tierra y separados de los demás.

A Dios no le gustó lo que ellos estaban haciendo; así que hizo hablar a unos en un idioma y a otros en otro, y ya no pudieron entenderse el uno al otro. Así fue cómo los regó por toda la Tierra. El lugar donde habían empezado a construir la torre se llamó Babel.

SEGUNDA PARTE

Dios escoge a una familia: historias de Abraham e Isaac

7. Dios llama a Abram para que lo sirva

(basado en Génesis 11.10–12.20)

Entre los descendientes de Sem, hijo de Noé, había un hombre llamado Taré. Este hombre tuvo tres hijos: Abram, Nacor y Harán. Todos vivían en la ciudad de Ur. Harán tuvo un hijo y lo llamó Lot. Tiempo después Harán murió.

Entonces Taré se llevó a Abram y a Lot y salieron de Ur para ir a vivir a la región llamada Canaán, pero sólo llegaron hasta la ciudad de Harán y allí decidieron quedarse a vivir; allí murió Taré. Abram estaba casado con una mujer llamada Sarai; pero ella no había podido tener hijos.

Dios le manda a Abram ir a Canaán

Mientras Abrám y su familia estaban en la ciudad de Harán, Dios le dijo a Abram:

—Deja a tu familia y tu tierra y vete a la región que te voy a mostrar. Allí tendrás muchos descendientes y te haré mucho bien; también haré mucho bien a la gente que te trate bien, pero haré sufrir a la gente que te trate mal. Además, por medio de tus descendientes, haré mucho bien a toda la gente del mundo.

Abram obedeció a Dios y salió de Harán. Tenía en aquel entonces setenta y cinco años de edad. Se llevó a su esposa Sarai, a su sobrino Lot, a sus sirvientes y todas sus cosas. Saliendo de Harán, se dirigieron hacia Canaán.

Abram llega a Canaán

Cuando llegaron a Canaán, encontraron viviendo allí a los cananeos, los cuales eran descendientes de Cam, hijo de Noé. Abram llegó al pueblo llamado Siquem.

En ese lugar Dios le dijo a Abram:

—Les voy a dar esta región a tus descendientes.

Allí Abram construyó un altar para Dios, y luego continuó su viaje hacia la región cerca de Betel; allí construyó otro altar. Después Abram siguió viajando hacia un lugar llamado El Neguev; pero como en ese tiempo había hambre, se fue a Egipto hasta que hubo comida otra vez. Entonces regresó a vivir a El Neguev.

8. Abram y Lot se separan

(basado en Génesis 13)

Abram era un hombre muy rico y también lo era su sobrino Lot. Los dos tenían dinero en monedas de plata y oro y rebaños muy grandes. Cuando regresaron a los alrededores del pueblo de Betel en donde Abram había construido un altar para Dios, los sirvientes de Abram y los de Lot empezaron a pelearse, porque no había suficiente lugar para que pastaran todos los animales de los dos.

Entonces Abram le dijo a su sobrino:

—No está bien que nos peleemos, porque somos parientes cercanos. Ésta es una región muy grande; mejor vamos a separarnos y vamos a vivir, cada uno, en lugares distintos. Puedes escoger irte a donde más te guste.

Lot vio que el llano cerca del río Jordán tenía mucha agua y que era muy buen terreno para sembrar; así que escogió vivir en ese lugar y puso sus tiendas de campaña cerca de la ciudad de Sodoma. La gente de Sodoma era muy mala; no tomaba en cuenta a Dios. Abram siguió viviendo en Canaán, pero no en la misma parte que Lot.

Dios le promete todo Canaán a Abram

Después de que se separaron Abram y Lot, Dios le habló a Abram y le dijo:

—Mira a tu alrededor. Toda esta región se la voy a dar a tus descendientes. Tú tendrás tantos descendientes que nadie será capaz de contar

cuántos son. No tengas miedo de andar por esta tierra porque toda ella va a ser tuya.

Después de esto, Abram fue al pueblo de Hebrón y allí le construyó otro altar para adorar a Dios.

9. Abram rescata a Lot

(basado en Génesis 14)

Los reyes vencen a Lot

En una ocasión, cinco reyes, entre los cuales estaban los reyes de las ciudades de Sodoma y Gomorra, se pelearon contra Quedorlaomer, que era el rey del territorio de Elam, y otros tres reyes.

Pero Quedorlaomer y los que estaban de su parte, ganaron la guerra. Así que se llevaron todo el ganado de la gente de Sodoma y Gomorra, y todas sus cosas. Como Lot, el sobrino de Abram, vivía en Sodoma, se lo llevaron también a él y a sus familiares y a todo su ganado.

Abram rescata a Lot

Pero un hombre se pudo escapar, y fue y le dijo a Abram todo lo que había pasado; entonces Abram juntó a sus sirvientes y fueron a perseguir a Quedorlaomer y a sus compañeros.

Al encontrarlos, los atacaron y los vencieron. Abram salvó así a toda la gente y a todo el ganado que ellos habían capturado; rescató también a Lot, a su familia y a su ganado. Además, tomó muchas de las cosas de Quedorlaomer y de los que estaban con él. Luego se fueron de regreso a su casa.

Abram y Melquisedec se encuentran

En ese tiempo vivía un hombre llamado Melquisedec, nombre que quiere decir rey de justicia. Él reinaba sobre el pueblo de Salem, que quiere decir paz.

También era un sacerdote que trabajaba para Dios. Cuando Abram regresaba de la batalla, Melquisedec le salió al encuentro en el camino, llevándole pan y vino.

Y Melquisedec le dijo:

—El Dios que hizo la Tierra y el cielo te hará mucho bien. Yo le doy gracias a él porque te ha ayudado a ganar esta batalla contra tus enemigos.

Entonces Abram le dio a Melquisedec la décima parte de todo lo que le había quitado a Quedorlaomer y a los que estaban de parte de éste.

Abram no quiere recibir los despojos

El rey de Sodoma estaba muy contento por haber sido rescatado de sus enemigos, y le dijo a Abram:

—Sólo devuélveme a mi gente y te puedes quedar con todas nuestras cosas, junto con todo lo que le quitaste a Quedorlaomer y a los que estaban de su parte.

Pero Abram le contestó:

—No voy a quedarme con ninguna de sus cosas, pues no quiero que después digan que por ustedes me hice rico. Solamente aceptaré la comida que mis sirvientes se han comido, y puedes darles alguna recompensa a los jóvenes amorreos que me ayudaron.

10. Dios le promete un hijo a Abram

(basado en Génesis 15)

Un día Dios le dijo a Abram:

—Voy a hacer algo maravilloso por ti.

Abram le respondió:

—No creo que me sirva de nada, pues no tengo hijos, y cuando muera, el que se va a quedar con todo lo que tengo es alguno de mis criados.

Pero Dios le contestó:

—No será así. Tú vas a tener tu propio hijo y tendrás tantos descendientes como el número de estrellas que hay en el cielo.

Abram creyó lo que Dios le había dicho y a Dios le dio mucho gusto, y como Abram creía en él, Dios lo consideró un buen hombre. Le dijo también a Abram:

—No te olvides que yo soy Dios, y que yo te saqué de la ciudad de Ur y te traje a esta región para dártela.

Dios dice que los descendientes de Abram van a vivir en otro país

Entonces Abram le preguntó a Dios cómo podría estar de veras seguro de que le iba a dar esa región.

Dios le dijo que trajera algunos animales, que los matara y que se los ofreciera. Abram hizo lo que Dios le había dicho, y entonces Dios se le apareció en una visión y le dijo que en un tiempo futuro sus descendientes irían a un país en donde vivirían como esclavos y serían maltratados durante cuatrocientos años. Pero él iba a castigar a la gente de ese país, y los descendientes de Abram iban a salir de allí muy ricos.

Todo eso iba a pasar después de que Abram muriera. También le dijo que los bisnietos de los primeros que llegaran a aquel país, iban a volver a Canaán, y entonces él castigaría a los amorreos que vivieran en Canaán y les daría la región a los descendientes de Abram.

11. Nace Ismael, hijo de Abram

(basado en Génesis 16)

Como Sarai, la esposa de Abram, no tenía hijos, le dijo a Abram que se acostara con su esclava Agar para que pudiera tener un hijo. Abram así lo hizo, y Agar quedó encinta.

Entonces Agar comenzó a despreciar a Sarai; pero Sarai la trataba tan mal que Agar huyó. Así que Dios envió un ángel a ayudarla. El ángel la encontró junto a un pozo y le dijo que regresara a donde estaba Sarai. El ángel también le dijo que daría a luz a un niño y lo llamarían Ismael.

Agar se regresó y, tiempo después, dio a luz a Ismael. Para entonces Abram tenía ochenta y seis años de edad.

12. Dios hace un trato con Abram

(basado en Génesis 17.1–18.15)

Dios le manda a Abram circuncidar a los varones

Cuando Abram tenía ya noventa y nueve años de edad, Dios le volvió a hablar. Le dijo:

—Obedéceme siempre y no hagas nada malo, y yo haré un trato contigo. Ésta es la parte que a mí me toca cumplir del trato: te daré muchos descendientes, y cambiaré tu nombre Abram, que quiere decir padre importante, por Abraham, que quiere decir padre de muchas naciones.

'Yo seré el que ayude a todos tus descendientes y el que les dé Canaán, que será suya para siempre. Pero tú y tus descendientes también tendrán que cumplir la parte que les toca del trato: tendrás que circuncidar a todos los varones nacidos en tu familia, y también a los esclavos que compres; hazlo a la semana de nacidos.

'También voy a cambiar el nombre de tu mujer Sarai por el de Sara, y voy a hacer algo muy bueno para ella. Ella dará a luz a tu hijo, y será la madre de mucha gente y de muchos gobernantes.

Abraham no cree las palabras de Dios

Al oír Abraham esto, se rió porque pensó que era imposible que un hombre tuviera un hijo a los cien años o una mujer dar a luz a los noventa, y le dijo a Dios:

—Toma a mi hijo Ismael para que realices tu promesa por medio de él.

Pero Dios le contestó:

—No. A Ismael yo me ocuparé de cuidarlo y haré que tenga muchos descendientes, pero hablo en serio cuando te digo que les voy a dar un hijo a ti y a Sara. Nacerá dentro de un año y le debes poner por nombre Isaac; voy a hacer con él y con sus descendientes el mismo trato que he hecho contigo.

Luego de decir esto, Dios se fue de allí.

Abraham circuncida a los varones

Abraham, por su parte, obedeció la orden de Dios y circuncidó a todos los hombres que vivían en su casa: a su hijo Ismael, a todos sus sirvientes que habían nacido en su casa y a todos los esclavos, e incluso a sí mismo.

Dios le promete un hijo a Sara

Poco después, Abraham estaba sentado junto a la puerta de su tienda de campaña cuando vio a tres hombres parados cerca de allí; fue a su encuentro y les ofreció algo de comer. Como ellos aceptaron, Abraham le dijo a Sara que hiciera pan, y a un sirviente que preparara algo de carne.

Mientras estaban comiendo, ellos preguntaron por Sara, y él les dijo que ella estaba dentro de la tienda. Entonces uno de los visitantes, que era Dios mismo en forma de hombre, le dijo que volvería el próximo año y que para entonces Sara tendría un hijo.

Sara oyó lo que él había dicho, y se rió, porque pensó que ya era demasiado vieja para tener un hijo. Pero Dios le dijo a Abraham que Sara no tenía

por qué reírse, porque no había ninguna cosa tan difícil que Dios no la pudiera hacer. Volvió, pues, a decirle que regresaría el próximo año y que Sara tendría un hijo para entonces.

Como Sara estaba asustada, le dijo que no se había reído, pero Dios le contestó:

—Sí, te reíste.

13. Dios destruye las ciudades de Sodoma y Gomorra

(basado en Génesis 18.16–19.38)

Abraham camina con sus visitas

Los tres hombres que habían visitado a Abraham salieron de su tienda de campaña y tomaron el camino hacia la ciudad de Sodoma, y Abraham fue con ellos un tramo del camino. Entonces uno de ellos, que era Dios en forma de hombre, pensó.

"No le ocultaré a Abraham lo que voy a hacer, pues él va a ser el padre de toda mi gente. Lo he escogido y cuidado para que pueda enseñarle a su familia a ofrecerme culto y a hacer lo bueno y justo."

Así que Dios le dijo a Abraham que antes de destruir a Sodoma y Gomorra, iba a ver si la gente que vivía allí era de veras tan mala como él había oído.

Abraham le ruega a Dios por los habitantes de Sodoma

Los dos hombres que acompañaron a Dios, y que en realidad eran ángeles, se fueron hacia Sodoma. Entonces Dios y Abraham se quedaron solos y Abraham le preguntó a Dios:

—Si hay cincuenta hombres buenos viviendo en Sodoma, ¿destruirás la ciudad? No sería justo matar a los hombres buenos junto con los malos. Tú eres el que juzga a todo el mundo y yo sé que solamente haces lo que es justo.

Dios le contestó que no destruiría a Sodoma si había cincuenta hombres buenos en ella.

Entonces Abraham, tomando más confianza, le preguntó a Dios si destruiría a Sodoma si había en ella cuarenta y cinco hombres buenos, y Dios le contestó que no.

Entonces Abraham le preguntó si destruiría aquella ciudad si había en ella cuarenta hombres buenos, y Dios le contestó que no destruiría a Sodoma si había en ella cuarenta hombres buenos. Después le preguntó si la destruiría si había treinta hombres buenos, y Dios le contestó que no.

Siguió rogándole a Dios por la gente de Sodoma y le preguntó si destruiría la ciudad si había en ella veinte hombres buenos, y Dios le contestó que no. Por fin le preguntó si la destruiría si había solamente diez hombres buenos, y Dios le contestó que no.

Habiendo dicho esto, Dios se fue de allí y Abraham regresó a su tienda.

Dios rescata a Lot

Los dos ángeles llegaron a Sodoma al atardecer y encontraron a Lot sentado junto a la puerta del muro que rodeaba a la ciudad. Al verlos, Lot fue a su encuentro y los invitó a pasar la noche en su casa; y ellos se fueron con él.

Al terminar de cenar, antes de que se acostaran, todos los hombres de Sodoma se reunieron alrededor de la casa de Lot. Entonces le dijeron a Lot que sacara a sus dos invitados para que pudieran tener relaciones sexuales con ellos.

Lot trató de convencerlos de que no hicieran eso y hasta llegó a decirles que tomaran a sus dos hijas solteras en lugar de sus invitados. Pero los hombres de Sodoma no lo querían escuchar y se enojaron con él. Habrían derribado la puerta si los ángeles no hubieran metido a Lot, cerrado la puerta y cegado a aquellos hombres de tal manera que no pudieran encontrar la puerta.

Entonces los ángeles le dijeron a Lot que, junto con toda su familia, abandonara Sodoma antes de que ellos la destruyeran completamente. Así que aquella misma noche, Lot salió a hablar con los hombres que se iban a casar con sus dos hijas; pero ellos no creyeron que Dios iba a destruir Sodoma y le dijeron que no irían con él.

Al amanecer, los ángeles trataron de que Lot, su esposa y sus dos hijas se dieran prisa en salir de Sodoma; pero como ellos se tardaban mucho, tomaron de la mano a Lot y lo sacaron de la ciudad junto con su familia. Entonces le dijeron que corriera hacia los cerros y no mirara hacia atrás porque Dios iba a destruir todo aquel valle, incluyendo a las ciudades que había allí.

Dios destruye Sodoma y Gomorra

Lot tenía mucho miedo y les rogó que les permitieran irse a un pueblecito llamado Zoar en ese mismo valle. Los ángeles le dijeron que estaba bien, pero que se apurara. Se echaron a caminar hacia Zoar, pero la mujer de Lot miró hacia atrás y se convirtió en estatua de sal.

Lot y sus dos hijas llegaron a Zoar cuando empezaba a amanecer y entonces Dios echó fuego y azufre sobre Sodoma, Gomorra y todas las otras ciudades del valle, menos sobre Zoar. Toda la gente que vivía allí murió y todas las cosechas se echaron a perder. Pero Dios había rescatado a Lot porque era el sobrino de Abraham, y Dios apreciaba mucho a Abraham.

A la siguiente mañana, Abraham salió y miró hacia el valle, y vio que todavía subía humo del valle.

Tiempo después, Lot se fue a vivir a una cueva en un cerro. Sus hijas tenían miedo de ya no casarse, y de que así se acabara la familia de su padre. Por eso, un día lo emborracharon y la mayor se acostó con él. Al día siguiente lo emborracharon otra vez, y la menor se acostó con él. Así que las dos quedaron encinta. La mayor tuvo un hijo llamado Moab, que es el antepasado de los moabitas, y la menor tuvo un hijo llamado Ben-ammi, que es el antepasado de los amonitas.

14. Nace Isaac, hijo de Abraham

(basado en Génesis 21)

Dios cumplió lo que le había prometido a Sara y ella quedó encinta y dio a luz a un niño. Lo llamaron Isaac, y cuando tenía ocho días de nacido, Abraham cumplió su trato con Dios y lo circuncidó.

Para ese entonces, Abraham ya tenía cien años de edad, y él y Sara eran muy felices porque ya tenían un hijo.

Cuando Isaac fue destetado, Abraham hizo una gran fiesta. Durante la fiesta Sara vio que Ismael se estaba burlando del pequeño Isaac. Se enojó muchísimo y le dijo a Abraham que corriera a Ismael y a su madre Agar, que era su propia esclava, porque no quería que su hijo compartiera su herencia con Ismael.

Abraham se sentía muy infeliz porque también amaba a Ismael, pero Dios le dijo que estaba bien que los sacara de su casa, porque tanto Ismael como Isaac tendrían muchos descendientes. Entonces Abraham despidió a Agar y a Ismael, y Dios los cuidó.

15. Dios prueba la obediencia de Abraham

(basado en Génesis 22)

Dios le manda a Abraham matar a su hijo

Un día, cuando Isaac ya era un poco más grande, Dios puso a prueba a Abraham para ver si realmente creía lo que él le decía y si de veras estaba dispuesto a obedecerle. Le ordenó que tomara a su hijo Isaac y se fuera a un cerro llamado Moríah y allí le ofreciera al niño, de la misma manera que la gente mataba a los animales cuando se los ofrecía a Dios. Como Abraham quería obedecer a Dios, viajaron tres días para llegar a Moríah.

Ya casi llegando a aquel lugar, Isaac le dijo a Abraham:

—Papá. Hemos traído la leña y la lumbre, pero ¿dónde está el borrego para ofrecerle a Dios?

Y Abraham le respondió:

—Dios nos va a dar la ofrenda, hijito.

Dios provee un borrego

Al llegar a aquel cerro, Abraham construyó un altar de piedras y preparó la leña para la lumbre. Después amarró a Isaac y lo acostó sobre la leña y levantó su cuchillo.

Entonces Dios le habló:

—Abraham.

Y Abraham respondió:

—Aquí estoy.

Dios le dijo:

—No mates a tu hijo. Ya me has demostrado que realmente quieres obedecerme, porque estabas dispuesto aun a darme a tu único hijo.

Abraham miró para arriba y vio un borrego atorado en un espino. Lo agarró y lo mató como ofrenda a Dios.

Entonces Dios le volvió a hablar y le dijo:

—Porque estuviste dispuesto aun a matar a tu hijo para obedecerme, yo haré que te vaya muy bien. Tendrás tantos descendientes como el número de estrellas que hay en el cielo o como la arena de la playa. Ellos vencerán siempre a sus enemigos, y a través de tus descendientes toda la gente del mundo será bendecida. Todo esto sucederá porque tú me obedeciste.

Poco después, Abraham se fue a vivir a Beerseba.

**16. Muere Sara, la esposa de Abraham,
y su hijo Isaac se casa con Rebeca**
(basado en Génesis 23–24)

Muere Sara

Tiempo después, Abraham y toda su gente se fueron a vivir a Hebrón, y allí murió Sara. Tenía ciento veintisiete años de edad cuando murió y Abraham, lleno de tristeza, le guardó luto. Como necesitaba un lugar donde enterrarla, fue a ver a los heteos que vivían en aquel lugar, y le compró una cueva a un hombre llamado Efrón por cuatrocientas monedas de plata. Aquella cueva era llamada la cueva de Macpela.

Abraham le manda a su sirviente ir a Harán

Después de que Sara murió, Abraham quiso encontrar esposa para su hijo Isaac; pero como no quería que su hijo se casara con una mujer cananea, envió a su sirviente de más confianza a la casa de sus parientes en la ciudad de Harán para que le encontrara esposa a su hijo. Antes de enviarlo, le hizo prometer al sirviente que buscaría una esposa para Isaac y que no permitiría que Isaac fuera allá para vivir con la familia de la novia.

El sirviente va a Harán

El sirviente tomó diez camellos, los cargó con regalos y se fue a Harán donde vivía Nacor, el hermano de Abraham. Al atardecer llegó a un pozo que estaba en las orillas del pueblo. Como los camellos tenían necesidad de tomar agua, los hizo arrodillarse. A esa misma hora, las muchachas de Harán estaban llegando al pozo para sacar agua; así que el sirviente oró a Dios, diciendo:

—Tú eres el Dios que mi patrón Abraham adora; te pido que hagas que me vaya bien al hacer lo que mi patrón me encargó. Estoy cerca del pozo y las mujeres ya comienzan a venir por agua; por favor, permite que la muchacha escogida para ser la esposa de Isaac, sea aquella que se ofrezca a darles de beber a los camellos cuando yo le pida un poco de agua para beber. Así sabré que de veras estás ayudando a mi patrón.

Rebeca ayuda al sirviente de Abraham

Todavía estaba orando, cuando vio a una muchacha muy bonita venir por agua. Después de que ella había llenado su cántaro, el sirviente de Abraham se le acercó y le pidió que le diera un poco de agua. Ella le dio el agua que le pedía y le ofreció darles también a sus camellos. Cuando los camellos terminaron de beber, él le puso dos pulseras en los brazos y un anillo en la nariz a la muchacha, y le preguntó quién era su padre y si sería posible que pasara la noche en su casa.

Ella le dijo que era hija de Betuel, el hijo de Nacor, y que en su casa habría comida para los camellos y lugar donde él pudiera pasar la noche.

Entonces el sirviente le dio gracias a Dios porque lo había guiado hasta la casa de los parientes de Abraham, y así había ayudado a su patrón.

La muchacha, que se llamaba Rebeca, corrió a su casa y le contó a su familia lo que había pasado. Labán, su hermano, rápidamente salió a darle la bienvenida al sirviente de Abraham; lo llevó a su casa y lo acomodó en ella.

El sirviente arregla con la familia de Rebeca

Después le sirvió de cenar, pero él les dijo que no comería hasta que les hubiera dicho por qué estaba allí. Así que les explicó que era sirviente de Abraham y que Abraham lo había mandado a buscar esposa para su hijo Isaac. Les contó también lo que le había pedido a Dios en su oración y cómo Rebeca había llegado al pozo y les había dado agua a él y a sus camellos. Entonces les preguntó si dejarían que Rebeca fuera con él a casarse con Isaac.

Betuel, el padre de Rebeca, y Labán, su hermano, se dieron cuenta de que Dios había planeado de antemano que Rebeca fuera la esposa de Isaac y le contestaron que sí. El sirviente de Abraham le dio entonces a la familia de Rebeca regalos muy caros, y después de cenar juntos, se fueron a dormir.

Isaac se casa con Rebeca

A la mañana siguiente, el sirviente de Abraham les preguntó si se podría ir con Rebeca de una vez. Los familiares le contestaron que les gustaría que se quedaran más tiempo; pero como él se quería ir y Rebeca también estaba de acuerdo, salieron esa misma mañana hacia donde vivía Isaac. Cuando llegaron, Isaac hizo a Rebeca su esposa y la amó mucho.

17. Muere Abraham

(basado en Génesis 25.1–18)

Tiempo después de que Sara murió, Abraham se volvió a casar y su esposa tuvo seis hijos. Sin embargo, Isaac fue el que tomó el lugar de su padre y el que recibió la mayor parte de la herencia cuando Abraham murió. Abraham murió a la edad de ciento setenta y cinco años y sus hijos Isaac e Ismael lo enterraron junto a su esposa Sara en la cueva de Macpela.

Para entonces Ismael tenía ya varios hijos y se había quedado a vivir en una región al este de Canaán. Pero Dios seguía haciendo que le fuera bien a Isaac.

TERCERA PARTE

La familia escogida abunda: historias de Jacob y José

18. Jacob, hijo de Isaac, engaña a Esaú, su hermano gemelo

(basado en Génesis 25.19–28.22)

Nacen Esaú y Jacob

Isaac y Rebeca llevaban veinte años de casados sin tener familia; por eso Isaac oró a Dios por su esposa y le pidió que les diera hijos. Dios respondió a su oración y Rebeca quedó encinta. Como ella sentía más movimiento en su vientre de lo que debía ser, le preguntó a Dios por qué y Dios le contestó que era porque iba a tener gemelos. Le dijo que cada uno sería fundador de un grupo distinto de gente, pero que el más joven de los dos sería el más poderoso.

Tal como se le había dicho, ella tuvo gemelos. El que nació primero era de piel colorada y velludo, y lo llamaron Esaú. El otro nació inmediatamente después, pero venía agarrado del talón de Esaú, y le pusieron por nombre Jacob.

Cuando crecieron, Esaú llegó a ser un buen cazador, pero a Jacob siempre le gustó más quedarse en casa. Esaú era favorito de Isaac, porque le gustaba mucho comer de la carne que Esaú le traía cuando iba de cacería; pero Jacob era el favorito de Rebeca.

Esaú le vende su derecho de hijo mayor a Jacob

Un día Jacob se quedó en su casa como acostumbraba hacer y preparó un caldo. Cuando Esaú regresó de cacería, venía muy cansado y le pidió a Jacob que le diera algo del caldo; pero Jacob le dijo que compartiría su caldo sólo si aceptaba darle a cambio el derecho de ser el hijo mayor de la familia. Esaú ni siquiera pensó que fuera importante tener los derechos del hijo mayor; así que le dijo que estaba bien, y Jacob le dio pan y caldo.

Dios bendice a Isaac

Por aquella época hubo una gran hambre en esa región; Dios se le apareció a Isaac y le ordenó que no fuera a Egipto. Le dijo:

—Estaré contigo y haré que te vaya bien. Cumpliré la promesa que le hice a Abraham y les daré toda la región de Canaán a tus descendientes. Tendrás tantos descendientes como las estrellas que hay en el cielo. Haré todo esto porque Abraham siempre me obedeció.

Dios de veras hizo que le fuera bien a Isaac. Isaac se hizo un hombre muy rico, con mucho ganado y muchos sirvientes.

Cuando Esaú cumplió cuarenta años, se casó con dos mujeres. Pero Isaac y Rebeca no estaban contentos, porque las mujeres eran heteas.

Isaac quiere bendecir a Esaú

El tiempo pasó, y como Isaac ya estaba muy viejo y se había quedado ciego, pensó que pronto se iba a morir; así que decidió darle la bendición a su hijo mayor, pues era la costumbre que tenían. Llamó a su hijo Esaú y le dijo que fuera a cazar algún animal, que guisara su carne y que se la trajera para que comiera, y así él pudiera darle su bendición.

Jacob engaña a su padre

Rebeca había escuchado toda la plática y en cuanto Esaú salió de cacería, llamó a Jacob y le dijo que trajera dos chivitos. Así lo hizo, y Rebeca, su madre, guisó la carne como le gustaba a Isaac.

Entonces Rebeca vistió a Jacob con las ropas de Esaú y le puso las pieles de los chivos sobre sus brazos y sobre su cuello para que pareciera estar tan velludo como Esaú. Luego, le dio la comida que ella había preparado y le dijo que se la llevara a su padre, y de este modo su padre lo bendeciría a él en lugar de Esaú.

Entonces Jacob fue a donde estaba su padre y le hizo creer que era Esaú. Isaac creyó que era Esaú, a causa de las pieles de chivo y de las ropas, aunque

pensó que la voz era la de Jacob. Le pidió a Dios que le diera a su hijo buenas cosechas y que le hiciera llegar a mandar sobre mucha gente.

Hasta le pidió que Jacob mandara sobre sus hermanos y que le fuera bien a todo aquel que tratara bien a Jacob, pero que dejara que le fuera mal a todo aquel que le tratara mal.

Esaú queda sin bendición

Isaac acababa de bendecir a Jacob cuando llegó Esaú con la carne del animal que había cazado y le pidió que lo bendijera. Al darse cuenta Isaac de que había bendecido a Jacob en lugar de Esaú, se sintió muy angustiado, pero ya no podía hacer nada.

Entonces Esaú le rogó a su padre que lo bendijera también; así que Isaac le dijo que viviría lejos de terrenos fértiles y que sería un hombre de pelea. Le dijo también que Jacob lo mandaría, pero que un día se rebelaría contra él.

Jacob huye de Esaú

Esaú estaba enojadísimo contra Jacob porque le había quitado la bendición que le tocaba, y empezó a planear cómo matarlo en cuanto muriera Isaac, su padre. Pero Rebeca se dio cuenta y pensó que sería mejor hacer que Jacob se fuera de allí. Le dijo a Jacob que era mejor que se fuera a vivir con su tío Labán por un tiempo, hasta que se le pasara el enojo a Esaú.

Después, fue con Isaac y le dijo que no quería que Jacob se casara con una mujer hetea. Entonces Isaac llamó a Jacob y le dijo que se fuera a la casa de la familia de su madre y que allí buscara esposa; y él se fue.

En el camino, una noche Jacob soñó una escalera que subía desde la tierra hasta el cielo y por ella subían y bajaban ángeles.

Entonces Dios se le apareció y le dijo:

—Yo soy el Dios de Abraham e Isaac. Voy a darles la región de Canaán a tus descendientes, y tú tendrás muchos descendientes. Yo cuidaré de ti y te traeré de regreso a tu casa sin que te pase nada.

Cuando Jacob se despertó, se dio cuenta que Dios realmente había estado en aquel lugar; por eso lo llamó Betel, que quiere decir casa de Dios.

Entonces le prometió a Dios que si lo cuidaba de veras y lo traía de regreso a su casa sin que le pasara nada, él lo iba a adorar y le iba a dar la décima parte de todo lo que llegara a tener.

19. Jacob vive en la casa de su tío Labán y se casa con Lea y Raquel

(basado en Génesis 29–33; 35–36)

Jacob se casa con Lea y Raquel

Jacob llegó a la casa de Labán, que estaba en la ciudad de Harán, y se quedó a vivir con su tío durante un mes, ayudándolo en el trabajo. Labán tenía dos hijas, Lea y Raquel. Lea era la mayor, pero no era muy bonita; mientras que Raquel, la menor, era muy bonita.

Después de un mes, Labán le ofreció a Jacob pagarle por su trabajo y le preguntó qué deseaba como pago. Jacob le dijo que trabajaría siete años para él si le daba a Raquel por esposa. Labán aceptó y Jacob trabajó los siete años.

Entonces Labán hizo una gran fiesta para celebrar la boda, pero engañó a Jacob. Esa noche le dio a Lea en lugar de darle a Raquel; pero Jacob no se dio cuenta de esto hasta la mañana siguiente, después de haber pasado la noche con Lea.

Por la mañana Jacob le reclamó a Labán, pero él dijo que no estaba bien que Raquel se casara antes que Lea, su hermana mayor. Entonces Labán le prometió a Jacob que le daría por esposa a Raquel si trabajaba otros siete años. Jacob se casó también con Raquel, y Labán le dio a cada una de sus hijas una esclava cuando se casaron. La esclava de Lea se llamaba Zilpa y la de Raquel, Bilha.

Los hijos de Jacob

Como era de esperarse, Jacob amaba más a Raquel que a Lea, pero Dios se compadeció de Lea y le dio cuatro hijos. El primero fue Rubén, el segundo Simeón, el tercero Leví y el cuarto Judá.

Entonces Raquel, que no tenía hijos, se puso celosa de Lea y le pidió a Jacob que se acostara con su esclava Bilha. Así lo hizo Jacob, y Bilha quedó encinta y tuvo un hijo. Raquel lo llamó Dan. Bilha tuvo otro hijo y Raquel lo llamó Neftalí.

Después de que nació Judá, su cuarto hijo, Lea no tuvo más hijos por un tiempo; por eso le pidió a Jacob que se acostara con su esclava Zilpa. Zilpa quedó encinta y tuvo un hijo que se llamó Gad y después tuvo otro que se llamó Aser. Después de eso, Lea tuvo dos hijos más, Isacar y Zabulón, y una niña a la que le puso Dina.

Finalmente, después de todo ese tiempo, Dios contestó las oraciones de Raquel y ella quedó encinta y tuvo un hijo al que llamó José.

Jacob y su familia regresan a Canaán

Después del nacimiento de José, Jacob quiso volver a su tierra para ver a sus parientes. Él y Labán platicaron sobre qué debería recibir por su trabajo y aunque llegaron a un acuerdo, Labán seguía engañando a Jacob. Sin embargo, Dios protegía a Jacob y lo hizo más rico que Labán.

Un día Dios le dijo a Jacob que se fuera a su tierra inmediatamente; así que Jacob le pidió a su familia que se reuniera con él en el campo donde estaba cuidando su ganado. Cuando todos llegaron, los montó en camellos y partieron sin siquiera despedirse de Labán.

Raquel, antes de salir, se había robado las pequeñas imágenes que Labán adoraba, y no le había dicho nada de esto a Jacob.

Cuando Labán se dio cuenta de que Jacob se había ido y notó que le faltaban sus imágenes, se enojó muchísimo y salió a perseguir a Jacob. Los alcanzó, pero no encontró sus imágenes porque Raquel estaba sentada sobre ellas.

Entonces Labán y Jacob acordaron vivir en paz. Así que Labán volvió a su casa y Jacob continuó su camino hacia Canaán.

Jacob aún tenía miedo de su hermano Esaú; así que, ya casi para llegar, dividió a sus sirvientes y a su ganado en dos partes y le pidió a Dios que lo ayudara. Luego escogió un gran número de chivos, borregos, camellos, vacas y burros de entre sus propios animales como regalo para Esaú y los envió adelante. Él pensó que con los regalos se ganaría la buena voluntad de Esaú.

Esa noche envió a sus esposas e hijos adelante, pero él se quedó atrás.

Jacob lucha con Dios

Durante la noche un hombre vino y luchó con él, pero aquel hombre no pudo vencer a Jacob. Cuando comenzaba a amanecer, el hombre le pidió a Jacob que lo dejara irse, pero Jacob le dijo que no lo dejaría ir hasta que lo bendijera.

Entonces el hombre le dijo a Jacob que le cambiaría el nombre de Jacob por el de Israel porque había luchado contra Dios y contra hombre, y había ganado.

Jacob entonces le preguntó su nombre, pero él no quiso decírselo. Sin embargo, bendijo a Jacob. Entonces Jacob se dio cuenta de que había luchado contra Dios, quien se le había aparecido en forma de hombre.

Jacob y Esaú se encuentran

Jacob se levantó y siguió su camino. Vio a Esaú que venía hacia él con cuatrocientos hombres. Jacob dejó a sus esposas y sus hijos hacia atrás, se acercó a Esaú y se hincó delante de él. Esaú corrió a encontrar a su hermano. Los dos se alegraron de verse de nuevo y se abrazaron. Luego Jacob le presentó a Esaú a sus esposas y a sus hijos, y le ofreció los animales que le había separado para regalarle, y él los aceptó. Así que al despedirse, ya habían hecho las paces.

Entonces Jacob se fue a vivir a un pueblo llamado Sucot y compró un terreno en el pueblo llamado Siquem por cien monedas de plata.

Más tarde Dios le ordenó a Jacob que se fuera a vivir al pueblo llamado Betel y allí le construyera un altar. Antes de salir, Jacob les pidió a todos los que vivían en su casa que destruyeran todas las imágenes que tenían. Así que ellos se las entregaron a Jacob y él las enterró. Luego salieron para Betel, que era el lugar donde Dios le había hablado en un sueño a Jacob cuando él iba huyendo de Esaú; y Jacob construyó allí un altar para Dios.

Al irse de Betel, como Raquel estaba encinta, el niño nació en el viaje; pero ella murió en el parto. Jacob llamó al niño Benjamín, y enterró a Raquel a un lado del camino. Después Jacob volvió a Hebrón y encontró a su padre Isaac que todavía vivía allí. Poco tiempo después Isaac murió, y Jacob y Esaú lo enterraron.

Esaú se fue a vivir a una región montañosa llamada Seir, porque no había suficiente lugar en Canaán para todo el ganado de Jacob y Esaú. Esaú tuvo muchos descendientes.

20. José, hijo de Jacob, es llevado a Egipto y llega a ser un hombre muy importante *(basado en Génesis 37; 39–41)*

Jacob se quedó a vivir en Canaán. José era su hijo favorito, y por esa razón sus hermanos lo odiaban. José soñó varias veces que llegaría a ser muy importante, y eso hizo que sus hermanos lo odieran aun más.

Un día Jacob mandó a José al campo a donde sus otros hijos cuidaban el ganado, para que viera cómo les iba. Cuando José se acercó, sus hermanos lo vieron venir y dijeron:

—Ahí viene el que tiene esos sueños de grandeza. Vamos a matarlo y a arrojarlo en un hoyo. Podemos decirle a nuestro padre que un animal salvaje lo mató.

Pero Rubén, el mayor, dijo que no lo mataran; así que solamente le quitaron su túnica y lo echaron en un hoyo. Al poco rato unos comerciantes que iban a Egipto pasaron por allí. Cuando Judá los vio, tuvo la idea de venderles a José como esclavo y les dijo a sus otros hermanos:

—No ganamos nada matando a José; es mejor que se lo vendamos a estos comerciantes.

Todos dijeron que sí, y vendieron a José por veinte monedas de plata.

Mientras tanto, Rubén, que no estaba presente cuando esto sucedió, fue a buscar a José al hoyo donde lo habían echado, pero no lo encontró y se puso muy afligido. Entonces los demás hermanos tomaron la túnica de José y la mojaron con la sangre de un chivo.

Luego fueron con su padre y se la mostraron. Jacob la reconoció inmediatamente y pensó que un animal salvaje había matado a José. Estaba seguro de que José había muerto y, con mucha tristeza, le guardó luto. Todos sus hijos trataron de consolarlo, pero él siguió muy triste.

José va a Egipto

Cuando los comerciantes llegaron a Egipto, vendieron a José a un hombre llamado Potifar, un soldado de la guardia personal del rey de Egipto. Aunque José era un esclavo, Dios estaba con él y lo ayudaba a hacer bien su trabajo. Potifar se dio cuenta de que Dios estaba ayudando a José y lo hizo jefe de los sirvientes de toda su casa. Dios seguía ayudando a José, y todo iba bien en la casa de Potifar.

José y la esposa de Potifar

Un día la esposa de Potifar notó que José era muy guapo y lo invitó a acostarse con ella. José le dijo que no, y le contestó que no sería justo portarse de esa manera con su amo y que también sería un pecado contra Dios.

Pero ella le siguió insistiendo. Un día, cuando estaban solamente los dos en la casa, ella lo agarró de su túnica y le insistió mucho. José no quería hacer nada malo y, dejando su túnica en manos de la mujer, se fue corriendo.

Entonces la esposa de Potifar se enojó con José, inventó el cuento de que él había querido acostarse con ella y se lo contó a los otros sirvientes. Cuando Potifar regresó a su casa, también a él se lo contó. Potifar creyó todo lo que le dijo su esposa; se enojó mucho con José y mandó que lo metieran a la cárcel.

Sin embargo, aun en la cárcel Dios siguió ayudando a José, tanto que impresionó mucho al jefe de la cárcel y éste lo puso a cargo de los demás presos.

José y los sirvientes del faraón

Un día el faraón, o sea el rey de Egipto, se enojó con dos de sus sirvientes y los metió a la misma cárcel donde José estaba como encargado. Uno de estos sirvientes era el panadero del faraón y el otro era el que le servía vino.

Una noche los dos sirvientes soñaron algo que no entendieron y Dios le ayudó a José a interpretarles el significado de sus sueños. Al hombre que le servía el vino al faraón, le dijo que lo sacarían de la cárcel y que volvería a su trabajo; mientras que al panadero, le dijo que el faraón ordenaría que lo mataran. Y todo sucedió así.

José le había pedido al hombre que servía el vino que le hablara al faraón a favor de él, pues había sido encarcelado por una falsa acusación. Pero este hombre se olvidó de José por casi dos años.

Dios le hace soñar al faraón

El faraón soñó que siete vacas flacas se comían a siete vacas gordas, y también que siete espigas de trigo marchitas se comían a siete espigas hermosas y maduras.

Por la mañana, él llamó a todos los magos y adivinos de Egipto para que le dijeran el significado de sus sueños, pero ninguno pudo decírselo. Entonces el sirviente que le servía vino se acordó de José y le contó al faraón cómo José les había dicho el significado de sus sueños a él y al panadero.

El faraón mandó traer a José y le contó sus sueños.

José le dijo:

—Sus dos sueños quieren decir lo mismo. Dios le ha mostrado a usted lo que va a pasar: las siete vacas gordas y las siete espigas de trigo hermosas y maduras representan siete años de buenas cosechas y abundancia, y las siete vacas flacas y las siete espigas marchitas de trigo representan siete años de malas

cosechas y hambre. Primero habrá siete años de buenas cosechas y abundancia, y luego siete años de malas cosechas. Como ha soñado esto dos veces, significa que sin duda va a suceder.

'Ahora, lo que usted debe hacer es buscar un buen gobernador que se encargue de recoger la quinta parte de las cosechas que se levanten en años de abundancia. Ese trigo deberá ser guardado en sus graneros para alimentar a la gente de Egipto durante los años malos.

José llega a ser gobernador de Egipto

El faraón creyó que era buena idea y nombró a José gobernador. De esa manera, José llegó a ser el segundo en autoridad en Egipto. Además, el faraón le dio por esposa a una muchacha de Egipto y lo trató muy bien. José tenía entonces treinta años.

Siguió su propio plan e hizo recoger el trigo que sobraba; había tanto que no podía ni medirse. Durante estos siete años la esposa de José tuvo dos hijos. José llamó al primero Manasés y al segundo Efraín.

Luego vino el hambre a Egipto y también a las regiones cercanas. Pero Egipto era el único que tenía alimentos guardados. Así que mucha gente de todas partes vino a Egipto a comprarles trigo.

21. José se reúne con su familia

(basado en Génesis 42–45)

Los hermanos de José van a Egipto

Para entonces, Jacob vivía todavía en Canaán con todos sus hijos, los hermanos de José. Cuando el hambre llegó a esa región, Jacob envió a sus diez hijos mayores a Egipto a comprar alimentos.

Al llegar, fueron a comprarle trigo a José. Aunque ellos no lo reconocieron, él sí los reconoció, y les habló duramente. Los acusó de ser espías. Y a pesar de que ellos dijeron que no lo eran, y le hablaron a José acerca de su

familia, él les dijo que no les creería hasta que su otro hermano, Benjamín, viniera también.

Entonces metió a Simeón a la cárcel y dejó ir a los demás. Les dio el trigo que querían, y el dinero que le habían pagado lo puso con el trigo en los costales que ellos habían traído. Después, ellos regresaron a Canaán.

Los hermanos de José van a Egipto otra vez

Cuando se les terminó el trigo, Jacob quiso enviarlos otra vez a Egipto a comprar más; pero no quería dejar ir a Benjamín porque creía que él era el único hijo de Raquel que todavía le quedaba. Sus demás hijos insistieron en que no podían volver a Egipto sin Benjamín.

Finalmente, cuando Judá prometió hacerse responsable de Benjamín, Jacob lo dejó ir. Les mandó pagar por el trigo que habían traído la primera vez y les dio más dinero para comprar más trigo, y algunos regalos especiales para el hombre que les había hablado tan duramente. Pues él no sabía que era su hijo José.

Entonces, todos los hijos de Jacob volvieron a Egipto otra vez. Cuando José los vio, les ordenó a sus sirvientes que les prepararan una comida. Trajo a Simeón, y los sentó a todos a la mesa, en el orden en que ellos habían nacido, del mayor al menor. Ellos estaban muy asombrados, pues no se imaginaban cómo sabía sus edades.

Benjamín y la copa de José

Al terminar de comer, José le ordenó a uno de sus sirvientes que pusiera otra vez en sus costales el dinero que habían pagado por el trigo y que pusiera la copa que él usaba para beber en el costal de Benjamín, y el sirviente así lo hizo.

Luego, tan pronto como ellos salieron, José envió a su sirviente a que los alcanzara y los acusara de haberse robado la copa. Los hermanos estaban seguros que no se la habían robado; por eso se pusieron de acuerdo con el sirviente que quien tuviera la copa en su costal se haría esclavo de José. Y por supuesto, encontraron la copa en el costal de Benjamín.

Ellos se pusieron muy afligidos porque Jacob no había querido desde un principio que Benjamín fuera a Egipto. Así que todos regresaron a la casa de José. José los regañó y les insistió en que Benjamín debía ser su esclavo, y que los demás podían regresar a su casa.

Entonces Judá le rogó a José que dejara ir a Benjamín. Le explicó lo importante que era para su padre que su hermano regresara con ellos, y hasta se ofreció a quedarse como esclavo en lugar de Benjamín para evitarle más sufrimientos a su padre.

José les dice a sus hermanos quién es

Cuando José oyó lo que le decía Judá, se emocionó muchísimo. Les ordenó a los egipcios que salieran y les dijo a sus hermanos que él era José.

—¿Todavía vive nuestro papá? —les preguntó.

Les explicó que aunque ellos lo habían vendido como esclavo, Dios lo había enviado allí a guardar la comida que iban a necesitar para poder vivir durante el tiempo de hambre. Les contó la manera en que Dios lo había ayudado a llegar a ser una persona importante en Egipto.

También les dijo que regresaran a su casa y que le dijeran a Jacob, su padre, que viniera con toda su familia y todo su ganado a Egipto, para que los pudiera ayudar y así no sufrieran durante los cinco años de hambre que faltaban.

El faraón que reinaba en todo Egipto se alegró de que los hermanos de José hubieran venido a su país y estuvo de acuerdo en que toda la familia de José viniera a Egipto. Hasta les ofreció carretas para el viaje. Los hermanos de José volvieron a Canaán y le contaron a Jacob que José no solamente estaba vivo, sino que era el gobernador de Egipto.

22. Jacob y su familia van a Egipto

(basado en Génesis 46–50)

Jacob y su familia se fueron a vivir a Egipto. En el camino, mataron animales y se los ofrecieron a Dios, y allí Dios le habló a Jacob y le dijo:

—No tengas miedo de ir a Egipto porque allí estaré contigo. Allí nacerán muchos descendientes tuyos y ellos volverán de nuevo a Canaán.

Entonces la familia de Jacob continuó el viaje. Contando a Jacob, sus hijos, nietos y bisnietos —sin contar a las mujeres— llegaron a Egipto sesenta y siete israelitas. Como José y sus dos hijos ya estaban allá, fueron en total setenta los que se quedaron en Egipto.

Al llegar, Jacob fue a ver al faraón, que reinaba en Egipto. El faraón les dijo que podían vivir en un lugar de Egipto llamado Gosén, que era buena tierra para el ganado. Así lo hicieron. Además, José los ayudaba a mantenerse. Allí en Gosén los hijos y los nietos de Jacob tuvieron más hijos.

Jacob bendice a los hijos de José

Jacob tenía ciento treinta años cuando se fue a Egipto y todavía vivió diecisiete años más. Después, cuando se dio cuenta de que ya pronto se iba a morir, llamó a José y le pidió que le prometiera que no lo enterraría en Egipto, sino en la cueva de Macpela donde estaban enterrados sus antepasados. Y así se lo prometió.

Luego José llevó a sus dos hijos, Manasés y Efraín, a donde estaba Jacob. Jacob le dijo a José que Dios le había prometido darle muchos descendientes y la región de Canaán. También le dijo que él quería considerar a Manasés y a Efraín como si fueran sus propios hijos; de modo que cada uno de ellos tendría como herencia tanta tierra como sus demás hijos.

Luego puso las manos sobre las cabezas de los hijos de José, para bendecirlos. José los había parado delante de Jacob de manera que Manasés, el mayor, quedó a la derecha, y Efraín, el menor, a la izquierda. Pero Jacob cruzó las manos y puso su mano derecha sobre la cabeza de Efraín, aunque era el menor, porque él sabía que Dios lo haría más poderoso que a su hermano mayor. Jacob le pidió a Dios que bendijera a los dos, pero le dio autoridad a Efraín sobre Manasés.

Así fue cómo Jacob le dio a José, su hijo favorito, una porción más de tierra para sus descendientes.

Jacob bendice a sus propios hijos

Luego Jacob llamó a sus hijos al lado de su cama y le dijo a cada uno lo que le iba a suceder.

A Rubén, el mayor, le dijo que no recibiría el honor que le tocaba al hijo mayor, porque una vez se había acostado con la esclava de su padre, con quien él mismo se acostaba.

A Simeón y a Leví les dijo que tampoco serían muy importantes porque una vez habían matado a todos los hombres de un pueblo sin tener una buena razón.

A Judá, el siguiente en edad, le dijo que iba a gobernar sobre sus hermanos.

A Zabulón le dijo que iba a vivir cerca del mar.

A Isacar no le iba a gustar viajar y se iba a tener que someter a trabajos forzados.

Los descendientes de Dan iban a formar una tribu a la que nadie le daría importancia.

A Gad le dijo que sería atacado y le robarían sus cosas; pero que él iba a perseguir a los ladrones y a recuperar todas sus cosas.

Aser iba a preparar muy buena comida y por eso comería bien.

Neftalí iba a llegar a ser como un venado que anda suelto por el monte.

Cuando llegó a José, dijo que José era como un árbol que da mucha fruta, y que aunque sus enemigos lo habían atacado, Dios lo había ayudado a vencerlos. Además, Dios continuaría ayudándolo.

Finalmente, dijo que Benjamín seguiría siendo una persona violenta.

Muere Jacob

Cuando terminó de decir estas cosas y de bendecir a sus doce hijos, Jacob les recordó que quería ser enterrado en la cueva de Macpela en Canaán. Poco después Jacob murió.

Entonces José les ordenó a sus sirvientes que embalsamaran el cuerpo, y toda la gente de Egipto se puso de luto porque Jacob había muerto. José pidió permiso al faraón para ir a enterrar a su padre; el faraón se lo dio, y José y sus hermanos fueron a enterrar a Jacob en la cueva de Macpela. Después José y sus hermanos regresaron a Egipto.

Pero ahora los hermanos de José le tenían mucho miedo. Ellos creían que ahora que Jacob había muerto, su hermano los iba a matar en venganza por haberlo vendido como esclavo.

Sin embargo, José les dijo que no le tuvieran miedo porque aunque ellos habían intentado hacerle mal, Dios había planeado todo, cambiando mal por bien para salvar a la gente durante los años de hambre. Ellos se dieron cuenta que José de veras los había perdonado y se calmaron.

Muere José

José murió a los ciento diez años. Poco antes de morir les recordó a sus hermanos que Dios iba a ayudarlos y a llevarlos nuevamente a Canaán. Les hizo prometer que se llevarían sus restos cuando se fueran a Canaán, y que allí los enterrarían.

CUARTA PARTE

Libertad de la esclavitud: Dios saca a los israelitas de Egipto

23. Los egipcios tratan mal a los israelitas

(basado en Éxodo 1)

Los israelitas llegan a ser numerosos

Luego que José y sus hermanos murieron, sus descendientes, los israelitas —que se llamaron así por ser descendientes de Israel—, siguieron viviendo en Egipto. Tuvieron muchos hijos, y con el tiempo fueron aumentando hasta llegar a ser muy numerosos.

En aquel tiempo, comenzó a gobernar Egipto un nuevo faraón, el cual no sabía nada acerca de José, y los israelitas no le caían bien porque eran muchos; tenía miedo de que llegaran a ser más poderosos que los mismos egipcios.

Los egipcios maltratan a los israelitas

Así que el faraón comenzó a tratar a los israelitas como esclavos, obligándolos a trabajar muy fuerte para él. Los dividió en grupos, y puso a egipcios como jefes de los grupos. Después, les ordenó construir dos ciudades que sirvieran sólo para almacenar las cosechas.

A pesar de esta situación Dios siempre cuidaba a los israelitas, y ellos seguían teniendo más hijos aunque los egipcios los trataban muy mal. Esto provocó que los egipcios los odieran aun más, y los trataran peor que nunca.

El faraón manda matar a los varoncitos israelitas

Los egipcios trataron tan mal a los israelitas que el faraón llegó a ordenarles a las parteras israelitas que mataran a todo varón que naciera. Las parteras decidieron obedecer a Dios y no al faraón. A Dios le agradó mucho que las parteras no mataran a los niños, e hizo que les fuera muy bien.

Entonces el faraón le ordenó a la gente que echara al río Nilo a todos los varoncitos israelitas en cuanto nacieran.

24. Moisés trata de ayudar a los israelitas

(basado en Éxodo 2.1–22)

Nace Moisés y Dios lo cuida

Por aquellos días, un israelita y su esposa tuvieron un hijo. El hombre era descendiente de Leví, hijo de Jacob. Su niño era muy hermoso y, por supuesto, su madre no quería que se le echara al río Nilo. Así que ella lo escondió en casa durante tres meses; pero se dio cuenta de que no podría esconderlo más tiempo en casa, sin que los egipcios lo descubrieran.

Entonces cubrió con brea una canasta para que el agua no entrara; acostó al niño en ella, y la echó a flotar en el río Nilo, entre los juncos cerca de la orilla. La hermana mayor del niño se quedó cerca para ver qué sucedía con la canasta.

La hija del faraón adopta a Moisés

Poco tiempo después, la hija del faraón se acercó al lugar; iba al río a bañarse cuando descubrió la canasta. Le ordenó a una de sus esclavas que fuera a recogerla y cuando la abrió, vio al niño adentro. El niño estaba llorando y a ella le dio mucha lástima.

En ese momento la hermana del niño se acercó y le dijo que le podía conseguir una mujer que le criara al niño, y ella aceptó. La muchacha corrió y llamó a su madre, y la hija del faraón le pagó para que le cuidara al niño.

Cuando el niño ya estaba crecido, su madre lo llevó a la hija del faraón. Ella lo adoptó como a un hijo suyo y lo llamó Moisés.

Moisés mata a un egipcio

Moisés creció y se hizo un hombre maduro. Un día que había salido a caminar, vio cómo su gente, los israelitas, tenían que trabajar muy duro y le dio lástima verlos sufrir tanto.

Al poco rato vio a un egipcio golpeando a uno de los israelitas y le dio mucho coraje. Se fijó si nadie lo estaba mirando, y entonces mató al egipcio y lo enterró en la arena para que nadie lo encontrara.

Al día siguiente, cuando salió a caminar otra vez, vio peleando a dos israelitas. Se acercó y regañó al que no tenía ninguna razón para estar peleando con el otro, pero el hombre se enojó con Moisés y le dijo que él no era nadie para ponerse como su jefe o su juez. Luego le preguntó que si también lo iba a matar como al egipcio que había matado el día anterior.

Moisés se asustó mucho cuando el hombre le dijo esto porque creyó que todo el mundo ya lo sabía. Cuando el faraón se enteró de lo que había pasado, ordenó que mataran a Moisés; pero Moisés escapó y huyó de Egipto. Se fue a la región de Madián y estuvo viviendo en la casa del sacerdote de aquel lugar. Se casó con una de las hijas del sacerdote. Ella se llamaba Séfora, y tuvieron un hijo que se llamó Gersón.

25. Dios llama a Moisés para que vaya a ayudar a los israelitas *(basado en Éxodo 2.23–4.31)*

Dios quiere ayudar a los israelitas

Muchos años después, cuando el faraón que gobernaba Egipto ya había muerto y otro había tomado su lugar, Dios decidió ayudar a su gente, los israelitas. Él veía que los egipcios de veras los hacían sufrir y atendió sus oraciones en las que le pedían ayuda. Así que Dios decidió enviar a Moisés para sacar a los israelitas de Egipto.

Dios llama a Moisés

Un día en que Moisés andaba en el campo cuidando los animales de su suegro, llegó al cerro Horeb y vio un arbusto que ardía pero no se consumía. Así que se acercó para ver qué pasaba.

Entonces Dios le habló a Moisés por su nombre y Moisés le contestó. Dios le ordenó que se quitara los huaraches porque la tierra que pisaba era santa.

Así lo hizo Moisés, y Dios le dijo:

—Yo soy el Dios de tus antepasados: Abraham, Isaac y Jacob. He visto cómo los egipcios han hecho sufrir a tus paisanos, los israelitas, y voy a rescatarlos.

'Voy a sacarlos de Egipto y a llevarlos a la región de Canaán. Es una buena región y ellos podrán vivir felices allí.

'Moisés, quiero que tú vayas a donde está el faraón que gobierna Egipto y hables con él. Tú guiarás a los israelitas fuera de Egipto.

Moisés contestó:

—Pero yo soy muy poca cosa. No puedo hacerlo.

Y Dios le dijo:

—Yo voy a estar contigo para que puedas hacerlo.

Dios le dice a Moisés qué debe hacer

Moisés le preguntó:

—Los israelitas me van a preguntar quién me envía; ¿qué les voy a decir?

Dios contestó:

—Diles que el Dios de Abraham, Isaac y Jacob te envía, y que me llamo Yahvé, que quiere decir YO SOY. Diles esto primero a los ancianos de los

israelitas, y luego todos juntos vayan y díganle al faraón que yo les he ordenado ir al campo, a un lugar que está a tres días de camino, a matar animales para ofrecérmelos como regalo.

'Él no va a querer dejarlos salir, pero yo voy a hacer sufrir mucho a los egipcios y entonces él no solamente los dejará salir, sino que les va a ordenar que se vayan.

Pero Moisés dijo:

—Los ancianos que aconsejan a los israelitas no me creerán cuando yo les diga esto.

Entonces Dios le dijo a Moisés que tirara su vara al suelo. Así lo hizo Moisés y la vara se convirtió en culebra. Luego le dijo a Moisés que la tomara por la cola y cuando Moisés lo hizo, se convirtió nuevamente en vara.

También le dijo a Moisés que metiera la mano dentro de su ropa y la sacara nuevamente, y la mano se cubrió de granos y llagas como si estuviera muy enferma. Cuando Moisés hizo esto otra vez, su mano quedó sana.

Y Dios dijo:

—Cuando hagas estas dos cosas, los ancianos de los israelitas van a creer que yo te he mandado. Pero si todavía no te creen, debes recoger un poco de agua del río Nilo y regarla sobre el suelo; se convertirá en sangre.

Moisés no quiere regresar a Egipto

Pero Moisés todavía tenía miedo de hacer lo que Dios quería que él hiciera, y dijo:

—Nunca he hablado bien delante de la gente. Se me traba la lengua.

Y Dios le respondió:

—Recuerda que yo soy el Dios que hizo tu boca. Ve y haz lo que te he dicho. Yo te ayudaré para que puedas hablar bien delante de la gente.

Pero todavía Moisés no quería, y le pidió a Dios que mandara a otro. Dios estaba enojado con Moisés por haberle pedido eso, pero le dijo:

—Tu hermano Aarón podrá ayudarte. Yo te hablaré a ti directamente, tú le contarás a Aarón lo que yo te diga, y él se lo dirá a todos los demás. Él se encontrará contigo en el camino cuando regreses a Egipto.

Moisés regresa a Egipto

Moisés fue a donde estaba su suegro y le pidió permiso para ir a visitar a su familia en Egipto. Jetro, su suegro, estuvo de acuerdo; y Moisés, junto con su esposa y sus hijos, salió para Egipto.

En el camino Dios estuvo a punto de matar a Moisés porque no había circuncidado a su hijo. Pero entonces su esposa, rápidamente, lo circuncidó y Dios les dejó seguir el camino.

Como Dios le había dicho a Aarón que fuera a reunirse con Moisés, se encontraron en el camino. Entonces Moisés le contó a Aarón todo lo que Dios le había dicho.

Moisés y Aarón hablan con los israelitas

Más tarde, Moisés y Aarón reunieron a todos los ancianos de los israelitas. Aarón les contó todo lo que Dios le había dicho a Moisés y les mostraron cómo la vara se convertía en culebra y nuevamente en vara, y cómo la mano de Moisés podía cubrirse de granos y llagas como si estuviera muy enferma y volver a estar sana otra vez.

Así los ancianos israelitas se convencieron de que Dios iba realmente a ayudarlos, e hincándose lo adoraron.

**26. El faraón que gobierna Egipto no quiere
dejar salir a los israelitas**
(basado en Éxodo 5–10)

Moisés y Aarón hablan con Faraón

Moisés y Aarón fueron a ver al faraón que gobernaba en Egipto y le dijeron que su Dios les había ordenado salir al campo y hacer una fiesta para él. Pero el faraón dijo:

—El Dios de ustedes no me importa. No pueden salir. Lo único que quieren ustedes es causar problemas y no dejar que trabajen los demás israelitas.

El faraón hace sufrir más a los israelitas

Y el faraón les ordenó a los jefes egipcios que hicieran trabajar aun más fuerte a los israelitas. Además, mandó que ya no les dieran la paja que necesitaban para hacer adobes; pero aun así tenían que hacer tantos adobes por día como antes.

El faraón dijo que los israelitas eran flojos, y que por eso querían salir al campo a hacerle una gran fiesta a su Dios.

Ahora, claro, los israelitas no podían hacer tantos adobes, pues tenían que salir a conseguir ellos mismos la paja, y por eso los egipcios los golpeaban.

Entonces los israelitas se enojaron con Moisés y Aarón porque en vez de librarlos del trabajo duro, les habían hecho más difícil la situación.

Moisés le pregunta a Dios

Moisés fue y oró a Dios, y le dijo:

—¿Por qué nos haces esto, Señor? Ahora estamos peor que antes.

Dios respondió y dijo:

—Solamente esperen y verán. Todo lo que he dicho se cumplirá. El faraón va a ordenarles que salgan de Egipto, y yo los voy a guiar a la región de Canaán y se la daré a ustedes.

Dios les manda plagas a los egipcios

Entonces Moisés fue y les contó esto a los ancianos israelitas; pero ellos ya no quisieron hacerle caso.

Moisés y Aarón volvieron a donde estaba el faraón, y Aarón tiró su vara al suelo y se convirtió en culebra; pero Faraón no quiso escucharles.

Luego Dios le dijo a Moisés que Aarón tocara con su vara las aguas del río Nilo para que se convirtieran en sangre.

Así que Moisés y Aarón hicieron lo que Dios les había ordenado y todos los peces del río murieron y tampoco hubo agua para beber. No obstante, el faraón no dejó salir a los israelitas.

Entonces Dios envió más plagas que hicieron sufrir a los egipcios. Les envió muchísimas ranas, luego insectos que pican mucho y después moscas; pero las moscas no estuvieron en Gosén donde vivían los israelitas.

Luego envió Dios una enfermedad que mató a todo el ganado de los egipcios, pero el ganado de los israelitas no murió.

Más tarde, Dios hizo que todos los egipcios sufrieran de llagas; y luego mandó una tormenta de granizo que destruyó muchas de las cosechas, pero el granizo no cayó donde vivían los israelitas.

En seguida, Dios envió langostas que se comieron todo lo que había quedado de las cosechas de los egipcios.

Después, envió oscuridad sobre todo Egipto, menos en Gosén donde vivían los israelitas, y durante tres días, día y noche, estuvo completamente oscuro. Habían sido nueve los males que Dios les había mandado a los egipcios.

El faraón habla con Moisés acerca de las plagas

Cada vez que uno de estos males llegaba, el faraón decía que ahora sí iba a dejar salir a los israelitas; pero cuando Moisés le pedía a Dios que detuviera el mal, el faraón cambiaba de opinión y no los dejaba salir.

En una ocasión, Dios mandó a Moisés a decirle al faraón que la única razón por la cual no lo mataba, era para que todo el mundo se diera cuenta del gran poder de Dios.

27. El faraón de Egipto ordena que salgan los israelitas *(basado en Éxodo 11.1–13.16)*

Dios decide matar a los hijos mayores de los egipcios

Como todavía el faraón que gobernaba en Egipto no permitía que se fueran los israelitas, Dios decidió enviar un último mal a los egipcios. Decidió matar al hijo mayor de cada familia en todo Egipto y a la primera cría de cada animal; pero nada de esto les sucedería a los israelitas.

La sangre en la puerta

Dios les dijo a Moisés y Aarón cómo podían evitar que también se muriera el hijo mayor de cada familia y la primera cría de cada animal de los israelitas. Les dijo que el día diez de ese mes, cada familia debía agarrar un chivo o un borreguito de un año, que no tuviera ningún defecto, y que lo guardara hasta el día catorce del mes.

Si la familia era pequeña, dos familias podían usar el mismo animal.

El día catorce del mes, debían matar al animal tan pronto como se metiera el Sol y untar un poco de su sangre en los postes y en la viga de las puertas.

La familia debía quedarse en su casa y permanecer allí hasta el día siguiente.

Debían asar la carne del animal, y comérsela con yerbas amargas y pan sin levadura. No debían quebrar ningún hueso del animal. Si sobraba carne, se debía quemar.

Debían comerla con los huaraches puestos, listos como para salir de viaje. Esto fue lo que Dios les dijo a Moisés y Aarón.

Moisés contó todo esto a los ancianos israelitas, y todos los israelitas hicieron todo lo que Dios les había ordenado hacer por sus familias.

Dios mata al hijo mayor de cada familia de los egipcios

Luego Dios mató a los hijos mayores de las familias y a las primeras crías de los animales de los egipcios.

Pero en las casas de los israelitas donde vio la sangre en la puerta, no hubo muertos. Pasó por alto sus casas. Desde esa noche se celebra la Pascua.

A medianoche murió el hijo mayor y la primera cría de los animales de cada familia egipcia, incluyendo al hijo mayor del faraón. Esa misma noche, el faraón ordenó salir a los israelitas.

Los israelitas salen de Egipto

Entonces los israelitas agarraron su masa para hacer pan, antes de que hubieran tenido tiempo de echarle levadura, y también agarraron sus otros cosas y se fueron.

Además, les pidieron a los egipcios que les dieran alhajas y también ropa, y ellos se las dieron.

Los israelitas salieron de Egipto esa misma noche hacia un pueblo llamado Sucot.

Eran más o menos seiscientos mil hombres que llevaban con ellos a sus familias y a su ganado. Los israelitas habían vivido en Egipto un total de cuatrocientos treinta años.

Dios manda celebrar la pascua cada año

Dios les dijo que cada año debían celebrar la fiesta de la Pascua en recuerdo de esa noche tan maravillosa.

Debían matar un borreguito o un chivo tal como lo habían hecho la noche que salieron de Egipto, y debían sacar toda la levadura de sus casas antes de la fiesta. El pan lo debían hacer sin levadura y debían comer de ese pan durante una semana. Harían eso para recordar que habían tenido que salir de Egipto con mucha prisa.

Dios les ordenó a todos los israelitas que celebraran este día y que les contaran a sus hijos la razón por la que lo celebraban.

Los hijos mayores pertenecen a Dios

Luego Dios dijo a los israelitas que el hijo mayor de cada familia y la primera cría de sus animales debían ser apartados para él, porque él los había librado de la muerte en la noche de la Pascua.

También les ordenó matar a la primera cría macho de los animales que fueran apropiados para ofrenda, y que se la ofrecieran a él. Con otra clase de animales, podían matar al animal o, en su lugar, matar un borrego o un chivo para ofrecérselo a Dios y conservar así el otro animal.

También tenían que ofrecer un borrego o un chivo para pagar por la vida de su hijo mayor. Dios les dijo que debían contarles a sus hijos por qué hacían todo esto, para que sus hijos no olvidaran lo que Dios había hecho por ellos.

28. Dios ayuda a los israelitas a cruzar el Mar Rojo

(basado en Éxodo 13.17–15.21)

Los israelitas van a la orilla del Mar Rojo

El camino más rápido para llegar de Egipto a la región de Canaán pasaba por el territorio de los filisteos; pero Dios no guió a los israelitas por allí, porque no quería que se desanimaran cuando los filisteos los atacaran.

Dios los llevó por el camino más largo, por donde había un brazo de mar conocido como el Mar Rojo.

Cuando salieron del pueblo de Sucot, Dios los guió mediante una nube que tenía la forma de un pilar y que iba delante de ellos durante el día. Por la noche, la nube brillaba como la lumbre, y les alumbraba el camino para que pudieran seguir viajando.

En el viaje llevaban los restos de José; porque él, antes de morir, les había hecho prometer que llevarían sus restos con ellos a Canaán. Por eso los llevarían todo el camino para enterrarlos allá.

Cuando los israelitas llegaron al lugar llamado Etam, Dios les dijo que fueran a acampar a la orilla del Mar Rojo. Dios quería que el faraón, que gobernaba Egipto, pensara que ellos tenían muchas dificultades y decidiera perseguirlos. Así que los israelitas fueron a acampar a ese lugar.

Los egipcios persiguen a los israelitas

El faraón y todos sus funcionarios pensaron: "Debimos haber estado locos para dejar salir a esos israelitas". Entonces reunieron un ejército con carretones de guerra, con el faraón mismo a la cabeza, y salieron a perseguir a los israelitas. Los encontraron a orillas del Mar Rojo, tal como lo habían pensado.

Cuando los israelitas los vieron acercarse, les dio mucho miedo y oraron a Dios pidiéndole que los ayudara. También se quejaron con Moisés, diciéndole que hubiera sido mejor para ellos haberse quedado en Egipto. Pero Moisés les dijo:

—No tengan miedo. Fíjense y verán cómo Dios los va a rescatar hoy. Muy pronto van a ser destruidos estos soldados egipcios y no los volverán a ver jamás.

Dios hace un camino en el Mar Rojo

En seguida, Dios le dijo a Moisés que ordenara a los israelitas levantar su campamento, y que extendiera su vara sobre el Mar Rojo; así el agua se separaría en dos partes, dejando un camino seco en medio de las aguas. Entonces Dios movió la nube que iba delante de los israelitas y la puso detrás de ellos; de esta manera, quedó entre los israelitas y los egipcios, y los egipcios no podían ver a los israelitas.

Moisés extendió su vara sobre el mar, y durante toda la noche corrió un viento del oriente muy fuerte que dividió las aguas en dos partes. Los israelitas pasaron al otro lado a través del camino abierto en medio del mar, mientras que el agua se veía como un muro a cada lado de ellos.

Dios mata a los soldados egipcios

Cuando los egipcios vieron el camino en medio del agua, comenzaron a cruzar también, persiguiendo a los israelitas. Pero Dios hizo que los egipcios tuvieran muchas dificultades. Las ruedas de sus carretones de guerra se atascaron, y les era difícil moverlos.

Cuando ya todos los israelitas habían atravesado el Mar Rojo, Dios ordenó a Moisés que levantara otra vez su mano sobre las aguas. Al hacerlo, las aguas se juntaron de nuevo y los egipcios, que todavía estaban en el camino, fueron cubiertos por el agua y se ahogaron.

Todos los israelitas estaban a salvo en el otro lado. Así fue cómo Dios rescató a los israelitas de los egipcios.

Los israelitas alaban a Dios

Cuando los israelitas vieron lo que Dios había hecho por ellos, se maravillaron de su poder y tuvieron confianza en él y en su siervo Moisés.

Compusieron un cántico acerca de lo que había sucedido, para cantárselo a Dios. El cántico decía así:

Alabaré a Dios porque nos ha rescatado.
Ahogó en el Mar Rojo a los egipcios, nuestros enemigos.
No hay dios como él.
Él nos protege y nos conduce a Canaán.

QUINTA PARTE

Los israelitas aprenden cómo seguir a Dios: los diez mandamientos y el tabernáculo

29. Los israelitas van del Mar Rojo al cerro Sinaí

(basado en Éxodo 15.22–17.16)

Los israelitas van a Mara y Elim

Moisés condujo a los israelitas de la orilla del Mar Rojo a un desierto, y anduvieron por él tres días sin encontrar agua.

Por fin llegaron a un lugar llamado Mara, en donde había un pozo; pero el agua era amarga. Entonces todos comenzaron a quejarse por el agua y Moisés le preguntó a Dios qué debería hacer. Dios le mostró una clase de madera que al tirarla en el agua la convertiría en agua buena para beber. Así lo hizo Moisés, y todos bebieron buena agua.

Allí en Mara Dios les dijo que siempre debían obedecerle, y así él no les dejaría sufrir de ninguno de los males que les había enviado a los egipcios. Luego fueron hasta el lugar llamado Elim. En ese lugar había doce manantiales y allí acamparon y descansaron.

Los israelitas se quejan contra Dios

Después dejaron Elim y continuaron el viaje por aquella región, y la gente volvió a quejarse con Moisés. Decían que hubiera sido mejor quedarse en Egipto, donde había comida, que morir de hambre en ese desierto.

Moisés les dijo que en realidad ellos estaban quejándose de Dios, no de él, y que Dios les daría comida.

Entonces Dios mandó una enorme bandada de codornices que volaron por el campamento esa tarde, y todos ellos atraparon codornices y tuvieron carne.

Dios les da maná a los israelitas

Al día siguiente, después de que el rocío se había secado, los israelitas vieron sobre el suelo algo blanco como si hubiera caído hielo durante la noche y que era como un gran número de semillas de cilantro.

Entonces Moisés les dijo que ése era el pan que Dios les enviaba para alimentarlos. Les explicó que debían salir todas las mañanas a recoger dos litros para cada persona, pero no más que eso. Les dijo además que no debían guardarlo para otro día porque si lo hacían, se iba a agusar.

También les explicó que no debían recogerlo durante el día de descanso, pero que el día anterior debían recoger doble cantidad y entonces no se echaría a perder.

La gente salió, pues, y recogió el alimento blanco; y sucedió que cuando lo midieron, todos tenían la misma cantidad, sin importar que hubieran recogido más o menos.

Pero algunos no obedecieron a Moisés y guardaron un poco para el día siguiente y, tal como Dios les había dicho, se llenó de gusanos y olía muy feo.

También sucedió que algunos no recogieron doble cantidad el día anterior al día de descanso, y salieron el día de descanso a recogerlo; pero no encontraron nada ese día, porque Dios quería que descansaran.

Y así, al fin ellos creyeron todo lo que Dios le había dicho a Moisés acerca del alimento blanco. Ellos lo llamaron maná. Sabía como galleta hecha con miel, y se podían hacer tortillas o atole con él.

Dios le ordenó a Moisés que llenara con maná un jarro de dos litros y que lo guardara, para que sus descendientes pudieran saber cómo era este alimento. Así lo hizo Moisés.

Los israelitas recogieron maná todos los días, menos el día de descanso, y con él se alimentaron hasta llegar a los límites de la tierra de Canaán.

Dios les da agua a los israelitas

Después, los israelitas siguieron hasta el lugar llamado Refidim y allí acamparon. No tenían agua para beber y se quejaron de nuevo con Moisés, diciéndole que todos se iban a morir de sed. Él les dijo que no deberían estarse quejando de Dios.

Entonces le preguntó a Dios qué debía hacer, y Dios le dijo que tomara de nuevo su vara, con la que había golpeado el río Nilo, y golpeará cierta roca. Así lo hizo Moisés en presencia de los ancianos israelitas, y brotó agua de la roca para que todos bebieran.

Los israelitas pelean con los amalecitas

Cuando los amalecitas, que eran descendientes de Esaú, hermano de Jacob, se enteraron que andaban por allí los israelitas, salieron a atacarlos. Moisés envió a Josué con algunos soldados israelitas para pelear contra ellos, y los israelitas ganaron la batalla.

Dios se enojó con los amalecitas y le ordenó a Moisés decirle a Josué que acabara con todos ellos.

30. Dios hace un trato con los israelitas en el cerro Sinaí y les entrega los diez mandamientos (basado en Éxodo 19.1–20.20)

Dios habla con Moisés en el cerro Sinaí

Los israelitas viajaron hasta el lugar llamado Sinaí, y acamparon cerca del cerro Sinaí. Entonces Moisés subió al cerro, y Dios le dijo:

—Ve y hazles recordar a todos los israelitas cómo los ayudé por medio de los males que les envié a los egipcios. Recuérdales también que los he cuidado muy bien y que los traje a este lugar, porque en este lugar quiero hacer un trato con ellos.

'Si ellos me obedecen y cumplen con su parte del trato, serán mi gente escogida; pues aunque tengo control sobre todas las gentes de la tierra, a ellos los haré mi gente escogida. Ellos serán los que les muestren a las otras gentes cómo soy yo.

Moisés volvió a donde estaban los israelitas y les comunicó lo que Dios le había dicho, y ellos aceptaron hacer el trato con Dios. Entonces Moisés subió de nuevo al cerro, y le comunicó a Dios la respuesta de la gente. Y Dios dijo:

—Está bien. Ahora quiero que levanten una cerca alrededor de este cerro, y que nadie suba y ni siquiera lo toque. Si alguno lo hace, los demás deben apedrearlo hasta matarlo.

'Dile a toda la gente que lave su ropa, y a los hombres que no se acuesten con sus esposas, porque voy a bajar y estar en este cerro dentro de tres días.

Moisés le comunicó a la gente lo que Dios le había dicho, y al tercer día el cerro se cubrió con unas nubes muy oscuras y hubo rayos, truenos y humo. Se oyó sonar una trompeta y a la gente le dio mucho miedo. Entonces Moisés hizo que todos se reunieran al pie del cerro, y Dios le dijo a él que subiera.

Los diez mandamientos

Después Dios le dijo a Moisés que bajara a decirle a la gente que no debía cruzar la cerca; y Moisés bajó.

Entonces Dios le habló a la gente desde lo alto del cerro y les dijo:

—Yo soy su Dios. Yo soy quien los sacó de Egipto, donde vivían como esclavos.

'No deben adorar a ningún otro dios.

'No hagan imágenes de nada ni les adoren, porque yo soy celoso.

'No hagan mal uso de mi nombre, porque yo castigaré al que lo haga.

'Recuerden descansar en el día de descanso. Pueden trabajar los otros seis días; pero el séptimo día nadie debe trabajar, ni aun las personas que trabajen como criados en sus casas, ni sus animales. No olviden que hice el cielo y la tierra en seis días, y el séptimo, descansé. Desde entonces el séptimo día es un día sagrado.

'Traten a sus padres con respeto, y así yo los haré vivir muchos años cuando ya estén en la tierra que les voy a dar.

'No maten a nadie.

'Los casados no deben acostarse con nadie que no sea su esposo o esposa.

'No deben robar nunca.

'No digan cosas que no sean ciertas para perjudicar a otro.

'No codicien la esposa, la casa, los criados, los animales o cualquier cosa que le pertenezca a otra persona.

Eso fue lo que Dios dijo a los israelitas.

La gente tiene miedo

A la gente le dio miedo cuando oyó la voz de Dios, y le rogó a Moisés que, de allí en adelante, fuera él quien les hablara para decirles lo que Dios quería. Les daba miedo morir si oían la voz de Dios otra vez.

Moisés les dijo que no debían tener miedo, pues Dios sólo quería que tuvieran miedo de hacer cosas malas.

31. Dios le da a Moisés algunas leyes sobre los esclavos y sobre los robos *(basado en Éxodo 20.21–23.33)*

Moisés regresó a lo alto del cerro Sináí, donde Dios estaba cubierto con una nube, y allí Dios habló con él. Le dijo:

—Diles a todos los israelitas lo que voy a decirte ahora. Recuérdales que ya han visto que les he hablado desde el cielo. No deben hacer imágenes de oro o de plata para adorarlas.

'Cuando quieran adorarme, deben hacer un altar de tierra o de piedras sin tallar. No debe tener escalones para subir a él.

Cómo tratar a los esclavos

Luego Dios le dio algunas leyes sobre cómo debían tratar a los esclavos siendo justos con ellos, y sobre cómo arreglar los problemas que resultan cuando se ha hecho daño a una persona o a sus cosas.

Esto fue lo que Dios dijo:

—Si ustedes compran un esclavo israelita, paisano suyo, lo pueden tener solamente durante seis años, y deben dejarlo libre al séptimo año. Pero si le dan esposa mientras es su esclavo, no podrá llevarse a su esposa o a los hijos que haya tenido con ella.

'Pero si él quiere a su esposa e hijos, y a su amo también, puede escoger quedarse. Entonces su amo debe hacerle un agujero en la oreja y el hombre seguirá siendo su esclavo por toda la vida.

'Si un hombre compra una esclava y se acuesta con ella como si fuera su esposa, entonces debe tratarla como su esposa. Tiene que darle alimentos y ropa, y seguir acostándose con ella, aunque tome otra mujer por esposa.

'Si algún hombre le da a su hijo una esclava por esposa, tiene que tratarla como a una nuera. No les está permitido matar a un esclavo; pero si lo maltratan a tal grado que pierda un ojo o un diente, entonces tienen que dejarlo libre para pagar la injusticia.

Cómo tratar a los prójimos

'Deben matar a la persona que mate a alguien a propósito. Si fue por accidente, el culpable podrá irse a uno de los lugares donde puede estar a salvo.

Pero si lo hizo a propósito, no deben dejarlo vivir, aunque vaya y se agarre de los picos que están en las esquinas de mi altar.

'También debe morir el que golpee a alguno de sus padres o los insulte. También debe morir el que secuestre a otra persona.

'Si un hombre roba un animal y lo mata o lo vende, tiene que devolver cinco bueyes por cada uno de los que se robó y cuatro borregos por uno.

'Si todavía tiene el animal robado, debe devolvérselo al dueño junto con otro más.

'Si alguien prende lumbre a su terreno y el fuego hace daño a otros terrenos, el que prendió la lumbre tiene que pagar de su propia cosecha el daño hecho a las otras personas.

'La regla general es que deben pagar toda herida o daño que le causen a otra persona. Si alguien mata a otro, debe morir. Si alguien hiere a otro, debe ser castigado de la misma forma.

Dios les dio estas leyes a los israelitas para que se trataran unos a otros justamente.

Cómo adorar a Dios

Dios también le dio a Moisés otras leyes sobre cómo adorarle, y le dijo que se las comunicara a los israelitas. Él dijo:

—Deben adorarme sólo a mí. Deben matar a cualquier israelita que mate animales como ofrenda a algún dios falso. Tienen que matar también a quien practique la brujería.

'Tienen que descansar en el día de descanso, y no labrar la tierra en el año de descanso. Celebren tres veces al año las fiestas en las que todos los hombres vienen a adorarme.

Cómo tratar a los extranjeros

'Deben tratar bien a todo extranjero, porque ustedes también fueron extranjeros en Egipto.

'No cobren rédito por el dinero que les presten a sus paisanos pobres. No maltraten a las viudas ni a los huérfanos.

'No desprecien a Dios, ni maldigan a ninguno de los dirigentes de sus pueblos. No se coman la carne de ningún animal que se encuentre muerto en el campo. Deben tratar a los ricos y a los pobres del mismo modo, siendo justos con todos. No deben dejar que la gente los compre con dinero o regalos.

Cómo portarse en Canaán

Luego Dios dijo:

—Enviaré un ángel para que los cuide y los lleve a la región de Canaán, la cual prometí darles a ustedes. Si le obedecen, yo los ayudaré a ganar las batallas en contra de todos los que viven ahora en Canaán. Poco a poco los iré sacando porque les ayudaré a ustedes a matarlos, y luego toda la región será de ustedes.

'Pero no hagan ningún trato con ellos, ni adoren a sus dioses. Adórenme sólo a mí. Derriben todos sus altares y lugares santos, y maten a todos, porque de otra manera los van a engañar y ustedes terminarán adorando a sus dioses.

Eso es lo que Dios le dijo a Moisés en el cerro Sinaí.

32. Moisés rocía a los israelitas con sangre para confirmar el trato que establecieron con Dios

(basado en Éxodo 24)

Luego, Moisés le comunicó a la gente las leyes que Dios le había dado en el cerro. Todos estuvieron de acuerdo en obedecerlas; entonces Moisés las escribió.

Al día siguiente, Moisés construyó un altar al pie del cerro Sinaí e hizo que los jóvenes mataran toros y se los ofrecieran a Dios. Luego roció el altar con la mitad de la sangre de los toros, y recogió en tazones la otra mitad.

Después leyó en voz alta el trato que los israelitas habían hecho con Dios el día anterior, y todos dijeron, otra vez, que estaban de acuerdo y que iban a cumplirlo todo.

Entonces Moisés roció con la sangre de los tazones a toda la gente, y dijo:

—Ésta es la sangre que confirma el trato entre ustedes y Dios.

Moisés y sus compañeros suben el cerro Sinaí

Después Moisés se llevó a su hermano Aarón, a Nadab y Abiú —hijos de Aarón— y a setenta ancianos, y subió con ellos una parte del cerro. Dios le había ordenado que hiciera esto, pero que no dejara subir a los demás israelitas.

Allí Dios se les presentó en una visión y después, cuando se quedaron solos, comieron juntos la carne de algunas de las ofrendas.

Entonces Dios le dijo a Moisés que subiera al cerro, y que allí le daría las dos piedras lajas en las que había escrito sus leyes. Moisés subió y Dios le habló desde la nube; y Moisés entró en la nube, y se quedó allí durante cuarenta días.

Moisés dejó a Aarón y a otro hombre llamado Hur encargados de la gente, mientras él no estaba.

33. Dios le dice a Moisés que los israelitas construyan un tabernáculo para él *(basado en Éxodo 25.1–31.11; Levítico 24.1–9)*

Cuando Moisés estaba en el cerro Sinaí, Dios le dijo que quería que los israelitas hicieran un tabernáculo para que allí lo adoraran. Le dijo:

—Di a los israelitas que junten materiales para construir mi tabernáculo y todos sus muebles. Todo debe ser tal como en el plano que te voy a mostrar ahora.

Las tablas y las cortinas

'El patio debe ser de unos veinticinco metros de ancho, de Norte a Sur, y cincuenta metros de largo, de Oriente a Poniente, con una entrada al oriente.

'Alrededor debe tener cortinas de lino blanco colgadas de postes que puedan ser quitados cuando se quiera.

'El tabernáculo debe tener cinco metros de ancho y quince de largo. Sus paredes deben ser tablas paradas, aseguradas con espigas a unas bases colocadas en el suelo, y deben mantenerse unidas por travesaños que pasen por argollas de metal en las tablas. Estos travesaños y tablas deben chapearse de oro.

'El techo debe tener cuatro cubiertas: la cubierta interior debe ser de lino, con querubines entretejidos en ella con hilos de colores; sobre ella, otra cubierta tejida con pelo de chivo; luego una de pieles de borrego teñidas de rojo y finalmente una de piel curtida.

Los cuartos y los muebles

'Por dentro, el tabernáculo debe estar dividido en dos cuartos por una cortina hecha de la misma tela y en la misma forma que la capa interior del techo.

'El cuarto más alejado de la puerta será el lugar más santo. Dentro del lugar más santo deben poner mi baúl santo, hecho de madera y cubierto de oro. Pongan las piedras lajas, con mi ley escrita en ellas, dentro del baúl. La tapa del baúl debe ser de oro con un querubín a cada lado, los cuales deben estar mirándose uno al otro con sus alas tocándose en el centro. De allí, sobre la tapa, yo hablaré a los israelitas y les diré lo que deben hacer.

'En el cuarto que da hacia afuera deben poner tres cosas: una mesa para poner pan, hecha de madera y cubierta de oro; un candelero de oro puro en forma de árbol floreciente con siete brazos, con una lámpara de aceite encima de cada

brazo; y un pequeño altar con un pico hacia arriba en cada una de sus cuatro esquinas, para quemar incienso, hecho de madera y cubierto de oro.

'Los sacerdotes deben esparcir pedacitos de incienso sobre doce panes y acomodarlos en la mesa, en dos hileras de seis, el día de descanso de cada semana. Éste será mi pan sagrado. Luego, ellos podrán comer el pan viejo, pero nadie más tiene permiso para hacerlo.

'Los sacerdotes deben cuidar que las siete lámparas se mantengan ardiendo de día y de noche.

El patio

'Afuera en el patio deben poner dos cosas: un altar grande con un pico en cada una de sus cuatro esquinas, hecho de madera y cubierto de bronce para matar a los animales que me van a ofrendar; y un lavamanos hecho de bronce.

'Todos estos muebles deben ser fáciles de llevar a otro lado. Cada cosa debe tener argollas para meter en ellas palos para cargarla.

Las otras cosas

'Hagan también todas las otras cosas que necesiten, como: platos y jarras de oro y las palas, trinchas y tazones de bronce para que puedan quemar la carne de los animales en el altar grande que estará en el patio.

Después Dios le dijo a Moisés cómo preparar una clase especial de incienso para quemar nada más en el tabernáculo. A nadie le estaría permitido emplearlo para su uso personal.

Los sacerdotes y los trabajadores

Además, Dios le dijo que Aarón y sus descendientes serían los sacerdotes encargados de todas las ceremonias en su tabernáculo; y le indicó a Moisés cómo debían ser las ropas que nada más los sacerdotes debían usar dentro del tabernáculo cuando trabajaran allí. Las ropas serían hechas de lino.

Aarón, el jefe de los sacerdotes, debía llevar un gorro diferente al de todos los demás, una túnica morada y algo así como un chaleco que tenía dos piedras, una en cada hombro, con los nombres de las doce tribus de los israelitas grabados en ellas, seis en cada piedra. Sobre el chaleco en el frente, llevaba un pectoral con joyas, una joya por cada tribu.

Dios también le dijo a Moisés cómo preparar un aceite perfumado para usar en la ceremonia cuando un sacerdote empezara su oficio. Nadie tenía permiso de emplear esta clase de aceite para su uso personal. Entonces Dios le dijo a Moisés cómo debía llevarse a cabo la ceremonia en que Aarón y sus hijos empezarían su oficio.

Dios también le dio a Moisés los nombres de los dos artesanos que iban a encargarse de fabricar todas estas cosas. Bezaleel sería el encargado, y Aholiab su ayudante.

34. Los israelitas desobedecen a Dios y hacen una imagen

(basado en Éxodo 31.18–34.35)

Moisés estuvo en el cerro Sinaí por cuarenta días, y durante ese tiempo Dios estuvo diciéndole todas las cosas que quería que hicieran los israelitas. Pero la gente que estaba esperando al pie del cerro perdió la paciencia. Estaban tan cansados de esperar a Moisés que creyeron que ya no iba a regresar, y todos le pidieron a Aarón que les hiciera algunos dioses que los guiaran a Canaán.

Entonces Aarón les pidió que le trajeran los aretes de oro que llevaban las mujeres. Así lo hicieron y Aarón fundió el oro y moldeó con él la imagen de un becerro. Él dijo a los israelitas que el becerro era el dios que los había sacado de Egipto, y les dijo que al día siguiente le harían una fiesta. Y así, al otro día tuvieron una gran fiesta y mataron animales como ofrenda a la imagen con forma de becerro.

Dios se enoja con los israelitas

Como Dios vio lo que los israelitas estaban haciendo, le ordenó a Moisés que bajara del cerro en seguida, porque los israelitas estaban desobedeciendo ya

sus leyes y adorando una imagen. Dios se enojó tanto con ellos que le dijo a Moisés que iba a matar a toda la gente, y formaría una nación con Moisés y su familia; pero ya no con los demás israelitas.

Moisés le rogó a Dios que no lo hiciera. Le recordó a Dios la promesa que le había hecho a Abraham, a Isaac y a Jacob, de que les daría muchísimos descendientes. También le dijo que si mataba a los israelitas, entonces los egipcios dirían que Dios los había sacado de Egipto con el propósito de hacerles daño. Dios escuchó a Moisés y decidió no matar a los israelitas.

Moisés les regaña

Entonces Moisés comenzó a bajar del cerro, llevando en sus manos las dos piedras lajas en las cuales Dios había escrito sus leyes. Cuando llegó abajo y vio el becerro de oro y a la gente bailando en su honor, se enojó mucho. Lanzó las piedras lajas al suelo y se quebraron en pedacitos; luego tomó el becerro de oro y lo destruyó, y regañó muy fuertemente a Aarón.

Aarón se disculpó diciendo que la gente estaba inquieta y quería dioses que la guiaran y que por eso había tomado los aretes, los había echado a la lumbre y de allí había salido el becerro por sí mismo. Pero no le dijo la verdad a Moisés.

Como Moisés vio que la gente no estaba obedeciendo a Dios, les dijo que todo aquél que quisiera obedecer a Dios fuera a pararse junto a él. Entonces los de la tribu de Leví lo hicieron, y pasaron luego por todo el campamento y mataron cerca de tres mil personas.

Moisés ora por los israelitas

Después Moisés oró a Dios y le pidió que perdonara a los israelitas, y Dios le dijo que sí; pero que ya no los iba a acompañar en el camino. Entonces Moisés le rogó que no los dejara, y Dios le contestó que seguiría con ellos.

Moisés sube al cerro otra vez

Luego Dios le ordenó a Moisés que labrara otras dos piedras lajas y subiera al cerro para que le escribiera las leyes otra vez. Cuando Moisés subió,

Dios le recordó de nuevo que los israelitas no debían tener nada que ver con la gente que vivía en Canaán ni seguir su religión. También le recordó otras de sus leyes.

Así que Moisés estuvo otros cuarenta días en el cerro, escribió en las piedras lajas los diez mandamientos y luego bajó de allí.

Su cara brillaba, porque había hablado con Dios; pero él no se daba cuenta. Cuando Aarón y la demás gente vieron su cara les dio mucho miedo acercársele, pero al fin lo hicieron y Moisés le dijo a la gente todas las cosas que Dios les ordenaba hacer. Entonces Moisés se puso un velo sobre la cara, y cada vez que iba a hablar con Dios se lo quitaba; pero se lo volvía a poner cuando la gente veía que su cara brillaba.

35. Los israelitas construyen el tabernáculo de Dios

(basado en Éxodo 35–40)

Los israelitas juntan materiales

Moisés reunió a todos los israelitas y les habló del tabernáculo que Dios quería que construyeran. Les pidió que trajeran todos los materiales que tuvieran, y que quisieran dar, para la construcción del tabernáculo. Les dijo también que los que supieran cómo hacer algunas de las cosas que se necesitaban para el tabernáculo, podían ayudar. Además, dijo que Bezaleel y su ayudante Aholiab serían los encargados de dirigir la obra.

Como toda la gente estaba animada con la construcción, empezaron a traer cosas. Muchos de ellos también se ofrecieron a ayudar en el trabajo. Pero fueron tantos los materiales que trajeron que Moisés les dijo que ya no trajeran más, pues ya tenían suficiente.

El tabernáculo se construye

Los trabajadores hicieron todo tal como Dios le había ordenado a Moisés en el cerro: prepararon las tablas, las cortinas, los muebles, el aceite perfumado y el incienso; usaron todo lo que la gente había traído, y también la plata de las

monedas de un impuesto que se había recogido cuando se contaron a los hombres israelitas. También hicieron la ropa de los sacerdotes. Cuando todo estuvo terminado, Moisés lo revisó, y vio que todo había quedado tal como el plano que Dios le había mostrado.

El tabernáculo se arma

Entonces Dios le dijo a Moisés que armaran el tabernáculo, que rociara sobre éste el aceite perfumado para indicar que el tabernáculo era nada más para él; y que realizara luego la ceremonia en la que los sacerdotes comenzarían su oficio. Así lo hizo Moisés.

Cuando todo esto sucedió, hacía casi un año que los israelitas habían salido de Egipto.

Después de que los israelitas hicieron lo que Dios les había ordenado, la nube que los había guiado mientras viajaban hasta el cerro Sináí, bajó y cubrió el tabernáculo para mostrarles que Dios estaba allí. Desde entonces, la nube les mostraba cuándo levantar el campamento y viajar, y cuándo no; porque se levantaba del tabernáculo cuando Dios quería que ellos continuaran su viaje.

SEXTA PARTE

Leyes, ofrendas y fiestas: lo que Dios requería de los israelitas

36. Dios le dice a Moisés cuáles son las ofrendas que quiere que le lleven los israelitas

*(basado en Levítico 1-7; 17;
Números 5; 15.1-31; 28.1-15)*

Dios le dijo a Moisés que había cinco clases distintas de ofrendas que la gente debía llevarle.

La ofrenda completa

Una de estas clases era la ofrenda completa; podía ser: un toro, un borrego, un chivo, una tórtola o una paloma; pero no debía tener ningún defecto.

La persona que traía un toro, ponía su mano sobre la cabeza del animal y lo mataba. Luego el sacerdote rociaba el altar grande con la sangre, y quemaba todo el animal. Dios aceptaba que el animal muriera en pago por lo malo que había hecho el que lo ofrecía, y miraba con agrado a esa persona.

La ofrenda de grano

Otra clase de ofrenda era la ofrenda de grano, que casi siempre se tenía que hacer harina primero. Algunas ofrendas de grano consistían en una mezcla de harina con aceite, y otras, de grano tostado mezclado con aceite. A estas ofrendas se les añadían pedacitos de incienso. Otras ofrendas eran horneadas como galletas o se preparaban sobre un comal o en una cazuela. Todas las ofrendas de grano llevaban aceite y sal, pero Dios ordenó no ponerles ni levadura ni miel.

Cuando alguien llevaba una de estas ofrendas de grano, el sacerdote tomaba un poquito de ella y lo quemaba en el altar como un regalo para Dios, y también quemaba todo el incienso que iba con la ofrenda. Después el sacerdote podía comerse lo demás. Pero cuando un sacerdote llevaba una ofrenda de grano, era quemada por completo como regalo a Dios.

La ofrenda compartida

Otra clase de ofrenda, la ofrenda compartida, podía ser: un toro o una vaca, un borrego o un chivo.

La persona que llevaba la ofrenda ponía la mano sobre la cabeza del animal y lo mataba. Entonces el sacerdote rociaba con la sangre el altar, y luego sacaba los riñones, parte del hígado y todo el sebo, y los quemaba en el altar como regalo a Dios.

La persona que llevaba la ofrenda, debía darle el pecho y el cuarto trasero derecho del animal como regalo al sacerdote; pero podía guardarse para comer lo que quedaba de la carne.

Había tres tipos de ofrendas compartidas. Una de estas ofrendas era para dar gracias a Dios. La persona que la ofrecía debía llevar, junto con el animal, varias clases de galletas y pan, algunas hechas con levadura y otras sin ella. La carne de esta ofrenda debía comerse el mismo día en que se mataba el animal.

Otra de estas ofrendas se hacía para cumplir con una promesa que se había hecho a Dios; y la otra, se llamaba ofrenda voluntaria porque la persona la traía simplemente porque quería hacerlo. En estas últimas dos ofrendas, la carne podía comerse el mismo día en que se había matado el animal o al día siguiente pero no después. Todo el que comía carne de una ofrenda compartida debía estar puro delante de Dios.

Dios no quería que los israelitas comieran el sebo o la sangre de los animales. Tampoco quería que mataran ganado en cualquier parte. En cambio, él quería que llevaran los animales con el sacerdote y los ofrecieran como ofrendas compartidas cuando quisieran comer carne; y también, que si mataban aves para comérselas, derramaran la sangre sobre el suelo y la cubrieran con tierra.

La ofrenda por el pecado

Otra clase de ofrenda era la ofrenda por el pecado. Esta ofrenda era ofrecida cuando una persona había hecho algo malo sin darse cuenta.

Si un sacerdote había hecho algo malo, tenía que llevar un toro al tabernáculo, poner la mano sobre la cabeza del animal y matarlo. Luego debía llevar un poco de la sangre del toro dentro del tabernáculo; ponerla en el pico que estaba en cada una de las esquinas del altar pequeño que se usaba para quemar incienso; rociar otro poco delante de la cortina que separaba el lugar más santo — en donde estaba el baúl santo—, y derramar lo que sobrara de la sangre al pie del altar grande en el patio.

Luego tenía que quemar los riñones, parte del hígado y el sebo en el mismo altar, y quemar todo lo que sobrara del animal fuera del campamento.

Si todos los israelitas hacían algo malo, los ancianos debían llevar un toro, poner las manos sobre la cabeza de él, y matarlo. Luego un sacerdote hacía con el animal lo mismo que se hacía cuando un sacerdote había hecho algo malo.

Si un hombre importante hacía algo malo, debía llevar un chivo. Si cualquier persona hacía algo malo, tenía que llevar una chiva o una borrega. Si alguien no tenía para llevar una borrega o una chiva, entonces podía llevar dos palomas o dos tórtolas: una para ser ofrecida como ofrenda por el pecado, y la otra como ofrenda completa. Y si alguien ni siquiera tenía para éstas, podía llevar una ofrenda de grano en forma de harina, pero sin aceite ni incienso.

Después de que la persona que había hecho algo malo llevaba su ofrenda, su pecado sería cubierto a la vista de Dios.

Si la sangre del animal había sido rociada dentro del tabernáculo, la carne debía quemarse; si no, los sacerdotes se la podían comer.

La ofrenda por la culpa

Otra clase de ofrenda era la ofrenda por la culpa. La persona que desobedecía una de las leyes de Dios sin darse cuenta, tenía que ofrecer un borrego a Dios como ofrenda por la culpa. Una persona que había dicho mentiras usando el nombre de Dios para quitarle algo a otra persona, tenía que ofrecer también un borrego como ofrenda por la culpa; porque había usado el nombre de Dios para que otra persona creyera la mentira.

Después de que la persona que había hecho alguna de estas cosas llevaba el borrego y lo mataba, el sacerdote tenía que rociar la sangre en el altar grande y

quemar los riñones, parte del hígado y el sebo. Luego los sacerdotes se podían comer lo que quedaba de la carne. La persona también tenía que devolver lo que había quitado, más una quinta parte de su valor, el mismo día que traía la ofrenda.

La ofrenda diaria

Dios también quería que los israelitas le llevaran con regularidad ciertas ofrendas. Así que, todos los días tenían que matar dos borreguitos de un año como ofrenda completa a Dios, uno en la mañana y otro al meterse el Sol. Además tenían que ofrecer vino y ofrendas de grano con cada uno de los borreguitos. El día de descanso, tenían que ofrecer dos borreguitos de un año en la mañana, y dos más al meterse el Sol. El primer día de cada mes, tenían que matar un chivo como ofrenda por el pecado, y dos becerros, un borrego grande y siete borreguitos de un año como ofrendas completas.

37. Los sacerdotes empiezan su oficio

(basado en Levítico 8–9)

Mientras Moisés estuvo en el cerro Sinaí, Dios le dijo todo acerca de la ceremonia en la cual los sacerdotes empezaban su oficio. Así que Moisés reunió a toda la gente enfrente del tabernáculo. Lavó a Aarón y a los hijos de Aarón y luego vistió a Aarón con la ropa apropiada para el jefe de los sacerdotes, y a los hijos de éste con la ropa apropiada para los demás sacerdotes. Luego Moisés roció con el aceite perfumado el tabernáculo y sus muebles, y también a los nuevos sacerdotes.

Entonces, Aarón y sus hijos pusieron las manos sobre la cabeza de un buey y Moisés lo mató como una ofrenda por el pecado. Quemó el sebo en el altar, y lo que quedó de la carne lo quemó fuera del campamento.

Después mató un borrego como ofrenda completa, y también otro borrego que era especialmente dedicado para esta ceremonia. Puso un poco de la sangre de este segundo borrego en tres lugares del lado derecho del cuerpo de cada sacerdote: el lóbulo de la oreja, el pulgar y el dedo gordo del pie. Luego derramó lo que quedaba de la sangre al pie del altar grande.

Tomó los riñones, parte del hígado y el sebo, el cuarto trasero derecho y pan sin levadura, e hizo que Aarón y sus hijos sostuvieran en las manos todo esto y se lo ofrecieran a Dios como regalo; entonces quemó todo. También ofreció el pecho del borrego como regalo a Dios. Después, Aarón y sus hijos cocieron lo que quedaba de la carne del segundo borrego y se lo comieron con pan. La ceremonia duró una semana.

Al final de la semana, Aarón ofreció otra ofrenda por el pecado y varias ofrendas completas por él mismo. Además, ofreció por toda la gente: ofrendas por el pecado, ofrendas de grano y ofrendas compartidas.

Los israelitas hicieron cada cosa tal como Dios les había ordenado; y por eso Dios envió fuego desde las nubes, para quemar todas las ofrendas de una sola vez. Al ver aquello, todos se dieron cuenta de que Dios es muy poderoso.

38. Las leyes que los sacerdotes tienen que obedecer

(basado en Levítico 21–22)

A causa de que los sacerdotes hacían un trabajo único para Dios, tenían que obedecer algunas leyes que las demás personas no tenían que obedecer. No se les permitía ayudar a enterrar a ninguno de sus familiares, sino sólo a sus padres, hijos, hermanos y hermanas solteras; porque si tocaban un muerto, quedaban impuros delante de Dios y así no podían trabajar, por el momento, como sacerdotes. Se les permitía casarse únicamente con una vírgen o con una viuda.

El jefe de los sacerdotes tenía que obedecer leyes aun más difíciles de cumplir. A él no se le permitía ayudar a enterrar a ninguno de sus parientes, ni siquiera a sus padres. Se le permitía casarse solamente con una virgen.

Además, a ningún hombre que tuviera alguna clase de defecto físico se le permitía trabajar como sacerdote.

Dios les advirtió a los sacerdotes que solamente aquellos que estuvieran puros delante de él, podían comer la parte de la comida que les tocaba a los sacerdotes de lo que los demás israelitas le traían a Dios. Las personas de la casa de los sacerdotes también podían comer de estos alimentos.

Dios también les advirtió a los sacerdotes que no aceptaran, para las ofrendas, animales que tuvieran defectos físicos.

39. Dos de los hijos de Aarón desobedecen a Dios y pierden la vida

(basado en Levítico 10.1–7)

Los dos hijos mayores de Aarón se llamaban Nadab y Abiú. En una ocasión, no tuvieron cuidado de obedecer los mandamientos que Dios les había dado a los que servían como sacerdotes cuando pusieron lumbre e incienso en sus incensarios y se lo ofrecieron a Dios.

A Dios no le gustó esa ofrenda, porque no había sido hecha del modo que él había dicho, y envió lumbre que los mató en el mismo tabernáculo. Entonces Moisés dijo:

—Dios de veras quiere que las cosas se hagan de la manera como él dice.

Luego Moisés mandó llamar a los primos de Aarón y les ordenó sacar del campamento los cuerpos. Y a Aarón y a sus otros dos hijos, Eleazar e Itamar, les dijo que ellos no podrían salir del tabernáculo para participar en el duelo por la muerte de sus parientes; porque acababan de ser rociados con el aceite perfumado que indicaba que podían trabajar para Dios en el tabernáculo. Así que ellos obedecieron a Moisés.

40. Dios no permite a los israelitas comer ciertos alimentos

(basado en Levítico 11)

Dios les ordenó a Moisés y a Aarón que les dijeran a los israelitas que ellos podían comer la carne de algunos animales, pero de otros no. Los animales que viven en la tierra, que ellos podían comer, eran: los ruminantes con pezuña dividida, como las vacas, los borregos, los chivos y los venados. Les estaba prohibido comer otras clases de animales, como los cerdos, los conejos o los camellos. Ni siquiera les estaba permitido tocar los cuerpos de estos animales

cuando ya habían muerto. Los israelitas llamaron impuros a los animales que no se debían comer.

Se les permitía comer la carne de cualquier pescado que tuviera aletas y escamas; pero no podían comer otros animales que vivieran en el agua. Podían comer carne de cualquier ave, menos la de las aves de rapiña y de las que comieran cosas podridas. Podían comer cierta clase de chapulines, pero no otros insectos. No podían comer lagartijas ni otros animales que se arrastran en el suelo.

Si alguno de estos animales impuros caía muerto en alguna de sus cosas, esta cosa quedaba impura también. Algunos objetos que quedaban impuros, como los trastos de metal, debían lavarse antes de que pudieran usarlos otra vez; y otras cosas, como las ollas de barro, debían ser destruidas.

41. Dios le dice a Moisés qué es lo que hace que la gente sea pura o impura delante de él

(basado en Levítico 12–15; Números 19)

Cuando las personas hacían ciertas cosas o les pasaban ciertas cosas, quedaban impuras delante de Dios. Una persona impura tenía que salir a vivir afuera del campamento; no podía acercarse a las otras personas, y tampoco se le permitía ir al tabernáculo.

Todo el que tocara a esa persona quedaba impuro también. Antes de que una persona quedara pura delante de Dios otra vez, tenía que bañarse y lavar su ropa, y en ciertos casos, debía llevar ofrendas a Dios o esperar a que un sacerdote realizara otras ceremonias para purificarlo.

Las mujeres que dan a luz

Dios le dijo a Moisés que les dijera a los israelitas qué clase de ofrendas debía llevar a Dios una mujer que acababa de tener un hijo. Cada vez que diera a luz a un hijo varón, sería considerada impura durante cuarenta días. El niño debía ser circuncidado a los ocho días.

Al cumplirse los cuarenta días, ella debía llevar al sacerdote un borrego y una paloma o tórtola, para que él pudiera ofrecerlos a Dios. Entonces ella quedaría pura delante de Dios otra vez. Si era muy pobre y no podía llevar un borrego, podía llevar dos palomas o dos tórtolas.

Si daba a luz a una niña, tenía que esperar ochenta días antes de que pudiera llevar al sacerdote animales para la ofrenda y quedar pura delante de Dios otra vez.

Las enfermedades de la piel

Dios también dijo a Moisés y a Aarón, qué hacer si una persona tenía una enfermedad en la piel. Les dijo cómo saber si era grave o no. Si era grave, el sacerdote tenía que declarar que esa persona estaba impura delante de Dios, y la persona tenía que vivir fuera del campamento, y nadie podía acercársele.

Pero si la enfermedad parecía mejorar, el sacerdote la miraba y decidía si realmente estaba mejor. Si así era, el sacerdote hacía una ceremonia para la persona, fuera del campamento. Tomaba dos pájaros, mataba uno sobre un tazón con agua y rociaba con la sangre a la persona siete veces. Luego metía al pájaro vivo en la sangre y lo dejaba irse. Entonces la persona tenía que lavar su ropa, cortarse todo el pelo al rape y bañarse.

Después de seis días tenía que hacer estas tres cosas otra vez y, al día siguiente, debía traer las ofrendas debidas, que eran: dos borregos y una borrega, o un borrego y dos palomas o tórtolas, más una ofrenda de grano y un poco de aceite.

Entonces el sacerdote hacía otra ceremonia especial para la persona. Le ponía un poco de la sangre del animal que había matado como ofrenda por la culpa, en el lóbulo de la oreja derecha, el pulgar derecho y el dedo gordo del pie derecho. Después, rociaba un poco del aceite en el altar grande, y le untaba a la persona un poco en las mismas tres partes del cuerpo. Así la persona quedaba pura nuevamente delante de Dios.

Los granos

Cuando un hombre tenía un grano con pus, era considerado impuro delante de Dios, junto con todo lo que él tocara. Cualquier persona que tocara algo que él hubiera tocado, también era considerada impura; pero solamente hasta que ese día terminara. Tenía que lavar su ropa y bañarse y, entonces, cuando el Sol se metía, quedaba pura delante de Dios otra vez (esto era así porque según la costumbre de los israelitas, el día comenzaba cuando el Sol se metía).

Cuando el grano de ese hombre sanaba, tenía que llevarle al sacerdote dos palomas o dos tórtolas como ofrendas, y después de eso quedaba puro delante de Dios otra vez.

Las relaciones sexuales

Cada vez que un hombre y una mujer se acostaban juntos, tenían que bañarse después; y quedaban impuros delante de Dios hasta que el Sol se metía. Las mujeres también eran consideradas impuras durante sus días de regla. Dios no quería que quienes estuvieran impuros fueran a su tabernáculo.

Los muertos

Cuando alguien tocaba el cuerpo de un muerto o entraba en el lugar donde éste estaba, también quedaba impuro delante de Dios. Esta impureza duraba una semana, y otra persona que estaba pura delante de Dios, tenía que rociar un poco de agua preparada sobre la persona impura al tercer y al séptimo día. Esta agua estaba mezclada con las cenizas de una vaca colorada que había sido completamente quemada. Al séptimo día, la persona impura debía bañarse y lavar su ropa, y al meterse el Sol quedaba otra vez pura delante de Dios.

**42. Dios le da a Moisés otras leyes que desea
que obedezcan los israelitas**
(basado en Levítico 18–20)

Dios le dio a Moisés muchas otras leyes que deseaba que los israelitas obedecieran. Dios les dijo que si ellos obedecían sus leyes, vivirían con él para siempre.

Las relaciones sexuales

Una de estas leyes era que los israelitas no debían tener relaciones sexuales con ningún pariente cercano. Otra era que un hombre no debía tener relaciones sexuales con otro hombre ni una mujer con otra mujer, y también que la gente no debía tener relaciones sexuales con los animales. También les dijo que los hombres no debían tener relaciones sexuales con una mujer durante los días de su regla.

Dios les dijo que las gentes que vivían en la región de Canaán hacían todas esas cosas malas, y que por eso iba a quitarles su tierra y a dársela a ellos, los israelitas. Dios quería que obedecieran todas las leyes que les había dado, para que no tuviera que castigarlos también a ellos.

La vida justa

Dios les dijo a los israelitas que tenían que ser gente santa y diferente a la demás, que obedeciera las leyes que él les había dado; porque él era santo. Les recordó que debían respetar a sus padres, descansar en el día de descanso y no hacerse ninguna imagen; y también, que no robaran ni engañaran a nadie, y que no prometieran en el nombre de él algo que no iban a cumplir.

Les dijo que les pagaran a sus mozos al terminar cada día, y que fueran amables con los sordos, los ciegos, los pobres y los extranjeros.

Les dijo que nunca odiaran a sus paisanos israelitas, ni trataran de vengarse de nadie. Debían tratar a todos los demás tan bien como a ellos mismos, y no debían ir a consultar adivinos o los que hablan con los espíritus de los muertos.

Debían pesar y medir honradamente, usando la misma medida o pesa para vender y para comprar. También les dijo que debían dar muerte a cualquiera que matara a uno de sus hijos como ofrenda a un dios falso. Dios les recordó que debían obedecer todas las leyes que les había dado, para que pudieran quedarse a vivir en Canaán.

43. Dios le habla a Moisés sobre las fiestas religiosas que los israelitas debían celebrar

(basado en Levítico 16; 23; Números 28.16–29.40)

Dios le dijo a Moisés que les recordara a los israelitas descansar el último día de cada semana. Tenían que hacer todo el trabajo en los otros seis días, y el día de descanso debían reunirse a la entrada del tabernáculo para adorarlo.

La Pascua

La primera fiesta del año era la Pascua, que se celebraba en la primavera, el día catorce del primer mes de su año. Ellos celebraban esta fiesta para recordar cómo Dios los había sacado de Egipto. Después, de los días quince al veintiuno del primer mes, se celebraba el tiempo llamado: los días en que se come pan sin levadura. Durante esa fiesta, eran días de descanso el quince y el veintiuno, además del día de descanso al final de cada semana.

Todos los días de la semana en que comían pan sin levadura, la gente tenía que matar varios animales como ofrendas a Dios. Cada día mataban dos becerros, un borrego grande y siete borreguitos de un año como ofrendas completas; y cada uno de los animales iba acompañado de una ofrenda de grano. También, cada día mataban un chivo como ofrenda por el pecado.

Las primeras cosechas

Durante la semana en que comían pan sin levadura, se celebraba la fiesta llamada: fiesta de las primeras cosechas. Un día después del día de descanso normal de esa semana, la gente tenía que llevar al sacerdote el primer manojito de grano que hubieran cosechado ese año, como regalo para Dios.

También debían llevar un borrego como ofrenda completa, una ofrenda de grano y un poco de vino. No podían comer el grano de la cosecha nueva ni hacer pan con él hasta que hubieran llevado esta ofrenda. (Claro que durante su viaje por el desierto no podían dar esta ofrenda, porque no tenían ningún sembrado; pero Dios les decía estas cosas para que las hicieran después de que llegaran a Canaán.)

El pentecostés

Cincuenta días después, contando como el primer día la fiesta de las primeras cosechas, se celebraba la fiesta llamada: pentecostés. Durante esta fiesta, los israelitas tenían que ofrecerle a Dios, un regalo de la cosecha de ese año.

También tenían que matar: siete borreguitos de un año, un toro y dos borregos grandes, como ofrendas completas; un chivo como ofrenda por el pecado; y dos borreguitos de un año como ofrenda compartida. Este día era un día de descanso, además del último día de la semana.

Dios también les dijo que cuando recogieran sus cosechas no debían recoger todo, y que tampoco debían levantar lo que se les hubiera caído. Debían dejar un poco de la cosecha en el terreno, para que la gente muy pobre viniera y la recogiera.

Las trompetas

El primer día del séptimo mes se celebraba la fiesta llamada: fiesta de las trompetas. Éste era otro día más de descanso, y todos tenían que reunirse en el tabernáculo, y matar animales como ofrendas a Dios. Tenían que matar: un becerro, un borrego grande y siete borreguitos de un año como ofrendas completas, cada uno acompañado de una ofrenda de grano; además, un chivo como ofrenda por el pecado.

El día de arrepentimiento

El día diez del séptimo mes se celebraba la fiesta llamada: día de arrepentimiento. Ésta era una fiesta muy importante, porque durante este día los

israelitas debían decirle a Dios que estaban arrepentidos del mal que habían hecho durante el año y pedirle que los perdonara. Éste era un día de descanso además del último día de la semana.

En este día los sacerdotes realizaban ceremonias especiales en el tabernáculo, para pedirle a Dios que todo el mal que los israelitas habían hecho durante ese año fuera cubierto. Éste era el único día de todo el año en que alguien podía pasar a la parte donde estaba el baúl santo, que estaba detrás de la cortina del tabernáculo, y en donde Dios mismo aparecía en una nube sobre el baúl. Solamente el jefe de los sacerdotes podía entrar allí ese día; pero tenía que hacer todo exactamente como Dios les había dicho que se debía hacer o, de otra manera, moriría.

Ese día el jefe de los sacerdotes debía bañarse y ponerse ropa limpia de lino. Tenía que llevar: un becerro como ofrenda por el pecado y un borrego como ofrenda completa por él y por los demás sacerdotes; y dos chivos como ofrenda por el pecado y un borrego como ofrenda completa por todos los israelitas.

Luego tenía que echar suertes para escoger uno de los dos chivos, para matarlo como ofrenda por el pecado (el otro se dejaba libre para que huyera al desierto).

Cuando el jefe de los sacerdotes iba al cuarto donde estaba el baúl santo, tenía que: llevar un incensario con carbón encendido y dos puños de incienso para quemarlo sobre el carbón mientras entraba; luego, rociar la tapa del baúl con la sangre del toro; después, salir al patio y matar el chivo que era la ofrenda por el pecado; volver a entrar llevando el incienso, y también rociar la tapa con la sangre del chivo. Además, tenía que rociar el otro cuarto del tabernáculo y el altar grande del patio con la sangre de los animales.

Después, tenía que poner las manos sobre la cabeza del chivo vivo y mencionar en voz alta las cosas malas que los israelitas habían hecho durante ese año. Luego, alguien sacaba al chivo al desierto y lo dejaba ir, como símbolo de que todas las cosas malas que los israelitas habían hecho ese año habían sido pasadas al chivo y llevadas lejos.

Después de esto, el jefe de los sacerdotes se quitaba la ropa de lino y se ponía la ropa que usaba normalmente cuando trabajaba para Dios en el tabernáculo. Entonces salía al patio y terminaba de presentar las ofrendas. Tenía que quemar en el altar grande los cuerpos completos de los animales ofrecidos

como ofrendas completas, y también el sebo de los animales ofrecidos como ofrendas por el pecado.

Luego, alguien tenía que quemar fuera del campamento lo que quedaba de los cuerpos de los animales ofrecidos como ofrendas por el pecado. En ese día, los israelitas tenían que matar también un becerro, un borrego grande y siete borreguitos de un año como ofrendas completas, cada uno acompañado de una ofrenda de grano; y un chivo como ofrenda por el pecado.

Las enramadas

El día quince del séptimo mes, comenzaba la fiesta llamada: fiesta de las enramadas. Duraba una semana, y el primero y octavo días eran también días de descanso; en estos días los israelitas tenían que reunirse en el tabernáculo.

Al comenzar esta fiesta, la gente tenía que construir enramadas y vivir en ellas durante esa semana. Hacían esto para que les ayudara a recordar cómo habían vivido cuando venían viajando desde Egipto a Canaán.

Ésta era una fiesta muy alegre, en la que ellos daban gracias a Dios por las cosechas y por todo lo bueno que había hecho por ellos. Los israelitas también tenían que ofrecer, en esos días, animales como ofrendas completas y ofrendas por el pecado.

44. Un hombre maldice a Dios y es castigado

(basado en Levítico 24.10–23)

Una vez un hombre, de padre egipcio y madre israelita, se peleó con otro hombre y maldijo a Dios. Entonces Dios le dijo a Moisés:

—Lleva a este hombre fuera del campamento junto con todas las personas que lo oyeron. Todos los que oyeron lo que dijo deben poner las manos sobre la cabeza de ese hombre, y después apedrearlo hasta matarlo. Esto es lo que deben hacer con cualquier persona que me maldiga.

Y así lo hicieron.

**45. Dios le da a Moisés leyes acerca de
los terrenos y las casas**
(basado en Levítico 25)

El año de descanso

Dios le ordenó a Moisés decirles a los israelitas que del mismo modo que tenían días de descanso para ellos mismos, debían dejar descansar sus terrenos. Después de seis años de cultivar sus terrenos, el séptimo año debían dejarlos descansar. Ese año no podían sembrar, desyerbar, podar ni cosechar.

Los pobres y los extranjeros podían entrar a los campos ese año y recoger lo que crecía allí por sí solo; y los animales podían comer allí también. El dueño del terreno también podía recoger de lo que crecía allí; pero tenía que usarlo luego luego, y no podía recoger todo para guardarlo.

El jubileo

Cada cincuenta años, es decir, después de que ya se hubiera celebrado siete veces el año de descanso, se debía celebrar un año especial de descanso llamado: año del jubileo. En ese año los israelitas no podían cultivar la tierra; además, había ciertas leyes que debían obedecer sólo durante ese tiempo.

Ese año, el terreno que un israelita le hubiera vendido a otro israelita volvería a la familia de su primer dueño; de esta manera, el terreno seguiría perteneciéndole a la familia que la hubiera recibido cuando Canaán fuera dividida entre las doce tribus de los israelitas. Esta ley se aplicaría tanto a los terrenos como a las casas de los pueblos pequeños, pero no a las casas de las ciudades que tenían muros alrededor.

Otra ley que los israelitas debían obedecer solamente en el año del jubileo, era que debían dejar libre a cualquier israelita que por vivir en la pobreza se hubiera tenido que vender como esclavo.

**46. Dios le explica a Moisés la manera en que
la gente podía ofrecerle regalos**
(basado en Levítico 27)

Cuando una persona quería prometerle alguna cosa a Dios, podía ofrecerle: gente, animales, casas o terrenos.

Si le ofrecía gente, tenía que pagarles a los sacerdotes un cierto número de monedas de plata, que dependía de la edad y sexo de la persona.

Si le ofrecía un animal apropiado para una ofrenda, tenía que matarlo y ofrecérselo a Dios; pero si le ofrecía otro tipo de animal, podía vender el animal y darles a los sacerdotes el dinero que había recibido por él; o si no, pagarles a los sacerdotes el valor del animal más la quinta parte de su valor, y quedarse con el animal.

Si le ofrecía una casa a Dios, entonces podía vender la casa y darles el dinero a los sacerdotes; o si no, pagar el valor de la casa más la quinta parte de su valor, y quedarse con la casa.

Si le ofrecía parte de su terreno a Dios, entonces los sacerdotes calculaban el valor del terreno de acuerdo con el número de cosechas que faltaban antes del año del jubileo; entonces la persona les permitía a los sacerdotes usar el terreno hasta el año del jubileo. En el año del jubileo, este terreno volvía a su dueño. Otra manera de ofrecer un terreno a Dios era pagar todo el valor del terreno más la quinta parte a los sacerdotes; entonces la persona se quedaba con el terreno.

Había algunas cosas que no se podían ofrecer a Dios porque ya le pertenecían. Una cosa que ya le pertenecía era la primera cría de cada animal y también la décima parte de las cosechas y de los animales.

Otra cosa, también, era cualquier criminal o prisionero de guerra que Dios dijera que tenían que matar. Estas personas no podían quedar libres ni pagando dinero ni matando un animal en lugar de ellos.

SÉPTIMA PARTE

El castigo de los israelitas: viaje por el desierto

47. Dios le dice a Moisés que levante un censo y que le señale a cada tribu israelita un lugar para acampar *(basado en Números 1–2)*

Un año después de que los israelitas habían salido de Egipto, Dios le dijo a Moisés que él y Aarón debían levantar un censo de las doce tribus israelitas. Además, señaló un hombre importante de cada tribu para que les ayudara.

Entonces contaron a todos los hombres de veinte años para arriba, de las tribus de: Rubén, Simeón, Judá, Isacar, Zabulón, Efraín, Manasés, Benjamín, Dan, Aser, Gad y Neftalí; pero no contaron la tribu de Leví. En total, eran seiscientos tres mil quinientos cincuenta hombres (603,550).

Dios le dijo a Moisés que los israelitas debían acampar alrededor del tabernáculo. La parte de enfrente del tabernáculo debía mirar al oriente, y de ese lado se colocarían las tribus de Judá, Isacar y Zabulón; ellos serían los primeros en echar a andar cuando el campamento se levantara para ir a otra parte. Al lado sur del tabernáculo, se colocarían las tribus de Rubén, Simeón y Gad, y ellos echarían a andar después. Al poniente del tabernáculo se colocarían las tribus de Efraín, Manasés y Benjamín, y ellos serían los siguientes en salir. Al norte del tabernáculo se colocarían las tribus de Dan, Aser y Neftalí, y ellos serían los últimos en echar a andar.

48. Dios escoge a la tribu de Leví para ayudar a los sacerdotes *(basado en Números 3–4; 7–8)*

Cuando los israelitas salieron de Egipto, Dios les dijo que el hijo mayor de cada familia le pertenecía, porque él no los había matado cuando mató a todos los hijos mayores de los egipcios. Pero cuando los israelitas estaban junto al cerro Sináí, Dios les dijo que tomaría en lugar de ellos a la tribu de Leví. Los de esta tribu eran llamados levitas, y a esa tribu pertenecían Moisés y Aarón.

Dios dijo que los levitas debían ayudar a Aarón y a los otros sacerdotes; sin embargo, no se les permitía ayudar a presentar las ofrendas, porque solamente los sacerdotes podían hacer esto. El trabajo de los levitas era transportar el tabernáculo, sus muebles y todos los utensilios que se usaban en él, y ayudar a los sacerdotes en lo que fuera necesario.

Los tres grupos de levitas

Los levitas se dividieron en tres grupos. Los descendientes de Coat, un hijo de Leví, formaban uno de esos grupos. Moisés, Aarón y los demás sacerdotes eran descendientes de Coat; y ellos tenían su trabajo para servir a Dios. Los demás descendientes de Coat tenían el trabajo de cargar los muebles del tabernáculo cuando los israelitas iban hacia otro lugar.

Los descendientes de Gersón, otro hijo de Leví, formaban el segundo grupo; ellos tenían el trabajo de cargar todas las cortinas y las cubiertas del techo. Los descendientes de Merari, el tercer hijo de Leví, formaban el tercer grupo; ellos tenían el trabajo de llevar todas las tablas y travesaños.

Además, los hombres más importantes de las otras doce tribus traían seis carretas y seis pares de bueyes para que las jalaran, y entregaban todo a los levitas para ayudarles en su trabajo. Cuatro de las carretas eran para los descendientes de Merari, porque las tablas eran muy pesadas, y las otras dos para los descendientes de Gersón.

A los descendientes de Coat no se les dio ninguna de las carretas, porque los muebles eran muy santos y Dios había dicho que debían transportarlos en palos que la gente cargaría sobre los hombros.

Además, hubo una ceremonia especial para hacer que los levitas estuvieran puros delante de Dios y a fin de que, desde ese día, lo sirvieran a él. En esta ceremonia los levitas mataron dos toros, uno como ofrenda completa y el otro como ofrenda por el pecado.

Los levitas acamparon alrededor del tabernáculo, entre el tabernáculo y los demás israelitas. Moisés, Aarón y los sacerdotes acamparon al oriente del tabernáculo, cerca de la entrada; los otros descendientes de Coat acamparon al

poniente, los descendientes de Gersón al sur y los descendientes de Merari al norte.

49. Dios le habla a Moisés sobre la promesa de los nazareos

(basado en Números 6; 30)

Dios le dijo a Moisés lo que no debería hacer una persona que se quisiera dedicar al servicio de Dios por un tiempo o por toda la vida. Había tres cosas que no podía hacer durante el tiempo que estuviera dedicada a Dios: no podía tomar vino ni comer uvas, no podía cortarse el pelo y no podía acercarse a un muerto, aunque fuera un familiar muy cercano, porque si lo hacía quedaba impura delante de Dios.

Esa persona debía permanecer pura delante de Dios durante todo el tiempo que había prometido dedicarse a su servicio, y si por alguna razón quedaba impura, tenía que empezar de nuevo con su promesa.

Cuando terminaba el plazo de su dedicación, debía llevar un borrego como ofrenda completa, una borrega como ofrenda por el pecado, otro borrego como ofrenda compartida y pan; y uno de los sacerdotes le ofrecía todas estas cosas a Dios. Después, en la misma entrada del tabernáculo, la persona que había hecho la promesa tenía que cortarse el cabello al rape y echarlo a la lumbre junto con la ofrenda compartida.

Entonces el sacerdote ponía un cuarto delantero cocido del borrego que había matado como ofrenda compartida, y un poco de pan en las manos de la persona; y esta persona se los ofrecía a Dios como regalo especial. Entonces la persona le daba el cuarto trasero derecho y el pecho del animal al sacerdote, como lo hacían con las ofrendas compartidas. Después de haber hecho todo esto, la promesa terminaba y la persona podía beber vino otra vez.

Después de que alguien hacía una promesa de este tipo, tenía que hacer todo lo que Dios quería que él hiciera o, si no, Dios lo acusaría de haber hecho mal al no cumplir su promesa.

Si una mujer hacía una promesa de éstas, pero su padre o su esposo decía que ella no debía cumplirla, Dios la perdonaba. Pero si el esposo o el padre decía

que estaba bien, o si sabían de esto pero no decían nada, entonces la mujer tenía que cumplir la promesa.

50. Los israelitas se van del cerro Siná y se dirigen a Canaán

(basado en Números 9.15–10.36)

Desde que fue construido el tabernáculo, una nube lo cubrió durante el día y una luz brillante lo iluminó durante la noche. Los israelitas sabían que no debían seguir su camino mientras la nube estuviera sobre el tabernáculo, y que debían ir tras ella cuando la nube se moviera de allí.

El día veinte del segundo mes, un poco más de un año después de que habían salido de Egipto, la nube se levantó del tabernáculo. Entonces, los israelitas echaron a andar; primero lo hicieron las tribus de Judá, Isacar y Zabulón; después los levitas que llevaban las tablas y las cortinas; les seguían las tribus de Rubén, Simeón y Gad, y luego venían los demás levitas que llevaban los muebles del tabernáculo. (De esta manera, cuando los muebles llegaran al lugar donde iban a acampar, el tabernáculo ya estaría armado y listo para que los colocaran.)

Luego salieron las tribus de Efraín, Manasés y Benjamín, y por último las tribus de Dan, Aser y Neftalí.

51. Los israelitas se quejan de Dios dos veces

(basado en Números 11)

Los israelitas se quejan y Dios manda lumbre

Poco después, los israelitas se quejaron de las cosas difíciles que tenían que soportar, y Dios se enojó con ellos y mandó lumbre que empezó a quemar el campamento. Entonces fueron y le dijeron a Moisés que le pidiera a Dios que la apagara; Moisés lo hizo, y Dios apagó la lumbre.

Los setenta ancianos y las codornices

Tiempo después, los israelitas se cansaron de comer maná y desearon comer de lo que comían antes en Egipto. Entonces, se comenzaron a quejar y Dios se enojó con ellos. También Moisés se enojó con ellos, y le dijo a Dios que ya no podía seguir siendo responsable de tanta gente, y le pidió que lo ayudara.

Entonces Dios le dijo a Moisés que reuniera un grupo de setenta ancianos, y prometió darles sabiduría para que fueran capaces de ayudar a Moisés.

Dios también dijo que les daría carne a los israelitas para que comieran por todo un mes, hasta que se cansaran de ella. Como Moisés no podía creer que de veras Dios les iba a mandar carne suficiente para alimentar a seiscientos mil hombres por un mes, Dios le dijo:

—Yo puedo hacer cualquier cosa; ya lo verás.

Así que Moisés reunió al grupo de setenta ancianos, y Dios les ayudó a ser muy sabios para que pudieran ayudar a Moisés.

Entonces Dios mandó una gran bandada de codornices, que volaron muy bajo sobre el campamento. Toda la gente atrapó codornices y las mató, y pusieron a secar la carne. Pero como Dios estaba enojado por las quejas, envió una enfermedad al campamento y mucha gente se enfermó y murió.

52. María y Aarón sienten envidia de Moisés

(basado en Números 12)

Poco después de que Dios había enviado las codornices, María y Aarón empezaron a hablar mal de su hermano Moisés. A ellos no les caía bien la mujer negra con quien él se había casado, y pensaban además, que él mismo se consideraba el más importante de todos. Pero eso no era verdad, porque Moisés era muy humilde.

Como Dios sabía lo que estaban diciendo María y Aarón, les ordenó a los tres que fueran a su tabernáculo. Allí regañó a María y a Aarón por hablar mal de Moisés, y les dijo que a Moisés le hablaba directamente, porque para él, era un

siervo muy diferente a todos los demás. Entonces castigó a María, haciéndola sufrir de una grave enfermedad de la piel.

Moisés le pidió a Dios que la sanara, y Dios la sanó; pero dijo que como castigo debía permanecer una semana fuera del campamento.

53. Los israelitas mandan a doce hombres a espiar la región de Canaán

(basado en Números 13–14)

Los espías van a Canaán

Después de que María regresó al campamento, los israelitas caminaron hasta el lugar llamado Parán. Allí Dios le dijo a Moisés que mandara a doce hombres, uno de cada tribu, para que espieran la región de Canaán.

Entonces Moisés los mandó y les dijo que vieran cómo era la gente que vivía allí, cómo era la región y si el terreno era bueno para cultivar. Y se fueron.

Los espías cuentan lo que vieron

Los doce hombres regresaron a los cuarenta días, y les contaron a todos los demás israelitas lo que habían visto.

Les dijeron que la región era muy buena, pero que la gente que vivía allí era muy fuerte y algunos de ellos eran muy altos, y sus ciudades estaban muy bien protegidas.

Solamente Josué, el espía de la tribu de Efraín, y Caleb, el espía de la tribu de Judá, dijeron que los israelitas debían seguir con sus planes y atacar esa región; porque creían que Dios les ayudaría. Los otros diez espías pensaban que los israelitas nunca podrían conquistar aquella región.

Los israelitas no hacen caso a Josué y a Caleb

Toda la gente les hizo caso a los diez en lugar de hacerles caso a Josué y a Caleb, y comenzaron a quejarse contra Moisés y Aarón otra vez. Decían que hubiera sido mejor quedarse en Egipto, y hasta empezaron a hablar de nombrar un nuevo líder que los llevara de regreso a Egipto.

Dios se enoja con los israelitas

Entonces Dios le habló a Moisés y le dijo que iba a matar a todos los israelitas, pero que iba a hacer de los descendientes de Moisés toda una nación. Dios estaba muy enojado con los israelitas porque, a pesar de todas las cosas maravillosas que había hecho por ellos, aún no creían que les daría Canaán.

Sin embargo, Moisés le dijo a Dios que si hacía esto y los egipcios lo sabían, dirían que él no era lo suficientemente fuerte como para darles Canaán a los israelitas, y que por eso los había matado a todos. Moisés le pidió a Dios que, una vez más, perdonara a los israelitas.

Dios les hace caminar cuarenta años por el desierto

Y Dios le dijo:

—Está bien; pero los haré caminar cuarenta años por el desierto, y durante ese tiempo morirán todos aquellos que no quisieron creer que yo les iba a dar Canaán; solamente Josué y Caleb vivirán para poder entrar en Canaán.

Así que Moisés le dijo a la gente lo que Dios le había dicho y ellos se pusieron muy tristes. Entonces decidieron atacar Canaán, pero Dios no los ayudó y perdieron la batalla. Esto sucedió porque Dios había decidido hacerlos caminar por el desierto durante cuarenta años.

54. Coré, Datán y Abiram se rebelan contra Dios

(basado en Números 16–17)

Coré, Datán y Abiram acusan a Moisés

Un hombre llamado Coré dijo un día que ya no quería obedecer a Moisés. Coré era descendiente de Coat, hijo de Leví, al igual que Moisés. También Datán y Abiram, dos hombres de la tribu de Rubén, estuvieron de acuerdo con él, junto con otros doscientos cincuenta hombres importantes.

Así que fueron a ver a Moisés y a Aarón, y los acusaron de haberse puesto como líderes de los otros israelitas.

Entonces Moisés les dijo que a la mañana siguiente Dios diría a quién había escogido para que le presentara las ofrendas. Luego regañó a Coré porque aunque era uno de los levitas que Dios había escogido para llevar los muebles de su tabernáculo, él no se conformaba con eso, sino que también quería ser sacerdote.

Entonces Moisés mandó llamar a Datán y Abiram, pero ellos se negaron a ir, y le mandaron decir que él los había engañado, porque les había prometido un buen lugar para vivir y, en lugar de eso, andaban viajando por el desierto. Además, dijeron que Moisés no tenía derecho de ponerse, por sí mismo, como su líder.

Dios castiga a Coré, Datán y Abiram

Moisés le dijo a Coré que al día siguiente, reuniera a todos los rebeldes a la entrada del tabernáculo, y que cada uno llevara un incensario con incienso. Así lo hicieron; y Dios le dijo a la demás gente que se quedara lejos de las tiendas de campaña donde vivían los tres líderes de los rebeldes.

Entonces Dios hizo que la tierra se abriera debajo de ellos, y cayeron los tres hombres junto con sus familias y sus posesiones. Dios también mandó lumbre desde la nube que cubría el baúl santo de Dios y quemó a los doscientos cincuenta hombres que le estaban ofreciendo incienso. De esta manera, Dios demostró que él había escogido a Aarón para ser el jefe de los sacerdotes.

Al día siguiente, la gente comenzó a quejarse de que Moisés y Aarón tenían la culpa de que algunos israelitas hubieran muerto. Entonces Dios se enojó con la gente y comenzó a matar a todos; pero Moisés le dijo a Aarón que quemara incienso donde estaba la gente, y entonces, tal vez Dios dejaría de matarlos. Así lo hizo Aarón, pero ya habían muerto más de catorce mil personas.

La vara de Aarón

Luego Dios le dijo a Moisés que le trajeran una vara de cada una de las tribus, y que escribieran en la vara el nombre del hombre más importante de esa tribu, y que escribiera el nombre de Aarón en la vara de la tribu de Leví. Le dijo entonces que pusiera las varas en su tabernáculo, en el cuarto más santo, y que a la vara del hombre que él había escogido para ser el sacerdote le brotarían hojas.

Entonces Moisés les dijo a los israelitas lo que Dios le había dicho, y cada tribu trajo una vara. Moisés las puso dentro del tabernáculo y, al día siguiente, encontró que a la vara con el nombre de Aarón no sólo le habían salido hojas, sino también flores y frutos. Así que llevó las doce varas afuera, para que los israelitas pudieran verlas por sí mismos.

Luego Dios le dijo a Moisés que pusiera la vara de Aarón otra vez dentro del tabernáculo, como advertencia a cualquier otro que quisiera quejarse por no ser sacerdote; así que Moisés la puso otra vez en el tabernáculo.

55. Moisés y Aarón desobedecen a Dios

(basado en Números 20.1–13; 22–29)

Los israelitas llegaron a un lugar llamado Cades, y allí no había agua para que bebieran. Entonces la gente se quejó con Moisés:

—Hubiera sido mejor que Dios nos hubiera matado a todos, junto con Coré, Datán y Abiram. Ustedes nos sacaron de Egipto en balde; y esta tierra es tan seca que no crece nada, y ni siquiera hay agua para beber.

Entonces Moisés y Aarón fueron a la entrada del tabernáculo y Dios le dijo a Moisés:

—Toma tu vara, y entonces tú y Aarón reúnan a toda la gente. Luego háblale a la roca, y saldrá agua de ella.

Moisés y Aarón reunieron a la gente, y Moisés les dijo muy enojado:

—¡Yo no sé por qué tengo que sacar agua de esta roca, si son tan rebeldes!

Entonces golpeó la roca con su vara dos veces, y salió agua de la roca y hubo suficiente para toda la gente y para los animales.

Pero Dios se enojó con Moisés y Aarón porque no habían confiado en él; él le había dicho a Moisés que le hablara a la roca, y él, en lugar de eso, le habló con enojo a la gente y golpeó la roca.

Por eso Dios les dijo a Moisés y Aarón que no guiarían a los israelitas a entrar en la región de Canaán, sino que morirían allí en el desierto. Al poco tiempo murió Aarón, y Eleazar, el hijo mayor que le quedaba, se convirtió en jefe de los sacerdotes.

56. Los israelitas se quejan y Dios manda víboras para que los piquen

(basado en Números 20.14–21; 21.4–9)

Los israelitas siguieron su camino a la región de Canaán, pero tuvieron que tomar un camino más largo porque la gente de Edom, que eran descendientes de Esaú, el hermano de Jacob, no los dejaban pasar por su territorio. Perdieron la paciencia y comenzaron a quejarse otra vez de Dios y de Moisés.

Los israelitas se quejaban de que estaban cansados de viajar por el desierto y de comer maná; por esto Dios mandó víboras a su campamento, que picaron a mucha gente, y muchos murieron a causa de las picaduras.

Como le gente se dio cuenta de que Dios había mandado las víboras para castigarlos por quejarse, fueron y le dijeron a Moisés que le pidiera a Dios que quitara las víboras.

Moisés así lo hizo, y Dios le dijo que hiciera una víbora de bronce y la pusiera en lo alto de un palo, para que cualquier persona que hubiera sido picada

mirara a la víbora de bronce, y así pudiera salvarse. Moisés hizo la víbora de bronce, y mucha gente que había sido picada por las víboras se salvó con sólo mirarla.

57. Los israelitas ganan dos guerras

(basado en Números 21.21–35)

Los israelitas mandaron un mensaje al rey de los amorreos, quienes vivían al oriente del río Jordán, pidiéndole que los dejara pasar en paz por su territorio.

Pero él dijo que no, y reunió su ejército y fue a atacarlos. Entonces los israelitas reunieron su ejército, y pelearon contra los amorreos; les ganaron la guerra, los mataron, ocuparon su territorio y vivieron en él.

Luego se fueron hacia el territorio llamado Basán; el rey de Basán reunió su ejército, y peleó contra ellos. Dios les dijo a los israelitas que no tuvieran miedo, porque él también los iba a ayudar a vencer a la gente de Basán. Así pues, los israelitas ganaron la guerra, mataron a la gente de Basán y vivieron en su territorio.

58. Balaam y el rey de Moab

(basado en Números 22–25; 31)

Los israelitas acampan en Moab

Después de que los israelitas habían vencido a los amorreos y a la gente de Basán, fueron y acamparon en el territorio llamado Moab, que queda enfrente de Canaán, del otro lado del río Jordán. A los moabitas les dio mucho miedo al ver a los israelitas, porque eran muchos y porque ya habían ganado dos guerras.

El rey de Moab llama a Balaam

Entonces el rey de Moab mandó a llamar a un adivino llamado Balaam, para que maldijera a los israelitas; además, la gente de Madián comenzó a

cooperar con los moabitas. Cuando Balaam supo lo que querían, les dijo que se esperaran para ver qué le decía Dios; y Dios le advirtió que no fuera a maldecir a los israelitas porque él quería hacer que les fuera muy bien. Así que Balaam les contestó que no iría.

Entonces el rey de Moab mandó a otro grupo de mensajeros más importantes que los primeros, y ellos le rogaron a Balaam que fuera. Le dijeron que el rey de Moab le daría muchas cosas si iba y maldecía a los israelitas. Entonces Balaam le preguntó otra vez a Dios qué debía hacer, y Dios le dijo que podía ir; pero que debía hacer solamente lo que él le dijera.

Balaam y su burra

Como en realidad Dios no quería que Balaam fuera, envió a un ángel para que no le permitiera seguir su camino. Balaam iba montado en su burra, y la burra vio al ángel parado en el camino; pero él no lo vio. Entonces la burra se salió del camino y Balaam le pegó.

Luego, el ángel se paró en un lugar donde había pared a ambos lados del camino. Al verlo la burra trató de dar un rodeo; pero se pegó tanto a la pared que aplastó el pie de Balaam, y Balaam le pegó otra vez.

Entonces el ángel se fue a parar a un lugar donde el camino era muy angosto. Esta vez, la burra se echó al ver al ángel, y Balaam se enojó muchísimo y le pegó más fuerte.

Dios hizo que la burra hablara, y ella le preguntó a Balaam por qué le pegaba.

Él le respondió que le pegaba porque lo hacía aparecer como un tonto.

Entonces la burra le volvió a preguntar a Balaam si alguna vez se había negado a obedecerlo, y él dijo que no.

Entonces Dios hizo que Balaam viera al ángel parado en el camino con una espada en la mano. El ángel regañó a Balaam por pegarle a su burra, y le dijo que había venido para impedirle seguir su camino.

Balaam respondió que estaba dispuesto a regresarse; pero el ángel le dijo que podía ir con los mensajeros, con la condición de que dijera solamente lo que Dios le ordenara decir.

Balaam trata de maldecir a los israelitas

Así que Balaam fue a donde estaba el rey de Moab y, al día siguiente, subieron a un cerro desde el cual se podía ver todo el campamento de los israelitas.

Entonces Balaam le dijo al rey de Moab que hiciera siete altares y que ofrendara un toro y un borrego en cada uno. Así lo hizo el rey de Moab.

Luego, Balaam le dijo que lo esperara ahí mientras iba a ver si Dios decía algo. Balaam se alejó un poco y Dios le dijo lo que debía decir; entonces regresó y le dijo al rey de Moab:

—Usted me mandó a llamar para que viniera a maldecir a los israelitas, pero no me ha sido posible hacerlo porque Dios quiere hacer que les vaya bien. Él los ha hecho tantos que ni siquiera pueden contarse. A mí me gustaría ser uno de ellos.

Cuando el rey de Moab oyó esto, se enojó mucho; pero Balaam le recordó que él sólo podía decir lo que Dios le dijera.

Balaam trata por segunda vez de maldecir a los israelitas

Entonces el rey de Moab llevó a Balaam a otro cerro, hizo otros siete altares y ofrendó toros y borregos; esta vez Balaam dijo:

—Mire, Dios no cambia de parecer como lo hace la gente. Él dijo que iba a hacer que les fuera bien a los israelitas, y lo cumplirá. Eso es lo que él me ha dicho que diga, y no puedo cambiarlo. Dios no ve nada malo en los israelitas y está con ellos; ninguna maldición les hará daño.

Esto no le gustó nada al rey de Moab, y le dijo a Balaam que si no podía maldecir a los israelitas, cuando menos no estuviera de parte de ellos.

Balaam trata por tercera vez de maldecir a los israelitas

Luego el rey de Moab llevó a Balaam a un tercer cerro, hizo otros siete altares y mató toros y borregos. Esta vez Balaam no trató de usar ninguno de sus métodos de adivinación, porque sabía que Dios de veras tenía la intención de hacer que les fuera bien a los israelitas. Miró hacia el campamento de los israelitas, y el Espíritu de Dios le dijo lo que debía decir. Balaam dijo:

—Dios me está permitiendo tener una visión muy clara acerca de los israelitas. Ellos llegarán a ser muy poderosos porque Dios de veras los está apoyando. Les va a ayudar a vencer a todos sus enemigos. Va a dejar que les vaya mal a los que quieran que les vaya mal a los israelitas; pero hará que les vaya bien a los que les deseen lo mismo a los israelitas.

Al oír esto, el rey de Moab se puso furioso y mandó a Balaam de regreso a su casa; le dijo que había pensado hacerlo muy rico y famoso, pero que ya no lo haría. Balaam le recordó que sólo podía decir lo que Dios le dijera. Aceptó irse a su casa, pero dijo que tenía algo más que decir:

—Dios me está permitiendo tener una visión muy clara acerca de los israelitas. Veo a un israelita que nacerá en alguno de los años venideros. Él vencerá a los moabitas, edomitas, amalecitas y a los ceneos también.

Entonces Balaam se fue a su casa.

El consejo de Balaam

Sin embargo, Balaam aconsejó a las mujeres de Moab y Madián que buscaran otra forma de perjudicar a los israelitas. Como eran muy listas, fueron a visitar a los israelitas y los invitaron a ir a las fiestas donde les ofrecían animales a sus imágenes. Así que algunos de los israelitas comenzaron a adorar a las imágenes, y también a acostarse con las mujeres de Moab y Madián.

Entonces, Dios se enojó mucho con ellos, y les ordenó a Moisés y a los otros dirigentes de los israelitas, matar a todas las gentes que habían adorado imágenes. También les ordenó que atacaran a los madianitas, para castigarlos por haber engañado a los israelitas.

Los israelitas reunieron un ejército, pelearon contra los madianitas, y ganaron la batalla. Mataron a Balaam y los hombres madianitas, y se llevaron a las mujeres y a los niños, y también al ganado y otras cosas que pertenecían a los madianitas.

Luego les llevaron los prisioneros y las cosas a Moisés y a Eleazar, el jefe de los sacerdotes.

Pero Moisés se enojó con ellos porque no habían matado también a las mujeres, pues ellas eran las que mediante engaños habían logrado que los hombres israelitas adoraran a las imágenes. Así que mataron a todos los niños y a todas las mujeres, menos a las muchachas que todavía eran vírgenes.

Luego Moisés les recordó que estaban impuros delante de Dios porque habían estado junto a personas muertas, y que tenían que realizar la ceremonia que Dios les había ordenado hacer para quedar otra vez puros. Además tenían que purificar todas sus posesiones: algunas cosas tenían que ser puestas sobre la lumbre y otras tenían que ser lavadas.

Entonces Moisés y Eleazar repartieron las cosas tomadas de los madianitas entre los soldados, los levitas y la demás gente.

59. Moisés levanta otro censo

(basado en Números 26)

Mientras los israelitas estaban en el territorio llamado Moab, cerca del río Jordán, Dios les dijo a Moisés y a Eleazar que levantaran otro censo porque habían pasado ya cuarenta años desde el último. Esta vez, el número de hombres de veinte años para arriba fue de seiscientos un mil setecientos treinta (601,730).

Dios dijo que este censo serviría de base para dividir la región de Canaán cuando llegaran allí; las tribus más grandes recibirían un territorio más grande, y las tribus más pequeñas un territorio más pequeño. Este censo no incluyó a los levitas, porque ellos no recibirían un territorio propio. Los levitas fueron contados aparte, y sumaron veintitrés mil hombres de más de un mes de edad.

Al terminar de levantar el censo, Moisés y Eleazar vieron que todos los israelitas que habían sido contados en el censo anterior en el cerro Sinaí, habían

muerto, menos Josué, Caleb y Moisés. Aquellos habían muerto en el desierto como Dios había dicho, porque no habían querido creer que Dios les daría la región de Canaán.

60. Dos tribus y media le piden a Moisés que les dé terrenos en el lado oriente del río Jordán

(basado en Números 32)

Los israelitas de las tribus de Rubén y Gad tenían mucho ganado y vieron que el territorio del lado oriente del río Jordán era bueno para pastorear ganado; así que le dijeron a Moisés que preferían quedarse con este territorio a recibir una parte de la región de Canaán.

Al principio Moisés se molestó por lo que le pidieron, porque pensó que desanimarían a las demás gentes, como lo habían hecho los diez espías cuarenta años antes; pero los hombres de las tribus de Rubén y Gad prometieron dejar a sus familias en pueblos con muros alrededor, para ir y ayudar a las otras tribus a pelear y a conquistar Canaán.

Entonces Moisés les dijo que estaba bien, pero que debían cumplir con su promesa; y les dio el territorio del lado oriente del río Jordán a las tribus de Rubén, Gad y a media tribu de Manasés.

61. Dios les ordena a los israelitas dividir Canaán

(basado en Números 27.1–11; 34–36)

Dios le dijo a Moisés cuáles iban a ser los límites de la región de Canaán y que debían repartir la región echando suertes entre las nueve tribus y media que iban a vivir en el lado poniente del río Jordán. Como Josué iba a dirigir a la gente después de la muerte de Moisés, Dios dijo que él y Eleazar, el jefe de los sacerdotes, debían repartir la tierra, y nombró a un hombre de cada tribu para ayudarles.

La herencia de las hijas

Otra cosa que Dios le dijo a Moisés fue que si un hombre no tenía hijos varones, sus hijas podían heredar su terreno; pero que tenían que casarse con hombres de su misma tribu para que el terreno siguiera perteneciendo a la tribu.

Las ciudades de los levitas

Los levitas no iban a recibir una parte de la región, pero los israelitas tendrían que darles cuarenta y ocho ciudades para que vivieran en ellas, incluyendo tierra de pastoreo alrededor de cada ciudad. Cada tribu tenía que darles a los levitas varias ciudades de la parte de Canaán que les había tocado, y las tribus que tenían una parte más grande tenían que darles más ciudades que las otras a los levitas.

Seis de estas ciudades serían considerados como ciudades de refugio. De esa manera, una persona que hubiera matado accidentalmente a otra, podía refugiarse en una de estas ciudades y estar a salvo de la familia del difunto; pero si alguno había matado a propósito a otro e iba a una de estas ciudades, sería juzgado y castigado con la muerte de todos modos. Estas ciudades serían sólo para casos en que se hubiera matado accidentalmente.

La persona que fuera allí tenía que quedarse hasta que muriera el jefe de los sacerdotes, y entonces podía viajar a cualquier parte o regresar a su propio pueblo. Si salía antes y llegaba a encontrarse con algún familiar del difunto y lo mataban, el familiar del difunto no sería considerado culpable. Dios les dijo que escogieran tres ciudades de refugio en el lado oriente del río Jordán y tres en el lado poniente.

OCTAVA PARTE

Los últimos consejos de Moisés: ¡sigan fieles a Dios!

62. Moisés le da buenos consejos a la gente que creció en el desierto

(basado en Deuteronomio 1–11)

Cuarenta años después de que los israelitas habían salido del país de Egipto, estaban listos para entrar a la región de Canaán, la cual Dios había prometido darles. Moisés sabía que él no iba a entrar a Canaán con ellos, porque Dios le había dicho que moriría antes. Pero antes de morir, quería recordarles a los israelitas las leyes que Dios les había dado cuarenta años antes en el cerro Sinaí, pues una nueva generación había crecido mientras anduvieron vagando por el desierto.

Moisés les recuerda a los israelitas lo que Dios ha hecho

Así que Moisés les contó cómo Dios había querido que sus padres fueran a vivir a Canaán, cómo habían mandado a doce espías a ese lugar y cómo a sus padres les había dado miedo entrar. Les dijo que por esa razón, Dios los había hecho vagar por el desierto durante cuarenta años, hasta que cada uno de los que no habían querido entrar en Canaán hubiera muerto.

Los únicos dos de esa generación que aún estaban vivos eran Josué y Caleb, porque habían sido los dos espías que trataron de convencer a los israelitas de entrar en Canaán.

También les recordó que habían ganado dos guerras, una contra los amorreos y otra contra los de Basán, y que el territorio del lado oriente del río Jordán, que antes les pertenecía a esas gentes, ya les pertenecía a las tribus de Rubén, Gad y a media tribu de Manasés. Además, Moisés les dijo que Dios le había advertido que él no podría entrar a Canaán con ellos y que después de que él muriera, Josué sería su líder.

Moisés les ruega obedecer las leyes de Dios

Moisés les recordó a los israelitas que era muy importante que siguieran obedeciendo todas las leyes de Dios cuando vivieran en Canaán. También les dijo que era muy importante que les enseñaran las leyes de Dios a sus hijos y a sus nietos.

Les recordó que era muy importante no adorar imágenes o dioses falsos; porque el día que Dios les había hablado a sus padres y les había dado los diez mandamientos, no habían visto nada de lo que pudieran hacer una imagen. Por esa razón no debían adorar ningún tipo de imagen o estatua, ni al Sol, ni a la Luna ni a las estrellas. Moisés les advirtió que si adoraban a dioses falsos, Dios los castigaría sacándolos de Canaán, para que de esa manera tuvieran otra vez deseos de adorarlo.

Moisés les recuerda el trato y los diez mandamientos

Les recordó cuántas cosas maravillosas había hecho Dios por los israelitas. Solamente ellos habían oído hablar a Dios directamente; además, Dios nunca antes había sacado de la esclavitud a una nación entera como los había rescatado a ellos. Luego Moisés les explicó a los israelitas que el trato que Dios había hecho con sus padres todavía era válido para ellos, porque Dios lo había hecho con la nación israelita para siempre.

Además, Moisés les repitió los diez mandamientos que Dios les había dado cuando habló desde el cerro Sinaí. Les recordó también las demás leyes que Dios les había dado, y todas las veces que se habían rebelado contra Dios desde que sus padres habían salido de Egipto. Les advirtió que no volvieran a rebelarse, y que no volvieran a portarse mal sólo para ver qué les hacía Dios.

Dios ha puesto a prueba a los israelitas

También les dijo que durante los cuarenta años anteriores, Dios los había puesto a prueba para ver si lo iban a obedecer o no. Les dijo que Dios les había permitido pasar hambre, pero luego les había mandado el maná para que comieran y así se dieran cuenta de que la gente no sólo tenía que vivir de comida, sino que también de las palabras de Dios.

Los israelitas deben amar a Dios

Además, Moisés les dijo:

—¡Escuchen, israelitas: Yahvé es nuestro Dios. Él es el único Dios. Tenemos que amarlo con todas nuestras fuerzas. Tenemos que recordar sus leyes todo el tiempo. Debemos enseñárselas a nuestros niños, y también hablar de ellas todo el tiempo, dondequiera que estemos. Debemos aun escribirlas y ponerlas en cajitas, y luego amarrarlas a nuestras manos y a nuestras frentes, y también escribirlas en los postes de nuestras casas y en nuestras puertas.

Cómo deben portarse en Canaán

También les indicó que cuando fueran a Canaán, debían matar a toda la gente que vivía allí, porque sus costumbres eran muy malas. No tenían permiso de hacer tratos ni de casarse con ellos; si hacían una de estas dos cosas, ellos los convencerían de que también adoraran a sus dioses falsos. También les dijo que destruyeran todos los altares, imágenes y otras cosas relacionadas con la religión cananea para que no fueran tentados a imitarlos; y que adoraran sólo a Yahvé, el Dios verdadero.

Moisés les recordó a los israelitas que Dios no los había escogido porque hubieran hecho algo bueno, sino porque los amaba y porque estaba cumpliendo la promesa que les había hecho a sus antepasados Abraham, Isaac y Jacob. Les recordó que no se olvidaran de Dios cuando vivieran en Canaán y tuvieran muchas posesiones.

Agregó que Dios les estaba dando Canaán porque los cananeos eran gente mala, no porque los israelitas se la merecieran. Les recordó también con cuánta frecuencia se habían rebelado neciamente contra Dios cuando iban viajando por el desierto. Luego dijo:

—Yahvé, nuestro Dios, nos pide que hagamos solamente unas pocas cosas. Nos pide respetarlo, seguir las costumbres que nos ha enseñado, amarlo con todo nuestro ser, hacer lo que él desea y obedecer sus leyes. Recuerden, estas leyes son para su propio bien. ¡Piénsenlo! Dios, que hizo el mundo y el cielo, los escogió a ustedes y a sus antepasados para que fueran su propia gente.

Luego Moisés les hizo ver que si obedecían las leyes de Dios, Dios sacaría a los cananeos y les daría la región de Canaán, y además, enviaría las lluvias necesarias para que tuvieran buenas cosechas.

63. Moisés les recuerda las leyes de Dios a los israelitas

(basado en Deuteronomio 12–26)

Moisés les recordó a los israelitas las leyes de Dios y la obligación de obedecerlas. Les repitió muchas de las leyes que Dios les había dado en el cerro Sinaí y algunas leyes nuevas que Dios le había dado.

El rey

Les dijo qué debían hacer si algún día querían tener un rey que los gobernara, como lo tenían otros países: no debían escoger como rey a un extranjero; el rey no debía tratar de juntar muchos caballos, ni muchas esposas, ni mucho dinero; ningún rey debería tratar de hacerlos regresar a Egipto, y debía tener a la mano una copia de la ley de Dios y leerla cada día.

Los profetas y adivinos

Moisés también les habló de los profetas. Les dijo que siempre debían ver si lo que había dicho una persona que afirmaba ser profeta, se cumplía o no. Así ellos sabrían si era un profeta verdadero que Dios les había mandado, o era alguien que nada más estaba inventando lo que decía. Dios castigaría con la muerte a los profetas que mintieran al decir que venían en su nombre, o hablaran en nombre de otros dioses.

También les dijo que no fueran a ver a los adivinos, como acostumbraban hacerlo las gentes de otros países, porque Dios está en contra de esas cosas.

Además, Moisés les dijo a los israelitas que un día Dios les mandaría otro profeta como él, para que les dijera lo que Dios quería que hicieran; si no le hacían caso a ese profeta, Dios les pediría cuentas.

Otras leyes

Moisés les dijo, además, las siguientes cosas:

Para que una persona pudiera ser castigada por haber cometido un crimen, tenían que acusarla por lo menos dos testigos.

Si colgaban a una persona porque había cometido un crimen, tenían que bajar su cuerpo y enterrarlo el mismo día, pues Dios consideraba el pecado por el cual lo habían colgado como algo muy malo.

Si encontraban un nido de ave con huevos o pollos, podían llevarse los huevos o los pollos; pero debían dejar que la pájara se fuera.

Ningún amonita o moabita podía ser miembro de la comunidad israelita, porque ellos trataron de pagarle a Balaam para que maldijera a los israelitas.

Si pasaban por alguna viña ajena, tenían permiso de cortar las uvas que se pudieran comer allí mismo, sin que se considerara un robo; pero no se les permitía cortar uvas para comer después. Lo mismo sucedía con un sembrado de trigo o de otra cosa.

Si un hombre rechazaba a su esposa por haber hecho algo deshonesto y la corría de la casa, debía darle un papel en el que dijera que desde ese momento estaban divorciados.

Nadie sería castigado por algo malo que hubieran hecho sus padres o sus hijos, sino solamente por lo que él mismo hubiera hecho.

No podían darle más de cuarenta varazos como castigo al que hubiera hecho algo malo.

No debían ponerle bozal a un buey cuando estuviera trillando; debían dejar que comiera un poco de la semilla si tenía hambre.

Si un hombre moría y dejaba a su mujer viuda y sin hijos, un hermano de él debía casarse con ella, y el primer hijo que ella diera a luz sería considerado hijo del muerto; de esta forma, él tendría descendientes que heredaran su terreno.

64. Moisés les da sus últimos consejos a los israelitas

(basado en Deuteronomio 27–30)

Cuando Moisés les dio sus últimos consejos a los israelitas, les dijo:

—Asegúrense de obedecer todas las leyes de Dios, pues él castigará duramente a cualquiera que no obedezca todas sus leyes. El mismo día en que crucen el río Jordán para entrar a la región de Canaán, paren algunas piedras grandes en el cerro Ebal, alísenlas con mezcla y escriban sobre ellas las leyes de Dios. Luego construyan un altar allí y maten animales como ofrendas completas y ofrendas compartidas. Hagan una fiesta muy alegre.

Moisés les volvió a hablar de todo el bien que Dios les haría si obedecían sus leyes, y de todo lo malo que Dios dejaría que les pasara si no las obedecían. Si obedecían, Dios haría que sus terrenos dieran buenas cosechas, que tuvieran mucho ganado y que sus familias fueran numerosas; además, ganarían todas las guerras contra sus enemigos.

Pero si ellos no las obedecían, Dios permitiría que sufrieran enfermedades, sequías, plagas de insectos y hambre. Además, perderían las guerras, y Dios permitiría que sus enemigos se los llevaran lejos de Canaán y los dispersaran en los otros países, donde no podrían vivir en paz.

Entonces Moisés les pidió que dijeran si aceptaban el trato con Dios que sus padres habían aceptado, y les hizo ver que las leyes de Dios no eran tan difíciles de obedecer y que las tenían a la mano. Ya conocían las leyes de Dios y sabían que eran fáciles de cumplir.

Les dijo que podían escoger entre hacer lo bueno y vivir, o hacer lo malo y morir; pero que él les aconsejaba escoger vivir, es decir, que amaran y obedecieran a Dios.

Les repitió que si desobedecían a Dios y adoraban imágenes, Dios les enviaría males, para que así todo el mundo supiera que los israelitas y sus terrenos estaban sufriendo porque no habían cumplido el trato que habían hecho con Dios; pero si volvían a adorar solamente a Dios y a obedecer sus leyes, él sería

bondadoso con ellos, los llevaría de regreso a Canaán, y haría que les fuera bien otra vez.

65. Moisés muere y Josué se convierte en el nuevo líder de los israelitas

(basado en Números 27.12–23; Deuteronomio 31–34)

Al terminar de darles sus últimos consejos a los israelitas, Moisés les dijo que ya tenía ciento veinte años y que pronto iba a morir; sin embargo, Josué tomaría su lugar y los guiaría a la región de Canaán. Además, les dijo a Josué y a los israelitas que fueran valientes.

Moisés escribió todas las leyes de Dios en un rollo, y lo entregó a los levitas y a los ancianos que aconsejaban a los israelitas. Les ordenó leerlo el año de descanso, cada siete años, durante la fiesta de las enramadas. Deberían leerlo en voz alta a todos los israelitas: hombres, mujeres y niños.

Cuando Dios le dijo a Moisés que ya pronto iba a morir, le dijo que llamara a Josué y que juntos fueran al tabernáculo. Moisés así lo hizo; entonces Dios apareció en una nube en el tabernáculo y le dijo a Josué que fuera valiente y que no tuviera miedo, porque siempre estaría con él para ayudarlo a guiar a los israelitas a Canaán. A Moisés le dijo que pusiera sus manos sobre Josué delante de todos los israelitas, para representar que la autoridad de Moisés pasaba a Josué, y así lo hizo Moisés.

Luego Moisés y Josué recitaron un cántico a los israelitas. El cántico describía la grandeza de Dios y hacía la advertencia de no desobedecerlo.

Entonces Moisés bendijo a cada tribu de los israelitas.

Luego, subió al cerro Nebo, y Dios le mostró toda la tierra de Canaán. Entonces Moisés murió y Dios lo enterró; y nadie sabe dónde quedó su tumba. Fue el más grande profeta que han tenido los israelitas.

Los israelitas guardaron luto por Moisés, y cuando terminó el tiempo del luto, Josué se convirtió en su nuevo líder y Dios le dio mucha sabiduría.

NOVENA PARTE

Victoria para los israelitas: la conquista de Canaán y los jueces

66. Los israelitas cruzan el río Jordán guiados por Josué *(basado en Josué 1–5)*

Después de la muerte de Moisés, Dios le dijo a Josué que condujera a los israelitas al otro lado del río Jordán, a la región de Canaán, que Dios les había prometido. Dios también les había prometido ayudarlos a ganar todas las guerras que tuvieran que pelear para apropiarse de la región.

Por eso Josué les hizo la advertencia de que se acordaran siempre de las leyes de Dios y las obedecieran por completo, pues sólo así Dios los ayudaría.

Después, Josué le ordenó a la gente que estuviera lista para cruzar el río Jordán, y les recordó a los hombres de las dos tribus y media que ya habían recibido terrenos en el lado oriente del río Jordán, que habían prometido ir y ayudar a los demás israelitas a pelear contra la gente de Canaán.

Dos espías van a Jericó

Luego, mandó a dos hombres a espíar en Canaán. Entonces ellos fueron a la ciudad de Jericó y se escondieron esa noche en la casa de una prostituta llamada Rahab. Pero el rey de Jericó oyó que había unos espías israelitas en la casa de Rahab, y mandó a algunos de sus servidores para pedirle que se los entregara.

Como Rahab se enteró por anticipado que iban a ir, escondió a los espías entre los montones de lino que tenía extendidos en la azotea de su casa. Cuando los servidores del rey llegaron a preguntar por los espías, ella les dijo que ya se habían ido de Jericó y ellos de inmediato se fueron a perseguirlos.

Entonces Rahab fue a hablar con los espías y les dijo que ella sabía que Dios les iba a dar todo Canaán a los israelitas. Les pidió que la ayudaran como ella los había ayudado, perdonándoles la vida a ella y a sus familiares cuando atacaran a Jericó; los espías estuvieron de acuerdo.

La casa de Rahab estaba sobre el muro que rodeaba la ciudad; así que ella tomó una reata y bajó a los espías por la ventana que daba hacia el lado exterior del muro. Les dijo que se fueran a esconder al monte por tres días antes de regresar a su gente.

Ellos le dijeron que amarrara un cordón rojo en esa misma ventana y que juntara a toda su familia en su casa, para que así los israelitas pudieran saber cuál era su casa y de ese modo no mataran a los que estuvieran allí adentro. Rahab dijo que así lo haría, y entonces los espías se fueron.

Después de esconderse por tres días, los espías regresaron a donde estaba Josué y los otros israelitas, y les contaron cómo Dios había hecho que toda la gente de Canaán les temiera.

Los israelitas cruzan el río Jordán

Entonces Dios le ordenó a Josué que mandara a los sacerdotes a la orilla del río Jordán cargando el baúl santo. Así lo hizo Josué, y tan pronto como los pies de los sacerdotes tocaron el agua, el río se dividió; el agua que bajaba se amontonó, a pesar de que en esa época del año el río estaba crecido. Los sacerdotes que llevaban el baúl santo se quedaron parados en medio del lecho del río hasta que toda la gente había cruzado.

Además, Josué mandó a doce hombres, uno de cada tribu, para que cada uno recogiera una piedra grande del lecho del río, del lugar donde estaban parados los sacerdotes, y las amontonaran en el lugar donde iban a acampar. Josué los hizo hacer esto para que todos los israelitas recordaran el milagro que Dios había hecho por ellos aquel día.

Entonces los sacerdotes que cargaban el baúl santo cruzaron el río hacia el lado poniente, y tan pronto como salieron del lecho del río, el agua volvió a correr normalmente.

Los niños que habían nacido durante los cuarenta años que los israelitas anduvieron vagando por el desierto, no habían sido circuncidados a los ocho días de nacidos como Dios le había dicho a Abraham que debían hacer. Así que, cuando los israelitas ya habían cruzado el río Jordán, Dios le ordenó a Josué que circuncidara a todos los hombres.

Era el primer mes del año, y los israelitas celebraron la fiesta de la Pascua el día catorce del mes. Usaron trigo cultivado en Canaán para hacer el pan sin levadura que comieron la semana después de la Pascua. Entonces dejó de caer el maná porque ya no lo necesitaban.

67. Los israelitas conquistan Jericó

(basado en Josué 6)

La gente de la ciudad de Jericó les tenía mucho miedo a los israelitas. Todos estaban dentro de la ciudad; nadie entraba ni salía, y las puertas del muro que rodeaba la ciudad estaban bien cerradas.

Dios explica cómo conquistar Jericó

Entonces Dios le indicó a Josué lo que debían hacer para conquistar Jericó. Le dijo:

—Toma todos tus soldados y algunos sacerdotes para que carguen mi baúl santo y caminen alrededor de Jericó una vez al día durante seis días. Nadie deberá hablar mientras le dan la vuelta a la ciudad. Al séptimo día den siete vueltas, y después de la última vuelta los sacerdotes deben hacer sonar sus trompetas de cuerno de borrego. Cuando los soldados oigan sonar las trompetas, deben gritar todos, y el muro de Jericó se derrumbará.

'Yo voy a castigar todo lo que hay en la ciudad. Maten a toda la gente y a todos los animales, pongan en mi tabernáculo todo lo que esté hecho de metal y luego quemen la ciudad; no podrán quedarse con nada de lo que hay en Jericó.

Josué le dijo a la gente todo lo que Dios le había dicho, y también que no le perdonaran la vida a nadie en Jericó, sólo a Rahab y a su familia, porque ella había ayudado a los espías.

La conquista de Jericó

Los israelitas hicieron exactamente lo que se les había dicho. Caminaron alrededor de Jericó una vez al día durante seis días, y el séptimo, dieron siete

vueltas. Entonces los sacerdotes hicieron sonar sus trompetas, los soldados gritaron, y el muro de Jericó se derrumbó.

Inmediatamente los soldados israelitas entraron a Jericó y mataron a toda la gente y a todos los animales, menos a Rahab y su familia. Los dos hombres que habían ido como espías fueron por Rahab y su familia y los llevaron al campamento israelita. Y entonces los israelitas le prendieron fuego a Jericó.

68. Los israelitas tratan de conquistar Hai

(basado en Josué 7–8)

El pecado de Acán

Uno de los israelitas desobedeció la orden que había dado Dios de no quedarse con nada de lo que encontraran en la ciudad de Jericó. Este hombre, que se llamaba Acán, vio una barra de oro, algunas monedas de plata y una capa muy fina, y le dieron muchas ganas de quedarse con estas cosas. Así que se las llevó y las enterró en el suelo de su tienda de campaña; y nadie se dio cuenta.

Los israelitas se derrotan

Tiempo después, el ejército de los israelitas fue a atacar a la ciudad que se llamaba Hai. Como no era una ciudad muy grande, no mandaron a todos los soldados. Pero cuando atacaron Hai, los hombres de Hai se defendieron y los vencieron.

Acán es castigado

Esto hizo que todos los israelitas se desanimaran mucho, y Josué oró a Dios por esto. Dios le dijo a Josué que los israelitas habían perdido la batalla porque alguien había desobedecido la orden de no quedarse con nada de lo que había en Jericó.

Al otro día, por la mañana, echaron suertes y le pidieron a Dios que les mostrara quién era el culpable. Dios primero señaló a la tribu de Judá; luego, a

una de las familias de esa tribu, y así continuaron hasta que al último señaló a Acán.

Josué le preguntó qué había hecho y él confesó todo. Entonces los israelitas lo llevaron fuera del campamento, junto con todas sus posesiones y también con las cosas que había tomado, y lo mataron a pedradas.

La conquista de Hai

Luego Dios les dijo que atacaran Hai dividiendo a los soldados en dos grupos. Un grupo fingió huir, y los hombres de Hai los persiguieron. Entonces, los del otro grupo, que estaban escondidos cerca de la ciudad, salieron de sus escondites, entraron a Hai, y le prendieron lumbre.

En ese momento los soldados israelitas que habían hecho creer a los de Hai que estaban huyendo, se dieron la vuelta y los atacaron, y mataron a todos. Esta vez Dios les dijo que podían quedarse con el ganado y con las otras cosas que les quitaron a los de Hai.

El altar en el cerro Ebal

Después de esto, Josué edificó un altar de piedras en el cerro Ebal, y allí los israelitas mataron animales como ofrendas completas y ofrendas compartidas.

También allí Josué escribió en unas piedras las leyes que Dios le había dado a Moisés, y las leyó en voz alta para que todos los israelitas las escucharan. Leyó acerca de cómo Dios haría que les fuera bien si obedecían sus leyes, y de cómo dejaría que les fuera mal si no las obedecían. Josué hizo que los israelitas hicieran esto porque Moisés así lo había encargado antes de morir.

69. La gente de Gabaón engaña a los israelitas

(basado en Josué 9)

La gente de la ciudad llamada Gabaón, que estaba en la región de Canaán, les tenía mucho miedo a los israelitas. Ellos habían oído cómo Dios los había ayudado a conquistar muchas ciudades y a matar a la gente que vivía allí; y como

no querían que les pasara lo mismo, engañaron a los israelitas. Se pusieron ropa muy vieja, llevaron con ellos pan duro y enmohecido, y fueron a ver a los israelitas. Les dijeron que eran gente de muy lejos, y le pidieron a Josué que hiciera un trato con ellos.

Los israelitas ni siquiera se tomaron la molestia de pedirle a Dios que los dirigiera en este asunto, e hicieron el trato con los gabaonitas, prometiendo no matarlos. Tres días después, los israelitas se enteraron de que ellos eran de Canaán, pero ya habían prometido no matarlos. Por esa razón no los pudieron matar; pero de ahí en adelante los hicieron sus criados: tuvieron que cortar leña y llevarles agua a los israelitas.

70. Los israelitas conquistan muchos otros pueblos y ciudades *(basado en Josué 10–12)*

Los israelitas derrotan al rey de Jerusalén

El rey de la ciudad de Jerusalén oyó que la gente de la ciudad de Gabaón había hecho un trato con los israelitas, y eso no le gustó nada; así que reunió a los reyes de otras cuatro ciudades, que eran sus aliados, juntaron a todos sus soldados y fueron a pelear contra la gente de Gabaón.

Entonces los gabaonitas le pidieron a los israelitas que los ayudaran, porque habían hecho un trato. Dios le dijo a Josué que él les ayudaría a ganar la guerra, así que Josué juntó a sus soldados y fueron a pelear. Como Dios ayudó a los israelitas, derrotaron a los soldados de los cinco reyes e hicieron huir a los que quedaban. Además, los soldados israelitas los persiguieron y mataron a muchos de ellos. Dios también los ayudó haciendo que cayeran granizos tan grandes, que los granizos mataron a más hombres que los israelitas.

Ese día Dios hizo algo más por ellos: Josué le pidió a Dios que el día fuera más largo para continuar peleando, y Dios hizo que el Sol se detuviera por varias horas. Después de haber vencido a los soldados enemigos, los israelitas fueron a algunas de las ciudades de los cinco reyes y a otras ciudades y pueblos, y conquistaron todos los lugares que atacaron. Además, mataron a todas las gentes que vivían en esos pueblos y ciudades y también a los cinco reyes.

Los israelitas derrotan al rey de Hazor

El rey de la ciudad que se llamaba Hazor se enteró de lo que había sucedido y reunió a un buen número de reyes. Todos ellos juntaron a sus soldados, caballos y carretones de guerra, y fueron a pelear contra los israelitas.

Dios le dijo a Josué que no tuviera miedo de ellos, porque los israelitas los vencerían al día siguiente. Así que Josué llevó a sus soldados y atacaron por sorpresa a sus enemigos; los vencieron y mataron a todos, quemaron sus carretones de guerra y cortaron los tendones de las patas de sus caballos. Luego, Josué fue con sus soldados a Hazor y vencieron a la gente de allí; mataron a todos y le prendieron lumbre a la ciudad.

Después fueron y destruyeron muchos otros pueblos y ciudades, y mataron a toda la gente; pero se quedaron con el ganado y las otras cosas que encontraron. Fue así cómo Josué y los soldados israelitas conquistaron el territorio que había pertenecido a un gran número de ciudades.

71. Josué divide la región entre las doce tribus israelitas *(basado en Josué 13–22)*

Los israelitas, guiados por Josué, tardaron muchos años en conquistar Canaán; con el paso del tiempo Josué se hizo viejo. Entonces Dios le dijo que aunque todavía no habían terminado de conquistar toda la región de Canaán, él debía repartir la región entre las nueve tribus y media que todavía no habían recibido terrenos. Eleazar, el jefe de los sacerdotes, y los jefes de las familias israelitas le ayudaron a hacerlo; y lo hicieron echando suertes.

Caleb recibe Hebrón

Caleb, que era uno de los doce hombres que habían ido a espiar a Canaán la primera vez, todavía vivía. Como Caleb había animado a los israelitas para que fueran a conquistar Canaán, Moisés le había prometido que recibiría los terrenos que había espionado; así que Caleb le pidió a Josué que le diera esa parte de la

región. Josué estuvo de acuerdo y le dio la ciudad de Hebrón. Entonces, Caleb fue y peleó contra la gente de esa ciudad y se la quitó.

La división de Canaán

Caleb era de la tribu de Judá, y su territorio era parte del territorio que les había tocado a los de la tribu de Judá. Este territorio estaba en la parte sur de Canaán y dentro de ello quedaba la ciudad de Jerusalén. Sin embargo, los hombres de la tribu de Judá no pudieron vencer a los jebuseos que vivían en Jerusalén, y tuvieron que vivir junto a ellos.

La parte norte de Canaán le tocó a la tribu de Efraín y a los de la tribu de Manasés que aún no tenían terrenos. Los de estas dos tribus pensaban que su parte no era suficientemente grande para ellos; pero Josué les dijo que ellos podrían tomar las lomas cercanas si echaban fuera a la gente que vivía allí.

Luego los israelitas pusieron el tabernáculo en la ciudad de Silo, y decidieron repartir allí lo que quedaba de la región entre las otras siete tribus. Entonces mandaron a algunos hombres a dividir en siete partes lo que quedaba de la región, y las repartieron echando suertes entre las siete tribus. Las tribus de Simeón y Benjamín recibieron terrenos cerca del territorio de la tribu de Judá, y las tribus de Zabulón, Isacar, Aser, Neftalí y Dan recibieron terrenos más al norte.

Las ciudades de los sacerdotes y levitas

Después, les dieron cuarenta y ocho ciudades a los sacerdotes y a los levitas, porque ellos no habían recibido una parte de la región. Escogieron seis de esas ciudades para que fueran ciudades de refugio, a las que un hombre que hubiera matado a otro accidentalmente podía ir y así estar a salvo de los parientes del difunto.

Los tribus de Rubén, Gad y Manasés regresan a sus casas

Después de dividir toda la región, Josué les dijo a los hombres de las tribus de Rubén y Gad, y de la media tribu de Manasés, que como habían cumplido su promesa de ayudar a los demás israelitas a conquistar Canaán, ya podían regresar

a su territorio en el lado oriente del río Jordán. Josué les recordó que obedecieran todas las leyes de Dios, que le amaran y le sirvieran con todo su ser.

**72. Josué les da sus últimos consejos
a los israelitas**
(basado en Josué 23–24)

Siendo Josué ya viejo, llamó a todos los dirigentes de los israelitas y les dio sus últimos consejos. Les dijo:

—Ustedes han visto cómo Dios los ha ayudado a obtener esta buena región para vivir. Ahora pues, tengan siempre presente que deben obedecer todas las leyes que Moisés nos dio. No tengan nada que ver con los cananeos que viven todavía en algunas partes de la región. No se casen con ninguno de ellos, ni adoren a sus dioses falsos; pues si hacen alguna de esas cosas, Dios no seguirá ayudándoles a echar fuera a esa gente, sino que dejará que se queden y les sirvan como tropiezo para ustedes.

'Gracias a Dios siempre nos ha ido bien, pero si no cumplimos nuestro trato con él, y adoramos a dioses falsos, él se enojará y nos quitará esta región que nos ha dado.

Josué les recordó todo el bien que Dios había hecho por sus antepasados, comenzando desde Abraham; también, les recordó todo lo que Dios había hecho por ellos. Después les rogó que no adoraran a ningún dios falso, sino que adoraran solamente al Dios verdadero; y la gente se comprometió a adorar solamente al Dios verdadero. Luego Josué los mandó a sus casas, cada uno a su terreno. Como la región ya les pertenecía a los israelitas, ya no la siguieron llamando Canaán, sino Israel.

Muere Josué

Poco después murió Josué y lo enterraron en la ciudad que le había correspondido, en la parte de Israel que le pertenecía a la tribu de Efraín, pues él era de esa tribu. Mientras vivió Josué, los israelitas adoraron a Dios, y siguieron adorándolo durante el tiempo que vivieron los ancianos que habían visto cómo Dios les había dado esa región. En ese tiempo, los israelitas enterraron los restos

de José, que habían traído desde Egipto, y lo hicieron en la parte de Israel que les pertenecía a sus descendientes.

73. Los israelitas comienzan a desobedecer a Dios

(basado en Jueces 1.1–3.6)

Tan pronto como murieron Josué y todos aquellos que habían visto cómo Dios había ayudado a los israelitas a conquistar la región de Canaán, sus hijos comenzaron a desobedecer las leyes de Dios.

Para entonces no habían conquistado aún todas las ciudades que les pertenecían a los cananeos ni habían matado a la gente que vivía allí. Además, ni siquiera trataron de conquistar más ciudades, sino que comenzaron a hacer tratos con los cananeos que vivían allí, cobrándoles tributo a cambio de no molestarlos. Así es que algunos cananeos siguieron viviendo en la región ahora llamada Israel.

Luego, los israelitas comenzaron a adorar a los dioses falsos que los cananeos adoraban, y comenzaron a casarse con ellos.

Dios manda a un ángel

Entonces Dios se enojó con los israelitas porque no habían obedecido lo que les había ordenado. Les había ordenado matar a los cananeos, no casarse ni hacer tratos con ellos y, de ninguna manera, adorar a sus dioses falsos; por eso, mandó a decirles por medio de un ángel que ya no iba a ayudarlos a sacar a los cananeos.

El ángel les dijo que Dios iba a usar a los cananeos que quedaban para ver si los israelitas lo iban a obedecer o no. De allí en adelante los cananeos serían los enemigos de los israelitas. Los israelitas se pusieron muy tristes al oír esto, y mataron algunos animales como ofrenda a Dios.

Los israelitas desobedecen a Dios

Los israelitas siguieron viviendo en Israel junto con los cananeos que habitaban la región desde tiempo antes; y esto hizo que, una y otra vez, ellos adoraran a los dioses falsos de los cananeos y siguieran casándose con ellos. Entonces, tal como se los había advertido, Dios permitió que sus enemigos les ganaran las batallas y les trataran muy mal. Como estaban sufriendo mucho, oraron y le pidieron ayuda a Dios, y él les mandó jueces para que los ayudaran.

Sucedió que mientras el juez vivía, ellos adoraban al verdadero Dios; pero cuando éste moría, ellos comenzaban a adorar a los dioses falsos nuevamente. Esto se repitió vez tras vez durante muchos años.

74. Dios hace que los israelitas sean gobernados por jueces

(basado en Jueces 3.7–5.31)

El juez Otoniel

Los habitantes de Mesopotamia fueron los primeros que le ganaron una guerra a Israel. Dios les permitió derrotarlos porque los israelitas habían comenzado a adorar a dioses falsos. Así que el rey de Mesopotamia gobernó Israel durante ocho años. Entonces, los israelitas oraron al verdadero Dios y él escogió a Otoniel, un sobrino de Caleb, para que los libertara. Con la ayuda de Dios, Otoniel atacó al rey de Mesopotamia, y con su ejército los derrotó. Luego Otoniel se convirtió en juez de Israel y gobernó a los israelitas durante cuarenta años.

El juez Aod

Cuando Otoniel murió, los israelitas volvieron a desobedecer a Dios. En esta ocasión, Dios permitió que los israelitas fueran derrotados por el rey de Moab, quien gobernó Israel durante dieciocho años. Entonces los israelitas pidieron de nuevo ayuda a Dios, y él le ordenó a Aod que matara al rey de Moab y ayudara a los israelitas a derrotar a los de Moab. Después de esto los israelitas vivieron en paz durante ochenta años.

El juez Samgar

Otro hombre que hizo algo por los israelitas en aquella época fue Samgar. Él mató a seiscientos filisteos con una garrocha.

La juez Débora

Después de que Aod murió, los israelitas desobedecieron otra vez a Dios. Esta vez, Dios permitió que el rey de los cananeos los derrotara y los gobernara. El capitán del ejército cananeo se llamaba Sísara. Este hombre maltrató mucho a los israelitas durante veinte años, y ellos pidieron la ayuda de Dios.

El juez que gobernaba Israel durante aquella época era una mujer llamada Débora. Dios le ordenó ir a decirle a un hombre llamado Barac que juntara un grupo de soldados y fuera a pelear contra Sísara; además, ella le aseguró que Dios lo iba a ayudar a vencer a Sísara. Como Barac tenía miedo de hacer lo que Débora le había dicho, dijo que iría y pelearía sólo con la condición de que ella lo acompañara. Ella estuvo de acuerdo; pero añadió que como él se había portado como un cobarde, Dios iba a permitirle a una mujer matar a Sísara en lugar de permitírselo a él.

Fueron, pues, Barac y Débora, juntaron a algunos soldados israelitas, atacaron al ejército cananeo y lo derrotaron; pero Sísara pudo escapar.

Jael mata a Sísara

Sísara se fue a esconder a la tienda de campaña de un hombre ceneo, porque este hombre y los cananeos eran aliados (pero los ceneos también tenían parentesco con Moisés por medio de su esposa, y este hombre ceneo se había separado de sus parientes y había acampado en Israel). El hombre no estaba en su tienda de campaña; sólo estaba su esposa Jael, y ella invitó a Sísara a pasar.

Le dio a beber un poco de leche y lo escondió. Parecía que lo estaba ayudando, pero en realidad ayudaba a los israelitas. Luego, cuando Sísara ya se había dormido, ella lo mató clavándole una estaca en la cabeza.

Poco después llegó Barac buscando a Sísara, y la mujer le mostró el cuerpo. Aquel día los israelitas derrotaron totalmente a los cananeos.

Entonces Débora y Barac compusieron un cántico acerca de cómo los había ayudado Dios. Después de esto los israelitas vivieron en paz durante cuarenta años.

75. Gedeón salva a los israelitas de los madianitas

(basado en Jueces 6.1–8.29)

Los madianitas conquistan a los israelitas

Cuando Débora murió, los israelitas desobedecieron las leyes de Dios nuevamente. Entonces Dios ayudó a los madianitas a que les ganaran una guerra y, en consecuencia, a que los gobernaran durante siete años. Los madianitas, los amalecitas y otros pueblos venían y destruían las cosechas de los israelitas, de manera que ellos no tenían nada que comer.

Entonces oraron a Dios pidiéndole ayuda.

Y Dios les recordó que estaban sufriendo porque lo habían desobedecido y habían adorado a dioses falsos.

Dios escoge a Gedeón a rescatarlos

No obstante, envió a un ángel a decirle a un hombre llamado Gedeón que fuera a pelear contra el ejército madianita; también le mandó que destruyera el altar que su padre había construido para matar animales como ofrendas al dios falso llamado Baal, y en su lugar construyera otro altar dedicado al Dios verdadero. Además, debía matar un toro y ofrecerlo como ofrenda completa a Dios.

Gedeón sí quería obedecer a Dios, pero tenía miedo de la familia de su padre y de sus paisanos; así que prefirió hacerlo por la noche.

Al otro día por la mañana, cuando la gente vio lo que había hecho, quiso matarlo, pero el padre de Gedeón les dijo que si Baal de veras era un dios, él podría defenderse a sí mismo. Así fue cómo se salvó Gedeón.

Gedeón reúne un ejército

Entonces los madianitas, los amalecitas y otras gentes se reunieron y formaron un gran ejército, y acamparon en Israel. Dios estaba ayudando a Gedeón, y él también formó un ejército muy numeroso; pero Dios le dijo que el ejército era demasiado grande.

Entonces Gedeón permitió que regresaran a sus casas los que tuvieran miedo, pero aun así el ejército todavía era muy grande; así que llevó a los soldados a un ojo de agua y les hizo que tomaran agua. Sólo trescientos hombres se pusieron en cuclillas y usaron la mano para llevarse el agua a la boca; todos los demás se arrodillaron para beber directamente del ojo de agua. Entonces Dios le dijo a Gedeón que mandara a sus casas a todos los que se habían arrodillado para beber, y que sólo formara su ejército con los otros trescientos. Así lo hizo.

Gedeón derrota a los madianitas

Esa noche, Gedeón le dio a cada uno de sus soldados una trompeta y una antorcha cubierta con un jarro. Con estas cosas, llegaron hasta la orilla del campamento enemigo. Gedeón tocó su trompeta y entonces todos los demás tocaron sus trompetas, y rompieron los jarros para que las antorchas alumbraran. Además, todos gritaron a la vez:

—¡Dios y Gedeón!

Los trescientos soldados israelitas permanecieron donde estaban, a la orilla del campamento enemigo, mientras que todos los soldados enemigos, llenos de miedo, comenzaban a pelearse entre ellos mismos en medio de la confusión. Entonces todos ellos se levantaron rápidamente y huyeron.

Algunos de los soldados israelitas que no eran de los trescientos, vinieron y los persiguieron. Mientras tanto, otros israelitas vigilaban todos los lugares por donde el enemigo podía huir cruzando el río Jordán. Así fue cómo mataron a muchos de los soldados madianitas y a dos de sus reyes. Luego, Gedeón y sus

trescientos soldados cruzaron el río Jordán, capturaron a otros dos reyes madianitas y también los mataron.

El chaleco de oro

Después de que Gedeón derrotó a los madianitas, los israelitas quisieron hacerlo su rey; pero él les dijo que Dios mismo debía ser su rey, y no él. Sin embargo, les pidió que le dieran los aretes de oro, que venían entre las cosas que les habían quitado a los madianitas. La gente le dio los aretes, y con el oro hizo un pequeño chaleco como el que los sacerdotes usaban.

Después de esto, los israelitas vivieron en paz durante cuarenta años hasta que Gedeón murió. Pero los israelitas comenzaron a adorar el chaleco que Gedeón había hecho, en lugar de adorar a Dios.

76. Dios levanta más jueces para gobernar a los israelitas

(basado en Jueces 8.30–12.15)

El juez Abimelec

Gedeón tuvo setenta hijos con sus esposas, y uno llamado Abimelec con una esclava con quien se acostaba. Cuando él murió, los israelitas comenzaron nuevamente a adorar a dioses falsos. Abimelec fue a Siquem, la ciudad en la cual vivía su madre, y convenció a la gente de que lo hiciera su rey. Juntó a un grupo de seguidores, y fue y mató a sus setenta medios hermanos, menos a Jotam, quien se había escondido y pudo escapar.

Luego, Jotam fue y se paró a una corta distancia de Siquem y le gritó a la gente desde allí. Les dijo que ellos habían tratado a la familia de su padre muy injustamente y que esperaba que ambos, Abimelec y la gente que lo había seguido, pagaran lo que habían hecho.

Así que al cabo de tres años, Dios permitió que la gente de Siquem y Abimelec se pelearan entre sí; Abimelec y su gente derrotaron a los de Siquem, y

quemaron una torre con toda la gente que estaba adentro. Cuando Abimelec fue a atacar otra ciudad, una mujer le tiró una piedra de molino a la cabeza y lo mató.

Los jueces Tola y Jair

Después de que Abimelec murió, Tola fue el juez durante veintitrés años; después, Jair fue juez durante veintidós años.

El juez Jefte

Al cabo de este tiempo, los filisteos y los amonitas derrotaron a los israelitas, los gobernaron y los maltrataron durante dieciocho años. Dios permitió que esto sucediera como castigo a los israelitas por haber vuelto a adorar a dioses falsos. Esta vez, cuando le pidieron ayuda a Dios, Dios les contestó que les pidieran a los dioses falsos que adoraban que los rescataran, a ver si eran capaces de hacerlo. Los israelitas, entonces, dejaron de adorar a dioses falsos, y el Dios verdadero los ayudó nuevamente.

Vivía en aquel entonces un hombre llamado Jefte, quien era un buen soldado. Sus hermanos de padre, pero no de madre, no lo querían porque era el hijo de una prostituta. Pero cuando los amonitas atacaron a Israel, sus hermanos le fueron a pedir que fuera el jefe del ejército israelita. Le prometieron que lo pondrían como su juez si ganaba la guerra.

Jefte aceptó y mandó un mensaje al rey de los amonitas preguntándole por qué atacaban a Israel, y él contestó que era porque los israelitas les habían quitado su tierra mucho tiempo antes. Jefte le contestó que los israelitas no les habían quitado su tierra a los amonitas. Pero el rey de los amonitas no quiso escuchar a Jefte. Entonces Dios ayudó a Jefte a derrotar a los amonitas.

Los de la tribu de Efraín estaban muy enojados con Jefte porque no los había invitado a formar parte de su ejército. Así que la gente de la tribu de Manasés, a que pertenecía Jefte, y la gente de la tribu de Efraín pelearon unos contra otros, y muchos de la tribu de Efraín murieron. Jefte fue juez de Israel durante seis años.

Los jueces Ibzán, Elón y Abdón

Después de Jefté, Ibzán fue el siguiente juez, y gobernó a Israel por siete años. Después vino Elón, quien fue juez por diez años; y luego Abdón, que gobernó durante ocho años.

77. Sansón rescata a los israelitas de manos de los filisteos

(basado en Jueces 13–16)

Después de que Abdón murió, los israelitas desobedecieron las leyes de Dios nuevamente. Esta vez Dios permitió que los filisteos los derrotaran y los gobernarán.

Un ángel anuncia que Sansón nacerá

En aquellos días Dios envió a un ángel a una mujer israelita que no podía tener hijos. El ángel le dijo que Dios iba a darle un hijo, pero que ella no debía tomar nada de vino; pues el niño que iba a tener estaría dedicado a Dios por toda su vida como nazareo. Le dijo que nunca debía cortarle el pelo, y que el muchacho pelearía contra los filisteos.

Cuando el ángel se fue, la mujer le contó a su esposo lo que había pasado. Dios envió al ángel nuevamente a hablar con ellos, de modo que el esposo pudiera creer que era cierto.

Sansón nace y llega a ser juez

Tal como le dijo el ángel, la mujer tuvo un hijo y le puso por nombre Sansón. Dios lo ayudó y Sansón se hizo muy fuerte. Mató a muchos filisteos y quemó sus campos. Fue juez de los israelitas durante veinte años.

Sansón y Dalila

Como los filisteos deseaban matar a Sansón, le pidieron a Dalila, una mujer que Sansón amaba, que averiguara por qué era tan fuerte. Prometieron darle mucho dinero si lo hacía. Entonces ella trató de convencerlo de que le dijera el secreto de su fuerza. Pero Sansón le mintió, porque le dijo:

—Si me amarran con siete correas no curtidas, me volveré tan débil como cualquier hombre.

Así que ella les pidió a los filisteos que le trajeran las siete correas y amarró a Sansón, mientras los filisteos estaban escondidos en la casa. Entonces ella le dijo a Sansón que los filisteos estaban allí y que lo iban a agarrar; pero Sansón rompió fácilmente las correas y quedó libre. Luego Dalila trató de persuadirlo otra vez. Le dijo:

—No me dijiste la verdad la vez pasada. Ahora sí, dime el verdadero secreto de tu fuerza.

Pero Sansón le volvió a decir otra mentira, porque le dijo:

—Si me amarras con reatas nuevas que no se hayan usado, me volveré tan débil como cualquier hombre.

Ella lo amarró con las reatas, mientras los filisteos estaban escondidos en la casa. Entonces ella le dijo de nuevo que los filisteos estaban allí y lo iban a agarrar; pero Sansón rompió las reatas fácilmente. Así que Dalila le rogó nuevamente, y él le dijo otra mentira, porque le dijo:

—Si tejes mi pelo en el telar, muy apretado, me volveré tan débil como cualquier hombre.

Y ella así lo hizo; pero cuando le dijo que los filisteos lo iban a agarrar, él se levantó, arrancando la tela en que estaba tejido su pelo con todo y el telar. Entonces ella lo comenzó a molestar aun más, diciéndole:

—Tú no me amas de veras; si así fuera, ya me habrías dicho la verdad.

Ella lo molestó tanto, que finalmente él le dijo la verdad:

—La razón por la que soy tan fuerte, es que fui dedicado a Dios desde que estaba en el vientre de mi madre, y mi pelo nunca ha sido cortado. Si me cortaran el pelo, me volvería tan débil como cualquier hombre.

Entonces ella mandó llamar a los filisteos nuevamente, e hizo que Sansón se durmiera; consiguió a un hombre que lo rapara y luego le dijo de nuevo que los filisteos lo iban a agarrar. Sansón se levantó sin saber que Dios ya no lo estaba ayudando. Esta vez, los filisteos lo agarraron, le sacaron los ojos, y se lo llevaron a la región filistea. Allí lo encadenaron en la cárcel, haciendo que moliera grano para ellos.

La muerte de Sansón

Durante el tiempo que Sansón pasó en la cárcel, su pelo empezó a crecer de nuevo. Un día, mientras los filisteos estaban en una gran celebración en honor a su dios falso, ordenaron que trajeran a Sansón para burlarse de él. Como un muchacho lo iba guiando, le pidió que lo condujera a donde pudiera alcanzar las dos columnas principales que sostenían el edificio.

Entonces Sansón oró, y le pidió a Dios que lo ayudara sólo una vez más. Luego abrazó las columnas y empujó hacia adelante. Hizo que todo el edificio se desplomara, y el techo cayó sobre toda la gente que se encontraba en ese lugar. Sansón murió también, pero mató a más filisteos en ese día que los que había matado durante toda su vida.

78. Rut aprende a confiar en el Dios verdadero

(basado en Rut 1–4)

La familia de Elimelec va a Moab

Durante la época en que los jueces gobernaban Israel, hubo una gran hambre. En este tiempo, un hombre llamado Elimelec, de la tribu de Judá, se fue a vivir a la región de Moab y se llevó a su esposa Noemí y a sus dos hijos Mahlón y Quelión. Elimelec se murió en Moab, y sus dos hijos se casaron con mujeres moabitas. Mahlón se casó con Rut, y Quelión se casó con Orfa. Desgraciadamente, también murieron los dos hijos de Noemí y ella quedó muy triste.

Noemí regresa a Israel con su nuera Rut

Poco después, Noemí se enteró de que ya había comida en Israel, y decidió regresar a su tierra. Entonces les dijo a sus nueras que regresaran con sus familias y se volvieran a casar con alguno de sus paisanos. Orfa decidió regresar con su familia, pero Rut prefirió quedarse con Noemí. Le prometió vivir con ella, y considerar a la gente y al Dios de Noemí como si fueran los suyos. Así que Noemí le permitió a Rut quedarse con ella y acompañarla a Belén, la ciudad donde había nacido.

Cuando llegaron a Belén, la gente apenas comenzaba a cosechar la cebada. Entonces Rut le preguntó a Noemí si estaría bien que fuera a algún sembrado y recogiera la cebada que se les caía a los trabajadores que estaban cosechando. Como era costumbre en Israel dejar que los pobres hicieran esto, Noemí estuvo de acuerdo, y Rut se fue a recoger cebada.

Rut y Booz

El sembrado al que ella fue, pertenecía a un hombre rico llamado Booz, quien era pariente de su difunto esposo. Cuando Booz la vio allí y averiguó quién era, se portó muy amable con ella, y le dijo que se sintiera libre de recoger cebada en su sembrado. Pero ella preguntó por qué la trataba tan bien, ya que era solamente una extranjera, y él le contestó:

—He oído que tratas muy bien a tu suegra Noemí. Dios te recompensará por haber confiado en él.

Entonces Booz le dio algo para almorzar. Luego les dijo a sus trabajadores que dejaran caer algo de semilla para que ella la recogiera. De esta manera, ella recogió tanta semilla como pudo cargar para llevarla a la casa de Noemí.

Noemí se puso contenta porque Rut había ido al sembrado de Booz, y le dijo que siguiera yendo allí. Noemí quería que Booz se casara con Rut, porque era costumbre en Israel que si un hombre moría sin haber tenido un hijo, entonces su pariente más cercano debía casarse con la viuda.

Así que Noemí envió a Rut a pedirle a Booz que se casara con ella, y Booz le dijo que a él le gustaría casarse con ella, pero que había un hombre que era pariente más cercano de su difunto esposo. Por eso, debía hablar primero con aquél pariente. Entonces le dio algo de cebada como regalo para Noemí y la envió a su casa.

Ese mismo día, Booz fue a la puerta del muro que rodeaba la ciudad, y esperó hasta que pasara el hombre que era el pariente más cercano del difunto Mahlón. Cuando aquél pasó, Booz le preguntó si quería comprar el terreno que le había pertenecido a Mahlón, y si quería casarse con Rut. El hombre deseaba comprar el terreno, pero no quería casarse con Rut.

Entonces Booz compró el terreno y se casó con Rut. Después tuvieron un hijo al que llamaron Obed, pero fue considerado como hijo de Mahlón. Noemí se puso muy contenta de tener un nieto, y ella cuidó al bebé. Todas las mujeres de Belén se pusieron contentas porque Dios le había dado un niño a Noemí para que la cuidara cuando fuera anciana.

Cuando Obed creció, tuvo un hijo llamado Isaí, e Isaí fue el padre de David, quien llegó a ser rey de Israel.

DÉCIMA PARTE

El último juez y el primer rey: historias de Samuel y Saúl

79. Samuel llega a ser un profeta que habla en nombre de Dios

(basado en 1 Samuel 1–3)

Ana le ruega a Dios que le de un hijo

Un hombre llamado Elcana, que vivía en los terrenos que le pertenecían a la tribu de Efraín, tenía dos esposas. Una de ellas se llamaba Ana, y no podía tener hijos, y además, vivía muy triste porque la otra esposa se burlaba de ella. Cada año, Elcana llevaba a toda su familia a Silo, donde estaba el tabernáculo, y allí mataba algunos animales como ofrenda a Dios.

En una ocasión en que estaban en Silo, Ana fue a la puerta del tabernáculo y le rogó a Dios que le diera un hijo. Le prometió que lo dedicaría a él como nazareo por toda la vida, si contestaba su oración. Al día siguiente, Elcana y su familia regresaron a su casa, y poco después Ana quedó encinta; meses más tarde, dio a luz a un niño, al cual llamó Samuel.

Cuando Samuel fue destetado, su madre lo llevó al tabernáculo. Lo entregó a Elí, el jefe de los sacerdotes, y le dijo que Samuel era el niño que le había pedido a Dios, y que desde entonces le pertenecía. Ana oró dando gracias a Dios por haberle contestado su oración; luego, toda la familia de Elcana regresó a su casa, pero Samuel se quedó con Elí. Cada año, su madre, que iba al tabernáculo con Elcana, le llevaba ropa nueva.

Dios habla a Samuel

Elí tenía dos hijos, Ofni y Finees, que no obedecían a Dios; pues cuando los israelitas llevaban animales para matarlos como ofrenda a Dios, Ofni y Finees no esperaban hasta que el sebo se quemara para pedir una parte de la carne, sino que exigían a la gente una parte tan pronto como mataban el animal. Además, se acostaban con las mujeres que cuidaban el tabernáculo. Elí los regañaba por hacer

esas cosas; pero ellos no le hacían caso. Samuel no se parecía a ellos en nada. Él sí deseaba obedecer a Dios.

Un día, un profeta vino a visitar a Elí y le dijo que Dios lo había mandado a decirle que acabaría con su familia porque había permitido que sus hijos no tomaran en cuenta a Dios. También, le dijo que la prueba de que este mensaje era de Dios sería que sus dos hijos morirían el mismo día.

Una noche en el tabernáculo, cuando Elí ya era muy anciano, Samuel se despertó porque oyó que alguien lo llamaba por su nombre. Como creyó que Elí lo llamaba, corrió a verlo, y le dijo:

—Aquí estoy.

Elí le dijo que no lo había llamado. Sin embargo, volvió a suceder lo mismo dos veces más. La tercera vez, Elí se dio cuenta de que Dios estaba llamando a Samuel; entonces le dijo que regresara y escuchara, y que si Dios lo llamaba nuevamente, le contestara: "Habla, Señor, te escucho".

Samuel volvió a acostarse y Dios lo llamó nuevamente por su nombre; esta vez, el muchacho contestó como Elí le había indicado y Dios le dijo:

—Todos los males que le dije a Elí que vendrían sobre su familia, de veras van a suceder. Dile pues a Elí, que son un castigo por todo el mal cometido por sus hijos y porque sabiéndolo él, no se los impidió.

Al otro día por la mañana, a Samuel le daba miedo de contarle a Elí lo que Dios le había dicho; pero Elí le insistió que se lo dijera, y finalmente lo hizo. Entonces Elí dijo que Dios podía hacer lo que considerara justo.

Samuel creció, y como Dios le permitía hablar de las cosas que iban a suceder después y luego estas cosas se cumplían tal como Samuel había dicho, la gente se dio cuenta que era un profeta de Dios.

80. Los filisteos derrotan a los israelitas

(basado en 1 Samuel 4–7)

Por aquella época, todos los filisteos se juntaron y formaron un ejército para pelear contra Israel; los israelitas también reunieron un ejército. El primer día que pelearon, los filisteos ganaron la batalla.

Entonces, los israelitas decidieron sacar del tabernáculo el baúl santo y llevarlo a la batalla. Pensaban que haciendo eso, Dios los ayudaría a vencer a los filisteos. Así que enviaron a algunos hombres a Silo para traer el baúl santo al campamento del ejército de Israel. Los hijos de Elí, que eran los sacerdotes, fueron acompañando al baúl santo.

Mueren Elí y sus dos hijos

Entonces los israelitas y los filisteos pelearon nuevamente; pero en esta ocasión los filisteos derrotaron por completo a los israelitas. Mataron a treinta mil soldados israelitas, y también a los dos hijos de Elí. Además, capturaron el baúl santo.

Cuando Elí se enteró de las malas noticias, cayó de espaldas de la silla en que estaba sentado, se desnucó y murió. Él había sido juez de Israel durante cuarenta años.

El baúl santo entre los filisteos

Los filisteos se llevaron el baúl santo a una de sus ciudades y lo pusieron en el templo de su dios hecho de piedra. Al otro día por la mañana, encontraron a su dios tirado en el suelo. Lo volvieron a poner en su lugar; pero a la mañana siguiente encontraron que su dios no sólo se había caído, sino que también se le habían roto la cabeza y los brazos. Además, la gente comenzó a sufrir de una plaga de ratas y una epidemia de hemorroides. Estas cosas les sucedían porque Dios los estaba castigando por haber tomado su baúl santo.

Entonces los filisteos lo llevaron de una a otra de sus ciudades, pero dondequiera que iba, a la gente del lugar le comenzaban a salir hemorroides; hasta que finalmente les fueron a preguntar a sus sacerdotes y adivinos qué debían hacer. Los sacerdotes y adivinos sugirieron que separaran dos vacas de su cría,

que las engancharan a una carreta y que pusieran el baúl junto con un costoso regalo en la carreta, para que el Dios de los israelitas detuviera su enojo contra ellos.

El baúl santo regresa a Israel

Así lo hicieron los filisteos, y dejaron que la carreta fuera a donde las vacas quisieran. Entonces, las vacas no regresaron a su cría, sino que se fueron directamente a la ciudad más cercana de los israelitas. Así que los filisteos se dieron cuenta de que habían estado sufriendo por causa del baúl, y no por mero accidente.

La ciudad a la que las vacas se dirigieron era una donde los sacerdotes israelitas vivían. Cuando los hombres de aquel lugar vieron que venía la carreta y traía el baúl santo, se alegraron. Mataron las vacas y las ofrecieron como ofrenda completa a Dios; usaron como leña la madera con que estaba hecha la carreta, y pusieron el regalo en una piedra cercana.

Algunos de los que vivían en aquel lugar miraron dentro del baúl santo, y Dios se enojó con ellos por haber hecho eso e hizo que muchos murieran.

Al ver esto, la demás gente del lugar se entristeció y pensó que sería mejor enviar el baúl santo a algún otro lugar. Así que les pidieron a los de la ciudad llamada Quiriat-jearim que se lo llevaran, y los hombres de aquel lugar se lo llevaron a su ciudad, en donde se quedó por veinte años.

Samuel juzga a Israel

Samuel fue juez de Israel al morir Elí. Vivía en Ramá, aunque cada año viajaba a tres ciudades de Israel para resolver los problemas que había entre la gente.

Unos veinte años después de que el baúl santo había regresado a Israel, los israelitas decidieron dejar de adorar a dioses falsos y adorar sólo al Dios verdadero. Así que Samuel les dijo a todos los israelitas que fueran a la ciudad de Mizpa. Cuando llegaron a ese lugar, le dijeron a Dios que reconocían las cosas malas que habían hecho.

Mientras tanto, los filisteos decidieron atacarlos. Cuando los israelitas oyeron que venían los filisteos, se asustaron, y le pidieron a Samuel que orara por ellos. Él así lo hizo, y también mató un borreguito como ofrenda completa a Dios.

Dios contestó su oración, enviando un fuerte trueno que atemorizó al ejército filisteo. Entonces los soldados israelitas los persiguieron y mataron a muchos de ellos. Después de eso, los filisteos se quedaron en sus propios pueblos, y por algún tiempo, no atacaron a los israelitas.

81. Dios nombra a Saúl rey de Israel

(basado en 1 Samuel 8.1–13.2)

Los israelitas piden un rey

Cuando Samuel era ya un anciano, nombró a sus hijos jueces de Israel; pero no resultaron buenos jueces como su padre. Ellos aceptaban sobornos y eran injustos. Así que los ancianos de los israelitas vinieron a ver a Samuel y le pidieron que nombrara un rey para que los gobernara. Samuel no estaba de acuerdo, pero le pidió ayuda a Dios para saber qué hacer.

Dios le dijo que hiciera lo que le pedían. Además, le aclaró que con esa actitud la gente lo estaba rechazando a él mismo como rey, y que después sufrirían cuando el rey que pedían los hiciera pagar altos impuestos y los obligara a trabajar para él. Entonces se arrepentirían de haber pedido un rey, pero ya no podrían hacer nada para cambiar la situación.

Así pues, Samuel fue y le dijo a la gente lo que Dios había dicho; pero ellos no le quisieron hacer caso, sino que insistieron en tener un rey, igual que los otros países.

Samuel nombra rey a Saúl

Entonces Dios le ordenó a Samuel que hiciera lo que le pedían. Además, le indicó a quién debía nombrar rey; le dijo:

—Mañana a esta hora te voy a enviar a un hombre de la tribu de Benjamín. Derrama aceite sobre su cabeza para indicar que él será rey de Israel. Él salvará a los israelitas de los filisteos.

Y así sucedió. Al día siguiente, cuando un hombre llamado Saúl vino a ver a Samuel a preguntarle dónde podía encontrar los burros de su padre que se habían perdido, Dios le indicó a Samuel que ése era el hombre que iba a ser el primer rey de Israel. Samuel le dijo a Saúl que ya habían encontrado los burros y lo invitó a comer con él en la fiesta que ese día se celebraba para honrar a Dios.

Entonces los dos fueron a un lugar donde había un altar. Allí Samuel le dio a Saúl el mejor trozo de carne para que comiera. Aquella noche Samuel invitó a Saúl a dormir en su casa. A la mañana siguiente, los dos se fueron a la orilla de la ciudad; allí Samuel derramó un poco de aceite sobre la cabeza de Saúl, y le dijo que él iba a ser rey de Israel. Además, le dijo las cosas que le iban a suceder ese día y todo sucedió tal como Samuel había dicho.

Aquel día Dios le dio palabras a Saúl de la misma manera en que les daba palabras a los profetas y lo ayudó a comportarse como una persona diferente. Cuando regresó a su casa, no le dijo a su familia que Samuel le había dicho que iba a ser rey; sólo les comentó lo que había dicho de los burros.

Saúl llega a ser el primer rey de Israel

Entonces Samuel les dijo a todos los israelitas que se reunieran en una ciudad llamada Mizpa. En aquel lugar echaron suertes para escoger un rey. La primera vez que lo hicieron, escogieron a la tribu de Benjamín; la segunda vez, escogieron a la familia de Saúl, y finalmente escogieron al mismo Saúl. Cuando lo buscaron, lo encontraron escondido entre unos bultos, y tuvieron que ir a sacarlo.

Luego Samuel le explicó al pueblo cómo debería ser el rey, y lo escribió en un rollo que después puso en el tabernáculo. Al terminar, despidió a la gente para que regresaran a sus casas. Saúl también regresó a su casa, pero se llevó a algunos soldados israelitas con él.

Había pasado más o menos un mes cuando el ejército de los amonitas atacó a una ciudad israelita. Al enterarse Saúl, juntó un ejército y con la ayuda de Dios salvó la ciudad. Aquel día los israelitas querían matar a todos aquellos que

no habían querido que Saúl fuera rey; pero Saúl no quiso hacerlo, pues Dios los había ayudado en esa ocasión.

De allí, todos los israelitas se fueron a la ciudad de Gilgal y allí mataron algunos animales como ofrendas compartidas a Dios. Además, tuvieron una ceremonia en la cual Saúl fue coronado como rey. Tuvieron un día muy alegre.

Samuel entrega el gobierno al rey Saúl

Mientras la gente estaba en Gilgal, Samuel les dio sus últimos consejos. Primero, le dio oportunidad a toda la gente de que lo culparan de cualquier cosa mala que hubiera hecho; pero todos le aseguraron que él no había engañado a nadie. Luego les recordó todo el bien que Dios había hecho por sus antepasados. Hizo memoria de cómo Dios los había sacado de Egipto y les había entregado Canaán.

También les recordó cómo habían adorado a dioses falsos muchas veces, y cómo en muchas ocasiones Dios había permitido que por esa causa sus enemigos les ganaran las guerras. Además, les recordó que cada vez que habían dejado de adorar a dioses falsos y le habían pedido a Dios que los rescatara, él lo había hecho.

Les repitió que estaban equivocados al haber pedido un rey; pero ahora, tanto el rey como ellos, debían tener mucho cuidado de obedecer todas las leyes de Dios. Finalmente, Samuel les prometió que oraría por ellos.

Luego, el rey Saúl escogió tres mil soldados para que estuvieran con él y con su hijo Jonatán, y todos los demás regresaron a sus casas.

82. El rey Saúl desobedece a Dios y Dios le dice que ya no seguirá siendo rey (basado en 1 Samuel 13.3–15.35)

Tiempo después, los filisteos reunieron un ejército muy grande y se prepararon para atacar a los israelitas. El rey Saúl y su ejército se encontraban en la ciudad de Gilgal esperando hasta que llegara Samuel porque iba a matar algunos animales como ofrenda a Dios.

Samuel le había dicho a Saúl que lo esperara siete días, pero como al séptimo día todavía no llegaba, parte de la gente se comenzó a ir. Así que el rey tomó el asunto en sus manos y él mismo mató a los animales y se los ofreció a Dios.

Un poco después llegó Samuel, y cuando se enteró de lo que había pasado, le dio mucho coraje; le dijo a Saúl que por esta razón Dios iba a buscar a otro hombre para ponerlo como rey de Israel. Más tarde, Samuel se fue a su casa.

Jonatán mata a muchos soldados filisteos

Saúl salió de Gilgal y acampó con su ejército, listos para la batalla. Mientras tanto, su hijo Jonatán y el muchacho que cuidaba sus armas fueron a un lugar en el que algunos soldados filisteos vigilaban un paso estrecho entre las montañas; Jonatán esperaba que Dios lo ayudara a matar a los soldados. Él quería que Dios les mostrara que los iba a ayudar, haciendo que los soldados les permitieran subir hasta donde se encontraban.

Y así sucedió; los soldados les dijeron que subieran, ellos así lo hicieron, y Dios les ayudó a matarlos. Entonces todo el ejército filisteo se atemorizó y todos comenzaron a correr de un lado a otro; pues no sabían qué hacer.

Cuando Saúl vio desde su campamento lo que sucedía, llevó a sus hombres para que también participaran en la batalla. Aquel día Dios los ayudó tanto que mataron a muchos soldados filisteos.

El juramento de Saúl

Ese día, el rey había dicho: "Hoy nadie debe comer nada hasta que me haya vengado completamente de mis enemigos; si alguno lo hace, será maldito". Todos los soldados lo habían escuchado, así que ninguno de ellos probó bocado aquel día, aunque sin duda tenían mucha hambre. Cuando pasaron cerca de un panal lleno de miel, ninguno se atrevió a probar la miel, sólo Jonatán; pues él no había escuchado lo que su padre había dicho. Tomó un poco de miel y se la comió.

Esa noche, Saúl quiso regresar y atacar nuevamente a los filisteos. Así que el sacerdote preguntó a Dios si debían ir o no; pero Dios no les contestó, porque Jonatán había comido un poco de miel. Entonces echaron suertes para encontrar quién había violado la orden de Saúl, y la suerte cayó sobre Jonatán. Saúl estaba dispuesto a matar aun a su propio hijo; pero todos los israelitas dijeron que Jonatán no debía morir, pues él había sido el que había comenzado a matar a los soldados filisteos. Así se salvó Jonatán de la muerte.

Saúl se hizo muy poderoso. Formó un gran ejército y peleó contra todos los enemigos de Israel. Sin embargo, siguió teniendo problemas con los filisteos.

Dios le manda a Saúl matar a los amalecitas

Tiempo después, Samuel le dijo a Saúl:

—Dios quiere que ataques a los amalecitas y mates a todas las personas y a todos los animales, pues él ha dicho que todos deben morir.

Dios hizo esto para castigar a los amalecitas por haber atacado a los israelitas cuando venían viajando de Egipto a Canaán. Así que Saúl juntó un gran ejército y atacó a los amalecitas. Los venció y los mató a todos, menos al rey; a él se lo llevó preso. Los israelitas también les perdonaron la vida a los mejores animales. Sólo mataron aquéllos que no eran muy buenos.

Samuel regaña al rey Saúl

Dios le dijo a Samuel que Saúl no le había obedecido y que se arrepentía de haberlo puesto como rey. Entonces Samuel fue a buscarlo. Al encontrarlo en Gilgal, Saúl habló primero:

—Hice lo que Dios me dijo que hiciera.

Pero Samuel le contestó:

—Pero entonces ¿por qué oigo todos estos balidos y mugidos de animales?

Y Saúl le dijo:

—¡Ah! es que escogimos a los mejores animales para ofrecerlos como ofrenda a Dios, pero a todos los demás los matamos.

Entonces Samuel le contestó:

—Bueno, pues anoche Dios me dijo que tú ya no puedes seguir siendo el rey, porque no hiciste lo que te ordenó. Él te dijo que mataras a toda la gente y a todos los animales, y tú te quedaste con algunos de ellos.

Y Saúl dijo:

—¡Pero sí yo le obedecí a Dios! Fui y peleé contra los amalecitas, maté a todos y capturé a su rey; la gente nada más trajo algunos de los animales para poder ofrecerlos a Dios.

Samuel le contestó:

—Antes que nada, Dios quiere que le obedezcas, pues eso es más importante que ofrecerle animales. La cosa más importante que uno debe hacer, es lo que él ordena. Es tan malo no hacer lo que Dios quiere que hagas como dedicarse a la brujería o adorar a dioses falsos. Dios no te permitirá seguir siendo rey, porque no hiciste lo que te ordenó.

Entonces el rey Saúl tuvo miedo y trató de convencer a Samuel que lo perdonara; pero Samuel le dijo que Dios no cambia de opinión como lo hace la gente, y que sin duda alguna, Dios iba a poner a otro hombre como rey. Después Samuel mató al rey de los amalecitas, y luego se fue a su casa; Saúl también se fue a su casa y desde ese día no se volvieron a ver nunca más. Sin embargo, Samuel se puso muy triste porque Saúl ya no iba a ser rey.

83. Dios nombra a David nuevo rey de Israel

(basado en 1 Samuel 16.1–13)

Un día después de eso, Dios le dijo a Samuel que ya no estuviera tan triste por lo que le había sucedido al rey Saúl, y que fuera a derramar aceite sobre la cabeza de otro hombre para indicar que sería el nuevo rey. Le mandó ir a la ciudad de Belén a derramar un poco de aceite sobre la cabeza de uno de los hijos de Isaí, un hombre de la tribu de Judá.

Así que Samuel se dirigió a ese lugar. Cuando vio lo alto y guapo que era el hijo mayor de Isaí, pensó que sin duda él era a quien buscaba. Pero Dios le dijo:

—No, aunque es alto y guapo, él no es. La gente sólo puede ver la apariencia externa de una persona; en cambio, yo puedo ver cómo es su corazón; de esa manera decido.

Entonces Isaí llamó a sus demás hijos, uno por uno, pero Dios le dijo a Samuel que ninguno de ellos era el que buscaba. Entonces Samuel le preguntó a Isaí si no tenía más hijos, e Isaí le dijo que tenía uno más, llamado David, el más joven, que se encontraba en el campo cuidando los borregos. Samuel le pidió que lo llamara. Cuando David llegó, Dios le dijo a Samuel:

—Éste es el que busco; derrama el aceite sobre su cabeza.

Entonces Samuel derramó el aceite sobre la cabeza de David, mientras todos sus hermanos observaban. David era un muchacho guapo, de apariencia saludable y de mirada viva. Desde ese día el Espíritu de Dios estuvo con David. Después de esto, Samuel regresó a su casa.

84. David toca su arpa para el rey Saúl

(basado en 1 Samuel 16.14–23)

Como Dios había dejado de ayudar a Saúl, a veces un espíritu malo lo atacaba. Entonces sus servidores le sugirieron que buscara a alguien que tocara el arpa cuando el espíritu malo lo atacara, para que la música lo ayudara a tranquilizarse. Uno de ellos sugirió a David, el hijo de Isaí, y el rey le llamó. Así, cada vez que el espíritu malo atacaba al rey, David tocaba su arpa.

David le caía muy bien al rey, y con el tiempo le encargó que cuidara y cargara su armadura al ir a alguna batalla.

85. David mata a un soldado filisteo muy alto

(basado en 1 Samuel 17.1–18.5)

El desafío de Goliat

En una ocasión en que los ejércitos de los israelitas y de los filisteos estaban en guerra, y se hallaban acampados en cerros, uno enfrente del otro, un soldado filisteo salió de su campamento y retó a los soldados israelitas. Medía casi tres metros de altura y llevaba puesta una pesada armadura. Se llamaba Goliat.

Les gritaba a los israelitas que escogieran a un hombre para que fuera a pelear con él. Si Goliat ganaba, los filisteos gobernarían Israel; pero si el soldado israelita ganaba, entonces los israelitas gobernarían a los filisteos. Sin embargo, todos los soldados israelitas tenían demasiado miedo para ofrecerse a pelear contra él.

David ofrece pelear contra Goliat

Los tres hermanos mayores de David estaban en el ejército del rey Saúl, y mientras tanto, David cuidaba los borregos de su padre. Un día, Isaí le dijo a David que fuera a ver cómo estaban sus hermanos y que de paso les llevara algo de comida.

Cuando David llegó al campamento, ya había pasado más de un mes en que, día a día, Goliat había retado a los israelitas. Al saberlo, David dijo que ese hombre no debía estar retando al ejército de la gente de Dios. Entonces, se ofreció a pelear contra Goliat.

Al enterarse Saúl, mandó a llamar a David, y le dijo:

—Tú no puedes pelear contra él. Él es un soldado con mucha experiencia y tú sólo un muchacho.

Pero David le contestó:

—Yo cuido los borregos de mi padre y he matado a leones y osos que han querido atacar a los borregos; cuando esto ha sucedido, Dios me ha cuidado y estoy seguro de que también me puede cuidar mientras peleo contra este filisteo.

David mata a Goliat

El rey no tuvo más que decir, y sólo le quedó ofrecerle su armadura. David se puso la armadura, pero como no estaba acostumbrado a usarla, se la quitó. Luego fue a un arroyo de donde tomó cinco piedras lisas, las puso en su morral y se dirigió hacia donde estaba Goliat para pelear contra él, sin más arma que su honda.

Cuando Goliat vio venir a David, se rió de él. Pero David le dijo:

—El Dios verdadero, al que los israelitas adoramos, me ayudará. Este día todo el mundo verá que Dios sí nos ayuda.

Goliat comenzó a caminar hacia donde se encontraba David, y éste también se fue acercando. Entonces David tomó una piedra de su morral, la puso en su honda, hizo girar la honda y lanzó la piedra. Ésta le dio a Goliat en la mera frente, y lo derribó. David corrió hacia Goliat y le cortó la cabeza con su propia espada.

Entonces los soldados filisteos se asustaron y comenzaron a huir; pero los soldados israelitas los fueron persiguiendo hasta sus ciudades, y mataron a muchos de ellos.

Cuando el rey Saúl vio lo que había sucedido, le pidió a Abner, el general de su ejército, que le trajera a David; Abner así lo hizo. Al llegar ante el rey, David traía la cabeza de Goliat en las manos. Entonces Saúl le pidió que se quedara con él. Luego su hijo Jonatán se hizo muy buen amigo de David y le regaló una espada.

Desde entonces, el rey comenzó a mandar a David a las batallas; David lo hacía tan bien, que lo nombró oficial de su ejército. Todo mundo se ponía muy contento al oír de los triunfos de David, aun los más importantes oficiales del rey Saúl.

86. El rey Saúl se pone celoso de David y trata de matarlo

(basado en 1 Samuel 18.6–20.42)

En una ocasión cuando David volvía de haber matado a muchos soldados filisteos, salieron las mujeres israelitas, cantando y bailando, a encontrar a los soldados de su ejército. Cantaban acerca del rey Saúl y acerca de David; decían que Saúl había matado miles de soldados enemigos, pero que David había matado diez veces más.

Cuando Saúl lo oyó, se enojó mucho porque pensó que muy pronto la gente querría poner como rey a David; y comenzó a desconfiar de David de allí en adelante.

Saúl trata de deshacerse de David

Al día siguiente, el espíritu malo atacó otra vez a Saúl, y David tocó su arpa para él. Mientras David tocaba, Saúl tenía una lanza en la mano que le arrojó dos veces a David; pero David la esquivó las dos veces y la lanza no lo hirió.

Como Saúl se dio cuenta que Dios estaba ayudando a David y que a él ya no lo ayudaba, le tuvo miedo; por lo cual lo nombró jefe de un grupo de soldados, esperando que los filisteos lo mataran en alguna batalla. Pero David salió victorioso en todas las batallas que peleó, porque Dios le estaba ayudando. Desde entonces Saúl le tuvo más miedo que nunca; pero todos los israelitas querían a David.

Después, se le ocurrió a Saúl un plan para deshacerse de David. Mical, su hija menor, se había enamorado de David; así que le ofreció a David permitirle que se casara con ella. Hizo que sus funcionarios convencieran a David que aceptara lo que se le ofrecía. David no quería aceptar; pero le dijeron que todo lo que el rey quería en pago por su hija era que matara a cien filisteos. Saúl se imaginaba que los filisteos matarían a David, y que así se desharía del que consideraba su enemigo.

David aceptó lo que le ofrecían, y fue y mató a doscientos filisteos. Entonces David y Mical se casaron. Saúl tuvo más miedo que nunca de David

porque pudo ver que su hija de veras lo amaba y que Dios lo estaba ayudando mucho.

Jonatán ayuda a David

Entonces Saúl decidió matar a David y se lo dijo a su familia y a sus funcionarios. Pero su hijo Jonatán, que era muy amigo de David, le avisó a David. Luego Jonatán trató de convencer a su padre de que no matara a David. Finalmente, el rey renunció a su idea y dijo que no lo mataría. De este modo, David continuó sirviendo en el ejército de Saúl. Peleó otra batalla contra los filisteos y la ganó.

David huye de su casa

Después, el espíritu malo atacó nuevamente a Saúl, y David tocó su arpa para el rey; pero el rey arrojó contra él su lanza otra vez. David escapó y, huyendo del rey, se fue a su casa; sin embargo, su esposa Mical le advirtió que debía huir esa misma noche o su padre lo mataría. Para entonces Saúl ya había mandado hombres a que vigilaran la casa de David; así que, Mical bajó a David por la ventana, puso una imagen en la cama, la arregló y la cubrió con las cobijas, de modo que pareciera que David estaba allí.

Entonces los hombres que servían a Saúl entraron a la casa para llevarse preso a David, pero Mical les dijo que estaba enfermo. Más tarde, cuando el rey se dio cuenta de que Mical lo había engañado, se enojó mucho y la regañó; pero ella le mintió, diciendo:

—David dijo que me mataría si no le ayudaba a escapar.

Mientras tanto, David escapó y fue a ver a Samuel, y le contó lo que había pasado. Saúl buscó a David, pero no pudo encontrarlo.

David y Jonatán

Entonces David fue a encontrarse con su amigo Jonatán y le preguntó:

—¿Por qué está enojado tu padre conmigo?

Jonatán le contestó que no era cierto; pero David le dijo:

—Estoy seguro de que está enojado conmigo, pero no te lo ha dicho porque sabe que eres mi amigo.

De modo que David le pidió a Jonatán que fuera a averiguar la verdad y luego regresara a contarle; éste le prometió investigar la situación y decirle lo que lograra saber. Y en efecto, Jonatán se dio cuenta de que su padre sí tenía intenciones de matar a David. Entonces fue a decírselo a David cuidándose de que nadie se diera cuenta. A pesar de este problema, los dos prometieron ser amigos siempre y cada uno ver por la familia del otro. Después David se fue de allí, pues se dio cuenta de que tenía que huir para que no lo mataran.

**87. David huye del rey Saúl
y la gente comienza a unírsele**
(basado en 1 Samuel 21–23)

David y el sacerdote Ahimelec

Cuando David andaba huyendo de Saúl, fue a ver al sacerdote Ahimelec y le pidió pan. Ahimelec se sorprendió de que David fuera solo y le preguntó la causa; David le mintió, diciéndole que estaba cumpliendo un asunto secreto del rey Saúl.

Entonces Ahimelec le dijo que los únicos panes que tenía allí eran los panes sagrados que habían estado en la mesa del tabernáculo. Solamente los sacerdotes tenían permiso de comer de ese pan; pero Ahimelec se lo dio a David para que se lo llevara a los hombres que lo estaban esperando y se lo comiera junto con ellos.

Luego David le preguntó a Ahimelec si no tenía por allí una espada o una lanza, y Ahimelec le dio la espada que había pertenecido a Goliat. David tomó estas cosas y se fue de Israel.

David reúne un ejército

David pasó un poco de tiempo en Gat, una de las ciudades filisteas, y después se fue a una cueva llamada Adulam. Cuando los de su familia supieron que estaba allí, fueron a reunirse con él. Muchos hombres que tenían dificultades con el rey Saúl, que tenían deudas o algún otro problema, también se unieron a David, y así llegaron a juntarse unos cuatrocientos hombres.

David llevó a sus padres para que estuvieran con el rey de Moab, donde estarían seguros. Entonces el profeta Gad le dijo a David que dejara la cueva y se fuera al bosque del territorio que pertenecía a la tribu de Judá.

Todo ese tiempo Saúl había tratado de atrapar a David, pero no había podido lograrlo. Además, se enojó con sus oficiales porque ninguno de ellos le había dicho que David y Jonatán eran amigos.

Saúl mata a los sacerdotes

Había un funcionario de Saúl llamado Doeg, un hombre de Edom, que había estado en el tabernáculo cuando David pidió el pan y la espada, y él le contó todo a Saúl. Entonces el rey mandó por Ahimelec y lo regañó porque había ayudado a David. Aunque Ahimelec insistió en que había hecho esto porque David era de los servidores del rey, Saúl ordenó a sus soldados que mataran a Ahimelec, a todos los demás sacerdotes de ese lugar, a sus familias, y aun a los niños y a sus animales. Pero los soldados se negaron a hacerlo; y entonces Saúl le ordenó a Doeg que lo hiciera; y lo hizo.

Sólo escapó Abiatar, hijo de Ahimelec. Él fue a buscar a David, y David le dijo que, ya que Saúl los buscaba a los dos para matarlos, era mejor que se quedara con él.

David y la gente de Keila

En esos días los filisteos atacaron a la ciudad israelita llamada Keila, y David peleó contra ellos, y con la ayuda de Dios los venció. Saúl supo que David estaba en Keila e hizo planes para ir a atraparlo. Entonces David le preguntó a Dios qué debía hacer y Dios le hizo ver que Saúl se preparaba para venir a Keila, y que la gente de Keila lo entregarían en manos del rey si se quedaba.

Así que David y sus hombres salieron de Keila y anduvieron de un lugar a otro. Cuando Saúl se enteró de que David se había ido de Keila, abandonó sus planes. Para entonces, David había reunido un ejército de unos seiscientos hombres.

Saúl siguió buscando a David, pero Dios no dejó que lo encontrara.

Jonatán habla con David

Un día Jonatán fue a ver a David secretamente, y le dijo:

—No tengas miedo, David. Mi padre no te podrá hacer daño. Algún día tú serás el nuevo rey de Israel, y yo seré un funcionario tuyo. Mi padre también sabe eso.

Luego David y Jonatán volvieron a prometer que serían siempre amigos y Jonatán regresó a su casa.

David anduvo escondiéndose en los cerros; pero cuando las gentes que vivían cerca supieron que él estaba allí, ofrecieron ayudar al rey Saúl a capturarlo. Al enterarse David y sus hombres, se fueron de allí, pero el rey Saúl y su ejército fueron siguiéndolos hasta casi alcanzarlos. Entonces llegó un mensajero y le dijo al rey Saúl que los filisteos estaban atacando a Israel, así que dejó de perseguir a David y se fue a pelear contra los filisteos.

88. David deja pasar dos oportunidades de matar al rey Saúl

(basado en 1 Samuel 24–27)

David deja pasar una oportunidad de matar a Saúl

Después de que el Rey Saúl terminó de pelear contra los filisteos, volvió a perseguir a David; averiguó dónde se encontraba y llevó con él a un ejército de tres mil hombres. David y sus hombres se hallaban escondidos en lo más profundo de una cueva que había en esa región, cuando Saúl entró a la cueva para

hacer del baño. Los hombres de David le dijeron que aprovechara la oportunidad y matara al rey allí mismo; pero David no quiso hacerlo, porque Saúl era todavía rey de Israel y porque lo consideraba como jefe suyo. Solamente se acercó a él sin hacer ruido, y cortó con su espada una orilla de la capa de Saúl.

Cuando Saúl salió de la cueva y ya se alejaba, David salió y le gritó. Se inclinó hasta el suelo en dirección al rey, y le mostró la orilla de la capa. Entonces le explicó que había tenido la oportunidad de matarlo, pero que la había dejado pasar. Le dijo que Dios decidiría quién estaba equivocado. Cuando Saúl oyó lo que le decía David, se puso muy triste; le contestó:

—Tú estás en lo justo, David. Yo he estado equivocado al tratarte tan mal. No se ve muy seguido que un hombre deje pasar la oportunidad de matar a su enemigo. Dios te va a recompensar por esto. Yo sé que tú serás el nuevo rey, y que Israel será fuerte y próspero mientras tú gobiernes; pero prométeme que siempre serás bondadoso con mi familia.

David se lo prometió, y el rey Saúl se fue a su casa. David y sus hombres se quedaron en su escondite entre los cerros.

Poco después murió el profeta Samuel, y toda la gente de Israel se entristeció y le guardó luto.

David y Nabal

Por aquellos días, David mandó a algunos de sus hombres a ver a un hombre llamado Nabal, para que les regalara algo. Nabal era un hombre muy rico y en esos días estaba trasquilando a sus borregos. David les dijo que le recordaran que cuando sus pastores habían estado acampando cerca de él y de sus hombres, ellos no habían dañado nada de lo que le pertenecía. Pero Nabal les contestó de mala manera y no les dio nada.

Entonces David se enojó porque Nabal no agradecía la protección que los seguidores de David le habían dado a sus pastores, y les ordenó a sus hombres que se prepararan para atacar la casa de Nabal.

Nabal tenía una esposa que se llamaba Abigail, y era muy bonita y también inteligente. Cuando uno de los sirvientes de Nabal le contó a ella la respuesta que éste le había mandado a David, pensó que sería bueno mandarle un regalo a

David. Entonces juntó una buena cantidad de alimentos, los cargó en burros y fue a encontrarse con él. Al encontrarlo, le entregó el regalo y le dijo que sería mejor aceptar el regalo que ser culpable de matar a Nabal y a los que vivían en la casa, en venganza por lo que le había contestado Nabal. David vio que Abigail tenía razón en lo que decía, y aceptó el regalo.

Todavía no habían pasado quince días, cuando Nabal murió, y David entendió que Dios lo había castigado. Entonces David le propuso a Abigail que se casara con él, ella aceptó, y se casaron. Abigail y Ahinoam fueron dos las esposas que tuvo David después de que huyó del rey; Mical, la que había sido su primera esposa, Saúl se la había dado a otro hombre.

David deja pasar otra oportunidad de matar a Saúl

Saúl volvió a cambiar de opinión y procuró, otra vez, matar a David. Juntó tres mil hombres y fue a buscar a David. David mandó espías para que buscaran dónde había acampado el ejército del rey, y entonces él y uno de sus hombres fueron hasta el campamento. Dios había hecho que todos los hombres del rey se quedaran bien dormidos, y nadie los vio entrar al campamento.

El que acompañaba a David quería matar a Saúl; pero David no se lo permitió y le dijo que Dios se iba a encargar de castigar a Saúl. Así que solamente tomaron la jarra de agua y la lanza de Saúl, y fueron a la cumbre de un cerro no muy cercano.

Desde ese lugar David le gritó a Abner, jefe del ejército de Saúl, y se burló de él, diciéndole que debía cuidar mejor al rey. David le dijo a Abner que si se fijaba, vería que la lanza y la jarra de agua del rey ya no estaban allí; en ese momento, Saúl reconoció la voz de David y le habló; pero David le dijo que nunca había tratado de hacerle algo malo, y que por eso no entendía por qué lo perseguía y trataba de matarlo.

Entonces el rey Saúl se disculpó por haber intentado matar a David. Luego David le dijo que mandara a un hombre a recoger la lanza. También dijo que Dios protegería su vida de la misma manera como había protegido ese día la vida de Saúl.

Entonces Saúl se fue a su casa, y David regresó con sus hombres.

David vive en Siclag

Sin embargo, como David ya le había perdido la confianza a Saúl, se fue otra vez a la ciudad filistea llamada Gat; se llevó consigo a sus dos esposas y a todos sus hombres. Cuando Saúl se enteró, lo dejó de perseguir. David fue a pedirle al rey de Gat que le diera un lugar donde pudiera vivir.

Y el rey de Gat le dio una pequeña ciudad llamada Siclag, en donde David vivió por más de un año. Entonces él y sus hombres comenzaron a salir a atacar las ciudades de los enemigos de Israel; luego mataban a toda la gente y se quedaban con las ropas y los animales. Como David le mentía al rey de Gat diciéndole que atacaba ciudades de los israelitas y de los aliados de los israelitas, él pensó que los israelitas se habían convertido en enemigos de David.

89. El rey Saúl y sus hijos mueren en una batalla

(basado en 1 Samuel 28–31; 1 Crónicas 10)

En aquellos días los filisteos juntaron a su ejército para atacar a Israel. El rey de Gat quería que David y sus hombres se unieran al ejército de los filisteos y pelearan contra Israel; y David dijo que sí.

Saúl le pide ayuda al espíritu de Samuel

Mientras los filisteos se juntaban para atacar a Israel, Saúl también juntaba a su ejército. Cuando vio lo grande que era el ejército de los filisteos, le dio mucho miedo. Entonces le pidió a Dios que le mostrara lo que iba a suceder, pero Dios no le contestó nada. No le contestó mediante sueños, ni a través de las piedras sagradas que se usaban para echar suertes, ni tampoco a través de algún profeta.

Así que Saúl quiso ver a una persona que evocaba a los espíritus de los muertos, para averiguar lo que debía hacer. Por aquel entonces, el mismo Saúl había eliminado a todos los evocadores de espíritus que vivían en Israel; pero sus servidores le dijeron que aún había una mujer que evocaba a los espíritus de los muertos, y que vivía en la ciudad de Endor.

Entonces Saúl se disfrazó para que nadie lo reconociera, y fue a ver a esa mujer. Ella ya no quería llamar a los muertos, porque tenía miedo de que Saúl se enterara y la mandara matar. Pero Saúl le prometió que no le pasaría nada y le pidió que llamara al espíritu de Samuel. Cuando la mujer vio a Samuel, se dio cuenta de que era el mismo rey Saúl quien había ido a verla. Entonces Samuel le preguntó a Saúl:

—¿Por qué me molestas?

Y Saúl le dijo:

—Tengo problemas muy graves. Los filisteos me están atacando, y Dios no me responde. Te llamé para que me digas qué hacer.

Pero Samuel le dijo:

—No te servirá de nada haberme preguntado. Dios ya no es tu amigo. Ahora es tu enemigo porque tú no le obedeciste cuando te ordenó matar a todos los amalecitas; así que, como te dije, él ya no dejará que tú seas rey. Mañana los filisteos ganarán la batalla y tú y tus hijos morirán.

Al oír esto, Saúl sintió mucho miedo.

Los filisteos no permiten que David pelee por ellos

Cuando el ejército de los filisteos ya estaba reunido, los otros reyes filisteos le dijeron al rey de Gat que no debía permitir que David y sus hombres fueran con ellos. Tenían miedo de que a media batalla David se volteara contra ellos y peleara del lado de los israelitas. Entonces hicieron que el rey de Gat mandara de regreso a David y a sus hombres a Siclag.

David y los amalecitas

Al llegar allá, se encontraron con que los amalecitas habían atacado la población, se habían llevado las cosas de David y de los que iban con él, junto con sus mujeres e hijos, y habían quemado sus casas. David le preguntó a Dios si debía ir a perseguirlos, y Dios le dijo que sí. Entonces fueron tras ellos y los alcanzaron. Mataron a la mayoría, y rescataron a todas las mujeres y a los hijos, y

también al ganado. De lo que les quitaron a los amalecitas, David les mandó algunos animales y otras cosas, como regalo a los ancianos de la tribu de Judá, que era su propia tribu.

El rey Saúl muere en la batalla

Después de haber mandado de regreso a David y a sus hombres, los filisteos atacaron a los israelitas. Finalmente ganaron y mataron a muchos israelitas. Hirieron a Saúl y él se suicidó, dejándose caer sobre su espada. También murieron los tres hijos de Saúl en la batalla. Así murió Saúl, en castigo por no obedecer a Dios y por haber consultado a una mujer de las que hablan con los muertos.

UNDÉCIMA PARTE

El rey escogido: la historia de David

90. David es proclamado segundo rey de Israel

(basado en 2 Samuel 1–6; 8–10;
1 Crónicas 11–16; 18–20; 26.29–27.34)

Después de que Saúl murió en la batalla con los filisteos, un mensajero fue a Siclag y le contó a David lo que había pasado. Cuando David se enteró que el rey y su hijo Jonatán habían muerto, se puso muy triste y compuso un cántico en memoria de ellos, pues Jonatán había sido su amigo, y Saúl el primer rey de Israel.

David es proclamado rey de Judá

Entonces Dios le dijo a David que regresara a la ciudad de Hebrón, que estaba en el territorio que le pertenecía a la tribu de Judá. David se fue para allá, y los hombres de Judá derramaron aceite sobre su cabeza y lo proclamaron rey de la tribu de Judá.

Abner proclama rey a Is-boset

Abner, que había sido el jefe del ejército del rey Saúl, aún vivía, y tomó a Is-boset, un hijo de Saúl que no había muerto, y lo proclamó rey de todos los demás israelitas. Un día Joab, el jefe del ejército de David, y Abner, jefe del ejército de Is-boset, enfrentaron a sus ejércitos y ganó la batalla el ejército de David. Los hombres de David persiguieron a los del ejército de Is-boset hasta que anocheció. Mientras los persiguieron, Abner mató a Asael, hermano de Joab.

La guerra entre David e Is-boset duró mucho tiempo, pero David se iba haciendo cada vez más fuerte.

Abner decide apoyar a David

Un día, Is-boset regañó a Abner, diciéndole:

—¿Por qué te acostaste con una de las concubinas de mi padre?

Como Abner se enojó mucho, decidió ayudar a David. Así que le mandó mensajeros para preguntarle si podía reunirse con él. David le respondió que estaba de acuerdo; pero que antes, Is-boset y él debían devolverle a su esposa Mical. Is-boset y Abner se la devolvieron.

Luego Abner fue a ver a David y le ofreció convencer a todos los ancianos de Israel para que lo apoyaran. A David le pareció bien este plan y dejó que Abner se fuera en paz.

Joab mata a Abner

Entonces regresó Joab, después de haber atacado una ciudad, y cuando se enteró que David había tratado bien a Abner y lo había dejado irse en paz, se enojó mucho. Sin decirle nada a David mandó unos mensajeros a que fueran a decirle a Abner que regresara. Entonces le dijo que quería hablar con él a solas, y cuando estuvieron solos, lo mató. Esto lo hizo en venganza porque Abner había matado a su hermano Asael en una batalla.

Cuando David se enteró que Joab había matado a Abner, se enojó mucho, y ordenó que todos, incluyendo a Joab, guardaran duelo por Abner. Así que todos se dieron cuenta que David no había tenido nada que ver con la muerte de Abner.

Is-boset es asesinado

Cuando Is-boset supo que Abner había muerto, sintió mucho miedo. Poco después, dos oficiales de su ejército lo mataron mientras dormía, y le llevaron su cabeza a David. Ellos creían que David se pondría contento de que su enemigo hubiera muerto; pero David les ordenó a sus hombres que los mataran por haber asesinado a Is-boset.

Después de la muerte de Is-boset, todas las tribus de los israelitas fueron a reunirse con David, que estaba en Hebrón, y lo proclamaron nuevo rey de Israel. Para entonces, ya había sido rey de Judá por siete años y medio, y fue rey de todo Israel por treinta y tres años más.

David reina en Jerusalén

El rey David y los israelitas querían hacer que la ciudad de Jerusalén fuera la capital de Israel, pero primero tenían que matar a los jebuseos que vivían allí. Tuvieron éxito al tratar de capturar la fortaleza de los jebuseos, y la llamaron la ciudad de David. Después, construyeron la ciudad alrededor de la fortaleza.

David siguió haciéndose más poderoso porque Dios lo estaba ayudando. Por otra parte, el rey Hiram de Tiro le mandó madera y trabajadores para que le construyeran un palacio, como un regalo de parte suya. Y David se dio cuenta de que Dios de veras lo estaba ayudando. En Jerusalén, David tomó más esposas y concubinas, y tuvo más hijos.

Cuando los filisteos se enteraron de que David era rey de Israel, atacaron a Israel dos veces; pero las dos veces David y su ejército los derrotaron, porque Dios estaba ayudando a Israel.

David quiere traer el baúl santo a Jerusalén

Después de esto, David decidió que ya era tiempo de traer el baúl santo a Jerusalén; así que juntó a su ejército y fueron a la ciudad llamada Quiriat-jearim, donde estaba el baúl santo. Pusieron el baúl en una carreta y se dirigieron a Jerusalén, y todos iban bailando y cantando.

En un lugar del camino, los bueyes que jalaban la carreta se tropezaron. Entonces, el hombre que iba caminando detrás de la carreta alargó la mano para evitar que el baúl santo se fuera a caer, pero Dios lo mató allí mismo por haber tocado el baúl. Esto hizo que todos se pusieran muy tristes; llevaron el baúl a una casa cercana y lo dejaron allí en vez de llevarlo a Jerusalén.

Y Dios hizo que le fuera muy bien al hombre que tenía el baúl santo en su casa.

David logra traer el baúl santo a Jerusalén

Tiempo después, David volvió a tratar de llevar el baúl santo a Jerusalén. Esta vez lo hizo en la forma en que Dios les había dicho a los israelitas que lo hicieran: los levitas cargaron el baúl santo sobre sus hombros, y así lo llevaron

hasta Jerusalén, mientras las demás gentes iban cantando y bailando por todo el camino.

Cuando llegaron a Jerusalén, pusieron el baúl santo en una tienda de campaña, y mataron varios animales como ofrendas completas y ofrendas compartidas para Dios. Entonces David invitó a comer a todos los que había en la fiesta, y después todos se fueron a sus casas.

Cuando David llegó a su casa, su esposa Mical lo criticó, diciéndole que había bailado indecentemente y como un tonto; pero David le contestó que lo había hecho para Dios porque estaba muy contento por todo el bien que había hecho por Israel. Y Dios castigó a Mical por su actitud, no dejándola tener hijos.

El gobierno de David

Luego David dividió a los levitas en grupos para que estuvieran cuidando la tienda de campaña donde estaba el baúl santo. A algunos de ellos les dijo que tocarían instrumentos musicales, a otros les dijo que cantarían, y a otros más les encargó vigilar la entrada.

A los sacerdotes y a algunos levitas les dijo que se quedaran en Gabaón; pues desde que Saúl había sido rey, allí se encontraba el tabernáculo que se había construido en la época de Moisés.

David peleó muchas guerras y todas las ganó. También estableció un gobierno justo y sin desorden.

David trata bien a los descendientes de Jonatán

Además, se acordó de la promesa que le había hecho a su amigo Jonatán y trató bondadosamente a su familia. Averiguó si aún vivía algún descendiente de Saúl, y descubrió que había un hombre cojo llamado Mefi-bozet, hijo de Jonatán. Le dio un lugar en su propia casa e hizo que algunos de los hombres que habían trabajado por Saúl le trabajaran su tierra.

91. Dios le hace una promesa a David

(basado en 2 Samuel 7; 1 Crónicas 17)

Al principio del reinado de David, tan pronto como su palacio estuvo construido por completo y hubo vencido a las naciones enemigas que vivían alrededor de Israel, llamó al profeta Natán y le dijo que quería construir un templo para Dios. Le dijo a Natán que no le parecía bien que el baúl santo estuviera en una tienda de campaña, mientras que él vivía en un palacio. Natán le contestó que ésa era una buena idea y que estaba seguro de que Dios lo ayudaría a realizarla. Pero esa noche Dios le dijo a Natán:

—Ve a decirle a David que yo he vivido en una tienda de campaña desde que los israelitas salieron de Egipto, y que nunca les he pedido una casa. Dile, además, que lo escogí cuando él era nada más pastor de borregos y que fui yo quien lo hizo el rey de mi gente. Yo he estado con él y le he ayudado a vencer en todas las guerras a sus enemigos.

'Además, quiero hacerle una promesa: haré que sea un hombre muy importante y conocido por todos; a los israelitas les daré esta región para que vivan en ella para siempre sin que gente mala les cause problemas; a los descendientes de David siempre los pondré como reyes de Israel, y no cambiaré de opinión, diciéndoles que ya no seguirán siendo los reyes como lo hice con Saúl.

'Si hacen algo malo, los castigaré del mismo modo en que un padre castiga a un hijo desobediente. Cuando David muera, uno de sus hijos será el rey y lo haré muy poderoso; será él quien me construya un templo.

La oración de David

Al día siguiente, Natán le dijo todo esto a David. Entonces David fue a la tienda de campaña donde estaba el baúl santo, y oró a Dios, diciéndole:

—Mi Señor, yo no sé cómo mostrarte mi gratitud. Mi familia y yo éramos gente sin importancia y ahora soy el rey de Israel. Todo esto ha sido obra tuya. De veras eres muy grande. Tú eres el único Dios que existe. Has hecho tantas cosas maravillosas por nosotros los israelitas, sólo porque somos tu gente. Nos rescataste cuando éramos esclavos en Egipto, y sacaste a los cananeos de esta región para darnos un lugar en donde pudiéramos vivir.

'Te ruego, pues, que cumplas con la promesa que me hiciste; así la gente verá tu gran poder y sabrá que tú eres el Dios a quien nosotros los israelitas adoramos.

**92. El rey David hace algo muy malo,
pero Dios lo perdona**
(basado en 2 Samuel 11–12)

David se acuesta con la esposa de Urías

En una ocasión, David mandó a Joab, el jefe de su ejército, a pelear contra los amonitas, y él se quedó en Jerusalén. Una tarde en que David andaba caminando en la azotea de su palacio, vio a una mujer bañándose; la mujer era muy bonita. Entonces, averiguó que era la esposa de un hombre llamado Urías, uno de los hombres que habían ido con Joab a pelear contra los amonitas, y que ella se llamaba Betsabé. A David le gustó tanto, que la mandó traer. Cuando ella llegó al palacio, David se acostó con ella.

Tiempo después, ella se dio cuenta de que había quedado encinta, y le mandó un recado a David para avisarle.

David trata de esconder su culpa

Como David no deseaba que nadie se enterara de que se había acostado con la esposa de Urías, formuló un plan. Le mandó decir a Joab que deseaba que Urías viniera a Jerusalén para traerle noticias acerca de la guerra. Así pues, Joab mandó a Urías a Jerusalén.

Al llegar, David le preguntó acerca de la guerra y luego le dijo que se fuera a su casa a pasar la noche; pensó que esa noche Urías se acostaría con su esposa, y así todos pensarían que el niño de Betsabé era hijo de Urías y nadie sabría lo que él había hecho. Sin embargo, Urías no se fue a su casa, sino que se quedó a dormir junto a la puerta del palacio, en el lugar donde dormían los servidores del rey.

Al día siguiente, David le preguntó por qué no había ido a su casa, y Urías le dijo que no le parecía bien ir a su casa y acostarse con su esposa, mientras que todo el ejército israelita estaba en el campo de batalla y el baúl santo estaba en una tienda de campaña.

Entonces David le ordenó que se quedara un día más en Jerusalén, lo invitó a cenar con él y lo emborrachó; pero Urías tampoco fue a su casa esa noche.

Al día siguiente por la mañana, David ya no sabía qué hacer, y se le ocurrió mandarle una carta a Joab para decirle que pusiera a Urías en un lugar en donde fuera seguro que lo mataran durante la batalla. Así lo hizo Joab, y Urías murió durante la batalla.

En cuanto se cumplieron los días que debía guardar luto Betsabé, David mandó por ella y la hizo su esposa. Pero Dios vio todo lo que había hecho David, y se enojó con él.

El profeta Natán regaña al rey David

Entonces Dios le mandó un mensaje por medio del profeta Natán. Esto es lo que Natán le dijo al rey:

—Había una vez un hombre rico y un hombre pobre. El hombre rico tenía muchísimos animales, pero el pobre sólo tenía una borreguita a la que quería mucho y a la que trataba como si fuera de la familia. Un día, el rico tuvo una visita y tuvo que prepararle algo de comer; pero como era muy miserable, en lugar de matar uno de sus animales para hacer la comida, fue y mató a la borreguita del pobre.

Cuando David oyó esto, se enojó mucho y dijo:

—Ese hombre merece que lo maten. Tiene que pagar la borreguita que se robó, dándole al pobre cuatro borregos en su lugar.

Entonces Natán le dijo:

—Tú eres el hombre que hizo esa cosa tan mala. Dios me mandó a decirte que él te hizo rey y te cuidó. Te dio muchas esposas, y todas eran tuyas; pero tú

mataste a Urías y le robaste a su esposa. Ya sé que fueron los soldados amonitas quienes lo mataron, pero Dios sabe que tú estabas detrás de eso.

Te rebelaste descaradamente contra Dios y desobedeciste sus leyes; por eso él te va a castigar. Él va a permitir que los de tu propia familia se peleen entre ellos y te causen muchos problemas, y también que alguien se acueste con tus esposas a plena luz del día. Tú no deseabas que nadie supiera lo que habías hecho con Betsabé, pero Dios va a dejar que todos en Israel se den cuenta de todas las cosas malas que va a dejar que te sucedan.

Eso es lo que Natán le dijo a David, y él contestó:

—Sí, es cierto. Yo desobedecí a Dios e hice algo muy malo.

Entonces Natán le dijo:

—Aunque lo hiciste, Dios no te va a matar; pero el niño al que Betsabé dio a luz va a morir.

Entonces Natán se fue a su casa.

El niño de Betsabé muere

Al poco tiempo, el niño se puso muy enfermo. David ayunó y oró por él toda una semana, esperando que Dios dejara vivir al niño, pero el niño siempre murió. Cuando David supo que el niño había muerto, terminó su ayuno.

Después de eso, David salió a reunirse con Joab y con su ejército, que todavía estaban peleando con los amonitas, y los vencieron.

Tiempo más tarde, Betsabé dio a luz a otro niño y lo llamó Salomón; y Dios envió a Natán a decirles que amaba a Salomón.

93. Absalón se rebela contra su padre, el rey David

(basado en 2 Samuel 11.3; 13–15; 23.34)

Absalón y Amnón

Absalón, uno de los hijos de David, tenía una hermana, de padre y madre, llamada Tamar, la cual era muy bonita. Amnón, otro de los hijos de David, se enamoró de su media hermana Tamar, y un día la engañó para que fuera a visitarlo a su cuarto, ella sola. Estando allí, la violó; pero después sintió odio por ella y la corrió de allí.

Cuando David supo lo que había hecho Amnón, no lo castigó porque era su hijo mayor. Sin embargo, como era de esperarse, Absalón le guardó rencor a Amnón desde entonces.

Dos años después, Absalón hizo una gran fiesta e invitó a todos sus hermanos y medios hermanos. Les ordenó a sus servidores que esperaran hasta que Amnón estuviera medio borracho, y que entonces lo mataran; y así lo hicieron. Entonces todos los otros hijos de David se montaron en sus mulas y escaparon tan rápido como pudieron.

Absalón sabía que David se enojaría con él por haber matado a Amnón, así que salió de Israel y se fue a vivir con su abuelo materno por un tiempo. Se quedó allí tres años, y para entonces David ya había dejado de estar triste por Amnón. Aunque David quería hacer que Absalón regresara, no lo hacía. Así que Joab lo convenció de que le permitiera ir por Absalón, y aunque dijo que sí, durante dos años más no quiso que Absalón fuera a verlo. Al fin se reunieron y el rey David saludó a su hijo Absalón.

Absalón se rebela contra su padre David

Absalón era un hombre muy guapo y todos los israelitas lo admiraban. Así que Absalón decidió rebelarse para llegar a ser el nuevo rey de Israel. Junto a un grupo de hombres que lo apoyaban y comenzó a pararse todos los días junto a la puerta del muro de Jerusalén. Allí les decía a los que se dirigían a ver a David para que les resolviera algún problema, que el rey no los iba a escuchar; en cambio, que si él fuera el encargado de escuchar los problemas de la gente, él sí

trataría a todos con justicia. Absalón era tan amable con todo mundo, que a todos les caía bien.

Después de cuatro años, Absalón sintió que estaba listo para apoderarse del gobierno. Entonces le pidió permiso al rey para ir a la ciudad de Hebrón a cumplir una promesa que le había hecho a Dios, y el rey se lo dio.

Pero Absalón no le había dicho la verdad a su padre, porque lo que planeaba era proclamarse a sí mismo como rey de Israel en Hebrón. Muchos de los israelitas lo apoyaron, y también uno de los consejeros de David llamado Ahitofel. Ahitofel era un hombre muy sabio, y era abuelo de Betsabé.

David huye de Jerusalén

Cuando David supo de la rebelión, tomó la decisión de salir de Jerusalén inmediatamente, junto con todos sus servidores y todos los que lo seguían, antes de que Absalón llegara a matarlos. De modo que David, su familia, sus servidores y sus soldados se fueron de Jerusalén; pero el rey dejó a diez de sus concubinas en su palacio para que lo cuidaran.

Sadoc y Abiatar, dos de los sacerdotes, y algunos levitas fueron a encontrarse con David cuando iba saliendo de Jerusalén. Traían el baúl santo, porque querían llevarlo con el rey David. Sin embargo, él les dijo que devolvieran el baúl a su lugar, porque si era cierto que Dios lo estaba ayudando, regresaría a Jerusalén. No obstante, les dijo que lo podían ayudar sirviéndole como espías, y así él sabría lo que estaba pasando en Jerusalén. Entonces los sacerdotes y levitas llevaron el baúl santo al lugar donde había estado.

David siguió muy triste su camino. Se había enterado de que Ahitofel le estaba ayudando a Absalón, y oró pidiéndole a Dios que no le permitiera a Absalón seguir los consejos de Ahitofel.

Después Husai, otro de sus consejeros, fue a encontrarse con él. Husai estaba muy triste por la rebelión. Pero David le sugirió que regresara a Jerusalén y que fingiera estar de parte de Absalón. Como David quería que Husai le sirviera como espía, le dijo que todo lo que averiguara se lo dijera a los sacerdotes y ellos le mandarían el mensaje. Luego David siguió su camino, alejándose de Jerusalén.

94. Dios hace que fracase la rebelión de Absalón

(basado en 2 Samuel 16–20)

Los consejos de Ahitofel y Husai

Cuando Absalón y sus seguidores, entre ellos Ahitofel, llegaron a Jerusalén, Husai fue a encontrarlos y le ofreció su ayuda a Absalón.

Absalón le preguntó a Ahitofel qué debía hacer y éste le contestó que se acostara con las concubinas de su padre, porque de esa forma la separación que había entre él y su padre se haría irremediable. Entonces los hombres de Absalón armaron una tienda de campaña en la azotea del palacio, y él llevó allí a las concubinas de su padre y se acostó con ellas. De esa manera todos los israelitas se dieron cuenta de lo que estaba haciendo. Los consejos de Ahitofel eran muy acertados por lo general.

Su siguiente proposición fue que Absalón reuniera a un ejército para perseguir a David y a sus seguidores inmediatamente. Ahitofel dijo que él iría con este ejército, y que cuando encontrara al rey completamente cansado, él mismo lo mataría. De este modo todos los seguidores del rey David se pasarían al lado de Absalón y lo apoyarían de allí en adelante.

Todos pensaron que éste era un consejo muy bueno; pero antes de seguir el consejo, Absalón le preguntó a Husai su opinión, y Husai le dijo:

—Mira, yo creo que esta vez Ahitofel se ha equivocado. Tu padre es un soldado muy experimentado y seguramente no pasará la noche junto con sus servidores. Así que cuando vayas a buscarlo, es probable que maten algunos de tus soldados y entonces se corra el rumor de que ha fracasado la rebelión que has empezado. Creo que debes llamar a todos los israelitas que hay en la nación, formar un ejército con ellos y matar a todos los seguidores del rey David.

Absalón y todos los demás líderes de la rebelión pensaron que el consejo de Husai era mejor que el de Ahitofel, aunque en realidad el consejo de Ahitofel era mucho mejor que el de Husai; pero Dios no les permitió darse cuenta de la verdad, porque quería castigar a Absalón. De modo que Absalón y sus hombres siguieron el consejo de Husai.

Entonces Husai les contó a los sacerdotes lo que había pasado y le mandaron a decir a David que debía cruzar el río Jordán inmediatamente para poder escaparse del ejército que Absalón iba a mandar a capturarlo y matarlo.

Cuando Ahitofel vio que Absalón y sus hombres no iban a seguir su consejo, se fue a su casa y se suicidó.

La batalla entre los ejércitos de Absalón y David

Para cuando Absalón reunió a su ejército, David ya estaba lejos, en una ciudad llamada Mahanaim, y había tenido tiempo de preparar a sus soldados para la batalla. Como sus oficiales no lo dejaron ir a la batalla, David se quedó en Mahanaim. Pero David quería mucho a su hijo Absalón, y les encargó que no le fueran a hacer daño.

Los ejércitos de Absalón y de David pelearon, y el que ganó la batalla fue el de David. Los soldados de David mataron a veinte mil soldados de Absalón.

Muere Absalón

De pronto, algunos de los soldados de David vieron que Absalón se escapaba en una mula; pero la mula pasó debajo de las ramas de un árbol y la cabeza de Absalón se atoró en las ramas. Como la mula siguió corriendo, Absalón se quedó colgado del árbol.

Entonces uno de los soldados corrió a avisarle a Joab, y Joab lo regañó fuertemente por no haber matado a Absalón ahí mismo. Pero el soldado no lo había matado porque sabía que el rey no deseaba que lo mataran. Así que, entre Joab y los muchachos que cargaban su armadura, mataron a Absalón mientras estaba colgado del árbol. Después de eso, Joab avisó a sus hombres que la batalla había terminado.

Cuando David supo que sus seguidores habían ganado la batalla, pero que su hijo Absalón había muerto, se puso muy triste y guardó luto. Entonces Joab fue y lo regañó:

—Nos estás tratando injustamente a los que peleamos de tu lado. Todavía después de que te ayudamos, actúas como si fuéramos tus enemigos. Me das la

impresión de que preferirías que estuviéramos muertos todos nosotros y Absalón vivo. Es mejor que vayas y les hagas ver a tus seguidores que estás contento de haber recibido su ayuda; pues de otra manera, todos te abandonarán.

Entonces David fue y se sentó cerca de la puerta del poblado y animó a sus soldados.

La rebelión de Seba

Poco después, los hombres de la tribu de Judá fueron a buscar al rey David; le pidieron que regresara a Jerusalén, y lo acompañaron en el camino de regreso. Pero los de las demás tribus sintieron celos de la tribu de Judá, y un hombre llamado Seba comenzó otra rebelión. Sólo la gente de Judá siguió fiel a David; todos los demás apoyaron a Seba. Cuando David llegó de regreso a Jerusalén, mandó a su ejército contra Seba. Pero como Seba se escondió en una ciudad, Joab sitió la ciudad.

Una mujer inteligente que vivía en esa ciudad le preguntó a Joab por qué quería destruir una ciudad que siempre había sido fiel a Israel; Joab le contestó que todo lo que quería era a Seba, el líder de la rebelión. Entonces la mujer convenció a toda la gente de la ciudad para que mataran a Seba, y después de hacerlo, arrojar su cabeza por encima del muro a Joab. Al suceder esto, Joab dio por terminada la batalla, y su ejército regresó a casa.

95. El rey David prepara la construcción de un templo para Dios

*(basado en 2 Samuel 24;
1 Crónicas 21.1–26.28; 28.1–29.22a)*

La epidemia en Jerusalén

Después de gobernar Israel durante largo tiempo, David levantó un censo; pero por esa razón, Dios se enojó con él y decidió castigar a Israel. Así que le permitió a David escoger entre tres castigos; y David escogió una epidemia de tres días, que era el más breve de los tres. Además, Dios mandó a un ángel para

destruir Jerusalén, pero cambió de opinión y le ordenó al ángel que no la destruyera.

El ángel se quedó junto al lugar donde un hombre jebuseo acostumbraba trillar su trigo, y David lo vio. Entonces Dios le ordenó a David que construyera un altar en ese lugar; así que David le compró el terreno al jebuseo. Aquel hombre quería regalarle el terreno, pero el rey dijo que se lo pagaría porque no quería darle a Dios algo que no le hubiera costado nada.

Luego, David construyó un altar, y sobre él mató algunos animales como ofrendas completas y ofrendas compartidas; entonces Dios hizo que cayera lumbre sobre el altar para quemar las ofrendas completas, y le dijo al ángel que pusiera su espada en su funda y que ya no dañara a nadie más.

David prepara para la construcción del templo

En aquellos días el tabernáculo que Moisés había hecho, se encontraba en la ciudad de Gabaón, pero quedaba muy lejos para ir durante la epidemia; por esa razón, David construyó un altar en Jerusalén. Entonces David dijo:

—Este lugar en donde hice el altar es el lugar en el que mi hijo va a construir el templo de Dios.

Aunque Dios le había dicho a David que él no sería quien construyera su templo, David quiso ayudarlo a su hijo en la construcción. Comenzó a juntar materiales de construcción: puso a los extranjeros que vivían en Jerusalén a labrar piedras para las paredes, y juntó hierro, bronce y madera de cedro.

También reunió a todos los sacerdotes y levitas, y organizó a los levitas en grupos, cada grupo con diferente trabajo: un grupo se encargaba de limpiar y de arreglar el templo y de preparar las ofrendas de grano; otro de organizar el trabajo; otro de vigilar la puerta; y otro de tocar instrumentos musicales para alabar a Dios.

La razón para que David les hubiera encargado estos trabajos, fue que él se dio cuenta de que ellos ya no tendrían que llevar el tabernáculo de un lugar a otro. Sin embargo, debían seguir ayudando a los sacerdotes. Para entonces había muchos descendientes de Aarón, y como llegaban a veinticuatro las familias de los sacerdotes, echaron suertes para decidir en qué orden servirían en el templo.

David habla con Salomón acerca del templo

Luego David llamó a su hijo Salomón y le dijo que sería el siguiente rey, y que debía construir un templo para Dios. El rey le explicó que Dios no le había permitido a él construirlo, porque era soldado y había matado mucha gente; pero le había dicho que su hijo Salomón sería un hombre de paz y él sería quien lo construyera.

Así que David le dio a Salomón la orden de construir el templo y de obedecer las leyes de Dios. También le habló de todos los materiales que había juntado para el templo: oro, plata, bronce, hierro, madera y piedra. Le dio los planos para el templo y para los patios de alrededor; le dijo la manera en que debían repartirse el trabajo los levitas y los sacerdotes; finalmente, le dijo que esos planos y esa distribución del trabajo se los había dado Dios.

David habla con sus funcionarios acerca del templo

Más tarde, el rey David les ordenó a sus funcionarios que colaboraran con Salomón en la construcción del templo. Luego los reunió a todos en Jerusalén, y les dijo:

—Yo tenía pensado construir un templo para Dios, y junté muchos materiales para hacerlo; sin embargo, Dios me dijo que no quería que yo lo hiciera, porque soy un soldado. Dios me hizo rey de Israel, y él ha escogido a Salomón para que sea el próximo rey y para que construya el templo.

'Dios dijo que cuando muriera Salomón, siempre haría que uno de sus descendientes fuera rey si obedecían sus leyes. Así que ahora tú, Salomón, debes adorar a Dios con todo tu ser. Recuerda que si tratas de adorar y obedecer a Dios, él se encargará de que sepas qué hacer. Recuerda que él te escogió para construir su templo, así que esfuézzate y manos a la obra. Y todos ustedes, israelitas, estudien las leyes de Dios y obedézcanlas, para que vivan en Israel para siempre.

David les dijo a sus funcionarios que ayudaran a Salomón, porque todavía era joven, y porque el templo tenía que quedar muy bonito. Les dijo cuáles eran las cosas que ya había reunido para el templo y que una gran parte era de sus propias posesiones. También le pidió que ellos contribuyeran. Muchos de ellos lo hicieron y David se puso muy contento.

La oración de David

Entonces David oró a Dios en presencia de todos los funcionarios, y dijo:

—Señor, tú eres muy grande y maravilloso. Todas las cosas del mundo te pertenecen, y tú eres quien nos da todo. Nosotros simplemente te devolvemos un poco de lo que nos das. Tú conoces nuestros corazones y quieres que seamos honrados. Tú sabes que he dado con alegría todos estos materiales para tu templo, y que ha hecho lo mismo la gente que está aquí ahora. Ayúdanos a adorarte siempre de buena gana. Ayuda a Salomón a obedecer tus leyes y a construir el templo.

Entonces David le dijo a toda la gente que le diera gracias a Dios; y todos se hincaron y le dieron gracias a Dios. Al día siguiente mataron muchos animales como ofrenda a Dios, y tuvieron una gran fiesta.

96. El rey David escribe muchos cánticos para alabar a Dios

(basado en 2 Samuel 22–23; 1 Crónicas 16; Salmos 18; 96; 105.1–15)

David sabía tocar el arpa. Le gustaba tocar, cantar y también componer cánticos y poemas. Algunos de los poemas que componía eran para honrar a algún hombre que había muerto y otros para alabar a Dios.

El cántico de gracias

Esto es lo que dice el cántico que David escribió para darle gracias a Dios por haberlo liberado de la mano del rey Saúl:

"Dios es quien me protege y me rescata. ¡Todos deben alabarlo! Yo le pediré siempre que me ayude cuando tenga problemas, y él siempre me ayudará. Cuando estaba seguro de que mis enemigos me iban a matar, le pedí a Dios que me ayudara. Él me oyó y se enojó con mis enemigos; entonces vino y me rescató de mis enemigos, aunque ellos eran fuertes.

'Dios sabía que yo no merecía ser tratado del modo en que ellos me estaban tratando, porque siempre he obedecido las leyes de Dios. Por esa razón me ayudó. Así es Dios. Él trata bien a la gente buena y mal a la gente mala. Él de veras me ha ayudado. Lo que Dios decide hacer siempre es perfecto. Dios protege a los que confían en él. Él me ayudó a vencer a todos mis enemigos. Así pues, le daré gracias y le cantaré toda mi vida."

El cántico de alabanza

El rey David compuso otro cántico para alabar a Dios el día que llegó el baúl santo a Jerusalén. Esto es lo que decía:

"¡Vamos a darle gracias a Dios y a contarles a todos lo que él ha hecho! ¡Cantemos en honor de Dios y pensemos en las cosas maravillosas que él ha hecho! Dios no se olvidó de la promesa que les hizo a Abraham, Isaac y Jacob de que les daría la región de Canaán a sus descendientes; y nos la dio a nosotros.

'¡Vamos a contarle a todo el mundo que Dios es quien hizo el mundo entero y que los dioses que adoran son sólo imágenes! ¡Que el mundo entero y toda la gente del mundo adore a Dios, porque él hizo el mundo! ¡Que todos alaben por siempre a Yahvé, el Dios que adoramos nosotros los israelitas!"

El cántico al final de su vida

Poco antes de morir, el rey David compuso otro cántico. Decía así:

"Yo soy David, el hombre a quien Dios hizo rey de Israel. Yo soy el que canta para Dios. El Espíritu de Dios me ha dado las palabras que debo decir.

'Dios dice que un gobernante que trata en forma justa a su gente por respeto a las leyes de Dios, hace felices a todos. Le da a la gente tanta alegría como una hermosa y clara mañana después de la lluvia, en la que el Sol resplandece sobre la hierba húmeda. Mi familia es fiel a Dios, y Dios ha hecho un trato conmigo que nunca terminará.

'Pero los que no le obedecen a Dios son tan inútiles como ramas espinosas que la gente ni aun se atreve a agarrar con las manos; sólo sirven para leña."

DUODÉCIMA PARTE

Castigo por la desobediencia: Israel es dividido en dos partes

97. Salomón, hijo del rey David, se convierte en tercer rey de Israel

(basado en 1 Reyes 1.1–2.12; 1 Crónicas 29.22b–30)

La muchacha Abisag

Cuando el rey David ya era muy viejo, siempre tenía frío y nada lograba calentarlo; viendo eso, algunos de sus servidores sugirieron que se buscara a una muchacha hermosa para que lo cuidara y durmiera junto a él, y le pasara su calor. Así que buscaron y hallaron a una muchacha llamada Abisag.

Adonías se rebela contra David

Adonías, el mayor de los hijos de David que todavía vivían, era un muchacho muy guapo, pero su padre nunca lo había corregido. Como él sabía que el rey ya era viejo y débil, decidió ser el siguiente rey. Así que reunió a un grupo de seguidores suyos; luego les habló a Joab, general del ejército del rey, y a Abiatar el sacerdote, y se ganó su apoyo. Sin embargo, el sacerdote Sadoc, el profeta Natán, el capitán Benaía y la guardia personal de David, no apoyaron a Adonías.

Entonces Adonías hizo una fiesta en un lugar llamado Rogel e invitó a todos los dirigentes de la tribu de Judá y a todos sus hermanos, menos a Salomón. Tampoco invitó a Natán ni a ninguno de los soldados que apoyaban al rey David.

David hace proclamar rey a Salomón

Natán logró averiguar el plan de Adonías, y fue con Betsabé, la madre de Salomón, a contarle lo que estaba pasando; le sugirió que le recordara a David que había prometido proclamar a Salomón como el siguiente rey. De modo que Betsabé fue a hablar con el rey, y le dijo todo lo que Natán le había contado. Mientras aún estaba hablando, llegó Natán y él mismo dijo que era verdad lo que ella decía.

Entonces David llamó a Benaía, capitán de los soldados de la guardia del rey, y le dijo:

—Monta a Salomón en mi mula, y llévalo a Gihón. Allí Sadoc y Natán deberán derramar aceite sobre la cabeza de mi hijo para indicar que es el nuevo rey.

Sadoc, Natán y Benaía hicieron lo que David había ordenado, y la gente que había ido a la ceremonia gritó:

—¡Viva el rey Salomón!

Adonías le pide su vida a Salomón

Adonías y sus amigos acababan de comer cuando oyeron el ruido que hacía la gente. Como en ese momento llegaba el hijo de Abiatar, les contó que David había proclamado como el siguiente rey a Salomón. Al oír esto, todos los que estaban con Adonías en la fiesta sintieron miedo y salieron corriendo para su casa.

Pero Adonías fue al tabernáculo y se agarró de los picos del altar (entre los israelitas, un hombre podía irse a agarrar de los picos del altar para rogar que no lo mataran). Entonces, Salomón le dijo a Adonías que no lo mataría si no causaba más problemas y que se fuera a su casa.

Los últimos consejos de David a Salomón

Como David sabía que pronto se iba a morir, le dio algunos consejos finales a Salomón, el nuevo rey. Le dijo:

—Yo sé que ya pronto me voy a morir. Tienes que ser decidido y valiente. Si obedeces siempre todas las leyes de Dios, te irá bien. Si las obedeces, Dios cumplirá la promesa que me hizo de que siempre será rey de Israel un descendiente mío.

También le encargó que castigara a Joab por haber matado a los generales Abner y Amasa.

David murió habiendo sido rey de Israel por cuarenta años. Su hijo Salomón fue el siguiente rey, y llegó a ser un gran rey porque Dios hizo que le fuera bien.

98. Salomón reina sobre Israel

(basado en 1 Reyes 2.13–4.34; 2 Crónicas 1)

Salomón castiga a sus enemigos

Poco después de que murió David, su hijo Adonías fue a ver a Betsabé, la madre del rey Salomón, y le pidió que le hiciera el favor de pedirle a Salomón que lo dejara casarse con Abisag, la muchacha que había cuidado al rey David durante sus últimos días de vida. Entonces Betsabé fue y le pidió eso a Salomón; pero cuando él oyó lo que su madre le pedía, se enojó mucho, y le ordenó a uno de sus soldados que matara a Adonías. Él sabía que Adonías quería casarse con Abisag como primer paso para intentar de nuevo llegar a ser rey.

Luego, Salomón corrió al sacerdote Abiatar de Jerusalén, y lo mandó a vivir a la ciudad de donde era, porque también él había apoyado la rebelión de Adonías; no lo mandó matar porque había ayudado a su padre, el rey David. Siendo que Abiatar era descendiente de Elí, esto hizo que se cumpliera lo que Dios había dicho en contra de la familia de Elí hacía muchos años.

Cuando el general Joab oyó lo que Salomón le había hecho a Abiatar, sintió mucho miedo. Así que fue y se agarró de los picos del altar en el tabernáculo, para rogar que no lo mataran, porque él también había apoyado la rebelión de Adonías. Sin embargo, Salomón mandó al capitán Benaía a matar a Joab allí mismo, por haber matado a los generales Abner y Amasa, y porque su padre, el rey David, le había encargado que lo hiciera. De allí en adelante, Salomón no tuvo más problemas con hombres que quisieran ocupar su lugar, y todos los israelitas lo aceptaron como rey.

Salomón le pide sabiduría a Dios

Poco después, el rey Salomón reunió a todos los hombres de Israel, y fue con ellos a Gabaón, el lugar donde estaba el tabernáculo. Allí Salomón mató mil animales como ofrendas completas a Dios. Esa noche Dios le preguntó:

—¿Qué quieres que te dé?

Y Salomón le respondió:

—Tú me has hecho rey de mucha gente aunque soy joven y no tengo experiencia. Ayúdame a ser sabio para saber qué es bueno y qué es malo; así podré ser un buen rey para tu gente.

A Dios le gustó que le hubiera pedido hacerlo sabio, y le dijo:

—Cualquiera me hubiera pedido que le ayudara a matar a sus enemigos, o que le diera una larga vida, o que lo hiciera rico o famoso; pero tú, en lugar de eso, me pediste que te ayudara a ser sabio. Por eso te voy a dar lo que me pediste; pero también te voy a dar las otras cosas. Voy a hacerte el rey más rico y más famoso del mundo.

Salomón juzga entre dos mujeres

Poco tiempo después, dos mujeres fueron a ver al rey Salomón, para pedirle que les resolviera un problema que tenían: ellas vivían en la misma casa, y cada una de las dos había dado a luz a un hijo casi el mismo día; pero sucedió que una noche murió uno de los niños, y ahora las dos reclamaban como suyo al niño vivo.

Cuando el rey oyó el asunto, les pidió a sus servidores que le trajeran una espada, y luego les ordenó que partieran al niño vivo y le dieran una parte a cada mujer. Entonces la que era madre del niño vivo dijo:

—¡No! ¡Por favor no lo hagan! Que se lo lleve ella.

Dijo eso porque amaba a su hijo y prefería que la otra mujer se quedara con él a que lo mataran. Sin embargo, la otra dijo que lo partieran; y dijo eso porque si no podía quedarse con el niño, tampoco quería que la otra mujer lo tuviera. Entonces Salomón dijo:

—Denle el niño a la mujer que se compadeció de él; ella es su madre.

Y así lo hicieron.

Cuando los israelitas oyeron cómo el rey Salomón había resuelto este problema, todos se dieron cuenta que Dios de veras le había dado sabiduría.

El reinado de Salomón

Durante el reinado de Salomón, Israel vivió en paz; muchas de las naciones que vivían alrededor de ellos le pagaban tributos y nadie atacaba a Israel. El rey llegó a ser muy rico; tuvo muchos caballos y carretas y alimentos en abundancia. De hecho, durante el tiempo en que Salomón fue rey, hubo prosperidad en todo Israel. Además, Salomón fue muy sabio: escribió muchos dichos y cánticos, y estudió las plantas y los animales. Fue tan famoso que la gente llegaba de lejos para oírlo hablar, y todos le llevaban regalos.

99. El rey Salomón construye un templo para Dios

(basado en 1 Reyes 5–7; 2 Crónicas 2.1–5.1)

Hiram, rey de la ciudad de Tiro, siempre fue amigo del rey David. Por eso cuando murió David, mandó a unos mensajeros con Salomón para felicitarlo por ser el nuevo rey.

Así que Salomón le mandó un mensaje a Hiram, pidiéndole que mandara trabajadores suyos para que junto con los israelitas cortaran árboles de cedro de la región de Tiro para la construcción del templo de Dios. Hiram le contestó que sí; entonces, Salomón mandó hombres para que ayudaran a los hombres del rey Hiram a hacer el trabajo, y también comida para los trabajadores. De esta manera, Salomón preparó más materiales para el templo, además de los que había preparado David.

Al cuarto año de su reinado, Salomón empezó a construir el templo. Para entonces, habían pasado cuatrocientos ochenta años desde que los israelitas habían salido de Egipto. Salomón construyó el templo en el mismo lugar en que David había levantado el altar a Dios durante la epidemia.

El edificio tenía unos diez metros de ancho por treinta de largo y quince de alto. En la entrada había un corredor que iba a todo lo ancho del edificio y que tenía unos cinco metros. Por dentro, el templo estaba dividido en dos partes; la parte que estaba junto a la entrada era de veinte metros de largo por diez de ancho, y la otra, que era el lugar más santo, era de diez por diez.

En el lugar más santo era donde estaba el baúl santo. Allí había dos querubines y una cortina que separaba los dos cuartos. Alrededor del templo, en la parte de afuera, construyeron cuartos pequeños para usarlos como bodegas. El edificio estaba hecho de piedra y el interior estaba cubierto con madera de cedro tallada, recubierta de oro. Había un altar para quemar incienso, diez mesas para poner el pan sagrado, diez candeleros, y también cien tazones, todos hechos en oro.

Un artesano llamado Hiram fundió bronce para hacer una gran pila redonda de agua; diez lavamanos que se movían sobre ruedas; un altar para ofrendarle animales a Dios; utensilios para las ofrendas y dos gruesos pilares que se colocaron uno a cada lado de la entrada del templo.

Salomón terminó la construcción del templo al onceavo año de su gobierno; la construcción había durado siete años. Acabada la obra, Salomón guardó en las bodegas del templo el oro y la plata que David su padre había dedicado a Dios. Después, Salomón ordenó construir su propio palacio en Jerusalén.

100. El rey Salomón realiza una ceremonia para dedicarle el templo a Dios

(basado en 1 Reyes 8.1–9.9; 2 Crónicas 5.2–7.22)

Cuando el rey Salomón terminó la construcción del templo, le pidió a toda la gente importante de Israel que se reuniera en Jerusalén, durante la fiesta de las enramadas. Quería realizar una fiesta para celebrar el final de la construcción y llevar al templo el baúl santo, que estaba en la tienda de campaña que el rey David le había levantado.

Cuando toda la gente ya se había reunido, los levitas trajeron el baúl santo y lo pusieron en el lugar más santo, debajo de los querubines. Lo único que había

entonces dentro del baúl santo eran las dos piedras lajas en las cuales estaban escritos los diez mandamientos.

Ese día los israelitas mataron miles de borregos y bueyes como ofrendas a Dios, y los sacerdotes y los levitas tocaban instrumentos musicales y cantaban en honor a Yahvé, su Dios, porque era bueno y nunca había dejado de amarlos. Mientras cantaban, Dios bajó al templo en una nube brillante, y los sacerdotes no pudieron permanecer en el templo porque la nube era muy brillante.

Entonces Salomón dijo:

—Dios es muy bueno. Escogió a Jerusalén como su ciudad, y a mi padre David como rey. Cuando mi padre le quiso construir un templo, Dios le dijo: "Vas a tener un hijo y él construirá el templo". Ahora Dios ha cumplido su promesa; porque ahora yo soy rey de Israel, y he construido un templo y he puesto en él su baúl santo.

La oración de Salomón

Entonces Salomón oró a Dios:

—Ninguno de los dioses falsos es como tú, Yahvé. Tú haces tratos con tu gente y los cumples. Ahora podemos ver que has cumplido la promesa que le hiciste a mi padre, el rey David. Tú le dijiste que si sus descendientes obedecían tus leyes, siempre habría uno de ellos gobernando Israel. Entonces, Señor, te suplico que cumplas tu parte del trato.

'Yo he construido una casa para ti; pero ¿podrías tú vivir en una casa hecha por hombres? Todos sabemos que eres muy grande, y que llenas todo el cielo y mucho más. Tú ofreciste estar en este templo que he construido, y te pido que siempre estés aquí. Cuando tu gente ore en este templo, o aun cuando mire hacia él al estar lejos de aquí, te ruego que contestes sus oraciones.

'Cuando tu gente haga lo malo y tú dejes que sus enemigos les ganen las guerras, o les mandas una sequía o hambre o una epidemia o una plaga que caiga sobre sus siembras; entonces si ellos oran a ti y aceptan que han hecho cosas malas y dejan de hacerlas, te suplico que oigas su oración y los perdones.

'Si aun un extranjero oye de lo maravilloso que eres y viene aquí a orar, te suplico que también oigas su oración. De este modo, toda la gente en el mundo sabrá de ti y te respetará. Si tu gente hace lo malo y tú dejas que se los lleven cautivos a un país lejos de aquí, si ellos aceptan que han hecho mal y oran mirando hacia este templo, te suplico que los perdones.

Cuando Salomón acabó de orar, Dios hizo que cayera lumbre del cielo para quemar las ofrendas completas. Entonces toda la gente le dio gracias a Dios, y se hincó delante de él. Luego, el rey y la gente mataron miles de borregos y bueyes como ofrendas a Dios. Al terminar los ocho días de fiesta, la gente se fue a su casa; todos iban muy contentos por todo el bien que Dios había hecho por el rey David, el rey Salomón y todos los israelitas.

Dios se le aparece a Salomón

Una noche, poco después, Dios se le apareció en un sueño a Salomón y le dijo que había escuchado su oración, y que, de allí en adelante, la gente debía llevarle las ofrendas al templo. Le prometió escuchar allí las oraciones de los israelitas; también perdonarlos siempre que ellos decidieran seguirlo humildemente y aceptarían lo malo que hubieran hecho y dejarían de hacerlo.

Entonces Dios le recordó a Salomón que si obedecía todas sus leyes, él permitiría que siempre hubiera uno de sus descendientes que gobernara a Israel; pero si no las obedecía y adoraba a otros dioses, él haría que los israelitas tuvieran que irse a vivir a otro lado, lejos de su propio país. También rechazaría al templo como su lugar santo y dejaría que gente de otras naciones lo destruyera. Dios dijo que, entonces, cualquiera que viera las ruinas del templo sabría que estaba así porque los israelitas habían desobedecido a Dios y adorado a otros dioses.

101. El rey Salomón llega a ser muy poderoso *(basado en 1 Reyes 9.10–10.29; 2 Crónicas 8.1–9.29)*

El rey Salomón construyó el templo y su palacio en veinte años. Forzó a la mayoría de los extranjeros que vivían en Israel a trabajar en estas dos obras y en otras más. Salomón también los obligó a construir un muro que rodeara Jerusalén, la fortaleza de Jerusalén y varias ciudades de Israel. Junto con Hiram, el rey de Tiro, envió una flota de barcos para que le trajeran oro; pero no

solamente le trajeron oro, sino que también joyas, maderas preciosas, marfil y changos.

La reina de Sabá visita a Salomón

Sucedió que cuando la reina de Sabá oyó que todos decían que Salomón era muy sabio y un gran hombre, fue a visitarlo para hacerle preguntas muy difíciles; y Salomón contestó sus preguntas. Al ver ella lo hermoso y lujoso que era el palacio de Salomón, le dijo:

—No creía lo que la gente me contaba de usted; pero ahora que lo veo por mí misma, me doy cuenta de que no me habían dicho ni siquiera la mitad. ¡Qué felices deben ser su familia y sus funcionarios! ¡Qué maravilloso es su Dios con Israel por haberle dado un rey tan bueno!

Entonces ella le regaló oro, joyas y especias. Salomón le correspondió regalándole cualquier cosa que ella escogiera de las bodegas del palacio. Después, ella regresó a su tierra.

Las riquezas de Salomón

Salomón recibía cada año mucho dinero de los impuestos que le pagaban los extranjeros y los israelitas. Tenía un trono de marfil hecho especialmente para él, que estaba cubierto de oro y tenía seis gradas que conducían hasta el asiento; había un león junto a cada uno de los dos brazos del asiento y dos en cada grada, uno a cada lado. Salomón siempre bebía en una taza de oro.

También tenía cuatro mil caballos de tiro y doce mil más de montar. Y eran tantos los caballos que tenía, que tuvo que mandar a hacer varias ciudades para tener allí a los caballos. Fue el rey más rico de todo el mundo, y también el más sabio.

102. Salomón desobedece a Dios siendo ya viejo

(basado en 1 Reyes 11; 2 Crónicas 9.30–31)

Salomón adora a los dioses falsos

Como al rey Salomón le gustaban demasiado las mujeres, tuvo muchas esposas; y se casó con muchas mujeres de otros países a pesar de que Dios les había ordenado a los israelitas no casarse con gente de otros países. Así que Salomón se casó con la hija del rey de Egipto y con muchas más.

Todas estas extranjeras eran de países donde acostumbraban adorar imágenes. Como Salomón quería mucho a sus esposas, cuando ya estaba viejo lo convencieron de que adorara imágenes. Además hizo para todas sus mujeres altares cercanos a Jerusalén donde pudieran adorar a sus dioses falsos, y él mismo adoró a aquellas imágenes así como al Dios verdadero.

Dios anuncia el castigo de Salomón

Entonces Dios se enojó con él, y le dijo:

—Tú has desobedecido mis leyes; por eso no permitiré que tus descendientes sean reyes de Israel. A ellos les permitiré reinar únicamente sobre un territorio más pequeño y esto sólo porque le prometí a David, tu padre, que uno de sus descendientes siempre sería el rey; también, porque mi templo se encuentra en ese territorio. Sobre el resto de Israel, yo pondré a uno de tus funcionarios como rey.

Desde aquel día los países que los rodeaban empezaron a causarles problemas a los israelitas.

Dios le anuncia a Jeroboam que llega a ser el rey

Había un hombre de la tribu de Efraín llamado Jeroboam, que era uno de los funcionarios de Salomón. Un día Jeroboam salió de Jerusalén y se encontró a un hombre llamado Ahías, que era profeta. No había nadie a la vista, y Ahías tomó su capa nueva y la rompió en doce pedazos. Entonces le dijo a Jeroboam:

—Toma diez pedazos de mi capa, porque Dios ha decidido hacerte rey sobre diez de las doce tribus de Israel. Él no permitirá que los descendientes de David sigan reinando sobre todo Israel porque Salomón ha adorado a dioses falsos. De esa manera los va a castigar aunque no será para siempre.

'Dejará que los descendientes de David sean reyes sólo de una pequeña parte de Israel, porque se lo prometió a David y porque éste obedeció todas sus leyes. Dios quiere hacerte saber que si obedeces sus leyes, hará que tus descendientes sean reyes de Israel después de ti.

Como Jeroboam era muy trabajador, Salomón le encargó a los hombres de las tribus de Efraín y Manasés que había obligado a trabajar para él. Sin embargo, Jeroboam se enojó por el trabajo tan duro que tenían que hacer sus parientes, y trató de rebelarse contra el rey. Como la rebelión fracasó, Salomón trató de matar a Jeroboam, pero éste huyó a Egipto y se quedó allí hasta la muerte de Salomón.

Salomón reinó sobre Israel durante cuarenta años, y cuando murió, su hijo Roboam se convirtió en el siguiente rey.

103. Israel es dividido en dos países

(basado en 1 Reyes 12.1–24; 2 Crónicas 10.1–11.4)

Roboam no quiere reducir los impuestos

Después de la muerte de Salomón, su hijo Roboam fue a Siquem porque todos los israelitas se habían reunido allí para proclamarlo rey. Para entonces, los israelitas del norte de Israel ya le habían mandado a avisar a Jeroboam, que se encontraba en Egipto, que ya podía regresar; pues ya había muerto Salomón. Vino, pues, Jeroboam, y le dijo a Roboam en nombre de los israelitas:

—Mientras tu padre fue rey, nos hizo pagar impuestos muy altos. Si tú reduces los impuestos, estaremos de acuerdo en que seas el nuevo rey.

Así que Roboam les contestó que les daría su respuesta en tres días, y fue a pedirles su opinión a los que habían sido consejeros de Salomón. Ellos le dijeron que hiciera lo que le pedían. Como a Roboam no le gustó el consejo, les pidió su

opinión a unos jóvenes de su misma edad. Ellos le dijeron que debería responder que iba a elevar los impuestos aun más.

La gente del norte proclaman rey a Jeroboam

Así pues, cuando Jeroboam y la gente vinieron a escuchar la respuesta, Roboam les dijo que le iban a tener que pagar impuestos más altos. Todo esto hizo que se cumpliera el mensaje que Dios le había mandado a Jeroboam con Ahías.

Cuando los del norte de Israel oyeron la respuesta, dijeron:

—No tiene caso que sigamos apoyando a la familia del rey David. ¡Vamos a arreglar nuestros propios asuntos!

Entonces todos se fueron a sus casas. De modo que Roboam pudo ser rey solamente de dos tribus: Judá, su propia tribu, y la pequeña tribu de Benjamín, vecina de Judá. Desde entonces el pequeño país que gobernó se llamó Judá.

Todos los demás israelitas no quisieron a Roboam como rey, y sucedió que al cobrador de impuestos que Roboam les mandó, lo mataron a pedradas. Luego proclamaron rey a Jeroboam.

Dios no permite que Roboam pelee con Jeroboam

Entonces Roboam formó un ejército con los hombres de las tribus de Judá y Benjamín para pelear contra los demás israelitas, tratando de que Israel volviera a ser un solo país; pero Dios le ordenó al profeta Semaías ir a decirle a Roboam que no atacara a los demás israelitas, porque era Dios el que había dejado que Israel se dividiera.

Así que Semaías fue a ver a Roboam y al enterarse del mensaje, todos los hombres del ejército de Roboam se regresaron a sus casas.

104. El rey Jeroboam gobierna la parte norte de Israel

(basado en 1 Reyes 12.25–14.20)

Después de la división de Israel, Jeroboam reinó sobre las diez tribus en el norte de Israel, y desde entonces se le llamó Efraín a ese territorio. Además, Jeroboam, que era de la tribu de Efraín, decidió que la ciudad de Siquem, en el territorio de su tribu, fuera la capital del país que reinaba.

Poco después, a Jeroboam le comenzó a preocupar que su gente fuera a Jerusalén a llevar sus ofrendas al templo, porque pensó que podrían volver a apoyar a Roboam. Así que decidió crear una nueva religión para Efraín, su país. Por ello, hizo dos becerros de oro y le dijo a la gente que esos eran sus dioses y que ahora ya no tendrían por qué ir a Jerusalén a llevar sus ofrendas. Luego puso uno de los becerros en Dan y el otro al otro extremo, en la ciudad llamada Betel.

Como resultado, la gente de Efraín adoró imágenes de dioses falsos y desobedeció las leyes de Dios. Además, Jeroboam nombró sacerdotes a personas de cualquier tribu. También dijo que celebrarían una fiesta religiosa en el octavo mes del año para adorar a sus dioses.

Dios castiga a Jeroboam

El primer día de la fiesta, Jeroboam fue a matar algunos animales para ofrendarlos a uno de los becerros de oro, y, mientras lo hacía, un profeta que había venido desde Judá le dijo:

—¡Escucha lo que tengo que decir! Uno de los descendientes de David vendrá un día y matará a todos los sacerdotes que queman ofrendas en este altar. Quemará huesos humanos en el altar para que quede impuro delante de Dios y ya nadie podrá ofrecer animales en él nunca más. Para demostrar que es verdad lo que estoy diciendo, Dios hará que se destruya este altar hoy mismo.

Al oír esto, Jeroboam se enojó mucho y les ordenó a sus servidores que agarraran al profeta, pero al levantar la mano para señalarlo, ésta se le secó y el altar se hizo pedazos. Entonces Jeroboam le dijo al profeta:

—¡Ruégale a Dios que mi mano quede buena y sana otra vez!

Y la mano del rey sanó. Sin embargo, Jeroboam no dejó de hacer el mal que había empezado a hacer en Efraín y, entre otras cosas, siguió nombrando sacerdotes a personas que no eran de la tribu de Leví.

La enfermedad del hijo de Jeroboam

Poco después, se enfermó Abías, hijo del rey Jeroboam, y el rey mandó a su esposa a ver al profeta Ahías; Ahías era el profeta que le había dicho que sería rey. Para entonces, Ahías ya era muy viejo y estaba ciego. Para ir a ver a Ahías, la esposa del rey Jeroboam se disfrazó, pero Dios le dijo a Ahías quién era ella. Tan pronto como ella llegó a donde él estaba, Ahías le dijo:

—No necesitabas haberte disfrazado; yo sé que tú eres la esposa de Jeroboam. Te tengo malas noticias; ve y dile a tu esposo lo que Dios le dice: "Yo te puse como rey de Efraín pero me has desobedecido. Te has portado peor que cualquiera de los que estuvieron antes de ti. No me has tomado en cuenta y en cambio has adorado imágenes. Así pues, voy a destruir a tu familia: mataré a todos los hombres de ella." Éste es el mensaje que Dios tiene para tu esposo.

'Ahora vete a tu casa y en cuanto llegues, tu hijo morirá. Él será el primero en morir para que se cumpla lo que Dios ha dicho. Después, Dios pondrá un nuevo rey en Efraín que matará a los miembros de la familia del rey Jeroboam que aún vivan. Más tarde, Dios castigará a la gente de Efraín mandándola a un país lejano, por las cosas malas que siguen haciendo desde que Jeroboam los incitó a hacerlas.

La esposa del rey Jeroboam se fue a su casa y en cuanto llegó, su hijo murió. Jeroboam gobernó Efraín durante veintidós años y al morir, su hijo Nadab se convirtió en el siguiente rey.

105. Los reinados de Nadab, Baasa, Ela, Zimri y Omri sobre Efraín *(basado en 1 Reyes 15.25–16.28)*

Nadab reinó sobre Efraín sólo durante dos años. Desobedeció a Dios e hizo todas las cosas malas que su padre había hecho. Una vez, mientras Nadab peleaba contra los filisteos, un oficial de su ejército llamado Baasa se rebeló

contra él y, un poco más tarde, lo asesinó, tomó el poder y se convirtió en el nuevo rey. Luego, mató a todos los hombres de la familia del rey Jeroboam.

Baasa reinó sobre Efraín durante veinticuatro años. Escogió como capital de Efraín a la ciudad de Tirsa. Fue tan malo como la familia de Jeroboam y también desobedeció las leyes de Dios. En aquellos días, Dios le dio al profeta Jehú un mensaje para Baasa. Éste era el mensaje: "Te puse como rey de Efraín; pero has hecho las mismas cosas malas que hizo Jeroboam. Por eso voy a permitir que alguien destruya a tu familia tal como lo hiciste con la suya." Cuando Baasa murió, su hijo Ela se convirtió en el siguiente rey.

Ela reinó sobre Efraín sólo dos años. Un oficial de su ejército llamado Zimri lo mató y se quedó como el nuevo rey; Zimri también mató a todos los hombres de la familia de Baasa.

Pero Zimri gobernó sobre Efraín nada más una semana, pues cuando los del ejército de Efraín supieron que Zimri había matado al rey Ela, decidieron nombrar como rey a un oficial del ejército llamado Omri. Entonces fueron a capturar a Zimri, pero él prendió lumbre al palacio, y como se quedó allí adentro, murió quemado.

Omri reinó sobre Efraín durante doce años, e hizo más cosas malas que cualquiera de los reyes anteriores: hizo que la gente adorara imágenes de dioses falsos. Compró el cerro llamado Samaria y allí construyó la capital de Efraín. Cuando Omri murió, su hijo Acab se convirtió en el siguiente rey.

106. Los reinados de Roboam, Abías y Asa sobre Judá

*(basado en 1 Reyes 14.21–15.24;
2 Crónicas 11.5–16.14)*

El reinado de Roboam

Roboam, hijo de Salomón, fue el primer rey de Judá, la parte sur de Israel. Lo primero que hizo fue hacer que su país fuera fuerte, para que nadie pudiera impedirle seguir siendo rey. Así que construyó fortalezas en muchas de las ciudades, reforzó los muros que las rodeaban, y almacenó armas y alimentos en cada una de ellas.

Durante la época en que Roboam reinó en Judá, los sacerdotes y levitas de todo Efraín vinieron a vivir a Judá, porque Jeroboam no los dejaba trabajar para Dios en Efraín. Él ya había nombrado a otras personas sacerdotes de los dos becerros de oro que había hecho. Así que toda la gente de Efraín que deseaba adorar al Dios verdadero vino también a Judá, para poder ofrecerle animales a Dios en el templo de Jerusalén. Esta gente también ayudó a que Judá llegara a ser un país fuerte.

Roboam obedeció a Dios durante los tres primeros años que reinó, y por eso Dios ayudó a Judá a ser un país fuerte.

Pero después, el rey Roboam dejó de obedecer las leyes de Dios, y toda la gente de Judá construyó altares para los dioses falsos, y los adoró. Había hombres en cada altar que tenían relaciones sexuales con los hombres que llevaban sus ofrendas. Así, la gente de Judá hizo todas las cosas malas por las cuales Dios había sacado a los cananeos de esa tierra.

Egipto ataca a Judá

Y sucedió que cuando Roboam llevaba cinco años reinando sobre Judá, el rey de Egipto reunió a su ejército y atacó a Judá. Su ejército capturó todas las ciudades en las que Roboam había construido fortalezas, y aun lograron llegar a Jerusalén. Entonces Dios envió al profeta Semaías a decirle a Roboam y a sus funcionarios:

—Dios ha permitido que tengan estos problemas porque ustedes han dejado de obedecer sus leyes.

Roboam y sus funcionarios se pusieron muy tristes cuando aceptaron que habían dejado de obedecer las leyes de Dios. Poco después, Semaías regresó a verlos, trayendo otro mensaje de Dios; les dijo:

—Dios ha visto que ustedes reconocen que han sido desobedientes, y por eso no va a dejar que el rey de Egipto destruya Jerusalén. Pero va a dejar que se salven sólo a duras penas, y van a tener que pagarle tributos al rey de Egipto.

Entonces el rey de Egipto y su ejército se llevaron todas las cosas de oro que Salomón había hecho para el templo y para su palacio. Así que Roboam tuvo

que volver a hacer las cosas que se habían llevado, pero las hizo de bronce. A los diecisiete años de reinado sobre Judá, Roboam murió. Entonces su hijo Abías se convirtió en el siguiente rey.

El reinado de Abías

Mientras Abías reinó, no obedeció todas las leyes de Dios. Sin embargo, Dios le permitió ser rey porque se lo había prometido a David, el bisabuelo de Abías; pues David siempre obedeció a Dios, menos en la ocasión en que mandó matar a Urías para robarle la esposa.

El rey Abías siempre tuvo guerra contra Jeroboam, rey de Efraín, y Dios lo ayudó a ganar las batallas porque Abías confiaba en él. Como consecuencia, Judá le quitó algunas ciudades a Efraín. Abías murió a los tres años de reinado, y su hijo Asa se convirtió en el siguiente rey.

El reinado de Asa

Asa fue un buen rey. Obedeció las leyes de Dios, destruyó los altares que la gente había hecho para los dioses falsos y le ordenó a la gente que adorara sólo al Dios verdadero y que obedeciera sus leyes. En los primeros años del reinado de Asa, Judá no tuvo que participar en ninguna guerra. En estos años, Asa construyó fortalezas en muchas de las ciudades de Judá, reforzó los muros que las rodeaban, y formó un gran ejército.

Tiempo después, la gente de un lugar llamado Cus vino a pelear contra Judá. Entonces, Asa le pidió a Dios que ayudara a los de Judá, y con la ayuda de Dios ganaron la guerra. Cuando regresaban de la guerra, salió a encontrarlos el profeta Azarías, quien le dijo:

—Dios quiere que lo sigas obedeciendo, y así él hará que siempre te vaya bien.

Así que Asa siguió destruyendo las imágenes que la gente de Judá había hecho, y hasta le quitó a su abuela los privilegios que tenía en castigo por haber hecho una imagen, y también quemó la imagen. Mientras reinó Asa, mucha gente salió del territorio de Efraín y se fue a vivir a Judá, porque se dieron cuenta que Dios estaba ayudando a Judá.

Efraín invade a Judá

Años después, Baasa, el rey de Efraín, y su ejército invadieron a Judá. Entonces, Asa tomó dinero del templo y del suyo propio, y se lo envió al rey de Siria para pedirle que lo ayudara. Así que el rey de Siria atacó a Efraín, y Efraín dejó de atacar a las ciudades de Judá por defenderse del ejército de Siria. Pero Dios se enojó con Asa y le mandó a decir con el profeta Hanani:

—Dios ha dicho: "Debiste haber confiado en que yo te ayudaría así como te ayudé a vencer al ejército de Cus. Sin embargo, esta vez no confiaste en mí. Yo veo todo lo que hace la gente y ayudo a los que me adoran; pero como he visto que hiciste una tontería al pedirle al rey de Siria que te ayudara, dejaré que de ahora en adelante haya más guerras contra ti."

Al oír esto, Asa se enojó tanto que ordenó que castigaran a Hanani. Tiempo después, Asa se enfermó de los pies; pero tampoco le pidió a Dios que lo ayudara. Dos años después murió, cuando había reinado ya cuarenta y un años, y su hijo Josafat se convirtió en el siguiente rey.

DECIMOTERCERA PARTE

La voz de Dios se oye en Israel: los profetas Elías y Eliseo

107. Elías condena la maldad de Acab, rey de Efraín

(basado en 1 Reyes 16.29–19.21)

El rey Acab y su esposa Jezabel

Unos cuantos años antes de que muriera el rey Asa de Judá, murió el rey Omri de Efraín, y su hijo Acab se convirtió en el siguiente rey. Acab fue un rey muy malo, peor que todos los reyes anteriores. Para empeorar las cosas, se casó con una mujer extranjera llamada Jezabel, que era hija del rey de la ciudad de Sidón.

Como toda la gente de Sidón adoraba al dios falso llamado Baal, Jezabel convenció a Acab de que también lo adorara y de que le construyera un templo en Samaria, la capital de Efraín. Además, Jezabel hizo que mataran a los profetas del Dios verdadero; pero como Abdías, el encargado de los asuntos de la casa del rey Acab, amaba al Dios verdadero, escondió en cuevas a cien profetas de Dios y les llevaba comida.

El profeta Elías dice que no lloverá

En aquella época había un profeta de Dios en Efraín llamado Elías. Un día fue con el rey Acab y le dijo:

—Yo soy siervo de Yahvé, el Dios verdadero, y te doy mi palabra de que no lloverá en Efraín hasta que yo diga.

Entonces Dios le dijo a Elías que fuera a esconderse cerca del arroyo de Querit, y Elías así lo hizo. Mientras estuvo allí, los cuervos le llevaron comida. Acab, por su parte, buscó a Elías por mucho tiempo; pero no pudo encontrarlo.

Elías y la viuda de Sidón

Elías se quedó en donde estaba hasta que el arroyo se secó por falta de lluvia, y entonces Dios le dijo que se fuera a un pueblo cercano a Sidón y se quedara en la casa de una viuda. Cuando Elías llegó a aquel pueblo, vio a una viuda que estaba recogiendo leña y le pidió que le diera algo de comer. La viuda le dijo que todo lo que tenía en su casa era un poquito de harina y un poquito de aceite, y que apenas era suficiente para hacer un pequeño pan para ella y para su hijo.

Pero Elías le dijo que le preparara un pan primero a él, y después podría preparar otro para ella y para su hijo. También le dijo que si hacía lo que le decía, Dios haría que la harina y el aceite duraran hasta el día en que lloviera otra vez. Entonces la viuda hizo un pequeño pan para Elías; y el aceite y la harina le duraron durante la sequía.

Un día, el hijo de la viuda enfermó tan gravemente que quedó sin aliento; pero Elías oró a Dios pidiéndole que ayudara a la viuda que lo había atendido tan bien. Luego, pegó su boca a la del niño y sopló, y el niño comenzó a respirar otra vez. Cuando la viuda vio que su hijo había vuelto a la vida, se dio cuenta de que Elías era un verdadero profeta que venía de parte de Dios.

Elías y los profetas de Baal

Así pasaron tres años sin llover, y el hambre llegó a ser muy grande en todo Efraín. Mientras tanto, Acab no había dejado de buscar a Elías por todos lados. Entonces Dios le dijo a Elías que se presentara ante Acab, y le prometió que ya iba a hacer llover. En cuanto Acab vio a Elías, le dijo:

—¡Vaya, al fin regresaste! Le has causado muchos problemas a nuestro país.

Pero Elías respondió:

—Yo no he sido el que le ha causado problemas al país, sino tú porque has desobedecido las leyes de Dios y adoras a Baal. Vamos a ver cuál es el Dios verdadero. Dile a toda la gente que vaya al monte Carmelo y lleva a todos los profetas de Baal.

Así que Acab reunió a la gente y llevó a los profetas de Baal; y cuando ya estaban todos, Elías les dijo:

—¿Por qué de una vez no deciden a qué dios van a adorar? Si Yahvé es el Dios verdadero, ¡adórenlo a él!; pero si es Baal, entonces ¡adórenlo a él!

Como nadie le respondió, Elías les volvió a decir:

—Yo soy el único profeta de Yahvé que todavía está vivo, pero aquí están reunidos cuatrocientos cincuenta profetas de Baal. Así que, ahora vamos a ver cuál es el Dios verdadero. Dennos, pues, dos toros, y harán ellos un altar y yo otro; luego matarán ellos un toro y yo el otro, y los pondremos en los altares encima de la leña, pero sin prenderles lumbre. Entonces cada quien llamará a su dios, y el dios que haga caer lumbre del cielo para quemar al toro, ése será el Dios verdadero.

A toda la gente le pareció que era una idea muy buena y le respondieron a gritos que estaba bien. Elías dejó que los profetas de Baal escogieran el toro que desearan, y ellos prepararon todo desde temprano en la mañana. Luego estuvieron llamando a Baal durante toda la mañana, pero no pasó nada.

Al medio día, Elías comenzó a burlarse de ellos, diciéndoles que gritaran más fuerte porque a lo mejor Baal estaba meditando o estaba ocupado o andaba de viaje o estaba dormido. Así que los profetas de Baal gritaron más fuerte y hasta se hicieron cortadas en la piel con espadas y lanzas para hacerlo venir. Pero aunque estuvieron allí toda la tarde gritando como locos, no hubo ninguna respuesta.

Dios envía lumbre del cielo

Entonces Elías construyó el altar para Yahvé, y dejó todo listo. Luego hizo una zanja alrededor del altar y hasta empapó el altar con tanta agua que se llenó la zanja. En la tarde, a la hora que acostumbraban hacer la ofrenda a Dios, Elías oró en voz alta a Dios, así:

—Yahvé, haz que este día toda la gente de Efraín vea que tú eres el Dios verdadero y que yo soy tu siervo.

Entonces Dios hizo caer lumbre del cielo que consumió por completo la ofrenda, todo el altar y hasta el agua que estaba en la zanja. Cuando la gente vio lo que había sucedido, exclamó:

—¡Yahvé es el Dios verdadero!

Entonces Elías les dijo:

—¡Agarren a todos los profetas de Baal! ¡Que no se les escape ni uno solo!

La gente los agarró, y Elías mató a aquellos profetas ese mismo día.

Luego, Elías le dijo a Acab que regresara pronto a su casa, porque si no, lo iba a agarrar la lluvia. Cuando se lo dijo, no había ni una sola nube en el cielo. Así que Acab se fue a su casa y ese día llovió muy fuerte.

Elías huye de Jezabel

Cuando Acab llegó a su casa, le contó a su esposa Jezabel que Elías había matado a todos los profetas de Baal. Entonces, ella se enojó muchísimo y le mandó a decir a Elías que iba a procurar matarlo, a más tardar, para el día siguiente.

En cuanto Elías lo supo, huyó hacia el sur, atrevesó Judá, y se fue aun más al sur hasta llegar al cerro Sinaí. Allí encontró una cueva en la que se metió a dormir. Entonces Dios le preguntó la razón por la que andaba huyendo, y él le dijo:

—Yo soy el único que queda de los que te adoran, y me buscan para matarme.

Dios le dijo:

—Hay siete mil personas en Efraín que nunca han adorado a Baal. Ahora, regresa al norte y dile a Eliseo que será mi profeta después de ti.

Cuando Elías se encontró con Eliseo, le puso su capa encima de los hombros y, poco después, Eliseo se fue a vivir con Elías para ser su ayudante.

**108. El rey Acab hace algo muy malo,
y Elías le advierte que Dios lo va a castigar**
(basado en 1 Reyes 20–21)

Las guerras entre Siria y Efraín

Mientras Acab reinaba sobre Efraín, el rey Ben-adad de Siria atacó a Samaria, capital de Efraín. Entonces Dios mandó a un profeta para decirle a Acab lo siguiente:

—Dios ha dicho: "Voy a ayudar al ejército de Efraín a ganar la guerra para que se den cuenta de que yo soy el Dios verdadero".

Tal como lo había dicho el profeta, Efraín ganó la guerra; pero pocos meses después el ejército sirio volvió a atacar a Efraín. Entonces el profeta regresó, y le dijo a Acab:

—Dios ha dicho: "Voy a volver a hacer que el ejército de Efraín derrote a los sirios".

Y así fue, Efraín volvió a ganar la guerra; pero el rey Ben-adad le rogó que le perdonara la vida, y Acab hizo un trato con él y lo dejó ir. Entonces Dios se enojó con Acab porque no había matado a Ben-adad, y le mandó a un profeta a decirle:

—Dios ha dicho: "Como le perdonaste la vida al rey sirio, tú tendrás que morir en lugar de él".

Al oír esto, Acab se enojó mucho y se fue a su casa.

Acab y el terreno de Nabot

Cerca del palacio que Acab tenía en la ciudad de Jezreel, había un terreno que le pertenecía a un hombre llamado Nabot. Ese terreno le pertenecía a la familia de Nabot desde que la región de Canaán se había dividido entre las doce

tribus israelitas en el tiempo de Josué. El rey Acab quería comprarle el terreno a Nabot para sembrar verduras; y le ofreció a cambio dinero o un terreno más bueno en otro lugar. Pero Nabot no quiso venderle el terreno.

Acab se enojó tanto, que cuando llegó a su casa no quiso comer. Al verlo tan amuinado, su esposa Jezabel le preguntó la causa, y él le contó todo. Entonces ella le recordó que él era el rey y que podía hacer cualquier cosa que deseara, y le prometió conseguir el terreno y regalárselo.

Así que ella les escribió algunas cartas a los hombres más importantes de Jezreel diciéndoles que consiguieran dos hombres malos que acusaran falsamente a Nabot de haber maldecido a Dios y al rey. Lo que ella quería, era tener un pretexto para que condenaran a Nabot y lo mataran a pedradas; porque de acuerdo a la ley de los israelitas eran necesarios cuando menos dos personas que acusaran a alguien como criminal para poder castigarlo con la muerte. Luego, Jezabel selló las cartas con el sello del rey Acab y las envió.

Ellos cumplieron sus órdenes, y una vez muerto Nabot, avisaron a Jezabel. Ella le dijo al rey que Nabot estaba muerto y que ya podía quedarse con el terreno que deseaba. Así que se quedó con el terreno. Entonces Dios envió a Elías a decirle a Acab:

—Dios te envía esta mensaje: "Vas a morir y los perros lamerán tu sangre del suelo, así como lo hicieron con la sangre de Nabot. He visto que eres muy malo, y por eso voy a destruir a tu familia de la misma manera como destruí a las familias de Jeroboam y Baasa."

Al oír esto, Acab se dio cuenta de lo malo que había hecho y se puso muy triste. Entonces Dios le hizo saber a Acab, a través de Elías, que no destruiría a su familia mientras estuviera vivo, sino que lo haría cuando su hijo fuera rey de Efraín.

109. Josafat reina sobre Judá

*(basado en 1 Reyes 22.1–50;
2 Crónicas 17.1–21.1a)*

El principio del reinado de Josafat

Mientras Acab reinaba sobre Efraín, Josafat, hijo del rey Asa, era rey de Judá. Josafat fue un rey muy bueno durante sus primeros años de reinado; obedeció las leyes de Dios y quiso que Dios le enseñara lo que debía hacer. También fortaleció las defensas de Judá. A Dios le parecía bien lo que Josafat hacía y lo hizo un rey rico, famoso y poderoso.

El rey Josafat también destruyó algunos de los altares donde la gente adoraba a imágenes de dioses falsos, y acabó con los hombres que tenían relaciones sexuales con los hombres que iban a adorar a los altares. Además, envió a un grupo de sus funcionarios, junto con levitas y sacerdotes, a los pueblos de Judá a enseñarle las leyes de Dios a la gente; y ellos llevaron una copia del rollo que tenía las leyes de Dios.

Pero sucedió que cuando Josafat ya era rico y famoso, hizo algo muy malo; se emparentó con el rey de Efraín, porque su hijo mayor, Joram, se casó con Atalía, hija de Jezabel y Acab, rey de Efraín. De modo que Judá y Efraín se convirtieron en aliados.

Josafat y Acab planean atacar a los sirios

Unos años después, Josafat fue a Samaria, la capital de Efraín, a visitar al rey Acab. Acab le sugirió que juntos atacaran a los sirios para recuperar la ciudad de Ramot, en la región de Galaad. Josafat estuvo de acuerdo en hacerlo, pero sugirió que primero consultaran a Dios sobre ese asunto.

Entonces, Acab reunió a sus cuatrocientos profetas y todos dijeron que Dios ayudaría a Efraín y a Judá a ganar la guerra. Pero ellos no eran verdaderos profetas de Dios; así que Josafat preguntó si no había algún otro profeta. Acab le dijo que había uno más, llamado Micaías, pero que lo odiaba porque nunca le profetizaba algo bueno, sino sólo cosas malas. A pesar de eso, insistió en escuchar lo que Micaías tenía que decir, y Acab mandó por él.

Y así fue: Micaías les dijo que perderían la guerra y que Dios estaba permitiendo a los otros profetas mentir, para que Acab muriera en la batalla.

Los sirios matan a Acab

Sin embargo, Acab y Josafat fueron a atacar a los sirios que había en la ciudad de Ramot que estaba en la región de Galaad; pero Acab se disfrazó para verse como cualquier otro soldado. Como el rey de Siria solamente quería matar a Acab, sus hombres persiguieron a Josafat, pues éste traía sus ropas de rey. Pero cuando se le acercaron y vieron que no era Acab, dejaron de atacarlo.

Durante la batalla, un soldado sirio disparó una flecha sin fijarse a dónde, y la flecha se le clavó a Acab en la abertura que quedaba entre las junturas de su armadura de metal. Acab murió ese día a la puesta del Sol, y llevaron su cuerpo a Samaria, en donde lo enterraron. Cuando lavaron su carretón de guerra, su sangre cayó en el suelo y los perros la lamieron; y así se cumplió la profecía que Dios le había dado a Acab a través del profeta Elías.

Cuando Acab murió, había reinado veintidós años sobre Efraín, y su hijo Ocozías se convirtió en el siguiente rey. Ocozías fue tan malo como su padre.

Josafat regresa a Jerusalén

Después, cuando Josafat regresaba a su casa en Jerusalén, el profeta Jehú salió a encontrarlo, y le dijo:

—A Dios no le pareció bien que hubieras ayudado a Acab, porque era un hombre muy malo; pero le ha parecido bien que hayas destruido los altares de los dioses falsos, y que siempre le preguntes lo que debes hacer.

Así que Josafat siguió animando a la gente para que adoraran sólo al Dios verdadero, quien había sacado a sus antepasados de Egipto y les había dado la región de Canaán. Además, nombró jueces, y les advirtió que juzgaran justamente y que no se dejaran sobornar.

Los moabitas y los amonitas atacan a Judá

Tiempo después, los moabitas, los amonitas y otros más, atacaron a Judá. Cuando Josafat se enteró, le ordenó ayunar a toda la gente de Judá. Los reunió en el templo y allí oró a Dios. Le dijo:

—Tú eres muy poderoso, Señor. Nos diste esta tierra porque somos descendientes de tu amigo Abraham. Algunos de nuestros antepasados construyeron este templo para ti, para que pudiéramos orar aquí y pedirte ayuda cada vez que estuviéramos en problemas. Cuando nuestros antepasados vinieron a esta región, tú no les permitiste tomar los terrenos de los amonitas, los moabitas o de los edomitas. Y ahora, mira la forma en que nos están pagando. No sabemos qué hacer, porque son mucho más fuertes que nosotros; por eso te estamos pidiendo que nos ayudes.

Entonces Dios le envió un mensaje a la gente de Judá mediante un levita llamado Jahaziel. Él dijo:

—No tengan miedo, porque Dios peleará por ustedes esta batalla. Vayan mañana a encontrarse con ellos y vean cómo Dios los rescata de sus enemigos.

Entonces toda la gente se hincó dando gracias a Dios, y los levitas alabaron a Dios.

A la mañana siguiente, el ejército de Judá salió a encontrar a sus enemigos; y el rey Josafat ordenó que algunos hombres cantaran y alabaran a Dios al frente del ejército.

Dios hizo que los amonitas, moabitas y los que iban con ellos, se confundieran al oír el canto de los de Judá, de modo que se comenzaron a pelear entre ellos. Por eso, cuando los soldados de Judá encontraron a los enemigos, los encontraron muertos y tirados en el suelo. Así que recogieron todo lo que sus enemigos llevaban, y luego regresaron a sus casas, dándole gracias a Dios.

Los barcos de Josafat y Ocozías se hunden

En los últimos años en que Josafat reinó sobre Judá, volvió a aliarse con Efraín. Él y el rey Ocozías de Efraín mandaron construir barcos para comerciar;

pero a Dios no le gustó que Josafat estuviera cooperando con un rey malo y mandó al profeta Eliezer a decirle que lo iba a castigar haciendo que los barcos se partieran y se hundieran. Y tal como el profeta dijo, los barcos se partieron y se hundieron.

**110. Los reinados de los hijos del rey Acab
sobre Efraín, y cómo Eliseo toma
el lugar de Elías como profeta**
(basado en 1 Reyes 22.51–53; 2 Reyes 1–3)

Ocozías y el profeta Elías

Mientras Josafat reinaba sobre Judá, Ocozías, hijo de Acab, reinaba sobre Efraín. Un día, Ocozías se cayó de un lugar alto y se lastimó. Como quería saber si iba a sanar, mandó a algunos de sus servidores a preguntarle al dios falso de una de las ciudades de los filisteos. Entonces Dios le dijo al profeta Elías:

—Ve a encontrarte con los servidores del rey Ocozías y diles que es a mí a quien deberían consultar. También diles que regresen y le digan a Ocozías que se va a morir.

Elías hizo lo que Dios le había dicho, y los servidores de Ocozías regresaron y le contaron lo que Elías les había dicho. Ellos no se habían dado cuenta de que habían hablado con Elías; pero le dijeron a Ocozías cómo era, y él se dio cuenta de que se trataba de Elías.

Entonces Ocozías les ordenó a cincuenta de sus soldados que fueran a traer a Elías; pero Elías les dijo: "Va a caer lumbre del cielo y los quemará para demostrarles que de veras hablo en el nombre de Dios". Así fue; cayó lumbre del cielo y los quemó a todos.

Ocozías mandó a otro grupo de cincuenta soldados y lo mismo les sucedió. Mandó a un tercer grupo, nada más que el capitán de ellos fue y se hincó delante de Elías para rogarle que le perdonara la vida a él y a sus soldados. Entonces Dios le dijo a Elías que fuera con ellos.

Le volvió a decir al rey que se iba a morir por haberle mandado a preguntar a un dios falso si iba a sanar o no. Y tal como lo dijo Elías, Ocozías murió. Había reinado solamente dos años. Como no tenía hijos, su hermano Joram se convirtió en el siguiente rey.

Dios lleva a Elías al cielo

Poco después, cuando Dios quiso llevarse a Elías al cielo en un remolino, Eliseo andaba con Elías. Ellos pasaron por Betel y Jericó, y al llegar al río Jordán, Elías enrolló su manto y con él golpeó el agua; el agua se separó, y los dos cruzaron el río sobre tierra seca.

Como Elías sabía que Dios iba a llevárselo pronto, le preguntó a Eliseo qué podía hacer por él antes de irse. Eliseo pidió que el Espíritu de Dios le diera el poder de hacer cosas maravillosas como lo había hecho con Elías. Él quería recibir una porción doble de ese poder, de la misma manera en que el hijo mayor recibía una doble porción de la herencia cuando el padre moría. Elías le dijo:

—Has pedido algo muy difícil; pero si me ves cuando me vaya, Dios te lo dará.

De repente, Eliseo vio que un carretón de guerra hecho de lumbre y tirado por caballos de lumbre se llevaba a Elías al cielo en medio de un remolino: y así, muy rápidamente Elías se fue. Solamente había quedado su manto, que se le había caído al irse. Así que Eliseo lo recogió y caminó hasta el río Jordán. Al llegar al río, golpeó el agua con el manto de Elías y dijo:

—¿Va a ayudarme Yahvé, el Dios verdadero, de la misma manera en que ayudó a Elías?

Entonces el agua se separó y Eliseo cruzó el río sobre tierra seca.

Luego, los profetas de Jericó le insistieron a Eliseo que mandara a un grupo a buscar a Elías, porque creían que tal vez Dios lo había dejado caer en algún lugar lejano. Así que mandaron a cincuenta hombres a buscar a Elías; pero no lo encontraron porque Dios se lo había llevado al cielo.

Joram y Josafat pelean contra Moab

En aquel tiempo Joram reinaba sobre Efraín. Él reinó doce años sobre Efraín, y fue un rey malo pero no tan malo como su padre, Acab. No adoró al dios falso Baal, pero sí a los becerros de oro. Mientras Acab vivía, el país de Moab le había pagado tributos; pero poco después de la muerte de Acab, Moab se negó a pagarle tributos a Joram.

Entonces Joram le pidió a Josafat, rey de Judá, que le ayudara a pelear contra Moab, y Dios les ayudó a ganar. Y sucedió que cuando el rey de Moab vio que estaban perdiendo la guerra, mató a su hijo mayor y se lo ofreció como ofrenda completa a su dios falso. Como lo hizo arriba del muro que rodeaba la ciudad, y lo vieron los del ejército de Efraín y Judá, sintieron horror y se regresaron a sus casas.

111. El profeta Eliseo hace grandes maravillas

(basado en 2 Reyes 4–5)

El cántaro de aceite

Durante aquella época, murió un profeta antes de haber pagado el dinero que había pedido prestado; y el hombre que le había prestado el dinero quería tomar a los dos hijos del profeta como esclavos para cobrarse la deuda.

La viuda del profeta estaba muy triste, y fue a ver al profeta Eliseo para que la ayudara. La viuda era tan pobre que solamente tenía en su casa un cántaro de aceite. Entonces Eliseo le dijo que pidiera prestado todos los cántaros que pudiera conseguir y que los llenara con el aceite de su pequeño cántaro.

Así lo hizo la viuda: se encerró en su casa junto con sus hijos, y llenaron todos los cántaros que habían pedido prestados. Entonces Eliseo le dijo a la viuda que vendiera el aceite, y que pagara la deuda de su difunto esposo, y que usara para vivir lo que le quedara.

Un niño se resucita

En Sunem había una mujer que sabía que Eliseo era siervo de Dios. Siempre que lo veía pasar le ofrecía algo de comer. Un día, ella y su marido decidieron construir un cuartito en la azotea de su casa para que lo usara el profeta.

Como Eliseo quiso mostrar su agradecimiento a la mujer por lo que habían hecho por él, le pidió a Dios que le diera un niño, porque ella no tenía hijos y su esposo era anciano. Y así fue: el niño nació y creció; pero un día le comenzó a doler la cabeza muy fuerte, y ese mismo día murió.

Entonces su madre puso al niño en la cama de Eliseo y fue inmediatamente a buscarlo. Cuando Eliseo llegó, entró al cuarto y se quedó solo con el niño; luego, le pidió a Dios que resucitara al niño. Entonces se acostó sobre el niño para calentarlo, pegó su boca a la del niño y sopló. El niño abrió los ojos, y Eliseo le entregó vivo a la madre.

Naamán se sana de su enfermedad

Un general sirio llamado Naamán tenía una grave enfermedad de la piel. Como la esclava de su esposa era una muchacha de Efraín, la muchacha le dijo a la mujer que el profeta que vivía en Samaria, la capital de Efraín, podría sanar a Naamán.

Entonces el rey de Siria le dio permiso a Naamán para ir a Efraín, y le dio una carta para el rey Joram. Cuando Joram leyó la carta, se afligió mucho. Pensó que el rey de Siria buscaba un pretexto para empezar otra guerra porque en la carta le pedía que curara a Naamán.

Cuando Eliseo se enteró, le envió a decir al rey que le mandara a Naamán, para que Naamán supiera que en Israel había un profeta del Dios verdadero. Cuando Naamán llegó a la casa de Eliseo, éste le mandó a decir con su criado que fuera y se metiera completamente siete veces en el río Jordán, y que así quedaría sano.

Entonces Naamán se enojó mucho, porque pensó que Eliseo debía haber salido personalmente a orar por él. Además, no veía por qué debía ir a lavarse en el río Jordán, habiendo mejores ríos en Damasco, la capital de Siria. Naamán ya estaba listo para regresar a Siria, pero sus servidores le dijeron:

—Mire usted, si Eliseo le hubiera pedido hacer algo difícil, lo hubiera hecho usted inmediatamente. Pero le pidió hacer algo fácil. Entonces ¿por qué no hacerlo? No tiene nada que perder.

Así que Naamán fue y se metió completamente siete veces en el río Jordán, y tal como Eliseo había dicho, al salir la última vez ya estaba sano. Entonces Naamán regresó a la casa de Eliseo y quiso regalarle algunas cosas de mucho valor, pero Eliseo no quiso recibir nada. Luego Naamán se regresó a Siria.

El pecado de Giezi

Poco después de que Naamán se había ido, Giezi, el criado de Eliseo, fue a alcanzarlo para pedirle algunas de las cosas que Naamán había traído como regalo. Le mintió a Naamán, diciéndole que Eliseo necesitaba algo de dinero y ropa para dos profetas jóvenes que acababan de llegar. Entonces Naamán le dio lo que pedía, y Giezi lo escondió y regresó con Eliseo. Pero Eliseo le preguntó qué había estado haciendo y él contestó que nada.

Entonces Eliseo dijo:

—Sé lo que hiciste. Éste no es momento para que un siervo de Dios ande pidiendo dinero. Dios te va a castigar haciendo que sufras la enfermedad de Naamán durante toda tu vida.

Y así fue cómo sucedió.

112. Dios libra a la gente de Efraín de los sirios

(basado en 2 Reyes 6.8–8.15)

Un día, mientras Joram reinaba sobre Efraín, el rey de Siria, Ben-adad, y su ejército atacaron a Efraín; pero se encontraron con que el ejército de Efraín siempre parecía adivinar lo que ellos, los sirios, hacían. Entonces Ben-adad les

preguntó a sus oficiales quién era espía de Efraín; pero contestaron que ninguno de ellos era traidor, sino que el profeta Eliseo le decía a Joram, rey de Efraín, todo lo que Ben-adad hablaba en secreto en su propio cuarto.

Eliseo guía a los soldados sirios a Samaria

Entonces, Ben-adad se enojó mucho y les ordenó a sus hombres averiguar dónde estaba Eliseo, para mandar al ejército a atraparlo. Cuando supo que Eliseo estaba en la ciudad de Dotán, mandó al ejército para rodear esa ciudad. A la mañana siguiente, el criado de Eliseo vio al ejército y dijo:

—¡Vaya! ¿Ahora qué vamos a hacer, Eliseo?

Y Eliseo le contestó:

—No tengas miedo, porque hay más soldados de nuestro lado que del lado de ellos.

Entonces Eliseo le pidió a Dios que hiciera ver a su criado, y así el criado de Eliseo pudo ver que el cerro junto a Dotán estaba lleno con los carretones de guerra de lumbre y caballos de lumbre de los ángeles que cuidaban a Eliseo.

Luego, Eliseo le pidió a Dios que dejara ciegos, durante un rato, a los soldados sirios. Como Dios así lo hizo, Eliseo salió y les dijo que se habían equivocado de camino, y se ofreció a enseñarles por dónde ir. Entonces los llevó derecho a Samaria, la capital de Efraín, que estaba como a tres horas de camino. Luego le pidió a Dios que los dejara ver otra vez y Dios lo hizo.

Al ver a los sirios, Joram quiso matarlos; pero Eliseo le dijo que les diera de comer y que los dejara ir, y eso fue lo que hizo. Por un tiempo, los sirios dejaron de atacar a Efraín.

El sitio de Samaria

Tiempo después, el rey Ben-adad atacó nuevamente a Efraín, y sitió Samaria. Como el sitio duró mucho tiempo, la gente de Samaria casi estaba muriéndose de hambre. El más pequeño pedazo de comida llegó a venderse muy

caro y hasta hubo una mujer que mató a su propio hijo para comérselo a causa del hambre.

El rey Joram le echó la culpa de todo esto a Eliseo, y decidió matarlo cortándole la cabeza. Así que mandó a un soldado a la casa de Eliseo. Como Eliseo se dio cuenta de que vendrían a buscarlo para después cortarle la cabeza, cuando llegó el soldado no le abrió la puerta. Inmediatamente después, el rey en persona llegó a hablar con Eliseo, y le dijo:

—Todo este mal viene de Dios. ¿Qué caso tiene que sigamos esperando que nos ayude?

Y Eliseo le contestó:

—Dios me ha dicho que mañana a estas horas, en la puerta de Samaria se venderán harina y cebada a muy bajo precio.

Pero el funcionario que iba con el rey dijo:

—Eso es imposible. Aunque Dios abriera ventanas en el cielo y lloviera comida, no sucedería eso.

Eliseo le contestó:

—Tú mismo lo verás, pero no podrás comer de ello.

Dios rescata a Samaria de los sirios

Por fuera del muro de la ciudad, cerca de la puerta, había cuatro hombres que sufrían una grave enfermedad de la piel. A estos hombres se les ocurrió ir al campamento sirio. Pensaron que lo peor que les podía pasar era que los sirios los mataran, lo cual no era más malo que morir de hambre en la ciudad. Así que se fueron para allá al anochecer.

Al llegar, no encontraron a nadie en el campamento de los sirios porque Dios había hecho que los sirios oyeran ruido de carretones de guerra y caballos. Como los sirios pensaron que un gran ejército iba a pelear contra ellos, huyeron dejando todas sus cosas tiradas. Todo esto sucedió apenas un rato antes de que llegaran los cuatro hombres enfermos al campamento.

Entonces, los hombres enfermos comieron y bebieron, y tomaron dinero y ropa; pero de repente se les ocurrió que era malo no ir a darles la buena noticia a todos los demás.

Así que fueron a la puerta de la ciudad y le dieron la noticia a los guardias; ellos le mandaron a avisar al rey, y el rey mandó a algunos hombres a caballo para que fueran a investigar. Cuando regresaron a decir que de veras era cierto, toda la gente salió y recogió las cosas que había en el campamento sirio.

Y tal como había dicho Eliseo, se vendió harina y cebada en la puerta de Samaria a muy bajo precio. Además, el funcionario que no había creído que esto fuera posible, fue pisoteado por la gente en la puerta de la ciudad y murió. Así se cumplió la profecía de Eliseo: el funcionario vio lo que creía imposible, pero no pudo comer nada de ello.

Hazael se convierte en el rey de Siria

Después, Eliseo se fue a Damasco, la capital de Siria, y el rey Ben-adad estaba enfermo. Entonces Ben-adad mandó a su funcionario Hazael a preguntarle a Eliseo si se aliviaría o no. Hazael fue, y Eliseo le dijo que le dijera que se aliviaría. Sin embargo, también le dijo que Dios le había dicho que Ben-adad iba a morir y que él, Hazael, sería el siguiente rey de Siria.

Entonces Hazael regresó con Ben-adad y le dijo que se aliviaría, pero al día siguiente, Hazael lo mató poniéndole una cobija mojada sobre la cara. Luego, Hazael fue proclamado rey de Siria.

113. Joram reina sobre Judá

*(basado en 2 Reyes 8.16–24;
2 Crónicas 21.1b–22.1)*

Mientras Joram reinaba sobre Efraín, murió Josafat, rey de Judá, después de haber sido rey durante treinta y cinco años. Entonces Joram, su hijo mayor, se convirtió en el siguiente rey. En cuanto Joram fue rey, mandó matar a todos sus hermanos y a todos aquellos que creyó que podrían tratar de matarlo para ocupar su lugar.

La esposa de Joram fue Atalia, hija de Acab, rey de Efraín, y por eso él hizo todas las cosas malas que siempre habían hecho los reyes de Efraín; entre otras cosas, animó a la gente de Judá a adorar a dioses falsos.

Dios estaba enojado con Joram; pero como le había prometido a David que el rey iba a ser siempre uno de sus descendientes, no mandó a nadie para que matara a Joram y se quedara como rey, como había hecho con los reyes de Efraín.

En aquellos días, Edom, un país que había estado pagándole tributos a Judá, se rebeló y venció a Judá en la guerra. Dios permitió que esto sucediera para castigar a Joram por ser desobediente.

Además, Joram recibió una carta que el profeta Elías había escrito antes de ser llevado al cielo; la carta decía: "Dios dice que tú no le has obedecido como lo hicieron tu padre Josafat y tu abuelo Asa. Has hecho las mismas cosas malas que hacen los reyes de Efraín. Mataste a tus hermanos, que eran mejores hombres que tú. Por eso Dios va a permitir que le sucedan cosas malas a tu familia y a tu país. Tú te enfermarás y morirás."

Poco después, Dios permitió que los filisteos y los árabes atacaran a Judá, y que se llevaran todas las pertenencias de Joram, y a sus esposas y a todos sus hijos, menos al menor. Además, Dios permitió que Joram sufriera una enfermedad de los intestinos que le provocó la muerte dos años más tarde. Cuando Joram fue enterrado, no hubo una gran ceremonia. Al morir Joram, después de ocho años de reinado, su hijo menor, Ocozías, se convirtió en el siguiente rey de Judá.

114. Jehú acaba con la familia del rey Acab

*(basado en 2 Reyes 8.25–10.36;
2 Crónicas 22.2–9)*

Eliseo nombra a Jehú rey de Efraín

Ocozías reinó un año sobre Judá y fue un rey malo porque Atalía, su madre, era hija del rey Acab de Efraín y ella lo había empujado a hacer cosas malas. En una ocasión, fue a la ciudad de Jezreel a visitar a su aliado Joram, rey

de Efraín, el cual había sido herido mientras peleaba contra el ejército de los sirios.

Estando Ocozías en esa ciudad, el profeta Eliseo mandó a uno de los profetas que lo ayudaban a que derramara aceite sobre la cabeza de Jehú, uno de los oficiales del ejército de Efraín, y le dijera que él iba a ser el siguiente rey de Efraín y que debía matar a todos los hombres de la familia de Acab y también a la reina Jezabel, para castigarlos por haber matado a muchos de los que adoraban a Dios.

El profeta fue e hizo lo que Eliseo le había mandado y luego huyó. Entonces los demás oficiales le preguntaron a Jehú qué le había dicho el profeta. Jehú les dijo que él iba a ser el siguiente rey de Efraín y todos los otros oficiales lo apoyaron.

Jehú mata a la familia de Acab

Entonces Jehú y los otros oficiales comenzaron a planear cómo matar a Joram, quien se estaba recuperando de sus heridas en el palacio de Jezreel. Luego, Jehú se subió a su carretón de guerra y se encaminó hacia Jezreel. Cuando Joram y Ocozías lo vieron acercarse, se subieron cada uno a su carretón de guerra y fueron a encontrarlo. Al encontrarse, Joram le preguntó a Jehú si venía en son de paz, a lo que Jehú contestó:

—¿Cómo puede haber paz en Efraín mientras Jezabel, tu madre, sigue adorando a dioses falsos y continúa con sus malignas prácticas de brujería?

Entonces Joram se dio cuenta de que Jehú había venido para quitarle el poder y le gritó a Ocozías que huyera, pues había problemas. Jehú le disparó una flecha a Joram y lo mató; poco más tarde, también mató a Ocozías. Los mató porque los dos eran descendientes de Acab. Luego tiraron el cuerpo de Joram en el terreno que había pertenecido a Nabot y su sangre se regó allí.

Cuando Jehú llegó a Jezreel y vio a Jezabel asomándose por una alta ventana del palacio, les dijo a unos criados del palacio que la arrojaran por la ventana. Así lo hicieron y ella murió.

Después, Jehú les envió una carta a los hombres importantes de Samaria que cuidaban a los hijos de la familia de Acab. En la carta les proponía que

escogieran a uno de los descendientes de Acab y lo hicieran rey, y entonces pelearan por la familia del rey Acab. Pero los hombres tuvieron miedo de hacer eso, y le mandaron a decir que ellos no iban a hacer rey a nadie. Entonces, Jehú les pidió que mataran a todos los muchachos. Eran en total setenta, y los mataron a todos y le enviaron sus cabezas a Jehú.

Mientras tanto, Jehú también había matado a todos los que eran parientes de Acab o lo habían apoyado y no quedó ni uno de ellos. De este modo se cumplió lo que le había dicho el profeta Elías a Acab, de parte de Dios.

Jehú mata a los profetas de Baal

El rey Jehú quería que la gente dejara de adorar al dios falso, Baal. Así que les engañó haciéndoles creer que quería hacer una gran fiesta en honor de Baal. Ordenó que se presentaran todos los sacerdotes que ofrendaban animales a Baal y todos los profetas que hablaban en su nombre. Cuando todos se reunieron, Jehú se aseguró de que no hubiera adoradores de Yahvé en aquel lugar.

En cuanto Jehú terminó de matar al animal como ofrenda completa, les hizo una señal a sus soldados, que estaban colocados alrededor del templo de Baal, y ellos entraron y mataron a toda la gente que se encontraron allí adorando a Baal; luego destruyeron el templo. Así fue cómo Jehú hizo que la gente de Efraín dejara de adorar a Baal.

A Dios le agradó lo que Jehú había hecho y le prometió que cuatro de sus descendientes, es decir hasta su tataranieta, serían reyes de Efraín.

Desgraciadamente, Jehú no siguió obedeciendo las leyes de Dios porque adoró a los dos becerros de oro que Jeroboam había hecho. Durante el tiempo que Jehú reinó en Efraín, Dios permitió que el ejército sirio le quitara a Efraín toda la tierra que está al oriente del río Jordán. Jehú reinó veintiocho años y cuando murió, su hijo Joacaz se convirtió en el siguiente rey.

DECIMOCUARTA PARTE

Las naciones de Efraín y Judá: reyes y profetas

115. Los reinados de Atalía y Joás sobre Judá

*(basado en 2 Reyes 11–12;
2 Crónicas 22.10–24.27)*

El reinado de Atalía

Cuando Atalía, la viuda del rey Joram de Judá, supo que Jehú había matado a su hijo Ocozías, rey de Judá, decidió matar a todos los descendientes de David para que, de esta forma, ella pudiera ser la reina y nadie más pudiera ser rey.

Pero Josaba, hija del difunto rey Joram, tomó a su sobrino Joás, hijo de Ocozías, y lo escondió. Como en aquel entonces Joás todavía era muy chico, Josaba y su esposo Joiada, que era el jefe de los sacerdotes, lo escondieron junto con una mujer que lo cuidaba, en uno de los pequeños cuartos del templo de Dios. Allí permaneció durante seis años y Atalía reinó sobre Judá durante ese tiempo.

Joás empieza a reinar

Cuando el pequeño Joás cumplió siete años, Joiada consideró que ya había ganado suficiente apoyo como para seguir con sus planes y hacer rey a Joás. Entonces reunió a todos los oficiales de la guardia y les mostró a Joás. Luego, se puso de acuerdo con ellos para hacer rey a Joás, y reunieron a todos los levitas y los hizo prometer proteger a Joás de su abuela. Ellos así lo hicieron.

Más tarde, sacaron a Joás del templo y lo pusieron sobre una plataforma, le pusieron una corona sobre la cabeza y lo proclamaron rey. Todo mundo estaba feliz, y cantaban y tocaban instrumentos musicales.

Cuando Atalía oyó el alboroto, se dirigió al templo a ver qué estaba pasando, y cuando vio a Joás sobre la plataforma, comenzó a gritar que la estaban traicionando. Entonces Joiada les ordenó a los soldados que la agarraran, la sacaran del templo y la mataran. Y así lo hicieron los soldados.

Entonces Joiada hizo que el rey y la gente prometieran adorar solamente a Yahvé, el Dios verdadero. Luego, todos los que estaban allí se encaminaron al templo de Baal en Jerusalén y lo destruyeron. También mataron al sacerdote que hacía las ofrendas de animales a Baal. Más tarde, Joiada organizó a los sacerdotes y a los levitas para que se encargaran del cuidado del templo y de hacer todo de la manera en que Dios le había indicado a Moisés.

Así que Joás se convirtió en el siguiente rey de Judá, y por muchos años el sacerdote Joiada lo ayudó a adorar a Dios. Tiempo después Joiada le escogió dos esposas al rey y Joás tuvo hijos. Una de las cosas que hizo Joás fue recolectar un impuesto para juntar dinero para reparar el templo de Dios. Gracias a eso, reparó el templo y lo hizo más fuerte.

Joás adora a los dioses falsos

Cuando Joiada murió, algunos de los hombres importantes de Judá animaron a Joás a adorar a dioses falsos. Así que Dios les envió profetas para decirles que dejaran de adorar a los dioses falsos y que lo adoraran sólo a él, pero nadie les hizo caso. Uno de los profetas que Dios mandó fue Zacarías, hijo de Joiada. Zacarías le dijo a la gente:

—Ustedes están desobedeciendo las leyes de Dios y de esa manera se están buscando problemas. Como no han tomado en cuenta a Dios, él tampoco los tomará en cuenta a ustedes.

A Joás no le gustó lo que dijo Zacarías y por eso le ordenó a la gente que lo apedreara hasta matarlo; y así lo mataron en el patio del templo de Dios. Joás se mostró desagradecido con lo que Joiada, el padre de Zacarías, había hecho por él.

Para castigar a Joás por haber matado a Zacarías, Dios permitió que el ejército sirio invadiera Judá. Los sirios mataron a todos los oficiales del ejército de Judá e hirieron a Joás. Entonces, dos de sus servidores decidieron darle muerte para castigarlo por haber matado a Zacarías, y lo asesinaron en su cama. Cuando Joás murió, había reinado cuarenta años sobre Judá, y su hijo Amazías se convirtió en el siguiente rey.

116. El profeta Joel predica a la gente de Judá

(basado en Joel 1–3)

La plaga de langostas

En una ocasión en la historia de Judá, Dios envió una plaga de langostas y otros insectos para que se comieran todas las cosechas de los campos de Judá. Entonces una gran cantidad de gente comenzó a pasar hambre. También Dios hizo que no lloviera. Sin embargo, envió al profeta Joel para que les dijera cuál era la causa de estos males. Joel les dijo:

—Les conviene escucharme a ustedes los ancianos y a todos los demás. De veras nos está yendo muy mal. Todos nuestros sembrados han sido destruidos, y este año nadie estará contento en la época de la cosecha. Todos deben ir a pedirle a Dios que nos ayude. Ni siquiera tenemos suficiente para ofrecerle a Dios nuestras ofrendas de grano. Tal parece que Dios quiere acabar con el mundo.

'Pero si ustedes vuelven a adorarlo y le muestran que de veras están apenados por todo el mal que han hecho, entonces él los perdonará y es posible que hasta los haga prosperar de nuevo. Dios es muy paciente y bueno; él no quiere hacerles sufrir, pero ustedes deben reconocer que han hecho mal y no sólo aparentar que están apenados.

'Así que, ustedes ancianos, llamen a toda la gente, reúnanla, y vamos a ayunar para demostrar que de veras reconocemos nuestra maldad. Luego dejen que los sacerdotes oren a Dios para que él perdone a la gente.

Después de que la gente hizo lo que Joel había dicho, Dios contestó su oración. Prometió detener la plaga de langostas. Les prometió que de nuevo les iría bien y que les daría cosechas tan buenas que compensarían los años de escasez. Les dijo que lo alabarían por lo bueno que él hubiera hecho por ellos.

La promesa del Espíritu Santo

Dios prometió que un día enviaría a su Espíritu a toda la gente, y él haría que sucedieran cosas maravillosas, tanto en el cielo como en la Tierra, de manera que la gente supiera que él existe. Dios dijo que todo esto sucedería antes del día

que él ha escogido para el fin del mundo. Cualquiera que le pidiera ayuda sería rescatado del terrible sufrimiento en aquella época.

Dios prometió que después de un tiempo en el que la gente sufriera mucho y los de Judá fueran dispersados por otros países, él haría que Judá prosperara de nuevo. Además, Dios dijo que castigaría a la gente que hiciera sufrir a los de Judá, y que en aquellos días también llevaría a juicio a todos los países del mundo y los castigaría por todo el mal que hubieran hecho. Dios dijo, además, que luego haría que Jerusalén fuera su ciudad santa y que cuidaría de la gente de Judá.

**117. Los reinados de Joacaz, Joás y Jeroboam II
sobre Efraín y el reinado de Amazías sobre Judá**
(basado en 2 Reyes 13.1–14.24; 2 Crónicas 25)

Los reinados de Joacaz y Joás en Efraín

Cuando Jehú, rey de Efraín, murió, su hijo Joacaz se convirtió en el siguiente rey. Joacaz reinó sobre Efraín durante diecisiete años y siguió adorando a los becerros de oro como lo habían hecho todos los otros reyes de Efraín. En aquel entonces, Dios permitió que Hazael, el rey de Siria, los derrotara, y Efraín tuvo que pagarle tributos al rey Hazael y a su hijo, Ben-adad II, durante muchos años. Sin embargo, cuando el rey Joacaz oró a Dios, Dios libró a Efraín de Siria.

Cuando Joacaz murió, su hijo Joás se convirtió en el siguiente rey. Joás reinó dieciséis años sobre Efraín y adoró a los becerros de oro.

El reinado de Amazías en Judá

Poco después de que Joás había comenzado a reinar sobre Efraín, Amazías, hijo del rey Joás, fue proclamado rey de Judá. Amazías reinó veintinueve años sobre Judá, y fue justo y bueno, pero también hizo algunas cosas malas. Una de las primeras cosas que hizo cuando comenzó a reinar fue mandar matar a los dos hombres que habían asesinado a su padre. Pero no mató a ninguno de los hijos de los asesinos porque la ley de Dios decía que los hijos no deberían morir por el crimen que alguno de sus padres hubiera cometido.

Luego, Amazías juntó a un ejército para atacar a la región de Edom y contrató a soldados de Efraín para que le ayudaran. Pero un profeta vino y le advirtió que Dios no lo iba a ayudar si los soldados de Efraín iban con él. Así que Amazías despidió a los soldados de Efraín, y ellos se enojaron tanto que saquearon muchas ciudades y pueblos de Judá en su camino de regreso.

Amazías y su ejército ganaron la batalla contra Edom; pero Amazías cometió la tontería de traerse a Jerusalén las imágenes que la gente de Edom adoraba, aunque había visto que no habían sido capaces de proteger a Edom contra Judá, y mató animales como ofrendas a ellas. Entonces Dios le envió un profeta a Amazías, para decirle que estaba enojado con él por haber hecho eso. El profeta le dijo que Dios lo iba a destruir y luego huyó, pues el rey lo amenazó con matarlo.

Poco después, Amazías envió una carta a Joás, rey de Efraín, declarándole la guerra porque los soldados de Efraín habían saqueado ciudades y pueblos de Judá cuando regresaban a sus casas. Joás le contestó que sería una tontería que atacara a Efraín, pues Efraín vencería a Judá, y que no debería pensar que Judá podía derrotar a cualquiera sólo porque había ganado la guerra contra Edom.

Pero Amazías no escuchó razones y juntó a su ejército y fue a pelear contra Efraín. Como los de Efraín ganaron la batalla, destruyeron parte del muro que rodeaba Jerusalén, y tomaron todo el dinero y los objetos más caros del templo de Dios y del palacio del rey y se los llevaron a Samaria. Así castigó Dios a Amazías por adorar a dioses falsos.

La muerte del profeta Eliseo

Por aquella época, el profeta Eliseo se enfermó, y como se dio cuenta de que ya pronto se iba a morir, le dijo a Joás que Dios iba a ayudar a Efraín a vencer a Siria. Después de que murió Eliseo, el rey Joás y su ejército vencieron al ejército de Ben-adad II, rey de Siria.

El reinado de Jeroboam II en Efraín

Cuando Joás murió, su hijo Jeroboam II se convirtió en el siguiente rey. Jeroboam II reinó cuarenta y un años sobre Efraín, y también adoró a los becerros

de oro que los otros reyes de Efraín habían adorado, pero llegó a ser un rey muy poderoso.

Después de la muerte de Joás, Amazías, rey de Judá, todavía vivió muchos años, hasta que algunos conspiraron contra él y lo asesinaron. Al morir, su hijo Uzías se convirtió en el siguiente rey.

**118. Jonás habla con el rey de Efraín
y profetiza la destrucción de Nínive**
(basado en 2 Reyes 14.25; Jonás 1–4)

Jonás predica en Efraín

Mientras Jeroboam II reinó sobre Efraín, hubo un profeta llamado Jonás. Dios lo envió a decirle al rey que iba a ganar muchas guerras y a recuperar algunos de los terrenos que Efraín había perdido durante los años pasados; y así sucedió. Dios ayudó a Jeroboam II y Efraín volvió a ser un país muy próspero.

Jonás huye de Dios

En una ocasión, Dios le ordenó a Jonás ir a Nínive, la capital del país llamado Asiria, a decirle a la gente de aquel lugar que su ciudad sería destruida porque estaban haciendo muchas cosas malas. Como Jonás no quiso ir, se subió a un barco que iba en dirección contraria a donde estaba Nínive. Esperaba poder alejarse de Dios.

Sin embargo, Dios sabía lo que él había hecho y envió una tormenta. Entonces la gente del barco se asustó mucho y todos echaron suertes para encontrar al culpable, y la suerte cayó precisamente sobre Jonás. Los demás le preguntaron qué había hecho, y él les explicó que estaba tratando de huir de Dios. Luego les dijo que lo echaran al mar.

Al principio, ellos no quisieron hacerlo, pero la tormenta empeoró más y más hasta que se dieron cuenta de que ya no podrían hacer nada para salvarse. Al fin, se decidieron y tiraron a Jonás al mar. Inmediatamente la tormenta se calmó,

y todos los que iban en el barco se dieron cuenta de que Dios era de veras muy grande.

Jonás y el pez grande

Al caer Jonás al agua, Dios hizo que un pez muy grande se lo tragara. Jonás estuvo en la panza del pez durante tres días, día y noche. Mientras estaba allí, oró y le dio gracias a Dios por haber mandado al pez que lo salvó de morir ahogado. Entonces Dios le ordenó al pez que vomitara a Jonás en la playa, y el pez así lo hizo.

Jonás predica en Nínive

Allí, Dios le volvió a decir a Jonás que debía ir a Nínive. Esta vez Jonás obedeció; fue a Nínive y le dijo a los habitantes de aquella ciudad:

—Dentro de cuarenta días Nínive va a ser destruida.

Cuando la gente oyó esto, todos se pusieron muy tristes. Entonces el rey les dijo a todos que dejaran de hacer lo malo, y que debían ayunar y orar para que Dios no destruyera su ciudad. Cuando Dios vio que la gente se había puesto muy triste al reconocer el mal que habían hecho, decidió responder a sus oraciones y no destruir la ciudad.

Jonás se enoja con Dios

Jonás se amuinó mucho cuando vio que Dios había sido bondadoso con la gente de Nínive, pues él pensaba que sólo debía ser bondadoso con los israelitas. Así que le dijo a Dios:

—Ya sabía que esto iba a suceder, y ésa es la razón por la que huí en el barco. Sabía que eres bondadoso y que quieres perdonar a la gente. Yo esperaba que destruyeras a estos extranjeros como castigo por el mal que han hecho. Estoy tan amuinado que me quiero morir. Así que mejor mátame.

Dios le contestó:

—Hice bien en ser bondadoso con la gente de esta gran ciudad al haberlos perdonado.

119. El profeta Amós predica a la gente de Efraín *(basado en Amós 1–9)*

Amós predica contra Efraín

Durante la época en que Jeroboam II reinaba sobre Efraín, Dios le envió a la gente de Efraín un mensaje con el profeta Amós. Amós les dijo:

—Dios ha dicho: "¡Escuchen, israelitas! Yo traje a este lugar a sus antepasados desde Egipto. Fui yo quien los escogió de entre todas las naciones del mundo, pero como ustedes no obedecen mis leyes, los voy a castigar. Les estoy haciendo saber a mis profetas lo que voy a hacer, para que ustedes se den cuenta de que yo soy el que está causando todo. Voy a mandar a un enemigo que vendrá y los derrotará. Les he mandado hambre, sequías, epidemias y plagas; pero ni aun así quieren obedecer mis leyes.

'Por eso, es mejor que se vayan preparando para recibir el castigo que ahora les voy a enviar. Sus enemigos van a matar a muchos de ustedes, y mediante ellos voy a hacer que Efraín desaparezca."

'También Dios dice: "Si quieren tener prosperidad, es mejor que me adoren a mí y no a sus inútiles dioses falsos. Estoy en contra de ustedes porque son injustos, malos y no dicen la verdad. Han llegado hasta el punto de no querer castigar a la gente que hace el mal. Engañan y maltratan a los pobres para enriquecerse, pero yo sé lo que hacen y voy a hacer que no disfruten el dinero que le han quitado a la gente pobre.

'Les gusta que todo mundo se dé cuenta cuando me adoran y matan animales como ofrendas, pero yo aborrezco esas ofrendas porque no son sinceras. Si de veras quieren adorarme, deben ser buenos con los demás y tratar a todos con justicia. Ustedes siempre andan adorando a dioses falsos y por eso los voy a echar de esta región e irán a vivir a otra región lejana. Todos los que se hicieron ricos engañando a otros serán los primeros en ser echados. Los aborrezco porque son muy orgullosos, y por eso los voy a castigar.

'También voy a acabar con la familia de Jeroboam II. Todos los altares donde matan animales como ofrendas a los dioses falsos serán destruidos, y quedarán en ruinas y abandonados.'

Amós y el sacerdote del becerro de oro

Cuando el sacerdote del becerro de oro que estaba en Betel oyó lo que Amós decía, fue a decírselo al rey. Luego, le dijo a Amós que se fuera a ser profeta a Judá. Entonces Amós le respondió:

—Yo era pastor de borregos, pero Dios me ordenó predicar a la gente de Efraín. Me pides que ya no siga diciendo estas cosas, pero debes saber que tus hijos serán asesinados y tu esposa será obligada a ser prostituta, tus terrenos serán repartidos entre otra gente y tú mismo morirás en un país extranjero. A todos los israelitas Dios los echará de Efraín para que vivan en otros países como castigo.

Amós predica más contra Efraín

Más tarde, Dios le dijo a Amós:

—Voy a castigar a todos aquellos que venden semilla porque les cuesta mucho trabajo esperar que pasen los días de fiesta o los días de descanso para poder vender su semilla. Usan una balanza para dar menos semillas y otra cuando pesan la plata con la que la gente les paga, y así ganan más. (En aquellos días la gente no usaba monedas; en lugar de eso pesaban la plata para pagar la mercancía.)

Además, Dios le dijo:

—Un día los habitantes de Efraín tendrán hambre de oír mis palabras. Van a desear enterarse de lo que digo, pero no podrán. Eso será su castigo por andar adorando a dioses falsos. Entonces de veras van a sufrir y no podrán encontrar ningún lugar a donde poder escapar.

'Aunque voy a acabar con Efraín, no dejaré que todos mueran. La gente mala que no creyó en que yo mandaré desgracias, morirá; pero a algunos no permitiré que les pase nada, y así los descendientes de David serán reyes de

nuevo. En aquellos días traeré a toda la gente de Efraín de regreso a su territorio. Volverán a vivir en Israel y serán prósperos, y nunca más los volveré a echar de su tierra.

120. Uzías reina sobre Judá

(basado en 2 Reyes 15.1–7; 2 Crónicas 26)

Mientras Jeroboam II reinaba sobre Efraín, Uzías, hijo de Amazías, fue proclamado rey de Judá. Uzías reinó cincuenta y dos años y fue un buen rey. Durante su juventud obedeció a Dios, y Dios lo ayudó a ganar muchas guerras. Uzías construyó fortalezas en Jerusalén y en otros lugares para defender a Judá.

Sin embargo, cuando llegó a ser rico y poderoso, también se hizo orgulloso y cometió una tontería. Decidió entrar al templo de Dios y quemar incienso. Algunos de los sacerdotes trataron de impedirle que lo hiciera; le recordaron que sólo los sacerdotes, por ser descendientes de Aarón, podían quemar incienso.

Pero Uzías no les hizo caso y se enojó mucho con ellos. Entonces Dios lo castigó haciéndole que le diera, en ese mismo momento, una grave enfermedad de la piel. Uzías tuvo que salir corriendo del templo, y nunca más se le permitió volver a entrar por el resto de su vida. (Según las leyes de Dios, no se le permitía entrar al templo a alguien que tuviera alguna enfermedad grave de la piel.)

Además, Uzías tuvo que dejarle sus obligaciones como rey a su hijo Jotam, de modo que en realidad, Jotam tuvo que reinar aun antes de que su padre muriera. Cuando Uzías murió, Jotam se convirtió en el siguiente rey.

121. El profeta Oseas predica a la gente de Efraín y Judá

(basado en Oseas 1–14)

En la época en que Jeroboam II era rey de Efraín y Uzías era rey de Judá, Dios envió al profeta Oseas a predicar a la gente de Efraín y Judá. Oseas predicó muchos años, y siguió predicando aun durante el tiempo en que Ezequías era rey de Judá.

La mujer infiel de Oseas

Dios le ordenó a Oseas casarse con una mujer que se hubiera acostado con muchos otros hombres, para mostrarles a los israelitas que ellos eran como esa mujer porque no le eran fieles. Después de que Oseas se casó con una mujer de esa clase, ella quedó encinta y tuvo un hijo. Dios le dijo a Oseas que llamara al niño Jezreel, porque él iba a destruir a la familia de Jehú, el bisabuelo de Jeroboam II, por haber matado a mucha gente en la ciudad de Jezreel. Además, le dijo que iba a provocar la destrucción de Efraín.

Tiempo más tarde, la esposa de Oseas tuvo una niña y Dios le dijo que la llamara No-amada, porque él iba a dejar de amar a Efraín. Después, ella tuvo otro hijo y Dios le dijo a Oseas que lo llamara No-gente-mía, pues la gente de Efraín ya no iba a ser su gente escogida. Pero también le dijo:

—Un día habrá muchísimos israelitas y ellos serán llamados los hijos del Dios viviente. En aquellos días la gente de Judá y de Efraín se juntarán; serán nuevamente un solo país y serán muy poderosos.

Dios le dijo a Oseas que iba a castigar a la gente de Efraín porque en vez de adorarlo a él, adoraba a dioses falsos. Le dijo que ellos eran como una mujer que no toma en cuenta a su esposo, aunque él la trata bien; ella sale a buscar a otros hombres para acostarse con ellos, y ni siquiera se avergüenza de lo que hace.

Sin embargo, Dios le dijo que un día dejaría de castigar a la gente de Efraín y que haría que les fuera bien. En aquel entonces ellos adorarían sólo a Dios y no volverían a adorar a dioses falsos jamás.

Entonces Dios le ordenó a Oseas que trajera a su mujer de nuevo a su casa, aunque ella se había acostado con otro hombre, y que le demostrara su amor para que los de Efraín se dieran cuenta de que Dios los amaba, aunque ellos adoraban a otros dioses.

Entonces Oseas encerró a su esposa en su casa y no le permitió acostarse con ningún otro hombre, y él tampoco se acostó con ella. Hizo esto para mostrarle a la gente de Efraín que pasarían un largo tiempo sin rey y sin poder llevar ofrendas o tener lugares sagrados antes de que pudieran adorar de nuevo a Yahvé.

Oseas predica contra los israelitas

Además, Oseas les mencionó todas las cosas que habían hecho y que no le gustaban a Dios, diciéndoles:

—Dios los acusa de hacer muchas cosas malas. Dice que ustedes no cumplen sus promesas. Matan, y les roban a los demás sus cosas. Se acuestan con las esposas de otros. Por eso él va a convertir sus terrenos en desiertos.

'Algunos de ustedes dicen ser sacerdotes y otros dicen ser profetas, pero no toman en cuenta para nada las leyes de Dios ni se las enseñan a la gente. Todos adoran a dioses hechos de madera, y se acuestan con las prostitutas que trabajan en los altares de esos dioses. Por eso él va a castigarlos a todos.

'También la gente de Judá ha hecho las mismas maldades, y por eso será castigada. Para empeorar las cosas, cuando sus países han tenido problemas, han ido primero a pedirle ayuda al rey de Asiria en lugar de buscar a Dios. Eso es lo que Dios me ha dicho.

Oseas les pide que se arrepientan

Oseas les dijo también:

—Digámosle a Dios que nos hemos puesto tristes al reconocer todo lo malo que hemos hecho. Pidámosle que nos enseñe a ser obedientes y que nos ayude a ser fuertes y poderosos de nuevo.

Luego Oseas les dijo:

—Dios me ha dicho: "La gente de Efraín y de Judá siempre me deja de obedecer tan rápido como el rocío se seca en la mañana. Les he enviado profetas para llamarles la atención, pues quiero que me sean fieles y me conozcan más. Ellos creen que con ofrecerme muchos animales ya me van a tener contento; ¡pero eso no es cierto!

'Lo que quiero es que me sean fieles y me conozcan más. Me gustaría poder hacer que les fuera muy bien a la gente de Efraín, pero no puedo porque son muy malos.

'Piensan que yo no veo todo lo que hacen, pero sí lo veo y los voy a castigar. Aunque han visto que he quitado a rey tras rey, los nuevos reyes nunca han aprendido que deben adorarme. Siempre que tienen problemas van a pedirles ayuda a los países que adoran imágenes. Tal parece que sólo saben buscar ayuda de quien no deben. Como no piensan en lo que hacen, el desastre los va a atrapar tan fácilmente como la red atrapa a cualquier pajarillo.'

Oseas dice que los asirios van a destruir Efraín

Oseas les dijo también:

—También Dios dijo: "Aborrezco a los dos becerros de oro que la gente de Efraín adora. No es posible que sean dioses, pues la gente misma los ha hecho. Como la gente de Efraín no me ha querido tomar en cuenta y ha construido toda clase de altares para adorar a dioses falsos, voy a usar a otro país para castigarlos. Así que la gente de otros países los sacarán de estas ciudades y se los llevarán presos y matarán a sus hijos." —Eso fue lo que Oseas le dijo a la gente.

Más tarde, les volvió a decir:

—Dios ha dicho: "Entre más prosperan, más se esfuerzan en que queden bonitos los altares donde adoran a las imágenes de los dioses falsos, y por eso los voy a castigar. Dentro de poco, los de Asiria vendrán y se llevarán a su país el becerro de oro que ustedes adoran, y así el rey de Asiria podrá añadir ese oro a sus tesoros. Los asirios también se los llevarán a todos ustedes a su país. Los altares que hicieron quedarán destruidos y abandonados, y en ellos crecerán espinos.

'Si tan sólo hicieran lo que es correcto y bueno, yo los recompensaría haciendo que les fuera bien. Oren para que yo les muestre cómo soy, y hagan lo que me agrada; entonces enviaré lluvias sobre sus terrenos y haré otras cosas buenas por ustedes. Pero como han preferido confiar en su ejército antes que en mí, tendrán guerras y las van a perder.'

Dios hará prosperar a los israelitas otra vez

Luego Oseas les dijo:

—Dios ha dicho: "Cuando libré a sus antepasados de la esclavitud en que vivían en Egipto, hice que les fuera muy bien. Los traté como un padre cariñoso trata a su hijito, alimentándolo y enseñándole a caminar. Pero ustedes han sido conmigo como hijos rebeldes y malagradecidos; por eso voy a dejar que se los lleven a vivir a Egipto y Asiria. A pesar de todo, los amo, y no voy a destruirlos; y un día voy a traerlos de nuevo a su propio país.

'Por esa razón ustedes deben volverse a mí y ser fieles, honrados y justos. Ustedes acostumbraban adorarme cuando eran pobres esclavos en Egipto; pero tan pronto se hicieron ricos y poderosos, se llenaron de orgullo y se olvidaron de mí. Por eso voy a permitir que sus enemigos los castiguen, y Samaria, la capital de Efraín, quedará vacía. Sin embargo, un día los voy a rescatar y entonces nadie más morirá."

Oseas les dijo también:

—¿Por qué no oran y le dicen a Dios que reconocen que han sido desobedientes, pero que ya no volverán a adorar a imágenes? Dios ha dicho: "Un día voy a ayudar a la gente de Efraín y el país volverá a prosperar. En aquella época la gente nunca más volverá a adorar a imágenes."

'Si ustedes de veras son listos, deben poner atención a lo que les estoy diciendo, porque los caminos de Dios siempre son buenos y la gente buena anda por ellos. A la gente que obedece a Dios le va bien en todo; es como gente que camina por una vereda nivelada, derecha y pareja. La gente que hace lo malo es como gente que camina en una vereda muy mala; nunca les va bien en nada.

**122. El profeta Isaías comienza a predicar
a la gente de Judá**
(basado en Isaías 1–6)

Isaías predica contra la gente de Judá

Después de que Uzías ya había reinado sobre Judá durante muchos años, Dios envió al profeta Isaías a predicarle a la gente de Judá y de los países vecinos. Les dijo a los de Judá:

—Dios ha dicho: "Todos ustedes son gente mala que no me ha hecho caso. Los traté como un padre bondadoso y se han rebelado como hijos malagradecidos. Les he mandado toda clase de problemas y desastres, de tal manera que Jerusalén es la única ciudad que aún les queda; pero ni así quieren escucharme. Parece que no hay nada más que yo pueda hacer para que ustedes entren en razón.

'Aborrezco los animales que me ofrendan. No tienen ningún valor para mí sus ofrendas. No soporto los días de fiesta que hacen en mi honor. Ni siquiera los escucho cuando oran, y es porque ustedes siguen haciendo el mal.

'Dejen de hacer el mal y sean buenos; respeten a la justicia y sean amables con la gente pobre. A pesar de todo el mal que han hecho, si dejan de hacerlo y me obedecen, les va a ir muy bien; pero si no obedecen, tendrán muchos problemas. Los habitantes de Jerusalén acostumbraban serme fieles y trataban con justicia a la gente; pero ahora son unos asesinos y aceptan sobornos. Les voy a enviar problemas muy graves para que aprendan a serme fieles."

Isaías continuó:

—Llegará el día en que la gente de todas las naciones del mundo venga al templo para conocer más acerca de Dios; entonces, la gente ya no hará guerras nunca más. Pero antes de que esto suceda, la gente de Judá sufrirá su castigo por haber adorado imágenes. Habrá tanto sufrimiento, que la gente tirará sus imágenes al mismo tiempo que corre para esconderse.

'La gente de Jerusalén y toda la de Judá es tan mala como lo fue la gente de Sodoma. Los dirigentes son los peores de todos, porque tratan muy mal a la gente pobre y guían a todos a hacer el mal. Pero cuando Dios termine de castigar a la gente de Judá, les perdonará a los que aún vivan todas las maldades que hayan cometido, y Jerusalén será una ciudad apartada para él.

Después Isaías les dijo:

—Ustedes, gente de Judá, son como una viña que aunque su dueño cuida muy bien, no le da buenas uvas. Así que el dueño decide destruirla. Dios los ha tratado muy bien, pero ustedes no han sido buenos ni han tratado bien a los demás. Les han quitado sus terrenos para quedarse con ellos, y sus jueces aceptan sobornos y juzgan los problemas a favor del que les pagó el soborno. Por todo eso Dios hará que gente de un país lejano los ataque a ustedes.

Isaías tiene una visión de Dios

El año en que el rey Uzías murió, Isaías se encontraba en el templo, y allí tuvo una visión de Dios y de toda su grandeza. Vio que seres celestiales llamados serafines decían con voz fuerte que Dios es santo.

Entonces Isaías dijo que seguramente Dios lo iba a castigar porque había dicho y hecho mal como lo hacía la gente de Judá; pero Dios le ordenó a uno de los serafines que tomara un carbón encendido del altar y que con él tocara la boca de Isaías. Después de hacerlo, el serafín le dijo a Isaías que Dios le había perdonado lo malo que había hecho y dicho.

Luego Dios dijo:

—¿Quién irá y a quién enviaré a hablar en mi nombre?

Entonces Isaías dijo que él lo haría. Así que Dios le ordenó que le fuera a decir a la gente de Judá que no importaba cuánta atención le pusieran al mensaje de Dios para ellos, nunca lo iban a entender: pues ya habían hecho tanto mal que habían quedado como ciegos y sordos. Además, le dijo a Isaías que debería seguir diciéndoles el mensaje hasta que toda Judá estuviera destruida.

123. Los reinados de Jotam y Acaz sobre Judá *(basado en 2 Reyes 15.32–16.20; 2 Crónicas 27–28;*

Isaías 7.1–9.7)

El reinado de Jotam

Luego de la muerte de Uzías, rey de Judá, su hijo Jotam se convirtió en el siguiente rey, y fue un buen rey. Como obedeció las leyes de Dios, él lo hizo poderoso. Jotam derrotó a los amonitas y construyó más fortalezas en Judá e hizo más fuerte y resistente el muro que rodeaba Jerusalén, como lo había hecho su padre. Cuando Jotam murió, había reinado dieciséis años y su hijo Acaz fue proclamado como el siguiente rey.

El reinado de Acaz

Acaz fue un rey muy malo, que desobedeció por completo las leyes de Dios, haciendo las mismas cosas malas que los reyes de Efraín, y hasta llegó a matar a sus hijos quemándolos como ofrendas a un dios falso.

Dios, entonces, les permitió a los ejércitos de Siria y Efraín atacar a muchas de las ciudades de Judá y derrotarlas. Los de Efraín se llevaron presos a muchos de los de Judá; pero Dios envió al profeta Obed a decirles que dejaran a los de Judá regresar a sus casas porque los de Efraín y Judá eran parientes; y los de Efraín así lo hicieron. Mientras Acaz reinaba, también los edomitas se rebelaron contra Judá.

Siria y Efraín volvieron a atacar a Judá y sitiaron Jerusalén; pero Dios envió al profeta Isaías a decirle a Acaz que no tuviera miedo de Siria y Efraín.

Isaías le dijo:

—Dios ha dicho que, por ahora, no le pasará nada a Jerusalén, y que dentro de sesenta y cinco años Efraín ya ni siquiera será un país. Una señorita tendrá un hijo y lo llamará Emanuel, que significa: Dios está con nosotros. Antes de que el niño sepa diferenciar lo bueno de lo malo, Asiria destruirá a Siria y Efraín. Además, Dios ha prometido enviar un nuevo rey que será descendiente del rey David; este rey traerá paz a Judá, será muy bondadoso y justo, le irá bien y será poderoso.

Pero Acaz no creyó lo que Isaías le había dicho y, en lugar de confiar en Dios, fue a pedirle a Tiglat-pileser, rey de Asiria, que lo ayudara a pelear contra Siria y Efraín. Hasta le regaló, para convencerlo, todo el dinero y las cosas hermosas y caras que estaban guardadas en el templo. Tiglat-pileser atacó a Siria, derrotó a su ejército y mató al rey; pero los asirios en realidad no ayudaron a los de Judá, pues los trataron peor que Siria y Efraín.

Acaz adora a los dioses falsos

Después de esto, Acaz fue a Damasco, la capital de Siria, a encontrarse con el rey de Asiria. Mientras estaba allí, vio un altar que le gustó mucho, y le mandó a decir al sacerdote Urías cómo estaba hecho y le ordenó hacer uno igual. Así que Urías ordenó hacer un altar como ése, y Acaz les ordenó a los sacerdotes que lo utilizaran para quemar las ofrendas cada día, y que ya no usaran el altar que había mandado a hacer Salomón. Urías siempre estaba de acuerdo con todo lo que Acaz quería.

Tiempo después, Acaz cerró el templo y no dejó que se presentaran las ofrendas allí; construyó altares para las imágenes por todas partes en Jerusalén, y adoró allí a los dioses falsos. Cuando murió Acaz, había reinado dieciséis años, y su hijo Ezequías se convirtió en el siguiente rey.

124. Isaías le predica a la gente de Judá y Efraín

(basado en Isaías 9.8–12.6)

Dios le dijo al profeta Isaías lo que debía decir en contra de la gente de Efraín; así que Isaías decía:

—Los habitantes de Efraín son orgullosos, pero Dios los va a hacer sentirse muy avergonzados. Ha permitido que sus enemigos los derroten, pero ni aun así lo han adorado. Por eso, Dios les ha enviado más calamidades, pues han hecho leyes injustas que les permiten a algunas personas engañar a otras. Se han negado a escuchar las leyes de Dios.

'Así que Dios va a enviar al rey de Asiria a que los destruya en pago a toda la maldad que ellos han cometido. Él es un hombre muy cruel y malo, pero Dios

lo va a usar para castigar a Efraín y a Judá. Él va a destruir Samaria, la capital de Efraín, y también atacará a Judá.

'Sin embargo, cuando Dios termine de utilizarlo para castigar a todos los israelitas, Dios lo castigará también a él. Él pensará que está conquistando muchos países sólo porque es fuerte y sabio. ¡Eso es tan tonto como si una hacha quisiera mandar al leñador! Dios va a hacer que se enferme y le dé una fuerte calentura. Entonces la gente de Efraín que aún quede le será fiel a Dios nuevamente, pero sólo serán unos cuantos comparados con los millares que antes eran.

'Así que ustedes, gente de Judá, no deben tener miedo de los asirios, pues dentro de poco ya no los molestarán más.

'Un día Dios va a mandarles a un descendiente de David para que sea su rey. El Espíritu de Dios lo hará muy sabio y muy bueno, y él tratará a cada uno con justicia. El mundo entero será hermoso en aquel entonces y no habrá nada que cause daño o destrucción. Todo mundo sabrá acerca de Dios. Gente de todos los países vendrá a honrar a este rey, y Dios hará que todos los israelitas que fueran llevados lejos de su país regresen. Toda la gente de Efraín y Judá volverá a ser un solo país y todos le darán gracias a Dios.

125. El profeta Miqueas le predica a la gente de Judá y Efraín *(basado en Miqueas 1-7)*

Desde la época en que Jotam fue rey de Judá hasta la época en que Ezequías reinó sobre Judá, Dios hizo que el profeta Miqueas le predicara a la gente de Judá y Efraín. Miqueas decía:

—¡Escúchenme bien! Les conviene hacerlo porque Dios ha decidido castigarlos por sus pecados. Dios va a destruir Samaria, la capital de Efraín, porque han adorado a dioses falsos; de ella sólo quedará un montón de ruinas. Todas las imágenes que la gente de Samaria ha adorado serán destruidas o quemadas.

'Hasta los que viven en Jerusalén, la ciudad santa de Dios, han comenzado a copiar lo que hace la gente de Samaria, y ahora los de Jerusalén también adoran

imágenes. Dios va a dejar que un ejército de un país extranjero derrote a Efraín y se lleve presa a la gente. También va a enviar un ejército a Judá que, un día, destruirá la misma Jerusalén.

'Todo esto les sucederá porque han hecho mucho mal. Como se roban las casas de otros y sus terrenos, Dios les va a mandar desgracias. Ustedes, los dirigentes, debían saber lo que es bueno; pero no les gusta hacer lo bueno sino que gozan haciendo lo malo. Por eso, aunque oren, Dios no les va a contestar.

Miqueas también predicó contra los hombres que decían ser profetas que hablaban el mensaje de Dios, pero que en realidad no lo eran. Dijo que Dios no los ayudaría y que ellos no tendrían ningún mensaje para la gente.

Miqueas dice que el templo va a ser destruido

También dijo que Dios iba a destruir Jerusalén y aun su templo, porque los dirigentes no juzgaban con justicia los pleitos que se presentaban sino que aceptaban sobornos, y porque había hombres que decían ser profetas y que sólo adivinaban la suerte y cobraban por sus servicios. Les advirtió que no se podrían salvar con sólo decir que Dios estaba con ellos.

Miqueas también habló acerca de la época en que Dios ya hubiera terminado de castigarlos y les dijo que esa sería una época muy buena; les dijo así:

—Un día, el cerro en donde está el templo de Dios va a ser el cerro más importante del mundo. Gente de todas partes del mundo vendrá a ese lugar para aprender las leyes que el verdadero Dios quiere que obedezcan. En aquellos días ya no habrá más guerras y todos vivirán en paz. Dios hará regresar a su país a todos los israelitas que se encuentren regados en otros países.

'En estos días, los ejércitos de otros países están peleando contra ustedes y, algún día, ustedes serán obligados a vivir en el país de Caldea; pero después de eso, ustedes volverán a ser una nación importante. En el pequeño pueblo de Belén, en la región donde vive la tribu de Judá, nacerá un niño que reinará sobre todo Israel.

Lo que Dios desea

Después, Miqueas les dijo:

—Dios los acusa de no serle fieles. Quiere que se detengan un poco y piensen en cómo los sacó de Egipto e hizo que Canaán fuera de ustedes. Dios no desea que solamente maten animales como ofrendas para él, y seguramente no desea que maten a sus hijos como ofrendas. Lo que desea es que sean justos al juzgar los pleitos, que sean amables, y le sean fieles, sin ser orgullosos.

'Sin embargo, cuando ustedes venden algo, todos usan medidas que son demasiado pequeñas y pesas demasiado livianas. A ustedes, los ricos, no les importa perjudicar a los demás con tal de lograr lo que desean. Todos ustedes son unos mentirosos, y Dios los va a castigar. Han hecho lo mismo que hizo el perverso rey de Efraín, Acab, y por eso de veras van a sufrir. Dios va a dejar que sus enemigos los derroten en las guerras hasta que hayan recibido el castigo que se merecen por el mal que han hecho.

'Después, también castigará a sus enemigos. En aquellos días Judá se convertirá de nuevo en un país, y esta vez en uno muy grande, y la gente de otros países vendrá a vivir acá.

Luego Miqueas le dijo a Dios en oración:

—Cuida mucho a tu pueblo, del mismo modo que el pastor cuida a sus borregos. Permítenos vivir en paz aquí en nuestro propio país, y haz maravillas por nosotros, para que la gente de otros países aprenda a respetarte. Tú no eres como los dioses falsos. Tú perdonas lo malo que hemos hecho. Estoy seguro de que cumplirás la promesa que les hiciste a nuestros antepasados Abraham y Jacob y nos tratarás bien de nuevo.

DECIMOQUINTA PARTE

Castigo por la idolatría: los asirios destruyen Efraín

126. Los asirios destruyen Efraín

(basado en 2 Reyes 14.26–29; 15.8–31; 17)

Los últimos reyes de Efraín

Jeroboam II, rey de Efraín, fue muy poderoso. Dios lo ayudó a ganar las guerras contra muchos de sus enemigos, y el país prosperó mucho. Reinó sobre Efraín durante cuarenta y un años, y cuando murió, su hijo Zacarías se convirtió en el siguiente rey.

Zacarías fue un mal rey, igual que todos los otros reyes de Efraín. Después de seis meses de reinar, un hombre llamado Salum lo asesinó y tomó su lugar. De esta manera, Dios terminó de cumplir la promesa hecha a Jehú de que cuatro de sus descendientes serían reyes de Efraín.

Salum fue rey sólo durante un mes porque Manahem lo asesinó y tomó su lugar.

Manahem reinó diez años sobre Efraín, y fue un mal rey. El rey de Asiria atacó a Efraín y Manahem ofreció pagarle tributos. Cuando Manahem murió, su hijo Pekaía se convirtió en el siguiente rey.

Pekaía fue un mal rey. Luego de haber reinado por dos años, un soldado llamado Peka comenzó una rebelión, asesinó a Pekaía y se convirtió en el siguiente rey. Todos los reyes de Efraín, desde Zacarías hasta Peka, empezaron a reinar mientras Uzías era rey de Judá.

El rey Peka fue también un mal rey. Durante su reinado, Tiglat-pileser, rey de Asiria, atacó a Efraín, capturó algunas poblaciones y se llevó a los habitantes de éstas a vivir a Asiria. Cuando Peka ya había reinado veinte años, un hombre llamado Oseas incitó a una rebelión, asesinó a Peka y se convirtió en el siguiente rey. Cuando comenzó a reinar, Acaz era rey de Judá.

Los asirios destruyen Efraín

Oseas reinó durante nueve años y fue también un mal rey, aunque no tan malo como los otros. Durante su reinado, Salmanasar, rey de Asiria, atacó a Efraín, y Oseas tuvo que pagarle tributos. Sin embargo, como esperaba quedar libre de Asiria, le envió un mensaje al rey de Egipto pidiéndole que lo ayudara; luego dejó de pagar los tributos a Asiria.

Cuando Salmanasar se enteró, metió a Oseas a la cárcel y sitió Samaria, la capital de Efraín. Después de tres años, la conquistó, se llevó a toda la gente a Asiria y la estableció en poblaciones asirias. Así fue cómo el país de Efraín dejó de existir. Oseas fue el último rey de Efraín.

Dios permitió que le sucediera esto a los de Efraín porque ellos no habían obedecido sus leyes. Adoraban a dioses falsos y hacían altares en donde mataban animales como ofrendas a sus dioses. Hicieron todas las cosas por las cuales Dios había sacado a los cananeos de ese territorio para dárselo a los israelitas.

A pesar de que Dios les mandó profetas a suplicarles que dejaran de hacer el mal y lo obedecieran de nuevo, ellos se negaron a escucharlos. Hicieron dos becerros de oro para adorarlos, y hasta llegaron a matar a sus hijos quemándolos como ofrendas a un dios falso. Consultaron, también, a los adivinos. Todo esto era malo, y por eso Dios se enojó con ellos y los castigó. Sólo quedó Judá, aunque ellos tampoco habían obedecido por completo a Dios.

Los nuevos habitantes de Efraín

Entonces el rey de Asiria trajo gente de otros países a vivir en las ciudades de Efraín en lugar de la gente de Efraín. Esta gente adoraba imágenes que habían traído desde los países de donde venían; pero como también estuvieron dispuestos a adorar al Dios de Efraín, el rey de Asiria les mandó a un sacerdote, para que le enseñara cómo ofrendarle animales a Yahvé, el Dios verdadero.

Sin embargo, como estas gentes adoraban a Yahvé y también a los dioses falsos, no estaban obedeciendo verdaderamente a Dios.

127. Ezequías, un buen rey, reina sobre Judá

(basado en 2 Reyes 18–20; 2 Crónicas 29–32;

Isaías 36–39)

Ezequías reforma la religión de Judá

Ezequías, hijo del rey Acáz, reinó sobre Judá y fue un buen rey. Obedeció las leyes de Dios y destruyó muchos de los altares que la gente de Judá había hecho para ofrecerle animales a los dioses falsos. Durante el primer año de su reinado, comenzó a reformar la religión de su país, pues los reyes anteriores la habían echado a perder.

Compuso las puertas del templo; también, juntó a todos los sacerdotes y levitas y les dijo que debían hacer todo de la manera correcta, pues Dios había hecho sufrir mucho a Judá porque ellos no habían hecho las cosas como Dios mandaba.

Luego los levitas hicieron la ceremonia que indicaba que estaban puros delante de Dios, sacaron todas las cosas que no pertenecían al templo, y acomodaron todas las cosas de la forma como Dios quería que estuvieran. Tuvieron que hacer todo este trabajo porque Acáz las había cambiado por completo.

Cuando todo estuvo listo, Ezequías les ordenó a los sacerdotes matar animales como ofrendas completas y ofrendas por el pecado. Luego puso a trabajar a los levitas de la misma forma en que David lo había hecho. Así fue usado el templo otra vez tal como Dios había ordenado.

Ezequías celebra la Pascua

Entonces Ezequías invitó a todos los de Judá y de Efraín para que vinieran a celebrar la fiesta religiosa llamada Pascua. La celebración fue la más grande que se había hecho. Todos los habitantes de Judá vinieron, pero sólo vinieron unos cuantos de Efraín, pues la mayoría de los de Efraín se había burlado de la fiesta.

Durante la celebración, la gente que había venido a ella fue y destruyó todos los altares que había en Jerusalén para ofrecer animales, menos el que estaba en el patio del templo. También tiraron los altares donde se quemaba

incienso al arroyo, pues Dios les había dicho que únicamente debían adorarlo a él y sólo en su templo.

Algunos de los asistentes no estaban puros delante de Dios aún; pero Ezequías le pidió a Dios que los perdonara, pues ellos querían adorarlo, y Dios así lo hizo. Cuando terminó la fiesta, la gente fue a las ciudades de Judá y destruyó todos los altares que encontró allí e hizo lo mismo en algunos poblados de Efraín. Después cada uno se fue a su casa.

El rey Ezequías continuó presentando las ofrendas en el templo, del modo en que Dios había dicho que se hicieran, y organizó el trabajo de los levitas y de los sacerdotes. Como Dios estaba contento con lo que el rey había hecho, lo hizo prosperar.

Asiria ataca a Judá

Mientras Ezequías reinó sobre Judá, el rey Salmanasar de Asiria destruyó Samaria, la capital de Efraín, y se llevó a toda la gente que vivía allí.

Se murió el rey Salmanasar, y Senaquerib reinó sobre Asiria en su lugar. Diez años después de que Asiria atacó a Samaria, empezó a atacar también a Judá. Ezequías ofreció pagarle tributos al rey Senaquerib y le dio todo el dinero de su tesoro personal y el que había en las bodegas del templo, y hasta quitó de las puertas del templo el oro con que estaban cubiertas para así poder completar el pago del tributo.

Pero Senaquerib no quedó satisfecho con todo eso, y envió a Jerusalén algunos de sus funcionarios como mensajeros, los cuales le dieron a Ezequías este mensaje:

—Tú no tienes ninguna posibilidad de ganarme la guerra en caso de que te rebelas contra mí. Si pides ayuda a Egipto, no recibirás verdadera ayuda y tu dios no puede ayudarte tampoco, porque has destruido sus altares.

Luego los mensajeros, gritando, le dijeron a la gente de Jerusalén de parte de Senaquerib:

—¡No le crean al rey Ezequías! Él les pide que tengan confianza en su dios, pero su dios no podrá rescatarlos de mí. Nosotros, los asirios, hemos

conquistado muchos otros países y sus dioses no pudieron salvarlos. ¡No! Lo que deben hacer es rendirse ante mí y así podrán vivir en paz hasta que venga a llevármelos a vivir a otro país.

Dios rescata a Jerusalén de los asirios

Nadie les contestó porque Ezequías les había dicho que no lo hicieran. Entonces Ezequías se dirigió al templo de Dios y le envió mensajeros al profeta Isaías. Isaías le contestó que Senaquerib iba a oír rumores de que había problemas en su propio país, por los que regresaría a su casa y allá iba a morir. Poco después, se fueron los mensajeros de Senaquerib.

Tiempo después, Senaquerib volvió a enviar mensajeros a Jerusalén. Esta vez traían con ellos una carta y la carta decía lo mismo que los mensajeros habían dicho antes. Después de que Ezequías leyó la carta, fue al templo de Dios a orar y le pidió a Dios que rescatara a Judá del rey de Asiria para que todo mundo supiera que él es el Dios verdadero.

Isaías le mandó a decir nuevamente a Ezequías que Dios iba a contestar su oración; le aseguró que el ejército asirio ni siquiera atacaría a Jerusalén.

Esa noche, Dios envió a uno de sus ángeles a matar a casi todos los soldados del ejército asirio, y después Senaquerib regresó a Nínive, la capital de su país. Estando allá, dos de sus hijos lo asesinaron y otro de sus hijos, llamado Esarhadón, se convirtió en el rey de Asiria. De esta manera se cumplió el mensaje que Dios le había enviado a Ezequías por medio de Isaías.

La enfermedad de Ezequías

Poco tiempo después, Ezequías enfermó gravemente a causa de una infección. Entonces Dios envió a Isaías para decirle que ya iba a morir. Pero Ezequías oró a Dios y le pidió que se acordara que le había sido fiel durante toda su vida. Así que Dios le ordenó a Isaías que regresara y le dijera a Ezequías que había escuchado su oración y que le iba a permitir vivir quince años más. Ezequías se puso tan contento que escribió un cántico de gratitud a Dios.

Ezequías y los caldeos

Cuando Merodac-baladan, rey de Caldea, oyó que Ezequías había estado enfermo, le envió un regalo con mensajeros. Antes de que regresaran los mensajeros, Ezequías les enseñó todos sus tesoros.

Luego Isaías le dijo que un día el ejército caldeo se llevaría todos sus tesoros a Babilonia, la capital de Caldea, y que algunos de sus propios hijos serían servidores del rey de Caldea. Pero a Ezequías no le preocupó esto, porque pensaba que si había paz mientras él vivía, no importaba lo que sucediera después.

Ezequías murió, habiendo reinado veintinueve años, y su hijo Manasés se convirtió en el siguiente rey.

128. Los reinados de Manasés, Amón y Josías sobre Judá

*(basado en 2 Reyes 21.1–23.30; 2 Crónicas 33–35;
Jeremías 1–6)*

El reinado malo de Manasés

Manasés, el hijo del rey Ezequías, tenía doce años cuando comenzó a reinar sobre Judá, y fue un rey muy malo. Reconstruyó todos los altares de los dioses falsos que su padre había destruido y comenzó a adorar a todos los dioses falsos que habían adorado los antiguos habitantes de Canaán.

Llegó aun a construir altares a los dioses falsos en el mismo templo de Jerusalén, y quemó a su hijo como ofrenda a un dios falso. También consultó a adivinos, a brujos y a los que evocaban a los espíritus de los muertos. Como hizo que los de Judá hicieran todo esto, Dios estaba muy enojado con él.

A causa del mal que Manasés estaba haciendo, Dios envió profetas a predicarle a la gente de Judá. Esto era lo que decían:

—Lo que Manasés ha hecho es peor que lo que hacían los amorreos que vivían antes en esta región. Además, está haciendo que la gente de Judá adore a dioses falsos. Por eso Dios ha dicho: "Voy a causar desastres en todo el país, y

también sobre Jerusalén, mi ciudad santa. Voy a dejar que sus enemigos los derroten y destruyan Jerusalén. La gente de Judá siempre ha hecho lo malo y me ha hecho enojar, desde que salió de Egipto hace varios siglos; pero esta vez, Manasés ha sido peor que todos los demás. Por eso, ¡los voy a castigar muy fuerte!"

Manasés se castiga y reconoce su pecado

Como nadie les hizo caso a los profetas, Dios permitió que los oficiales del ejército asirio capturaran a Manasés y se lo llevaran a otra ciudad, en donde sufrió mucho. Estando allí, oró a Dios y le dijo que estaba triste porque reconocía todo el mal que había hecho; Dios escuchó su oración y le permitió regresar a Jerusalén y volver a ser rey. De esa manera, Manasés se dio cuenta que Yahvé es el Dios verdadero.

Al regresar a Jerusalén, destruyó los altares que había construido para los dioses falsos y quitó las imágenes del templo de Dios. Luego mató animales como ofrendas a Dios y trató de convencer a la gente de Judá de que sólo adorara al Dios verdadero. También reforzó el muro de Jerusalén y envió soldados a las demás ciudades de Judá que tenían muro para que se quedaran en ellas. Manasés murió habiendo reinado cincuenta y cinco años, y su hijo Amón se convirtió en el siguiente rey.

El reinado de Amón

Amón fue rey de Judá sólo por dos años y fue un rey malo. Adoró a todas las imágenes que su padre había adorado antes de que se lo llevaran preso. Como fue peor que su padre, algunos de sus funcionarios se rebelaron contra él y lo asesinaron. Pero la gente de Judá los mató también a ellos, y luego proclamaron rey a Josías, hijo de Amón.

El reinado de Josías

Josías era sólo un niño cuando comenzó a reinar, pero se esforzó por aprender las leyes de Dios y llegó a ser un buen rey. Destruyó todos los altares para los dioses falsos que había en Jerusalén, en todo Judá y hasta los de Efraín. También les dio muerte a todos los sacerdotes que habían ofrendado animales a

los dioses falsos. Luego quiso que el templo de Dios fuera reparado; así que le mandó a Hilcías, el jefe de los sacerdotes, a algunos de sus funcionarios con dinero para la reparación.

Josías encuentra el rollo de la ley

Mientras los trabajadores reparaban el templo, Hilcías encontró el rollo en que estaban escritas las leyes de Dios y se lo mandó al rey. Cuando Josías escuchó lo que el rollo decía, se angustió mucho y mandó a algunos de sus funcionarios a investigar lo que Dios haría con Judá. Josías se dio cuenta de que la gente de Judá y Efraín ya estaba sufriendo porque no había obedecido las leyes de Dios, las cuales estaban escritas en aquel rollo.

Entonces sus funcionarios fueron a consultar a una mujer llamada Hulda, que era profetisa, acerca de este asunto. Ella les contestó con el siguiente mensaje de Dios:

—Voy a hacer que este lugar sufra toda clase de desgracias porque la gente no ha obedecido mis leyes sino que han adorado a dioses falsos. Sin embargo, sólo porque Josías ha obedecido mis leyes, ha escuchado mis palabras y ha reconocido todas las cosas malas que ha hecho la gente de Judá, no dejaré que esto suceda mientras él viva.

Los funcionarios regresaron a decirle a Josías el mensaje que Dios le había dado a Hulda para él.

Entonces el rey reunió a toda la gente en el templo de Dios y les leyó todas las leyes de Dios en voz alta. Le prometió a Dios que iba a tratar de obedecer todas sus leyes poniendo todo su ser en ello; y toda la gente también lo prometió. Entonces Josías mandó a destruir todas las imágenes; y durante todo el tiempo que vivió, la gente ofrendó animales sólo a Dios.

A los dieciocho años de su reinado, Josías celebró la fiesta de la Pascua de una manera grandiosa.

A pesar de todo, Dios todavía estaba enojado con los de Judá por todo el mal que Manasés había hecho; así que decidió destruir Judá de la misma manera como había destruido Efraín.

El profeta Jeremías predica contra Judá

Durante la época en que Josías era rey, Dios envió al profeta Jeremías a predicarle a la gente de Judá. Jeremías decía:

—Dios dice que ustedes, habitantes de Judá, lo han desobedecido y han hecho mucho mal. Han adorado imágenes que ustedes mismos hicieron.

'Sus antepasados acostumbraban adorar a Dios cuando vivieron en el desierto después de que él los sacó de Egipto. En aquel entonces, Dios castigó a los que se le oponían al pueblo israelita; pero sin ninguna razón, después de que Dios les había dado esta buena región para vivir, dejaron de adorarlo.

'Aun los profetas y los sacerdotes dejaron de adorarlo; todos ustedes adoran a dioses inútiles. Son como aquel que no se interesa por un manantial de agua deliciosa sino que, en lugar de eso, hace de cualquier roca agrietada un estanque de agua, de modo que el agua se escurre y se desperdicia. Ustedes ya han sufrido algunos problemas por no haber tomado en cuenta a Dios. Pero eso sí, cuando vienen los problemas, quieren que él los rescate.

'Dios ya permitió que Efraín fuera destruido; pero los habitantes de Judá no han aprendido a adorar a Dios otra vez, a pesar de haber visto lo que le pasó a Efraín. Sin embargo, si la gente de Efraín admite hoy que ha hecho cosas malas y vuelve a adorar a Dios, él los perdonará y los traerá de regreso a Jerusalén.

'Y será mejor que ustedes, habitantes de Judá, comiencen a adorar nuevamente a Dios, porque si no, él va a mandar a un ejército del norte para destruir el país y para castigarlos. Tal parece que no hay nadie que haga lo bueno y que trate de saber qué es verdad y qué es mentira. En estas circunstancias, Dios no tiene por qué perdonar ni tener misericordia de Judá; más bien, dejará que aquel ejército se los lleve a vivir a otro país.

La muerte de Josías

Josías tenía treinta y un años de ser rey cuando Neco, el rey de Egipto, pasó con su ejército cerca de Judá porque iba a ayudar al rey de Asiria en una batalla; pero Josías salió a pelear contra él. Neco no quería pelear con él pero Josías insistió, y el rey de Egipto lo mató. Entonces la gente de Judá proclamó rey

a Joacaz, hijo de Josías. Además, Jeremías compuso un cántico a la memoria de Josías.

129. El profeta Nahúm le predica a la gente de Nínive
(basado en Nahúm 1–3)

En cierta ocasión, entre la época en que los asirios destruyeron Efraín y la época en que el rey Josías gobernó sobre Judá, Dios envió al profeta Nahúm a predicarle a los asirios en Nínive, su capital. Nahúm les decía:

—Yahvé es un Dios muy poderoso, y también es muy celoso de sus derechos. Cuando se enoja, nadie puede salvarse. Él cuida de la gente que confía en él, pero a sus enemigos los destruye. Y ahora, como ustedes hacen planes contra él, él los destruirá; pero va a proteger a los israelitas, porque ellos son su gente.

'Aunque permitió que ustedes maltrataran a los israelitas, para que ellos fueran castigados, él va a poner fin a toda esta situación. Dios va a enviar a un enemigo que los va a derrotar y se los va a llevar a otro país como esclavos. Los que se enteren de eso, se alegrarán, pues ustedes han sido muy crueles.

DECIMOSEXTA PARTE

Más castigo por la idolatría: los caldeos destruyen Judá

130. El profeta Sofonías le predica a la gente de Judá

(basado en Sofonías 1–3)

Mientras Josías reinaba sobre Judá, Dios envió al profeta Sofonías a predicarle a los habitantes de Judá. Sofonías decía:

—Dios ha dicho que va a destruir a todo aquel que adore imágenes. Él hará que la gente deje de adorarlas de una vez por todas. A ustedes, dirigentes de Judá, los va a castigar, junto con los comerciantes, borrachos y todos los que tratan mal a la gente. Dios está enojado con ustedes, dirigentes de Judá, y con ustedes, profetas y sacerdotes, porque todos hacen lo malo y se niegan a escuchar cualquier advertencia. Por eso Dios va a permitir que sus enemigos maten a muchos de ustedes y se lleven a vivir a otro país a los que queden vivos.

'Será mejor que comiencen a tratar de obedecer a Dios ahora mismo; así les irá un poquito mejor cuando destruya Judá.

'Sin embargo, después de que ustedes sean castigados, destruirá a algunos de los países que les causaron problemas, y traerá de regreso a Judá a los israelitas que aún vivan. Además, él les dará los terrenos de algunos de sus enemigos, pues ustedes son su gente. En aquellos días, la gente que quede vivirá sin problemas en Israel. Ellos no harán más cosas malas, confiarán en Dios y serán felices, porque Dios hará que les vaya bien nuevamente.'

131. El profeta Habacuc le predica a la gente de Judá

(basado en Habacuc 1–3)

Durante los últimos años en que Judá todavía fue país, Dios envió al profeta Habacuc a predicarle a la gente. Habacuc les decía:

—Oré a Dios y le pregunté por qué aún no había castigado a Judá por todas las cosas malas que ha hecho, pues todos ustedes no han obedecido sus leyes

ni han sido justos cuando dicen cómo resolver los problemas que la gente les trae; y a los malos les va mejor que a los buenos.

'Y Dios me dijo: "Mandaré a los caldeos para que castiguen a Judá. Ellos son muy fuertes y malos y destruirán el país de los de Judá."

'Entonces le pregunté a Dios cómo era posible que un Dios santo y bueno como él usara a los caldeos para castigar a Judá, ya que ellos son peores que la gente de Judá.

'Dios me contestó: "Eso no es todo lo que voy a hacer. Después castigaré a gente mala como los caldeos; y haré que gente de otros países los trate de la misma forma en que ellos trataron a los demás. En aquel tiempo, toda la gente mala no sabrá qué hacer, pero los que confían en mí vivirán, y ese día todos sabrán lo poderoso y grande que soy."

'Aquellos que fabrican imágenes y luego confían en que ellas los van a ayudar, son unos verdaderos tontos. Esperan ayuda de algo que ellos mismos hicieron, pero la ayuda nunca llega porque sus imágenes ni siquiera están vivas. En cambio, Yahvé, el Dios verdadero, es diferente. Él vive en su templo y todos en el mundo entero deben guardar silencio para mostrar reverencia cuando estén allí.

'Volví a orar a Dios y le dije que ahora ya sabía que él es muy poderoso y puede castigar a la gente, pero que también desea perdonar a los suyos. A pesar de que no nos vaya bien, yo voy a seguir alabando a Dios, pues él me fortalece y me rescata.

132. Los reinados de Joacaz y Joacim sobre Judá

*(basado en 2 Reyes 23.31–24.7; 2 Crónicas 36.1–8;
Jeremías 22.11–12; 25–26; 31; 36)*

Después de que mataron a Josías en una batalla, su hijo Joacaz se convirtió en el siguiente rey. Sólo reinó durante tres meses, porque el rey Neco de Egipto obligó a Judá a pagarle tributos, y se llevó a Joacaz a Egipto y en su lugar puso a Joacim, hermano de Joacaz. El profeta Jeremías dijo que Joacaz no regresaría jamás a Judá sino que moriría en Egipto, y así sucedió.

Joacim, el rey, no obedeció a Dios. Así que, en cuanto comenzó a reinar, Jeremías dijo que si la gente no dejaba de hacer lo malo, Dios iba a permitirle a un ejército extranjero destruir Jerusalén.

La gente, los sacerdotes y algunos falsos profetas quisieron matar a Jeremías cuando escucharon eso, pero entonces algunos de los ancianos de Judá les recordaron a todos ellos que el profeta Miqueas había afirmado lo mismo hacía más de cien años, y que nadie lo había matado por eso. De esa manera lograron que la gente dejara de intentar matar a Jeremías.

Jeremías predica contra Judá

Así cuando Joacim tenía ya tres años reinando, Jeremías comenzó a decirles a todos:

—Gente de Judá, durante veintitrés años les he venido hablando del mensaje de Dios, pero ustedes se han negado completamente a escucharlo. Dios dice que si ustedes dejan de hacer cosas malas, él les permitirá vivir para siempre en esta tierra que les dio a sus antepasados.

’Pero como ustedes han seguido adorando imágenes, Dios va a dejar que Nabucodonosor, el rey de Caldea, pelee contra ustedes y les gane. Como consecuencia, tendrán que vivir setenta años en un país extranjero. Dios también va a permitirle a Nabucodonosor derrotar a todos los países alrededor de Judá. Después de que hayan pasado los setenta años, Dios castigará a los caldeos y nadie vivirá en su región.

En otra ocasión Jeremías dijo:

—Dios dice que llegará el día en que haga un nuevo trato con ustedes; pero será diferente al que hizo con sus antepasados cuando los sacó de Egipto, porque ellos no cumplieron con su parte del trato. El nuevo trato que Dios hará con ustedes consistirá en que él va a poner sus leyes en sus corazones y ustedes serán su gente. Además, les perdonará todo lo malo que hayan hecho.

Un día Jeremías le dictó a un escribano llamado Baruc, todo lo que Dios le había dicho. Dios quería darle a la gente de Judá una oportunidad para que dejara de hacer lo malo y no tuvieran que ser castigados.

Sin embargo, cuando el rey Joacim oyó el mensaje, no se arrepintió de todo lo malo que había hecho sino que quemó el rollo que había escrito Baruc para demostrar que él no creía las palabras de Jeremías. Entonces Dios le ordenó a Jeremías que escribiera de nuevo sus palabras y que le dijera a Joacim que Dios lo iba a castigar no dejando que su cuerpo fuera enterrado cuando muriera.

Nabucodonosor ataca a Judá

Desde que Joacim comenzó a reinar sobre Judá, tuvo que pagarle tributos a Neco, rey de Egipto. Así que, para reunir el dinero del tributo, exigió que la gente le pagara impuestos muy elevados.

Luego Nabucodonosor, rey de Caldea, derrotó a Egipto y Joacim tuvo que pagarle tributos a Nabucodonosor. Pero como después de tres años ya no quiso pagar tributo, Dios permitió que los ejércitos de muchos países atacaran a Judá. Después vino el rey Nabucodonosor a atacar a Judá y capturó al rey Joacim. Se llevó a una parte de la gente de Judá a Babilonia; además, se llevó parte de las copas y tazones del templo de Dios y los puso en su palacio en Babilonia. Cuando Joacim murió, Joaquín, su hijo, se convirtió en el siguiente rey de Judá.

133. Los caldeos se llevan a Babilonia a una parte de los habitantes de Judá *(basado en Daniel 1–3)*

Daniel, Sadrac, Mesac y Abednego van a Babilonia

Entre la gente que Nabucodonosor, rey de Caldea, se llevó a Babilonia después de capturar al rey Joacim, se hallaban cuatro jóvenes de Judá llamados: Daniel, Sadrac, Mesac y Abednego. Ellos eran algunos de los jóvenes inteligentes que Nabucodonosor estaba preparando para ser funcionarios del reino de Caldea. Dios había ayudado a estos cuatro jóvenes para que fueran muy sabios y, además, a Daniel le había dado la habilidad de conocer el significado de los sueños. Nabucodonosor estaba muy satisfecho con ellos porque eran muy sabios, y los tenía entre sus consejeros favoritos.

El sueño del rey Nabucodonosor

En una ocasión, Nabucodonosor tuvo un sueño y le pidió a algunos de sus consejeros que le dijeran lo que había soñado y, además, el significado del sueño. Ellos le dijeron que no podrían interpretar el sueño hasta que él les dijera lo que había soñado. Entonces él se enojó y ordenó que mataran a todos los consejeros de Babilonia.

Así que cuando los soldados vinieron a capturar a Daniel y a sus tres amigos, Daniel le preguntó al capitán de los soldados cuál era la razón por la que el rey había dado esa orden, y él le explicó la causa. Entonces Daniel fue con el rey y le pidió que le diera un poco de tiempo, y el rey se lo concedió. Luego Daniel se fue a su casa y les dijo a sus amigos lo que sucedía. Todos oraron, y Dios le dijo a Daniel lo que el rey había soñado y el significado del sueño.

Daniel, entonces, fue con el capitán y le rogó que no matara a ninguno de los consejeros sino que primero lo llevara a él ante el rey. Daniel fue llevado ante el rey Nabucodonosor y allí comenzó a hablar acerca del sueño que el rey había tenido. Le dijo:

—Ningún hombre, por más sabio que fuera, podría hablarle de este sueño; sin embargo, el Dios verdadero le ha querido mostrar algo que va a suceder. En su sueño vio una estatua muy grande; su cabeza era de oro, su pecho y sus brazos eran de plata, su estómago era de bronce, sus piernas de hierro y sus pies en parte eran de barro y en parte de hierro.

'Entonces una piedra que parecía haberse cortado a sí misma de un cerro, cayó y le pegó en los pies a la estatua, la cual se deshizo completamente, y el viento se la llevó. Luego la piedra se convirtió en una montaña muy grande.

'Eso es lo que vio en su sueño, y éste es su significado: usted es la cabeza de oro, porque es muy poderoso, rey Nabucodonosor. Dentro de algún tiempo habrá otro país que será menos poderoso; ésa es la parte de plata. Tiempo después habrá otro país; ésa es la parte de bronce. Luego habrá una cuarta nación, que es la parte de hierro. Los pies de hierro y barro representan que esa nación se dividirá y una parte será fuerte y la otra parte será débil. En aquellos días, Dios creará una nueva nación que nunca será destruida.

Sadrac, Mesac y Abednego en el horno

Tiempo después, Nabucodonosor hizo una enorme estatua de oro y ordenó que todos se inclinaran y la adoraran al verla. Si alguno no obedecía, sería echado a un horno muy caliente. Sucedió que Sadrac, Mesac y Abednego no se inclinaron ni adoraron la estatua; y aunque Nabucodonosor les dio una segunda oportunidad, ellos se negaron a inclinarse y adorarla. Le dijeron:

—Si hay alguien que puede ayudarnos, ése es el Dios que adoramos. Pero aunque él no nos salve, nosotros no adoraremos esa estatua.

Al oír esto, Nabucodonosor se puso furioso y les ordenó a sus servidores que calentaran mucho más el horno, que amarraran a los tres hombres israelitas y los echaran al horno; el horno estaba tan caliente que los hombres que los echaron al horno murieron.

Entonces Nabucodonosor vio que había cuatro hombres caminando entre el fuego y que el cuarto parecía un dios. Así que se acercó a la puerta del horno y les gritó que salieran, y así lo hicieron. Los tres hombres no se habían quemado nada y ni siquiera olían a humo. Como consecuencia, Nabucodonosor escribió una ley en la que decía que cualquiera que dijera algo en contra del Dios de Sadrac, Mesac y Abednego sería castigado.

134. Joaquín reina sobre Judá

*(basado en 2 Reyes 24.8–17; 2 Crónicas 36.9–10;
Jeremías 22.24–30; 29.1–14)*

Joaquín, hijo del rey Joacim, reinó sobre Judá sólo por tres meses. Como no obedeció las leyes de Dios, éste le mandó a decir por medio del profeta Jeremías que sería llevado a otro país y que allá moriría.

Entonces Dios le permitió a Nabucodonosor sitiar Jerusalén. Joaquín se rindió, y Nabucodonosor se lo llevó a Babilonia, la capital de Caldea; allá lo metió en la cárcel. También se llevó a Babilonia a todos los funcionarios de Joaquín, junto con los buenos artesanos y los soldados de Judá. Sólo dejó a los más pobres en Judá. Además, puso como rey a Sedequías, hermano del padre de Joaquín.

Por esos días, Jeremías le envió una carta a toda la gente de Judá que Nabucodonosor se había llevado a Babilonia. Les decía que construyeran allá sus casas, sembraran, y se casaran; pues pasarían setenta años antes de que Dios les permitiera regresar a Judá.

135. El profeta Ezequiel le predica a la gente de Judá que vive en Babilonia

(basado en Ezequiel 1–24)

Dios envía a Ezequiel a predicar

Entre la gente que Nabucodonosor, rey de Caldea, se había llevado a Babilonia junto con el rey Joaquín, iba un hombre llamado Ezequiel. Ya estando en Babilonia, tuvo una visión de la grandeza de Dios y, en ella, Dios le dijo que quería que fuera a predicarle a la gente de Judá. Le dijo así:

—Te estoy enviando a predicarle a la gente de Judá; pero como son tan rebeldes, no te van a escuchar. De todos modos, es necesario que les adviertas que los voy a castigar y que van a sufrir por el mal que han hecho.

'Su sufrimiento será por su propia culpa, pero en parte también será culpa tuya si no les adviertes del castigo. Si tú les adviertes lo que les va a pasar, entonces la culpa será solamente suya. Si tú no le adviertes a algún hombre bueno que no haga cosas malas y él comienza a hacerlas, sufrirá el castigo; pero en parte será su propia culpa y en parte será culpa tuya por no advertirle. En cambio, si le adviertes, puede ser que te haga caso y, así, él no hará cosas malas y no sufrirá; y tú habrás hecho lo que yo quería que hicieras.

Ezequiel predica en Babilonia

Y éste es el mensaje de Dios que el profeta Ezequiel le dio a la gente de Judá:

—Dios va a permitir que el ejército caldeo destruya Jerusalén y mate a mucha gente. Algunos morirán de hambre y otros de enfermedad, mientras que otros serán regados por varios países. Dios los va a castigar de esa manera porque

han sido muy rebeldes con él; han adorado imágenes y hasta lo han hecho dentro del templo de Dios. Por eso él va a permitir que los caldeos se traigan a los que queden vivos a Babilonia.

'También Sedequías será traído a Babilonia, aunque trate de escapar, pero él no verá Babilonia. Sólo unos cuantos de los habitantes de Judá sobrevivirán para contar la historia, y sabrán que Yahvé es el Dios verdadero.

Otro mensaje de Ezequiel

También Dios les dijo por medio de Ezequiel:

—Yo era como un esposo para los israelitas. Estaban desnudos y sucios cuando los encontré y yo los cubrí con hermosos vestidos; pero ellos se llenaron de orgullo y se fueron a buscar otros dioses para adorarlos, tal como una mujer buscona sale a buscar hombres para acostarse con ellos. Por eso, voy a castigar a los israelitas.

'Pero solamente los que han hecho cosas malas serán castigados. No castigaré a un hombre por lo malo que haya hecho su padre o su hijo, sino sólo por lo que él mismo haya hecho. Si acostumbraba hacer lo malo pero deja de hacerlo y comienza a hacer lo bueno, yo le perdonaré lo malo que hizo. Preferiría mucho más que un hombre malo se hiciera bueno, que castigarlo. Pero si un hombre bueno deja de hacer lo bueno y comienza a hacer cosas malas, lo castigaré y no me acordaré de lo bueno que acostumbraba hacer.

'Desde que saqué a los israelitas de Egipto, ellos me han desobedecido. Judá y Efraín son como dos hermanas. Aunque se han acostado con otros hombres, las hice mis esposas, pero se fueron de inmediato a seguir acostándose con otros hombres. Judá, la más joven, vio lo que su hermana estaba haciendo y vio cómo permití que Asiria, su amante, la matara, pero ni aun así aprendió la lección; fue e hizo lo mismo. Por eso voy a dejar que su amante Caldea la mate.

Y Ezequiel terminó diciéndole a la gente:

—Muy pronto Nabucodonosor traerá otro grupo de gente de Judá para mostrarles que les estoy diciendo la verdad.

136. Nabucodonosor, rey de Caldea, destruye Jerusalén

(basado en 2 Reyes 24.18–25.21; 2 Crónicas 36.11–20a;

Jeremías 21; 24; 27.12–28.17; 32–35; 37–39;

Ezequiel 17.11–18)

Sedequías, tío del rey Joaquín, reinó once años sobre Judá y tampoco obedeció las leyes de Dios. El profeta Jeremías le dijo que debía obedecer a Nabucodonosor, rey de Caldea, porque Dios iba a hacer que no sufrieran todos los que habían sido llevados por los caldeos a Babilonia, pero que iba a castigar a los que trataran de quedarse en Judá o huyeran a Egipto. También le dijo a Sedequías que Dios le iba a permitir a Nabucodonosor capturarlo y llevárselo a Babilonia en donde moriría en paz. Pero Sedequías no quiso hacerle caso a Jeremías.

Además, había algunos falsos profetas que le dijeron a Sedequías que Dios jamás le permitiría a Nabucodonosor conquistar a Jerusalén. También le dijeron que iba a recuperar muy pronto las copas y los tazones que se habían llevado del templo.

No obstante, Jeremías siguió diciéndole que Nabucodonosor iba a llevarse a Babilonia todo lo que aún quedaba en el templo, hasta que Dios les permitiera regresar.

Como Sedequías les creyó a los falsos profetas en lugar de creerle a Jeremías, rompió su trato con Nabucodonosor y le pidió ayuda al rey de Egipto.

Por esa razón Dios le permitió a Nabucodonosor regresar y sitiarse nuevamente a Jerusalén. Así permaneció por un año y medio. Durante parte de este tiempo Sedequías tuvo a Jeremías en la cárcel, porque Jeremías seguía diciendo que los caldeos destruirían Jerusalén. Jeremías, a pesar de todo, no dejó de hablarles al rey y a la gente el verdadero mensaje de Dios.

Un día, el rey mandó llamar a Jeremías y le preguntó qué debía hacer; Jeremías le repitió que debía rendirse al rey Nabucodonosor, pero a Sedequías le daba miedo hacerlo.

Por fin llegó un día en que los habitantes de Jerusalén ya no podían seguir soportando el hambre, y Sedequías y algunos de sus funcionarios salieron a escondidas de la ciudad durante la noche, y trataron de huir. Pero los soldados caldeos los vieron y los atraparon. Mataron a los hijos de Sedequías y luego le

sacaron los ojos a él y se lo llevaron a Babilonia. Así la profecía de Jeremías y de Ezequiel, de que Sedequías sería capturado y llevado a Babilonia, se cumplió.

Más tarde, los soldados caldeos destruyeron el templo, el palacio del rey, todas las buenas casas y todo el muro que rodeaba la ciudad. Mataron a mucha gente y se llevaron a Babilonia a la mayor parte de los que habían quedado.

137. Un poema triste acerca de Jerusalén

(basado en Lamentaciones 1-5)

Jerusalén siempre estaba llena de gente, pero mírenla ahora; está vacía. Nuestros enemigos nos sacaron y nos llevaron a otro país donde ahora vivimos como esclavos. Todos nuestros enemigos nos maltrataron y ninguno nos ayudó o nos consoló; ¡nadie! Todo esto nos ha sucedido por el mal que hicimos.

Pero, Señor, ¡mira, por favor, la situación tan miserable en que nos encontramos!

No obstante, Yahvé tuvo razón al dejar que esto sucediera, porque nos rebelamos contra lo que nos mandó hacer.

Todos nuestros enemigos se alegran porque tú nos has dejado sufrir mucho. ¡Por favor, Señor, haz que venga pronto el día en que también ellos sufran por el mal que han hecho!

Dios ha dejado que toda clase de desgracias le sucedan a Judá, a tal grado que permitió que los enemigos de Judá destruyeran su templo; y hoy no hay en Judá ni una sola persona que recuerde el día de descanso o las fiestas religiosas que celebrábamos en su honor. Allá no hay sacerdotes ni rey y ya nadie recuerda las leyes de Dios.

Estamos muy tristes todos los israelitas; he llorado tanto por lo mucho que sufren mis paisanos que ya ni siquiera puedo ver. No sé cómo consolarlos; sus profetas falsos les hablaron de visiones que no eran ciertas y no los hicieron darse cuenta de que de veras habían hecho cosas malas, y por eso no dejaron de hacerlas y, por supuesto, no pudieron evitar las desgracias que les vinieron. Nuestros enemigos se ríen porque nuestra hermosa ciudad, Jerusalén, está en ruinas. Resulta que Dios sólo hizo lo que había planeado hacer. Cumplió su amenaza.

¡No te olvides de nosotros!, Señor. Esperaré con paciencia a que Dios nos ayude, porque estoy seguro de que él aún nos ama. Él es fiel y todavía tendrá compasión de nosotros. Dios no nos va a rechazar siempre. A pesar de que ahora nos está castigando tan duramente, después tendrá compasión de nosotros, porque nos ama mucho. Tengamos cuidado con lo que hacemos, y veamos si estamos tratando a la gente justamente; y si no lo estamos haciendo, volvamos a hacer lo que Dios quiere. Pero no debemos sólo fingir que oramos a Dios; debemos ser sinceros en lo que le decimos.

Señor, por favor no te olvides de lo que nos ha pasado. De veras estamos sufriendo. Señor, tú reinas en el mundo para siempre. Por favor, no nos olvides por completo. ¡Haz que te volvamos a adorar!

**138. Los profetas Abdías y Ezequiel predicán
contra los habitantes de Edom**
(basado en Ezequiel 25; Abdías 1)

Poco después de que Nabucodonosor destruyó Jerusalén, Dios le dio un mensaje al profeta Ezequiel contra los habitantes de Edom. Ezequiel decía:

—Dios ha dicho que está en contra de Edom y que un día permitirá que los israelitas destruyan su país. Hará eso porque la gente de Edom ayudó a los caldeos a matar a los habitantes de Judá. Por eso Dios dejará que maten a los edomitas y que ya nadie viva en sus terrenos.

Por aquella misma época, Dios también mandó al profeta Abdías a la gente de Edom. Abdías decía:

—Ustedes, gente de Edom, se pusieron muy contentos cuando se enteraron de que los caldeos habían destruido Jerusalén y matado a los habitantes de Judá. Ustedes fueron luego a agarrar lo que había quedado, y mataron a algunos que huían. Pero Dios pronto los va a tratar a ustedes de la misma manera en que trataron a los de Judá. Él hará que les vaya bien de nuevo a los israelitas, pero ustedes serán destruidos como castigo por ser tan orgullosos.

139. La gente que quedó en Judá se va a Egipto

*(basado en 2 Reyes 25.22–26;
Jeremías 40–44; Ezequiel 29–32)*

Nabucodonosor, rey de Caldea, nombró a Gedalías gobernador de la gente que se quedó en Judá. El profeta Jeremías también estaba en Judá, porque el capitán caldeo que lo tenía a su cargo le había permitido regresar. Gedalías le dijo a la gente que si obedecía a Nabucodonosor no tendría nada de qué temer; pero un hombre llamado Ismael lo asesinó y la gente tuvo miedo de los caldeos; así que decidieron mejor irse a Egipto para escaparse de ellos. Los dirigentes de los israelitas eran algunos de los jefes de grupos de hombres armados.

Estos dirigentes fueron a ver a Jeremías y le pidieron que le preguntara a Dios lo que debían hacer. Prometieron que harían lo que Dios les ordenara. Sin embargo, en el fondo no les interesaba saber lo que Dios quería que hicieran, pues ellos ya habían decidido irse a Egipto. Jeremías les dio este mensaje de parte de Dios:

—Deben quedarse en Judá y así haré que les vaya bien. No tengan miedo de Nabucodonosor, porque no lo dejaré hacerles daño. No vayan a Egipto pensando que allá les va a ir bien. Si van, no les irá bien, sino que algunos morirán de hambre y otros morirán en guerras.

Los dirigentes no quisieron hacerle caso a Jeremías y se fueron con toda la gente a Egipto, y Jeremías también fue con ellos. En Egipto, Dios le ordenó a Jeremías decirle a la gente de Judá que en poco tiempo Nabucodonosor vendría a conquistar Egipto y que toda la gente de Judá que estuviera allí iba a morir porque estaba adorando a dioses falsos.

Mientras tanto, en Babilonia, la capital de Caldea, el profeta Ezequiel le predicaba a la gente de Judá que Nabucodonosor se había llevado a esa ciudad. Le decía que Caldea pronto conquistaría Egipto. Además añadía:

—Dios ha dicho que hará que nadie viva en Egipto durante algún tiempo. Nabucodonosor va a matar a muchos de los que viven en Egipto, se va a llevar a Babilonia todo el dinero y las cosas hermosas que encuentre allí y, además, destruirá todas las ciudades de aquel país.

140. El profeta Ezequiel le predica de nuevo a la gente de Judá que vive en Babilonia

(basado en Ezequiel 33–34; 36–48)

Ezequiel predica contra la gente de Judá

Dios le ordenó a Ezequiel que le continuara predicando a la gente de Judá que vivía en Babilonia, la capital de Caldea, aun después de que el ejército caldeo había destruido Jerusalén. Poco después de la destrucción de Jerusalén, algunos de Judá llegaron a Babilonia y les contaron a los que estaban allí lo que había sucedido. Entonces Dios le dio un mensaje a Ezequiel para los de Judá. El mensaje decía:

—Ustedes, israelitas, hacen toda clase de cosas malas, y aun así piensan que Dios debería dejarlos vivir en Judá, sólo porque le prometió a Abraham esa región para sus descendientes. Pero Dios va a hacer que nadie viva en Judá, porque ustedes han hecho muchas cosas malas. Así sabrán que él es el Dios verdadero.

Dios también le hizo saber a Ezequiel que muchos de los que le preguntaban lo que Dios quería no tenían ninguna intención de hacer lo que les ordenaba.

Un mensaje para los dirigentes

Dios le dio a Ezequiel el siguiente mensaje para los dirigentes de la gente de Judá:

—Dios los aborrece a ustedes, dirigentes, porque no guían bien a la gente. Nada más están interesados en conseguir algo, no en ayudar a la gente. Son como malos pastores que matan a los borregos y se los comen, en lugar de cuidarlos. Por eso Dios ha dicho que no les dejará seguir siendo los dirigentes.

Él va a juntar a su gente que ha sido regada en distintos países y los va a llevar a vivir a Israel de nuevo. Él mismo los cuidará y guiará por buenos caminos. Hará que uno de los descendientes del rey David reine sobre ellos. En aquellos días, a todos les irá bien, porque Dios los ayudará.

Un mensaje para la gente

Ezequiel también le dio el siguiente mensaje a la gente de Judá que se encontraba viviendo en Babilonia:

—Dios dice que va a castigar a todos los países que les han hecho daño a ustedes. Además, él va a hacer que ustedes regresen a su propio país, y allí hará que les vaya bien.

Además, Dios le dijo a Ezequiel:

—Castigué a los israelitas porque ellos se pusieron a adorar imágenes y me hicieron enojar mucho. Merecían ser castigados, y aun cuando los mandé a vivir a otros países, allá también siguieron adorando imágenes.

'Pero no voy a dejar que se mueran todos, a pesar de ser tan necios. Voy a llevarlos de nuevo a Israel, no porque lo merezcan sino para conservar mi buen nombre. Cuando las otras naciones del mundo vean lo que hago, sabrán que soy el Dios verdadero. Entonces perdonaré a los israelitas de todo lo malo que han hecho. Les daré corazones nuevos y les enviaré mi Espíritu para que deseen obedecer mis leyes. Entonces a su país le irá muy bien de nuevo. Ahora ve y diles todo esto a los israelitas.

Y Ezequiel así lo hizo.

Las visiones de Ezequiel para el futuro

En otra ocasión, Ezequiel tuvo una visión de un valle lleno de huesos humanos secos. Dios le dijo que los huesos se convertirían en seres vivos otra vez, y le dijo lo que debía decir. En cuanto Ezequiel lo dijo, vio que los huesos se juntaban y formaban esqueletos que después se cubrían de carne y piel, pero que aún estaban muertos. Entonces Dios le dijo lo que debía decir, y en cuanto él lo dijo, los cuerpos se llenaron de vida y se levantaron.

Luego Dios le dijo que la visión era para enseñarle lo que Dios iba a hacer con los israelitas. Los huesos secos significaban la manera en que fueron regados en los otros países y la gente viva significaba la manera en que ellos iban a volver a vivir en su propio país y les iba a ir bien, y el Espíritu de Dios les iba a ayudar.

Dios también le dijo que iba a hacer que Efraín y Judá fuera nuevamente un solo país, Israel, y que un descendiente del rey David iba a reinar sobre ellos.

Además, Dios le dijo a Ezequiel que Israel ganaría las guerras contra todos sus enemigos. Le habló de un hombre llamado Gog, que dirigiría a un ejército del norte que atacaría a Israel; pero también le dijo que castigaría a Gog y que destruiría a todo su ejército allá en Israel.

Catorce años después de que el ejército caldeo había destruido Jerusalén, Dios le permitió a Ezequiel tener una visión de cómo iba a ser Israel algún día. Vio un nuevo templo en Jerusalén, y vio exactamente cómo estaba construido y cuáles eran sus medidas. También vio que los sacerdotes hacían su labor de la manera como lo indican las leyes de Dios. Además, vio que todas las tribus de los israelitas vivían en Israel teniendo un solo rey.

141. Nabucodonosor, rey de Caldea, se vuelve loco

(basado en 2 Reyes 25.27–30; Daniel 4)

En una ocasión Nabucodonosor, rey de los caldeos, soñó que un gran árbol era cortado. Entonces el profeta Daniel le explicó que lo que había soñado significaba que durante siete años estaría loco y comería hierba igual que los bueyes, hasta que aprendiera que es Dios el que les permite a los hombres ser reyes de los países.

Y así sucedió. Un día el rey Nabucodonosor caminaba por la azotea de su palacio, pensando en que era muy poderoso porque había sido capaz de construir Babilonia, la capital, y porque la había construido sólo para disfrutar de ella. Estaba pensando así cuando Dios lo castigó por ser tan orgulloso, haciendo que quedara loco por siete años. Después de los siete años, dejó de estar loco y continuó siendo el rey; pero para entonces ya sabía que Dios era muy poderoso y justo.

Cuando Nabucodonosor murió, su hijo Evil-merodac se convirtió en el siguiente rey. Él sacó de la cárcel a Joaquín, rey de Judá, y le permitió trabajar en Caldea como funcionario.

DECIMOSÉPTIMA PARTE

El castigo termina: la gente de Judá regresa a su tierra

142. Los medos y los persas derrotan a los caldeos y reinan sobre muchos países

(basado en Daniel 5; 7–8)

La visión que tuvo Daniel de los cuatro animales

Uno de los hijos de Nabucodonosor se llamó Belsasar. Cuando Belsasar llegó a ser rey, Dios le hizo tener dos visiones al profeta Daniel, de lo que sucedería tiempo después.

En la primera visión, vio cuatro animales salvajes que salían del mar. Entonces Daniel le preguntó a uno de los ángeles que estaba parado cerca de él, qué significaba eso, y el ángel le explicó que los cuatro animales representaban a cuatro naciones que gobernarían sobre las demás naciones. Le explicó que el cuarto animal representaba a una nación que sería más poderosa que las otras, y que los diez cuernos que tenía sobre su cabeza representaban a diez reyes que iban a reinar, cada uno sobre una parte del mundo.

También le explicó que el pequeño cuerno que Daniel vio que le había brotado al animal de en medio de sus otros diez cuernos, representaba a otro rey que se rebelaría contra Dios y que les haría daño a los que lo adoraran. Pero también le explicó que entonces, Dios lo castigaría y mandaría al hijo del hombre entre nubes a reinar sobre el mundo para siempre.

La visión del borrego y del chivo

Dos años más tarde, Dios le hizo tener otra visión a Daniel. Vio un borrego con dos cuernos, y uno de ellos era más largo que el otro; aquel borrego era muy fuerte, pero vino un chivo y lo derrotó. El chivo sólo tenía un cuerno muy grande en medio de la frente, pero se le rompió y en su lugar le salieron otros cuatro cuernos. De uno de esos cuernos salió otro cuerno más pequeño.

Éste representaba a un hombre que sería muy orgulloso y ambicioso; él destruiría el templo y ya no permitiría que se llevaran ofrendas a ese lugar. Pero Daniel escuchó a un ángel decir que el templo sería reconstruido.

Entonces Dios envió a un ángel llamado Gabriel a explicarle la visión a Daniel. Le dijo que el borrego representaba a los reyes de Media y Persia que reinarian tiempo después, y que el chivo representaba a los griegos, los cuales reinarian más tarde.

Le explicó que el primer cuerno del chivo representaba al primer rey griego y que los cuatro cuernos que crecieron en lugar de aquél representaban a otros cuatro reyes que iban a dividir los países sobre los que había reinado el primer rey, en cuatro partes. También le dijo que el pequeño cuerno representaba a un rey muy malo que les haría mucho daño a la gente de Dios.

La mano que escribe en la pared

Una noche, el rey Belsasar hizo una gran fiesta y les ordenó a sus sirvientes traer todas las copas y tazones que el rey Nabucodonosor había traído del templo de Jerusalén. Todo mundo se encontraba bebiendo vino en esos tazones y copas y hablando de lo maravilloso que eran sus dioses falsos cuando, de repente, apareció una mano que escribía en la pared del lugar donde se encontraban.

Cuando Belsasar la vio, sintió mucho miedo y mandó llamar de inmediato a todos los sabios de Babilonia para que le dijeran lo que la mano había escrito. Ninguno pudo hacerlo, pero entonces la reina se acordó de Daniel y le habló al rey acerca de él.

Lo mandaron a llamar, y cuando Daniel llegó, el rey le ofreció regalos muy caros y un lugar muy importante como funcionario si interpretaba la escritura. Pero Daniel le contestó:

—No me interesan los regalos; pero le voy a decir el significado de la escritura. Recordará que su padre era un rey muy poderoso cuando Dios lo hizo enloquecer, de manera que comió hierbas como los bueyes durante siete años, hasta que reconoció que Dios era más poderoso que él mismo.

'Aunque usted sabe muy bien eso, rey Belsasar, ha pensado que es más poderoso que Dios. Ha tomado vino usando los tazones y las copas del templo de Dios, y ha hablado de lo maravilloso que son sus dioses falsos.

'Porque no se ha dado cuenta de que Dios tiene bajo su control a todo el mundo, él envió la mano para que escribiera esas palabras, las cuales son: "Numerado, pesado, dividido". "Numerado" significa que los días de su reinado han sido numerados, y que en pocos días su país dejará de ser el más poderoso. "Pesado" significa que Dios lo ha pesado como un hombre pesa la semilla, y usted no ha sido lo que él hubiera querido. Por último, "dividido" significa que su país será dividido entre los medos y los persas.

Esa misma noche el rey Belsasar fue asesinado, y poco después el ejército de los medos y persas entró en Babilonia, la capital de Caldea, y Darío de Media fue el nuevo rey.

143. Dios salva al profeta Daniel de los leones

(basado en Daniel 6)

El rey Darío nombró funcionarios que le ayudaran a gobernar los países que dominaba. Daniel era uno de estos funcionarios y hacía tan bien su trabajo que Darío pensó en darle un lugar de más importancia.

Esto provocó celos en los otros funcionarios y comenzaron a buscar un pretexto para poder acusarlo con Darío de que había hecho algo malo. Buscaron y buscaron pero no pudieron encontrar nada, porque Daniel era un funcionario muy honrado y responsable. Entonces sus enemigos pensaron que quizás podían hallar algo de qué acusarlo en la religión de Daniel.

Así que fueron con el rey y lo convencieron de que aprobara una ley que dijera que nadie podría pedirle un favor a ningún dios o a ningún hombre, sino únicamente al rey, durante todo un mes; y que si alguien la desobedecía, sería echado a un foso donde había leones. Esta ley hizo que Darío se sintiera muy importante y no se dio cuenta de que todo lo habían planeado los enemigos de Daniel sólo para tener de qué acusarlo.

Daniel tenía la costumbre de orar a Dios tres veces al día y, aunque se enteró de la nueva ley, no dejó de hacerlo. Cuando sus enemigos lo vieron

orando, fueron a decírselo al rey. Al saber Darío que Daniel había violado su ley, se sintió muy mal. No quería castigar a Daniel, pero había aprobado la ley y tenía que cumplirla. Así que Darío tuvo que ordenarles a sus servidores que echaran a Daniel al foso donde estaban los leones. Y el rey le dijo a Daniel:

—¡Que tu Dios te salve!

Entonces los servidores echaron a Daniel al foso y pusieron una piedra muy grande sobre la entrada y la sellaron para que nadie pudiera rescatar a Daniel. Esa noche Darío no pudo dormir.

En cuanto llegó la mañana del día siguiente, Darío corrió al foso y llamó a Daniel. Le preguntó si su Dios había podido salvarlo de los leones, y Daniel le contestó:

—¡Sí, mi rey!, Dios mandó a un ángel para cerrar las bocas de los leones porque yo no había hecho nada malo.

Darío se puso muy contento al escucharlo y les ordenó a sus servidores que sacaran a Daniel del foso. Así lo hicieron, y todos vieron que Daniel no tenía ni un rasguño. Entonces Darío ordenó que echaran al foso a los enemigos de Daniel, y los leones los destrozaron aun antes de que llegaran al fondo del foso. Después, el rey Darío hizo una ley que le ordenaba a todo mundo respetar al Dios que Daniel adoraba.

144. Dios hace que Daniel tenga algunas visiones durante los reinados de Darío y de Ciro

(basado en Daniel 9–12)

La visión de Daniel durante el reinado de Darío

Un día, durante el primer año del reinado de Darío de Media, el profeta Daniel estaba leyendo los libros santos de los israelitas. Pensaba en que el profeta Jeremías había dicho que pasarían setenta años antes de que los israelitas reconstruyeran Jerusalén.

Ayunó y oró a Dios para que perdonara todo el mal que los israelitas habían hecho y los dejara vivir nuevamente en su propio país. Le dijo a Dios que él sabía perfectamente que todo lo que les había sucedido a los israelitas había sido predicho en la ley escrita por Moisés, y también que sabía que merecían todo lo que les había pasado porque lo habían desobedecido.

Entonces Dios envió a un ángel llamado Gabriel para explicarle a Daniel lo que sucedería tiempo después. Gabriel dijo:

—Habrán setenta grupos de siete años, es decir, 490 años, que pasarán antes del fin del mundo. Empezando a contar cuando un rey mande a los israelitas a reconstruir Jerusalen, pasarán cuarenta y nueve años más otros 434 años, y entonces el Mesías será quitado, y un ejército atacará a Jerusalén y destruirá el templo. Durante los últimos siete años habrá mucha rebelión contra Dios y muchos desastres.

La visión de Daniel durante el reinado de Ciro

Ciro de Persia fue el siguiente rey. Durante el tiempo de su reinado, Dios le hizo tener otra visión a Daniel. Como era muy difícil de entender, Daniel le pidió a Dios que lo ayudara a entenderla. Así que Dios le envió un ángel para explicársela. El ángel le dijo:

—Daniel, Dios te ama mucho. Pon mucha atención a lo que te voy a decir. Habrá otros cuatro reyes de Persia después del rey Ciro y el cuarto será el más rico y poderoso de todos; pero durante su reinado, un soldado griego lo derrotará y será el nuevo rey. Sin embargo, este nuevo rey morirá cuando apenas se haya asegurado de que ningún enemigo pueda quitarle su reinado. Y ya que no tendrá descendientes, los países sobre los que reinaba se dividirán en cuatro partes y cada parte tendrá su propio rey.

'El rey de Siria será enemigo del rey de Egipto. Primero, el rey de Egipto será más poderoso y luego el rey de Siria, y así primero uno y luego el otro.

'Cuando el rey de Siria sea el más poderoso, un hombre llegará a tener mucho poder matando y engañando y será hecho rey de Siria. Peleará contra el rey de Egipto, perderá una batalla y eso le va a dar mucho coraje. Entonces, de regreso a su país, se enojará con los israelitas. Mandará a un ejército para impedir

que la gente lleve sus ofrendas al templo y para hacer cosas que Dios ha prohibido que la gente haga ahí.

'Este rey será una persona muy mala. Algunos de los israelitas estarán de acuerdo con lo que este rey les pida que hagan; pero otros, que son fieles a Dios, pelearán contra él. Un día morirá y entonces vendrá un ángel llamado Miguel, que cuida a los israelitas. Habrá dificultades, pero Dios rescatará a los israelitas. Y llegará el día en que los difuntos vuelvan a la vida. Algunos vivirán con Dios para siempre y otros serán castigados para siempre.

**145. El profeta Isaías les escribe
a los israelitas que regresan a Judá**
(basado en Isaías 40–66)

En el libro que escribió el profeta Isaías, hay mensajes dirigidos a los que regresaban de Babilonia, la capital de Caldea, a Judá. Isaías les decía:

Buenas noticias para la gente de Judá

—Dios me ha mandado a consolar a su gente y a decirles que ya han sido castigados suficientemente por todo lo malo que hicieron. Alguien habla en el desierto y nos dice que debemos preparar el camino porque Dios ya viene. Así toda la gente del mundo verá lo maravilloso que él es. La vida de la gente es tan breve como la de una flor o una hierba, pero la palabra de Dios permanece para siempre.

'Los que anuncian las buenas noticias a la gente de Jerusalén, deben subir hasta la cima de los cerros y gritarles esas noticias. ¡Díganle a la gente de Judá que su Dios está aquí! Él viene para ser su rey y para darle a su gente lo que se merece. Él va a cuidar a su gente de la misma manera que un buen pastor cuida a sus borregos.

El poder de Dios

'Dios es muy poderoso y sabio. Es mucho más grande que todo el mundo. No es como las imágenes que hace la gente, de las que luego se preocupan si las

hicieron lo suficientemente resistentes o no. De un mismo tronco, usan la mitad como leña y la otra mitad para hacer una imagen. ¡Y ni aun así pueden ver lo tontos que son! Las imágenes ni siquiera pueden moverse, mucho menos ayudar a la gente que las adora.

'En cambio, Dios es más grande que el mundo y no hay nadie como él. Jamás debiéramos decir que Dios no ve lo que nos sucede, pues él nunca se cansa y, además, entiende todas las cosas. Si confiamos en él, él nos dará nuevas fuerzas cuando nos cansemos.

'Dios ha dicho: "Toda la gente del mundo debe adorarme porque yo controlo al mundo totalmente. Pero ustedes los israelitas son la gente que yo he escogido. Yo los traje de regreso de diferentes partes del mundo a su propio país. Yo los llamo mis siervos. No tengan miedo, porque estoy con ustedes y los ayudo. Le haré daño a cualquiera que trate de hacerles daño a ustedes. A pesar de que sean un grupo muy pequeño, yo los estoy ayudando."

El siervo de Dios

'Dios también ha dicho: "Les voy a enviar a un hombre que será mi siervo. Mi espíritu estará con él y él tratará a todos con justicia. No andará gritando ni será una persona violenta. Todos escucharán sus enseñanzas."

'Yahvé es el Dios verdadero y no va a permitir que la gente adore a dioses falsos y se quede sin castigo, pues en realidad no hay otro dios fuera de él. Además ha dicho: "¡Escuchen israelitas! Aunque se han rebelado contra mí, los perdonaré sólo por mi nombre. Les enviaré lluvia a sus terrenos y les mandaré mi Espíritu.

'Haré de Jerusalén una gran ciudad nuevamente y, para este propósito, usaré al rey Ciro a pesar de que él no sabe quién soy yo. Él los va a dejar libres y ustedes comenzarán a reconstruir mi templo, mientras él es el rey. Castigaré a la gente de Caldea por haber sido cruel con ustedes y, además, porque es muy orgullosa."

'En cuanto a ustedes, Dios dice: "Deben recordar que hace mucho tiempo predije su castigo, y ya los he castigado. Pero no lo hice con el propósito de destruirlos; lo hice para enseñarlos a obedecerme. Si desde un principio me hubieran obedecido, nunca les hubiera sucedido todo esto. Ahora, salgan de

Babilonia y regresen a Judá y yo los ayudaré. Pero aborrezco a los que hacen el mal y los voy a hacer sufrir."

El siervo de Dios va a sufrir

'Dios también ha dicho: "A mi siervo le irá muy bien y será muy famoso. Muchos países en todo el mundo quedarán asombrados ante él, ya que serán testigos de algo de lo que nunca antes habían oído. Él no será una persona atractiva. Su cuerpo será tan maltratado que ni parecerá una figura humana. Todos lo despreciarán y pensarán que no vale nada, y él sufrirá mucho."

'Sin embargo, él es quien sufrirá de la manera en que nosotros mereceríamos sufrir. Será herido a causa de las cosas malas que hemos hecho, y a causa de sus heridas Dios nos perdonará por lo que hemos hecho. Somos como borregos que se han apartado de su rebaño, pero Dios permitirá que él sufra por esto y no nosotros.

'De su boca no saldrá ni una queja sino que soportará todo voluntariamente y en silencio. Lo matarán a pesar de que él no haya hecho nada malo. Después se verá que todo lo que él decía y hacía estaba bien desde el principio; y por medio de él Dios perdonará el mal que otros han hecho.

Dios quiere estar con su gente

Isaías siguió diciendo:

—Dios ha dicho: "Todo aquel que necesite alguna cosa, debe venir a mí, y yo le daré lo que necesite. Ustedes trabajan duro y no consiguen nada; pero si me obedecen, entonces les irá muy bien. Estoy haciendo mi trato con ustedes que durará para siempre. Yo los amaré siempre y ustedes serán los que les enseñen acerca de mí a la gente de otros países."

'Él está cerca de nosotros ahora mismo y perdonará a todo aquel que deje de hacer cosas malas y se acerque a él. Dios no hace las cosas del modo en que pensamos que debería hacerlas; las hace mucho mejor. Lo que él dice que va a suceder, sucederá.

Lo que Dios quiere de su gente

'Dios ha dicho que todos nosotros debemos hacer sólo el bien. Debemos descansar el día de descanso. Él también tratará bien a los extranjeros si lo aman y lo obedecen. Ellos podrán venir y ofrecerle animales a Dios en su templo, pues será un templo en el que podrá venir a orar gente de todo el mundo.

'Dios ha dicho que aunque él es muy importante y muy santo, ayuda a los que no son orgullosos.

Luego Isaías dijo:

—Dios ha dicho: "Algunos israelitas fingen adorarme, pero tratan muy mal a sus trabajadores. Sería mejor que trataran bien a la gente y fueran generosos con los pobres, que andar fingiendo que de veras me adoran."

Isaías habla otra vez del siervo de Dios

'El siervo de Dios ha dicho: "El Espíritu de Dios me ayuda. Me envía a llevarles buenas noticias a los que no son orgullosos, a hacer que los tristes se sientan mejor, a decirles a los presos que pueden salir libres y a anunciar que ahora es la época en que Dios es bondadoso con todo el mundo. También me ha mandado a decir que llegará el día en que castigará a la gente mala. Me ha enviado a consolar a los que están tristes y darles alegría."

Isaías siguió diciendo:

—Además, Dios ha dicho que tratará muy bien a sus siervos, pero que hará morir a la gente mala que adora imágenes. Ha dicho que habrá una larga época en la que la gente vivirá en paz. En esta época los lobos y los borregos comerán juntos en paz y nadie le hará daño a los demás.

146. El rey Ciro permite que la gente de Judá regrese a Jerusalén

(basado en 2 Crónicas 36.20b–23; Esdras 1–2)

La gente de Judá que Nabucodonosor, rey de Caldea, se llevó a Babilonia vivió allí como esclava del rey durante setenta años. De esa manera Dios permitió que la tierra descansara, y así se repusieron los años que les había ordenado a los israelitas que dejaran descansar a la tierra pero que ellos no habían querido respetar. Todo esto sucedió tal como el profeta Jeremías había predicho que sucedería.

Al cumplirse los setenta años, los caldeos ya no dominaban el mundo sino que lo hacían los persas y los medos juntos, y Ciro de Persia era el rey. Durante el primer año de su reinado, Dios hizo que Ciro sintiera compasión por los israelitas y, como consecuencia, Ciro escribió una ley que decía:

"El Dios verdadero me ha permitido llegar a ser rey de todos los países del mundo y me ha ordenado construirle un templo en Jerusalén. Por eso, permito que todos los israelitas que viven en los países bajo mi reinado se vayan a Jerusalén y construyan el templo de Dios allí. También, les ordeno a los vecinos de los israelitas que les faciliten cualquier cosa que les pidan para la construcción del templo y para que maten animales allí como ofrendas a Dios."

Los hombres importantes de las tribus de Judá y Benjamín, junto con los sacerdotes y levitas, se ofrecieron como voluntarios para regresar a reconstruir el templo en Jerusalén. Los vecinos de los israelitas les dieron muchos regalos muy valiosos para ayudarlos a construir el templo.

Además, Ciro le devolvió a Zorobabel, el jefe de la tribu de Judá, las copas y los tazones que Nabucodonosor había tomado del templo. Así fue cómo más de cuarenta y dos mil israelitas regresaron a Judá. De los que regresaron, algunos se quedaron en Jerusalén y otros se establecieron en otras ciudades de Judá.

147. Los israelitas reconstruyen el templo de Jerusalén

(basado en Esdras 3–6; Hageo 1–2)

El séptimo mes del año en que los israelitas regresaron a Judá, se reunieron todos en Jerusalén para celebrar la fiesta religiosa llamada: fiesta de las

enramadas. Jesúa, el jefe de los sacerdotes, y Zorobabel, el jefe de la tribu de Judá, construyeron un altar en el patio del templo, en el lugar en donde había estado el gran altar, para así poderle ofrendar animales a Dios. Lo hicieron para poder celebrar la fiesta y hacer cada cosa tal como la ley de Moisés lo ordenaba.

La reconstrucción del templo comienza

Al segundo mes del siguiente año, Jesúa y Zorobabel organizaron a la gente para comenzar a reconstruir el templo. El día que se terminó de poner los cimientos, los sacerdotes tocaron sus trompetas y los levitas sus platillos, y entonaron cantos de alabanza a Yahvé. Toda la gente se puso muy contenta.

Los enemigos de los israelitas causan problemas

Algunos de los que ahora vivían en Jerusalén no eran israelitas, sino que eran gente que el rey de Asiria había llevado a vivir a Israel. Aunque esa gente era enemiga de los israelitas, ofreció a ayudar a construir el templo. En realidad, no querían ayudar sino que buscaban la manera de crearles problemas a los israelitas.

Así que Jesúa, Zorobabel y los otros dirigentes les dijeron que no necesitaban ayuda de extranjeros para construir el templo. Les dijeron claramente que nada más ellos lo iban a hacer, tal como el rey Ciro de Persia les había ordenado.

Como esto no les gustó a sus enemigos, comenzaron a buscar otras maneras para no dejarlos construir el templo. Entonces sobornaron a los funcionarios persas para que hablaran mal de los israelitas. También, le escribieron cartas al rey diciéndole que los israelitas se estaban rebelando contra él. De esta forma lograron que los israelitas dejaran de trabajar en el templo hasta que Darío II fue rey.

Hageo predica a la gente

Durante el reinado de Darío II, Dios envió al profeta Hageo a predicarles a los israelitas. Hageo les dijo a Zorobabel y a Jesúa:

—¡Israelitas! ustedes siguen diciendo que todavía no es hora de que reconstruyan el templo, aunque todos viven en casas hermosas. Por eso Dios no ha enviado la lluvia ni ha dejado que prosperen. Sus cosechas no son abundantes y jamás tienen lo suficiente para comer, beber o vestir. Así que vayan y consigan la madera necesaria para construir el templo.

Cuando Zorobabel y Jesúa escucharon esto, sintieron miedo, pero Hageo les dijo:

—No tengan miedo; Dios está con ustedes.

Así que Dios les dio nuevo ánimo a Zorobabel y a Jesúa para continuar la reconstrucción, y unas cuantas semanas después ya habían comenzado a trabajar de nuevo.

Un mes más tarde, Dios le dio otro mensaje a Hageo para animar a la gente. Hageo les dijo:

—Dios ha dicho: "Lo que han reconstruido hasta ahora puede parecer que no es mucho comparado con el primer templo. Pero no tengan miedo; yo viviré en este templo, y será un hermoso lugar, aun mejor que el primer templo."

Dos meses después, Dios volvió a darle a Hageo otro mensaje para los israelitas. Dios les hizo saber que ahora sí iba a hacer que les fuera bien porque habían vuelto a trabajar en la reconstrucción de su templo.

Los enemigos causan más problemas

Tan pronto empezaron los israelitas a reconstruir el templo, unos funcionarios persas que eran sus enemigos vinieron a preguntarles quién les había ordenado hacerlo. Ellos les respondieron que había sido el rey Ciro. Entonces los funcionarios enviaron una carta al rey Darío II, preguntándole si era cierto que Ciro les había ordenado a los israelitas reconstruir el templo.

Y mientras esperaban la respuesta, los israelitas continuaron trabajando, pues Dios los estaba ayudando. Cuando el rey recibió la carta, mandó a sus servidores a buscar la orden que Ciro había dado, y después de encontrarla, el rey les envió una respuesta a los enemigos de los israelitas.

El rey Darío II respalda la reconstrucción del templo

El rey Darío les ordenó a sus oficiales no sólo dejarlos continuar la construcción, sino que dijo que usaran el dinero que recolectaban de los impuestos para ayudar a los israelitas. De esa manera, los funcionarios tuvieron que ayudarlos, y el trabajo del templo fue terminado durante el sexto año del reinado de Darío.

El templo se dedica

Cuando los israelitas terminaron de reconstruir el templo, hicieron una ceremonia especial para dedicárselo a Dios. Mataron muchos animales como ofrendas a Dios y todo mundo estuvo muy contento. Entonces organizaron a los sacerdotes y a los levitas para que se ocuparan de cuidar el templo, tal como Moisés había ordenado que se hicieran.

Al siguiente año, celebraron la fiesta de la Pascua y todos se sintieron muy contentos porque Dios los había ayudado a reconstruir su templo.

148. El profeta Zacarías le predica a la gente que había regresado a Jerusalén

(basado en Zacarías 1–14)

Durante el mismo año en que el profeta Hageo les predicaba la palabra de Dios a los israelitas, el profeta Zacarías también lo hizo. Uno de sus mensajes decía:

—Dios ha dicho que si le volvemos a obedecer, él nos ayudará. No debemos tomar la misma actitud que tomaron nuestros antepasados. Ellos oyeron muchos profetas que les decían que dejaran de hacer el mal, pero se negaron a hacerles caso. Por eso Dios los castigó; dejó que les pasaran todas las desgracias que les había advertido desde antes, hasta que por fin se dieron cuenta de que se tenían bien merecidos todos los males que les vinieron.

Dios además hizo que Zacarías tuviera visiones de lo que iba a suceder tiempo después. Algunas de las visiones mostraban que Dios haría prosperar

nuevamente a Jerusalén. También, Zacarías habló de un rey que un día llegaría montado en un burro, como una persona cualquiera; pero que reinaría sobre todo el mundo. Zacarías dijo:

—Un día los israelitas mirarán a Dios, se darán cuenta de que lo hirieron y se pondrán muy tristes. Pero Dios perdonará todo el mal que hayan hecho y sacará todas las imágenes de Judá. Se parará en el cerro de los Olivos y éste se partirá en dos. Entonces Dios reinará sobre todo el mundo. Ya no existirá la noche, y Dios castigará a los enemigos de los israelitas.

DECIMOCTAVA PARTE

Al fin del Antiguo Testamento: los israelitas bajo el dominio de los persas

149. La reina Ester salva a los israelitas

(basado en Ester 1–10)

Ester llega a ser la reina de Persia

En una ocasión Asuero, rey de Persia, se enojó con su esposa, la reina Vasti, porque ella se negó a asistir a una gran fiesta que el rey hizo. Entonces los consejeros del rey le aconsejaron que escogiera otra mujer para que fuera la nueva reina en lugar de Vasti. Le dijeron que sólo así las mujeres de su nación seguirían respetando a sus esposos.

Como al rey le gustó el consejo, les ordenó a sus servidores que buscaran a muchas muchachas bonitas y las trajeran a su palacio para que él escogiera a la que sería la nueva reina.

En Susa, la capital de Persia, vivía un israelita llamado Mardoqueo. Él había criado a Ester, la hija de sus tíos, pues ellos habían muerto. Ella era una joven muy hermosa y, por esa razón, los servidores del rey Asuero la llevaron al palacio del rey junto con muchas otras muchachas.

Al criado que cuidaba a las muchachas le cayó bien Ester y la trató muy bien. Pero él no sabía que ella era israelita, pues Mardoqueo le había dicho a ella que no se lo dijera a nadie. Todos los días Mardoqueo iba a darse una vuelta por el palacio para ver cómo le iba a Ester. Al cabo de un año completo, le tocó a Ester su turno de pasar una noche con el rey.

Como al rey le gustó Ester más que cualquiera de las demás mujeres, la convirtió en la nueva reina. Pero tampoco el rey se enteró de que ella era israelita.

Mardoqueo descubre un plan para matar al rey

Un día Mardoqueo alcanzó a oír a dos de los oficiales de la guardia del rey que planeaban matar al rey. Así que le avisó a la reina Ester y ella le dijo al rey lo que Mardoqueo había descubierto.

Cuando el rey Asuero investigó sobre el asunto, se dio cuenta de que la reina había dicho la verdad. Entonces ordenó que colgaran a los dos oficiales y que escribieran este suceso en el libro que cuenta todo lo que había sucedido desde el principio de su reinado.

Amán planea destruir a los israelitas

Tiempo después, como el rey estaba muy contento con uno de sus funcionarios llamado Amán, le dio un puesto muy importante. Además, ordenó que todos los demás funcionarios se inclinaran ante Amán en señal de respeto.

Todos cumplieron la orden, menos Mardoqueo; así que cuando Amán se dio cuenta de que Mardoqueo se negaba a inclinarse ante él, se enojó mucho y buscó la manera de matar no sólo a Mardoqueo, sino también a todos los demás israelitas. Entonces hizo que alguien echara suertes para escoger el día más conveniente para matar a los israelitas.

Luego fue a ver al rey y le dijo que regados por los países sobre los cuales él reinaba, había un grupo de gente que no obedecía sus leyes, y era necesario matarlos. El rey le respondió a Amán que hiciera lo que mejor le pareciera, y que escribiera una orden para que esa gente muriera; además, le dio a Amán su propio anillo para sellarla.

Entonces, Amán ordenó que se escribiera una carta para cada país sobre los que reinaba Asuero. Les ordenaba matar a todos los israelitas el día que se había escogido echando suertes.

Mardoqueo informa a Ester sobre el plan de Amán

Cuando Mardoqueo se enteró de lo que pasaba, se puso muy triste, y todos los demás israelitas también. Más tarde, unos criados le dijeron a la reina Ester que Mardoqueo se había puesto ropas ásperas y lloraba a gritos porque estaba muy

triste. Entonces ella envió a un criado a preguntarle a Mardoqueo cuál era el problema.

El criado fue y le preguntó, y Mardoqueo le contó acerca de la orden de matar a los israelitas; además, le mandó una copia de la orden a la reina y le encargó pedirle al rey que salvara a los israelitas.

El criado regresó y le contó a la reina lo que Mardoqueo le había dicho, y ella volvió a enviar al criado a recordarle a Mardoqueo que nadie tenía permiso de entrar a donde estaba el rey a menos que él lo llamara; si alguien lo hacía, lo matarían y sólo podría salvarse si el rey extendía su cetro de oro para indicar que quería viva a la persona, y ella no había sido llamada por el rey desde hacía casi un mes.

El criado fue y le dijo todo eso a Mardoqueo; pero él le respondió que no importaba que ella fuera la reina, pues también moriría el día en que mataran a todos los israelitas. Además, añadió que si ella no quería que su vida corriera peligro, alguien más salvaría a los israelitas y, de todos modos, ella moriría. Le envió a decir también que quizás ella había llegado a ser reina sólo para que pudiera ayudar en esta ocasión a su gente.

El criado regresó y le dijo a Ester todo lo que Mardoqueo le había dicho. Así que ella le envió la siguiente contestación a Mardoqueo:

—Está bien. Haré lo que dices aunque mi vida corra peligro. Pero antes de intentarlo, quiero que reúnas a todos los israelitas que vivan aquí en Susa para que ayunen tres días y oren por mí.

Entonces el criado fue con Mardoqueo y le comunicó el mensaje, y él hizo lo que Ester le había pedido.

Ester entra en la presencia del rey

Después de que terminaron de ayunar, la reina Ester ordenó que prepararan una gran comida para el rey Asuero y para Amán. Luego se puso su traje de reina, y fue a pararse frente a la puerta del cuarto en donde estaba el rey. Cuando él la vio, extendió su cetro de oro y la reina entró al salón. Entonces el rey le preguntó:

—¿Qué deseas, reina Ester?

Ella le dijo que deseaba invitar al rey y a Amán a una comida ese día. Así que el rey mandó traer a Amán y los dos fueron a la comida. Durante la comida la reina los invitó a otra comida para el día siguiente y le prometió al rey que entonces le diría lo que realmente quería.

Amán planea ahorcar a Mardoqueo

Ese día, cuando Amán iba de regreso a su casa, se encontró con Mardoqueo, quien, como de costumbre, no se inclinó ante él. Amán se enojó mucho; pero no hizo nada y siguió hacia su casa.

Al llegar, comenzó a presumir ante su esposa y sus amigos de todo el dinero que tenía, de los muchos hijos que tenía y del importante puesto que le habían dado. También se presumió de que la reina Ester los hubiera invitado solamente al rey y a él a una comida ese día y también a otra para el día siguiente. Pero dijo que todo esto no significaba nada mientras Mardoqueo, el israelita, trabajara para el rey.

Entonces su esposa y sus amigos le sugirieron que hiciera una horca muy alta y al otro día en la mañana le sugiriera al rey que hiciera ahorcar a Mardoqueo allí. A Amán le gustó la idea y ordenó construir la horca.

El rey honra a Mardoqueo

Esa noche el rey no podía dormir, por lo que ordenó a uno de sus servidores que le trajera el libro en el que se anotaba todo lo que había sucedido desde que él era rey, y se lo leyera. El servidor leyó la parte que hablaba de cómo Mardoqueo había prevenido al rey de dos de sus oficiales que planeaban matarlo.

Entonces el rey preguntó si se había hecho algo para recompensar a Mardoqueo por su acción, y sus servidores le dijeron que no.

En ese momento Amán entró al palacio para pedirle al rey que mandara colgar a Mardoqueo en la horca que había hecho; pero antes de que pudiera decir una sola palabra, el rey lo vio y le preguntó:

—¿Cuál sería una buena forma de recompensar a alguien por quien quiero hacer algo muy especial?

Como Amán pensó que seguramente era él por quien el rey quería hacer algo muy especial, dijo:

—Creo que debe usted dejar que ese hombre use su mejor ropa y su corona, monte uno de sus caballos y que uno de sus funcionarios más honorables lo conduzca a través del centro de Susa gritando: "Así es cómo el rey trata al hombre por el que quiere hacer algo muy especial".

Entonces el rey dijo:

—¡Es una buena idea! Date prisa, prepara todas las cosas y hazle a Mardoqueo, el israelita, todo lo que dijiste.

Esa misma mañana, Amán tuvo que hacerle a su enemigo todo lo que le había aconsejado al rey. Vistió a Mardoqueo con las mejores ropas del rey, puso la corona en su cabeza, lo montó en uno de los caballos del rey y lo condujo por el centro de la ciudad gritando: "Así es cómo el rey trata al hombre por el que quiere hacer algo muy especial".

La derrota de Amán

Al terminar, Amán se fue a su casa muy triste, y le contó a su esposa y a sus amigos lo que le había pasado. Ni siquiera había tenido oportunidad de pedirle al rey que mandara ahorcar a Mardoqueo en la horca que había construido. Entonces su esposa y sus amigos le dijeron:

—Si ese Mardoqueo es un israelita, ten por seguro que no podrás derrotarlo. ¡Él será quien te derrote!

En ese momento, los servidores del rey Asuero llegaron por Amán para llevárselo a la segunda comida que la reina Ester había preparado. Mientras bebían el vino, el rey le preguntó a la reina qué es lo que deseaba. Ella le contestó:

—Te ruego que perdones mi vida y la de mi gente, pues nos van a matar a todos. Si sólo nos fueran a vender como esclavos, no te habría molestado; pero la situación es más grave que eso.

Entonces el rey le preguntó quién se atrevería a hacer tal cosa, y la reina le contestó:

—Aquí está; ¡nuestro enemigo es Amán!

Al oír la acusación, Amán se quedó paralizado de miedo y el rey, lleno de coraje, salió a grandes pasos al jardín. Entonces Amán le comenzó a rogar a la reina que le perdonara la vida, y se tiró sobre el diván en el que la reina estaba recostada. En eso, el rey regresó y encontró a Amán recostado junto a la reina y lo acusó de estar tratando de violarla.

Como uno de los servidores le contó al rey acerca de la horca que Amán había construido para colgar a Mardoqueo, éste les ordenó a sus servidores que colgaran a Amán en esa horca. Luego que se le pasó el coraje al rey, la reina le dijo que Mardoqueo era su primo y el rey le dio el importante puesto que Amán había ocupado.

Los israelitas se defienden

Sin embargo, todavía existía la orden de matar a los israelitas. Así que la reina Ester fue nuevamente a donde estaba el rey y él extendió su cetro de oro hacia ella otra vez. Ella, entonces, le pidió que hiciera que no se cumpliera la orden que Amán le había hecho aprobar, pues de otra manera matarían a los israelitas; pero él le explicó que la orden había sido sellada con su anillo y ya no podía detenerse.

Sin embargo, le dijo que junto con Mardoqueo ella podía escribir otra orden, y así lo hicieron.

La nueva orden permitía que los israelitas se defendieran y mataran a cualquiera que los atacara el día señalado. Esta orden fue traducida a todos los idiomas que hablaba la gente de los países sobre los que Asuero reinaba y se enviaron copias a todos esos países.

El día que se había escogido por medio de suertes, los israelitas mataron a muchos de sus enemigos y entre ellos, a los diez hijos de Amán. Los israelitas que vivían en Susa todavía al día siguiente mataron a más enemigos e hicieron una gran fiesta un día después de la pelea.

Además, Mardoqueo les envió cartas diciéndoles que cada año celebraran ese día con una fiesta, para que así recordaran cómo se habían salvado de sus enemigos. De esa manera, la gente que vivía en las ciudades comenzó a celebrar esta fiesta el día quince del doceavo mes, mientras que la gente del campo y de los pueblos, lo hizo el día catorce. A esta fiesta se le llama Purim.

Mardoqueo llegó a ser un funcionario muy importante en Persia, y sólo el rey fue más importante que él. Mardoqueo, al contrario de Amán, trató de ayudar a los israelitas y todos ellos lo respetaron mucho.

150. El sacerdote Esdras regresa a Jerusalén

(basado en Esdras 7–10)

Más de cuarenta años después de que los israelitas habían reconstruido el templo, un sacerdote llamado Esdras regresó de Babilonia, la capital de Caldea, a Jerusalén. Esdras era un hombre que estudiaba las leyes de Dios, las obedecía y las enseñaba a los demás. El rey de Persia también les había permitido regresar a todos los israelitas que habían querido ir con Esdras.

Por esa razón, un gran número de israelitas, incluyendo a algunos sacerdotes y levitas, regresaron con él. El rey de Persia le dio dinero para que pudiera comprar animales y ofrecérselos a Dios, y ofreció pagar cualquier cosa que necesitaran.

Como si todo eso fuera poco, les mandó una carta a los funcionarios persas en Judá en que les prohibía cobrarle a los sacerdotes o a los levitas algún impuesto. Además, les decía que debían darle a Esdras el dinero y los alimentos que se necesitaran en el templo.

Antes de que los israelitas salieran de Babilonia rumbo a Judá, ayunaron y oraron a Dios pidiéndole que los cuidara durante el viaje. Hicieron esto porque a Esdras le daba vergüenza pedirle soldados al rey para que los protegieran, pues un poco antes le había dicho que Dios ayuda a la gente que lo adora. Dios contestó

su oración y les fue bien en su viaje; así, todos los tazones caros y el dinero para el templo llegaron sin novedad a Jerusalén.

Cuando Esdras llegó a Jerusalén, se encontró con que muchos de los israelitas, y hasta algunos de los sacerdotes y levitas que ya estaban allí, se habían casado con mujeres de otros países, que adoraban imágenes. Esdras se puso muy triste y oró a Dios:

—Señor, nuestros antepasados no te obedecieron, y para castigarlos tú dejaste que sus enemigos los mataran o se los llevaran a países lejanos. Y ahora que tú nos permitiste regresar a Jerusalén y reconstruir tu templo, y que has hecho que los reyes de Persia sean bondadosos con nosotros, estamos haciendo las mismas cosas malas otra vez.

Mientras Esdras oraba, la gente se reunió a su alrededor y dijeron que mandarían a todas aquellas mujeres extranjeras junto con sus hijos, a casa de sus familiares. Y así lo hicieron; enviaron a todas aquellas mujeres con las que se habían casado y no eran israelitas, de regreso a sus países. También enviaron a los hijos que habían tenido con ellas porque la ley de Dios decía que los israelitas no debían casarse con mujeres de otros países.

**151. Nehemías anima a los israelitas a reconstruir
el muro que rodeaba Jerusalén**
(basado en Nehemías 1–7)

Nehemías quiere ir a Jerusalén

Nehemías era un israelita, sirviente del rey Artajerjes de Persia. Vivía en Susa, la capital de Persia. Un día, su hermano Hanani y otros habitantes de Jerusalén regresaron de Judá a Persia. Nehemías les preguntó cómo les iba a los israelitas en Jerusalén. Ellos le contaron todos los problemas que les causaban sus enemigos; pues el muro que rodeaba Jerusalén todavía estaba en ruinas, tal como había quedado después de que el ejército de Nabucodonosor, rey de Caldea, lo había derrumbado.

Al escuchar esto, Nehemías se puso muy triste y oró a Dios:

—Señor, tú eres muy grande. Siempre cumples los tratos que haces con la gente que te ama y obedece tus leyes. Nosotros, los israelitas, hemos desobedecido tus leyes y por eso permitiste que nuestros enemigos nos llevaran lejos de nuestro país. Pero tú has dicho que si te volvemos a obedecer, nos dejaras regresar a nuestro país. Así pues, contesta mi oración y haz que el rey sea bondadoso conmigo cuando le vaya a pedir que me deje regresar a Judá.

Algunos meses más tarde, un día que Nehemías le llevó al rey su copa de vino, el rey se dio cuenta que Nehemías estaba triste y le preguntó cuál era la causa. Nehemías sintió miedo pero, armándose de valor, le dijo al rey cuál era la razón:

—No puedo estar contento sabiendo que Jerusalén todavía se encuentra en ruinas. Si está usted satisfecho de mi trabajo, le ruego que me mande a Judá para reconstruir Jerusalén.

El rey decidió dejarlo ir y lo nombró gobernador de Judá. Además, le dio cartas para que se las llevara a los otros funcionarios persas de países cercanos a Judá, en las que les decía que debían ayudar a Nehemías. Así fue cómo Dios le contestó su oración.

Nehemías empieza la reconstrucción del muro

Nehemías salió hacia Jerusalén unos trece años después de que Esdras había salido. Tres días después de haber llegado a Jerusalén, juntó a algunos hombres, y durante la noche salió a revisar el muro y a ver los lugares que necesitaban ser reparados. Pero aún no le había dicho a ninguno de los israelitas qué estaba planeando hacer.

Después de revisar el muro, fue y les dijo que deseaba que entre todos reconstruyeran el muro, y les explicó cómo el rey había ofrecido ayudarlo. Como todos estuvieron de acuerdo, comenzaron a trabajar.

Los enemigos de los israelitas causan problemas

Cuando Sanbalat, Tobías y Gesem, que eran enemigos de los israelitas, se enteraron de lo que estaban haciendo, comenzaron a burlarse de ellos y los acusaron de rebelarse contra el rey de Persia. Entonces Nehemías les aseguró que

Dios iba a ayudar a los israelitas, y que ellos no tenían ningún derecho de vivir en Jerusalén, pues no eran israelitas.

Así que los israelitas continuaron trabajando; dividieron el trabajo por partes y la gente de un mismo lugar trabajó en la misma parte. Trabajaron tanto en el muro como en las puertas. Sanbalat y Tobías siguieron burlándose de ellos, diciendo que nunca iban a poder terminar el muro y que sería fácil de derribar. Pero Nehemías le pidió a Dios que los ayudara y que dejara que les sucediera a Sanbalat y a Tobías todo el mal que ellos les deseaban a los israelitas.

Cuando los israelitas ya habían construido la mitad del muro, sus enemigos se enojaron y decidieron hacer algo más que sólo burlarse de ellos. Decidieron atacar a Jerusalén y hacer que dejaran de trabajar.

Cuando los israelitas se enteraron de lo que planeaban sus enemigos, oraron a Dios pidiéndole que los ayudara. Pusieron, además, a algunos como guardias. Entonces la gente que trabajaba en el muro se desanimó, pero Nehemías les dijo que no se desanimaran sino que pelearan con valor, pues Dios los iba a ayudar.

Como Sanbalat y Tobías vieron que los israelitas ya se habían preparado para defenderse, no los atacaron.

Entonces los israelitas volvieron a trabajar en la construcción del muro. Nehemías puso a la mitad a trabajar en el muro y a la otra mitad como guardias. Además, todos los hombres que trabajaban traían sus espadas. Nehemías también puso a un hombre para que tocara una trompeta como señal para juntar a todos en caso de un ataque. Durante esa época, todos los trabajadores pasaban la noche en la ciudad; dormían vestidos y con sus espadas junto a ellos, siempre listos para pelear en caso de que sus enemigos los atacaran.

Nehemías regaña a los que maltratan a los pobres

Mientras la gente reconstruía el muro, Nehemías se enteró de que los israelitas que tenían dinero estaban tomando como esclavos a los hijos de los israelitas pobres, y también quitándoles sus terrenos para cobrarse lo que les debían.

Él los regañó fuertemente y les recordó que las leyes de Dios no les permitían hacer tales cosas. Los hizo prometer que devolverían los terrenos y dejarían a la gente en libertad.

Nehemías no les pidió impuestos a la gente para mantenerse él mismo, aunque tenía el derecho de hacerlo, porque sabía que los israelitas tenían que pagar muchos impuestos al rey.

Los enemigos causan más problemas

Por aquellos días se terminó de reconstruir el muro, faltando solamente colocar las puertas en las entradas. Cuando Sanbalat, Tobías y Gesem se enteraron, trataron de engañar a Nehemías pidiéndole que fuera a encontrarse con ellos. Ellos no querían hablar con él, sino que buscaban hacer que se alejara de Jerusalén para poder matarlo.

Pero Nehemías no cayó en su trampa y les mandó un mensaje que decía:

—Tengo mucho trabajo y no puedo ir porque estoy haciendo algo muy importante.

Ellos invitaron a Nehemías tres veces más y él siempre les contestó de la misma manera. Entonces lo invitaron otra vez y lo acusaron de querer iniciar una rebelión contra el rey de Persia para llegar a ser rey de Judá.

Pero Nehemías les contestó que eso no era más que una gran mentira. Él sabía que trataban de asustar a los israelitas para que no colocaran las puertas del muro; así que Nehemías trabajó más duro que antes.

Una noche, Nehemías fue a visitar a un hombre al que consideraba su amigo y aquel hombre le dijo que esa noche algunos de sus enemigos tratarían de matarlo. Le aconsejó que se fuera a esconder al templo, pero Nehemías le contestó que no lo haría, pues sólo los sacerdotes podían pasar a la parte de más adentro del templo.

Después, Nehemías se dio cuenta de que Sanbalat y Tobías le habían pagado a aquel hombre para que le dijera eso; de modo que, si Nehemías se hubiera metido al templo, ellos hubieran podido acusarlo de haber hecho algo malo.

La reconstrucción del muro se termina

Poco después de esto, el muro fue terminado completamente. La obra les había tomado un poco menos de dos meses. Así fue cómo todos los que vivían cerca de Judá, y hasta los enemigos de los israelitas, se dieron cuenta de que Dios sí los había ayudado.

Entonces Nehemías nombró a algunos hombres para que cuidaran las puertas del muro y les dijo que debían cerrarlas a la hora del día en que hiciera mucho calor y los hombres estuvieran descansando. El muro rodeaba mucho terreno, pero había poca gente viviendo allí. Así que Nehemías animó a más israelitas para que vinieran a vivir en Jerusalén.

152. Esdras y Nehemías enseñan a la gente a obedecer las leyes de Dios *(basado en Nehemías 8–13)*

Los israelitas celebran la fiesta de las enramadas

El séptimo mes del año en que los israelitas terminaron de reconstruir el muro que rodeaba Jerusalén, los israelitas que vivían en Judá fueron a Jerusalén a celebrar la fiesta religiosa llamada fiesta de las enramadas.

Al estar todos juntos, el sacerdote Esdras sacó el rollo en el que estaban escritas las leyes de Dios y se lo leyó a toda la gente. Para que todos pudieran oírlo se subió a una plataforma. No sólo les leyó el rollo sino que también les explicó lo que significaba cada ley para que todos las obedecieran, y los levitas lo ayudaron a explicarlas.

Cuando la gente entendió las leyes de Dios, se puso muy triste, pues reconoció que no las habían obedecido. Pero Esdras, Nehemías el gobernador y los levitas, les dijeron que no debían ponerse tristes, porque estaban celebrando una fiesta dedicada a Dios, y todos deberían estar contentos.

Entonces la gente fue y cortó algunas ramas, tal como la ley de Dios lo indicaba, construyeron pequeñas enramadas y vivieron en ellas. Los israelitas no habían celebrado esa fiesta de la manera correcta desde que Josué los había guiado a Canaán, hacía varios siglos.

El día veinticuatro del mismo mes, la gente se reunió para decirle a Dios que se sentía muy triste al reconocer todas las cosas malas que había hecho. Una parte de ese día lo dedicaron a escuchar a alguien que se encargó de leer las leyes de Dios, y luego oraron y le dijeron a Dios que se sentían muy tristes por todo el mal que habían hecho; luego le dieron gracias y también lo alabaron.

Además, hicieron memoria de todo lo que Dios hizo por sus antepasados desde los días de Abraham hasta el tiempo en que Dios les permitió a los enemigos de los israelitas llevárselos a otros países. Le pidieron que los ayudara porque todavía estaban bajo la autoridad del rey de Persia, a pesar de vivir nuevamente en Judá.

Luego hicieron el trato de obedecer las leyes de Dios; se pusieron de acuerdo para no casarse con nadie que no fuera israelita y acordaron en no comprar nada a los extranjeros el día de descanso o cualquier otro día que fuera de fiesta religiosa.

Además, acordaron en dejar descansar la tierra durante todo un año cada siete años. A todos aquellos que les debían algo y habían tomado como esclavos, los dejarían libres, y también pagarían sus impuestos para que no faltaran ofrendas en el templo.

Para que más gente viviera en Jerusalén, decidieron que uno de cada diez de toda la gente israelita que no fuera de los dirigentes, se fuera a vivir a ella.

Nehemías va de visita a Persia y regresa a Jerusalén

Doce años más tarde, Nehemías salió de viaje para visitar al rey Artajerjes de Persia. Mientras se hallaba fuera, el sacerdote Eliasib le permitió al amonita Tobías tener un cuarto del templo de Dios, a pesar de que era enemigo de los israelitas.

Unos años después, cuando Nehemías regresó a Judá y se enteró, se enojó mucho, porque la ley de Dios prohibía que los amonitas entraran al templo.

Entonces Nehemías arrojó fuera del cuarto todas las cosas de Tobías y mandó que hicieran que el cuarto quedara puro delante de Dios nuevamente.

Nehemías también se encontró con que algunos de los levitas no habían recibido las ofrendas que Dios había mandado que se dieran a los levitas, y habían tenido que irse a sus pueblos a vivir. Así que él los volvió a traer a Jerusalén a trabajar en el templo y nombró a algunos hombres para que se encargaran de pagarles.

También encontró que algunos israelitas trabajaban el día de descanso y que otros traían comida a Jerusalén para venderla ese día. Así que ordenó cerrar las puertas de la ciudad y no abrirlas durante todo el día de descanso. Cuando los extranjeros vinieron a Jerusalén el día de descanso, tuvieron que acampar fuera de la ciudad hasta el día siguiente. A ellos también los regañó Nehemías, y así pudieron darse cuenta de que hablaba en serio y dejaron de ir a Jerusalén el día de descanso.

Nehemías también castigó a los hombres que se habían casado con mujeres extranjeras y los hizo prometer que no lo volverían a hacer más. También dejó sin su trabajo a un sacerdote que se había casado con una hija de Sanbalat, que era uno de los enemigos de los israelitas.

153. El profeta Malaquías les predica a los israelitas

(basado en Malaquías 1–4)

Después de que los israelitas, guiados por Nehemías, reconstruyeron el muro que rodeaba Jerusalén, Dios envió al profeta Malaquías a predicarle a la gente de Judá. El profeta les decía:

—Dios ha dicho que ustedes los sacerdotes, no lo tratan con respeto como deben hacerlo. Cuando presentan las ofrendas, ofrecen animales con defectos pensando que él no se da cuenta. La gente que le trae esa clase de animales a Dios tampoco lo respeta. Ustedes no se atreverían a ofrecer esa clase de animales al gobernador para pagar sus impuestos, pero creen que Dios no lo toma en cuenta. Hasta la gente de otros países le ofrece a Dios mejores animales que ustedes.

'Ustedes, los sacerdotes, deberían enseñarle a la gente más acerca de Dios, en lugar de estarle enseñando mentiras que la guían a hacer cosas malas. No han

cumplido el trato que Dios hizo con sus antepasados y por eso él ha hecho que la gente no los respete.

'La verdad es que ustedes, israelitas, no cumplen sus tratos con otros ni con Dios. Se casan con gente de otros países y algunos de ustedes se divorcian de sus esposas. Dios ya se cansó de todas las tonterías que dicen. Ustedes dicen que la gente mala es buena y luego preguntan dónde está el Dios que trata a la gente con justicia.

'Pero yo les aseguro que un día Dios va a mandar a un mensajero que se encargará de preparar el camino por el cual él va a venir, y Dios vendrá a su templo; pero nadie será capaz de estar frente a él cuando venga, porque sacará con dureza todas las cosas malas que haya en el templo y, así, los sacerdotes podrán presentarle ofrendas adecuadas.

'Él los acusará de todas las cosas malas que han hecho, porque ustedes practican la brujería, se acuestan con las esposas de otros, mienten, y engañan a los pobres y a los extranjeros. Los que hacen esas cosas demuestran que no respetan a Dios.

'Dios no cambia y ustedes aún son descendientes de Jacob; así que si vuelvan a cumplir su parte del trato que Dios hizo con ustedes, él cumplirá su parte también. Traigan la décima parte de sus cosechas porque eso es lo que él les pide. Hagan la prueba y verán lo que pasa. Verán que les irá muy bien.

'Ustedes han dicho que es inútil obedecer las leyes de Dios porque la gente mala que no obedece sus leyes es más rica que los que sí lo hacemos. Ellos se han atrevido a desobedecer a Dios y no les ha pasado nada. Sin embargo, Dios ha dicho que está por llegar el día en que la gente mala que no obedece sus leyes será destruida como se quema la basura. Pero a la gente que lo obedece le irá bien. Así que tengan siempre presentes las leyes de Dios que Moisés les enseñó a nuestros antepasados en el cerro Sináí.

Malaquías también dijo:

—Un día, Dios les enviará al profeta Elías, y Elías hará que los padres y los hijos se lleven bien, antes de que llegue el fin del mundo.

DECIMONOVENA PARTE

Fe, sabiduría y alabanza: la poesía de los israelitas

154. Dios permite que sufra un hombre que le es fiel

(basado en Job 1.1–2.10)

Hace mucho tiempo, vivió un hombre muy rico llamado Job. Era un hombre que adoraba a Dios, siempre trataba de hacer lo bueno, era bondadoso con los pobres y nunca engañaba a nadie.

Satanás habla con Dios acerca de Job

Un día, se presentaron ante Dios todos sus ángeles y también Satanás. Dios le preguntó a Satanás si había pensado en que Job era el mejor hombre del mundo. Satanás le respondió:

—Él te es fiel porque sabe que por eso tú lo has hecho muy rico. Te aseguro que si le quitas todo lo que le has dado, él te maldecirá.

Dios le dijo:

—Bueno, vamos a ver si tienes razón. Ve y quítale todo lo que tiene, pero a él no lo toques.

Satanás hace sufrir a Job

Entonces Satanás le envió muchos males a Job; y Job se quedó sin todas sus reses, burros, borregos y camellos. Satanás también provocó una desgracia que mató a todos los hijos de Job. Así que los mensajeros venían, uno tras otro, a contarle a Job lo que había sucedido. Aunque Job se puso muy triste, dijo:

—Nací desnudo, sin poseer nada, y así moriré. Dios me lo dio y él me lo quitó. Alabado sea el Señor.

En todo esto, Job no hizo nada malo ni dijo tonterías de Dios a pesar de haber perdido tanto.

Satanás habla con Dios otra vez

Días después, cuando todos los ángeles se presentaron delante de Dios otra vez, Satanás también se presentó, y Dios le preguntó:

—¿Has pensado en Job? Aunque me convenciste de hacerlo sufrir, él todavía me es fiel.

Y Satanás le contestó:

—Es porque a él no le pasó nada. Deja que se enferme gravemente y entonces ya verás si no te maldice.

Dios le dijo:

—Está bien, puedes hacer que se enferme, pero no lo mates.

Satanás hace que Job sufra más

Satanás fue e hizo que Job se llenara de sarna. Job sufrió muchísimo. Al verlo, su esposa le dijo:

—¡Es una tontería que aún sigas adorando a Dios! ¡Mejor maldícelo y muérete!

Sin embargo, él le dijo:

—¡No digas necedades! Cuando Dios hace que nos vaya bien, nunca protestamos; entonces ¿vamos a protestar cuando hace que nos vaya mal?

Así fue cómo Job continuó adorando a Dios sin decir nada malo.

155. Tres amigos de Job hablan con él

(basado en Job 2.11–14.21)

Job tenía tres amigos: Elifaz, Bildad y Zofar. Cuando supieron todo lo que le sucedía a Job, decidieron visitarlo y consolarlo. Cuando llegaron, se sentaron junto a él y durante una semana no le dijeron ni una palabra porque veían que Job estaba sufriendo mucho. El primero en hablar fue Job. Les dijo:

—¡Quisiera no haber nacido nunca! Sería mejor morir que seguir sufriendo tanto.

Elifaz habla con Job

Entonces Elifaz, uno de sus amigos, le dijo:

—Tú siempre consolabas a los que sufrían, y ahora que eres tú el que sufre no lo puedes soportar. Acuérdate que Dios premia a los buenos y castiga a los malos. Debes haber hecho algo malo; así que pregúntale qué ha sido y arréglate con él. Así Dios hará que te vaya bien otra vez.

Entonces Job le contestó:

—Estoy sufriendo mucho. Ustedes debieran compadecerme un poquito, en lugar de culparme. Han dicho que he cometido algo malo. A ver, díganme qué ha sido. Quisiera morirme de una vez. ¿Por qué Dios no me deja en paz? ¿Por qué nos trae al mundo y luego nos hace sufrir? Si yo he hecho algo malo ¿por qué no me perdona?

Bildad habla con Job

Luego Bildad le dijo:

—Todos sabemos que Dios siempre actúa justamente; así que cuando alguien sufre, debe ser porque ha hecho algo malo.

Job le contestó:

—Sé que no he hecho nada malo, pero no puedo discutir con Dios. Él ni siquiera me contesta. Probablemente no le preocupa si uno es bueno o malo. Quisiera que Dios me dijera qué tiene contra mí. Quisiera poder saberlo.

Zofar habla con Job

Luego Zofar le dijo:

—Hablas demasiado, Job. Presumes diciendo que no has hecho nada malo, pero si Dios te hablara, él te diría muchas cosas. Él sabe quién es bueno y quién es malo. Seguramente tú debes haber hecho algo muy malo. ¡Pídele perdón

a Dios; ponte en paz con él! Háblale en oración. Entonces terminarán tus sufrimientos.

Como Job estaba cansado de oírlos, les dijo irónicamente:

—Ustedes se creen muy listos, pero yo no soy tonto. Sé que todos se están burlando de mí, aunque no haya hecho nada malo. También me he dado cuenta de que muchas personas que son muy malas nunca sufren. A ustedes les es muy fácil decirme lo que debo hacer si no están en mi lugar. Yo sé que a Dios no se le escapa nada de la mano, y ya sabía todo lo que me han dicho; ustedes sólo están enredando todo con sus mentiras. Serían más sabios si se quedaran con la boca cerrada.

¡Ahora escúchenme a mí! No traten de disculpar a Dios, ni le hacen un favor contando mentiras acerca de mí. ¿Es que no tienen temor de Dios? ¡Cómo me gustaría hablar con él para que dijera que soy inocente! Me gustaría que él me dijera si es que hice algo malo, porque yo no tengo idea de qué fue. Estoy sufriendo sin saber por qué, y no sé qué hacer.

156. Los amigos de Job lo regañan otra vez

(basado en Job 15–21)

Elifaz habla con Job otra vez

Entonces Elifaz habló de nuevo:

—Tú tienes fama de ser inteligente, Job, pero hablas tan tontamente que parece que no respetas a Dios como se merece. Eso me prueba que eres culpable. Recuerda que aquí hay hombres mayores y más sabios que tú. ¿No sabes que ante Dios ningún hombre es verdaderamente bueno? Te repito que son los hombres malos los que sufren.

Job le contestó:

—Si tú estuvieras en mi lugar y yo en el tuyo, podría hablar como tú lo haces y tener a mano todas las respuestas. Pero creo que preferiría tratar de consolarte. Sin embargo, dices que te compadeces de mí, y luego me culpas. Estoy sufriendo mucho y mis enemigos están aprovechando la ocasión para amargarme más. Hasta a la gente que es buena le es imposible comprender la verdadera razón de mi sufrimiento. ¿Acaso no me pueden decir algo mejor que lo

que ya me han dicho? Veamos si alguno de ustedes puede demostrar que es verdaderamente sabio.

Bildad habla con Job otra vez

Entonces Bildad habló otra vez, y dijo:

—¿Por qué no piensas antes de hablar, Job? Ya no distingues entre lo falso y lo verdadero. Recuerda, son los malos los que sufren.

Job respondió:

—Ustedes hablan demasiado. Repiten y repiten que debo ser malo; pero no lo soy. Por alguna razón que no entiendo, Dios me está haciendo sufrir y es difícil soportarlo. Mis criados, mi familia y mis amigos ni siquiera quieren acercarse a mí. ¡Muéstrenme un poquito de compasión y dejen de molestarme! Sé que Dios vive y un día al fin me defenderá.

Zofar habla con Job otra vez

Luego Zofar habló otra vez, y dijo:

—Estoy tan amuinado que no me puedo quedar callado. Es cierto que a veces parece que le va bien a la gente mala; pero recuerda que tarde o temprano tendrá que sufrir.

Job respondió:

—¿Quieren hacerme el favor de dejarme hablar? Eso ya sería un consuelo. He visto gente mala a la que nunca le ha ido mal en toda su vida. Esa gente durante toda su vida no quiere tomar a Dios en cuenta, pero tiene riquezas, una vida larga, y al llegar a la vejez muere en paz. Ustedes dirán que los hijos sufrirán el castigo; pero eso no puede ser. Cuando un hombre ha muerto, ya no importa si sufrió o no al morir, porque está bien muerto; y parece que tampoco importa si fue bueno o malo. A pesar de todo lo que han dicho, no me han convencido, porque todo lo que he visto en el mundo me dice que ustedes mienten.

157. Los amigos de Job vuelven a discutir con él
(basado en Job 22–31)

Elifaz habla con Job por tercera vez

Por tercera vez, Elifaz le dijo a Job:

—Tu problema es que eres un hombre muy malo. Estás sufriendo porque Dios hace sufrir a los malos. Yo te recomiendo que dejes de hacer cosas malas y que obedezcas a Dios; así Dios haría que te fuera bien otra vez.

Job le contestó:

—Yo sé que no he hecho nada malo; pero parece que Dios no me quiere hacer caso. Es cierto, a veces sufre la gente mala, pero yo no soy malo.

Bildad habla con Job por tercera vez

Entonces Bildad le dijo:

—Dios es muy poderoso. ¿Tú crees que alguien podría considerarse bueno delante de Dios?

Job respondió:

—Lo que dices no me ayuda para nada. Ya sé que Dios es muy poderoso. Pero me parece que me está tratando injustamente, y no voy a decir mentiras sólo para que parezca correcto lo que has dicho. ¡Soy inocente!, y lo seguiré repitiendo mientras viva. Es cierto que algunas personas malas sufren, pero eso no tiene nada que ver conmigo.

'Todos sabemos a dónde ir a buscar oro, plata, otros metales y piedras preciosas; pero ninguno de nosotros sabe realmente dónde buscar la sabiduría. Tampoco podemos comprarla. No cabe duda que Dios es el único que de veras es sabio. Él nos enseña que para ser sabios debemos respetarlo y no hacer cosas malas.

'Quisiera que todo volviera a ser como cuando yo era una persona importante. Entonces la gente me respetaba. Siempre ayudaba a los necesitados. Pero ahora todos se burlan de mí, aun la gente más mala y vil. Eso me hace sentir

muy triste. Parece como si Dios me hubiera rechazado completamente. Él me está haciendo sufrir y ni siquiera contesta mis oraciones.

'Yo ayudé a todos los pobres que me lo pidieron, nunca engañé a nadie ni codicié a ninguna mujer. Dios sabe que soy inocente. Si no lo soy, que Dios me castigue. Yo siempre tuve temor de que Dios se enojara y por eso no hice ninguna cosa mala. Nunca confié en el dinero. Nunca adoré al Sol ni a la Luna ni a otro dios falso. Ni siquiera me alegré del sufrimiento de mis enemigos. Solamente quiero que Dios me diga por qué estoy sufriendo así, porque yo sé que soy inocente. Eso es todo lo que quiero decir.

Entonces los tres amigos de Job se dieron por vencidos, porque vieron que Job estaba convencido de que era inocente.

158. Otro hombre regaña a Job *(basado en Job 32–37)*

Entonces otro hombre comenzó a hablar con Job. Se llamaba Eliú; y no había dicho nada antes porque era más joven que los otros y había decidido esperar hasta que los otros terminaran de hablar. Estaba muy enojado porque Job creía tener la razón y decía que Dios estaba equivocado; también estaba enojado con los tres amigos de Job porque no habían logrado responderle a Job. Así que dijo:

—Al principio no dije nada porque soy mucho más joven que todos ustedes, pero no nada más los ancianos son sabios; así que ahora yo voy a hablar. Los he estado escuchando, pero ninguno de ustedes ha encontrado una buena respuesta para las razones de Job. He oído todo lo que Job dijo, y ésta es mi respuesta:

'Dios es tan grande que no sirve de nada discutir con él. Algunas veces Dios atemoriza a los hombres para hacer que lo obedezcan. Job dice que al hombre no le sirve de nada adorar a Dios, pero yo sé que Dios le da a cada uno justamente lo que merece. ¿Es que de veras piensa Job que Dios no es justo?

'Job está haciendo muy mal al seguir quejándose de lo que Dios hace. Dios no escucha a la gente orgullosa que lo busca solamente porque está sufriendo. Deberías reconocer que Dios es Dios y hay muchas cosas de Él que no sabes, Job. Yo no sé por qué Dios no te ha castigado más fuerte por decir tantas tonterías. Estoy seguro de que tengo la razón. Dios hace sufrir a la gente que

hace cosas malas, para que las dejen de hacer y aprendan a obedecerle. Es que Dios es tan grande que no podemos entenderlo.

159. Dios le contesta a Job
(basado en Job 38–42)

Entonces Dios mandó una tormenta, y en medio de ésta Job oyó la voz de Dios que le decía:

—Estos hombres son unos ignorantes y las cosas que han dicho de mí no son ciertas. Pero tú, Job, tampoco lo sabes todo. Tú no estabas presente cuando hice el mundo, y hay muchas cosas que no sabes acerca de la tierra, el mar, las estrellas y los animales. Tampoco eres tan fuerte como yo. Por eso no deberías ser respondón.

Entonces Job dijo:

—Tienes toda la razón. No tengo nada más que decir.

Luego Dios habló de nuevo desde la tormenta y dijo:

—Yo soy completamente justo. Sé lo que estoy haciendo, y controlo todo lo que pasa en el mundo.

Job contestó:

—Ahora sé que puedes hacer cualquier cosa; hablaba de cosas que no entendía. Antes de todo esto, sabía un poco de ti, pero ahora sé cómo eres en realidad y, comparado contigo, no soy nada. Lamento haber hablado así.

Dios les pide ofrendas a los tres amigos de Job

Luego Dios le dijo a Elifaz que estaba enojado con él, con Bildad y con Zofar porque no habían dicho la verdad acerca de Dios, como lo había hecho Job. Dios les ordenó que mataran algunos animales como ofrenda para él y que le pidieran a Job que orara por ellos; y así lo hicieron.

Dios bendice a Job

Después, Dios enriqueció de nuevo a Job dándole el doble de lo que había tenido antes y, otra vez, sus parientes y amigos lo trataron con mucho respeto. Tuvo diez hijos más, y vivió muy feliz toda su vida.

160. Algunos dichos sabios de los israelitas

(basado en Proverbios 1–31)

Consejos del rey Salomón a los jóvenes israelitas

Es importante ponerles atención a estos proverbios si se desea ser sabio.

Sólo los tontos se juntan con criminales; pero si respetan a Dios, serán sabios.

Deben confiar en Dios y no confiar en que son muy listos.

Si las personas tratan constantemente de hacer lo que le agrada a Dios, Dios mismo los ayuda a lograrlo.

No deben sentirse ofendidos si Dios los castiga, pues lo hace sólo porque los ama.

Deben alejarse de las prostitutas, pues sólo deben acostarse con sus propias esposas. No está bien acostarse con las esposas de otros.

Deben buscar con más ganas la sabiduría que el dinero o las joyas.

Otros sabios dichos del rey Salomón

Cuando un hijo es sabio, hace felices a sus padres; pero cuando es necio, ellos se ponen tristes.

El hombre necio piensa que siempre tiene la razón; en cambio, los hombres sabios escuchan los consejos que les dan.

Si un hombre no castiga a su hijo, es porque no lo ama. Si de veras ama a su hijo, hará que se porte bien.

La gente tonta cree todo lo que oye; en cambio, la gente lista cree las cosas sólo después de que le han demostrado que son ciertas.

La gente sabia es paciente. Los que se enojan fácilmente cuando se disgustan demuestran ser muy necios.

Si alguien te habla con enojo, puedes calmarlo contestándole amablemente. Pero si le contestas con enojo, se disgustará contigo mucho más.

Es mejor ser pobre y respetar a Dios que ser rico y sufrir por los problemas.

Es mejor vivir en una familia donde de veras se aman unos a otros aunque haya muy poco que comer, que comer muy bien en una casa donde todos se odian.

Lo que le espera a la gente orgullosa son problemas.

Es mucho mejor controlarse cuando uno está enojado que ser un gran soldado que ha conquistado a una ciudad entera.

Hasta el tonto parece sabio si no habla demasiado.

El vino y otras bebidas alcohólicas sólo hacen que la gente se meta en problemas. Jamás llegarán a ser sabios aquellos a quienes les gustan mucho.

No debemos vengarnos de alguien que nos ha hecho algún mal. Debemos esperar que Dios se haga cargo del asunto.

No debemos tratar de hacernos los importantes cuando estamos con personas de veras importantes. Es mejor esperar a que se nos dé un lugar más importante en una comida, a que seamos avergonzados si se nos pide que dejemos el lugar donde nos hemos sentado para otra persona.

No comas mucha miel, o te enfermarás.

No visites a tus vecinos muy seguido o se van a cansar de verte.

Dales agua y comida a tus enemigos cuando lo necesiten; así ellos se avergonzarán y Dios te recompensará.

Es mejor vivir en una pequeña choza en paz, que con una esposa gritona en una casa grande.

Las buenas noticias que llegan de lugares lejanos, son tan buenas como un vaso de agua fría cuando uno tiene sed.

Los pleitos son como el fuego y los chismes como la leña. Un fuego se apaga cuando no tiene nada de leña, y un pleito se olvida cuando nadie sigue contando chismes acerca de la otra persona.

No presumas de lo que vas a hacer mañana, porque no sabes lo que va a suceder.

Es mejor que otros digan cosas buenas de ti y no que tú mismo lo hagas.

Si una persona no obedece las leyes de Dios, Dios no escuchará sus oraciones.

Si tratamos de ocultar las cosas malas que hemos hecho, nada nos saldrá bien; pero si las admitimos y dejamos de hacerlas, Dios nos perdonará.

**161. Algunos de los cánticos
con que los israelitas alababan a Dios**
(basado en Salmos 1–150)

Salmo 1

Dios cuida al hombre que no hace lo mismo que hacen los malvados, sino que le encanta meditar de día y de noche en la ley de Dios. A este hombre todo le saldrá siempre bien; es como un árbol que crece muy bien porque está plantado a la orilla de un río. A los malvados no les pasa lo mismo sino que son como la basurilla que se lleva el viento. Cuando Dios juzgue a la gente, castigará a los malvados, pero él está del lado de los buenos.

Salmo 2

No hay ninguna razón para que la gente de otros países esté tan alborotada ni para que sus reyes traten de hacerle mal a Dios y al rey que él le ha dado a los israelitas. Dicen que no quieren que Dios y el rey que ha puesto los gobiernen; pero el Señor se ríe de ellos, pues es muy poderoso. Luego los regaña y les dice:

—Ya he puesto al rey que he escogido, para que reine desde Jerusalén.

Además, Dios ha dicho:

—El rey que yo he puesto hoy, es mi hijo; yo he declarado que soy su padre. Yo le daré todos los países del mundo para que reine sobre ellos. Él castigará como con una varilla de hierro a toda esa gente de otros países. Así que será mejor que ustedes, reyes extranjeros, vayan aprendiendo a respetarme, pues de otra manera, me enojaré con ustedes.

Salmo 8

Señor, tú eres quien reina sobre nosotros. En todo el mundo hay gente que te honra. Has usado a los niñitos para regañar a la gente poderosa y para enseñarles a que no peleen contra ti. Cuando miro a los cielos y veo la Luna y las estrellas que tú hiciste y colocaste allí, me pregunto por qué te preocupas de la gente, si somos tan poca cosa. Pero nos pusiste sobre todos los animales de la Tierra.

Salmo 19

El cielo, con el Sol, la Luna y las estrellas, muestra que hay un Dios maravilloso que hizo todas las cosas. Ni siquiera es necesario decirlo; pues todos lo pueden ver por sí mismos, no importa dónde vivan.

Pero para saber más de Dios debemos estudiar sus leyes. Todas ellas son buenas y nos ayudan a ser sabios. Conocer las leyes de Dios nos debe gustar más que la miel, pues ellas nos advierten lo que sucederá si no las obedecemos. Si las obedecemos, Dios nos premiará.

Es muy difícil darnos cuenta de todas las cosas malas que hacemos. ¡Perdóname, Dios, por las cosas malas que hago y de las que ni cuenta me doy! También no me dejes hacer cosas malas a propósito. Así seré un hombre sin ninguna falta. Señor, haz que todo lo que diga y todo lo que piense sea de tu agrado.

Salmo 22

Dios mío, ¿por qué me has abandonado? ¿Por qué no me contestas cuando me dirijo a ti en oración? Nuestros antepasados confiaron en ti y tú los

libertaste, pero parece que todo lo que yo tengo son sólo problemas. Todos se burlan de mí porque confío en ti; pero, a pesar de todo, siempre he confiado en ti. Así que, ¡ayúdame, por favor! Ya se me acabaron las fuerzas y tengo sed. Ellos hieren mis manos y mis pies y me contemplan con perversa satisfacción. Se están repartiendo mis ropas entre ellos y echan suertes para ver quién se quedará con ellas. ¡Ayúdame, por favor!

Alabaré a Dios en presencia de todos mis hermanos israelitas, porque él contestó mi oración.

Salmo 23

El Señor cuida de mí como un buen pastor cuida a sus borregos. Siempre tendré todo lo que necesito y él me cuidará a dondequiera que vaya. Me da aun más de lo que necesito y me libra de mis enemigos. Toda mi vida me seguirá tratando con amor y con bondad, y viviré con él para siempre.

Salmo 34

Le daré gracias a Dios y lo alabaré todo el tiempo. Los que no son orgullosos se alegrarán cuando me escuchen. ¡Alabemos juntos a Dios! Le pedí a Dios que me ayudara y él contestó mi oración. Me libró de todo aquello de lo cual tenía miedo.

El Señor envía a un ángel que cuida a la gente que honra a Dios y los libra de los problemas. Hagan la prueba y confíen en Dios, y verán qué bueno es con los que confían en él. Si de veras honras a Dios, nada de lo que necesites te hará falta; pero la gente que no confía en Dios tendrá problemas y sufrirá hambre.

Si quieres vivir muchos años y gozar de la vida, deberás tener mucho cuidado de no decir cosas malas o mentir. No maltrates a nadie y trata de vivir sin pelear o andar provocando pleitos. Dios escucha las oraciones de las personas buenas, pero es enemigo de la gente mala. Una persona buena puede sufrir mucho, pero a fin de cuentas Dios la rescatará de todos sus problemas. Dios no permitirá que ninguno de sus huesos le sea roto. En cambio, la gente mala se crea problemas a sí misma por el mal que hace.

Salmo 37

No desees ser como los que hacen cosas malas, pues esa clase de gente se acaba tan rápido como se marchita la hierba. Más bien, tú debes confiar en Dios y hacer lo bueno; así Dios te dará lo que más deseas tener. Pon tu vida en sus manos y él hará ver a todos que tú eres justo y bueno.

Pero debes ser paciente y esperar que Dios lo haga. No te impacientes ni envidies a la gente mala que consigue lo que quiere tratando muy mal a los demás. No los imites. Recuerda que Dios destruirá a los malvados, pero hará que les vaya muy bien a los que confían en él. Dentro de poco tiempo ya no habrá gente mala y entonces los que no son orgullosos tendrán tierras y les irá bien. Aunque la gente mala odia a la buena, Dios se ríe porque sabe que los malvados no durarán mucho tiempo. Es mucho mejor ser pobre y bueno que rico y malo, porque un día Dios castigará a los malvados y recompensará a los buenos.

La gente buena es generosa; los malvados piden dinero prestado y no pagan. La gente buena habla palabras sabias, y conoce y obedece las leyes de Dios, pero los malvados tratan de matarlos. Sin embargo, un día Dios va a castigar a los malvados y a premiar a los buenos.

Salmo 40

Esperé a que Dios me ayudara y él lo ha hecho. Fue como si me hubiera sacado de un pozo lleno de lodo y me hubiera puesto sobre una roca firme. Me dio un nuevo cántico para poder alabarlo a él. Cuando me vean cantándolo, muchos se darán cuenta de cómo es Dios y también aprenderán a confiar en él.

A los que confían en Dios, todo les sale bien. Señor, de veras has hecho cosas maravillosas. Todo lo que haces es para ayudarnos. Quisiera contarles a todos las cosas que tú haces, pero no tengo palabras para hacerlo. No quieres que te ofrende animales. Lo que deseas es que escuche tus leyes y las obedezca; y de veras quiero conocer tus leyes para hacer lo que tú quieres que haga.

¡Tú bien sabes que le he dicho claramente a la gente lo que es bueno! Nunca he tratado de ocultar todo lo bueno que has hecho; al contrario, se lo he contado a todos. Ahora me encuentro en problemas, y te pido que me ayudes. Permite que mis enemigos sean castigados, pero que todo aquel que quiera adorarte y pida tu ayuda, pueda alabarte. Señor, necesito mucho tu ayuda. ¡Ven pronto a ayudarme! Tú eres el único que puedes hacerlo.

Salmo 46

Dios es quien nos ayuda cuando estamos en problemas. Por eso, no tenemos miedo ni aunque el mundo se acabe. Jerusalén es la ciudad donde Dios habita, y cuidará de ella aunque otros países sean destruidos. Yahvé, el Dios que adoró Jacob, nos está ayudando. Vean cómo ha destruido a las otras naciones del mundo. No las deja seguir peleando contra nosotros y ha destruido sus armas. Él ha dicho que la gente de esas naciones debería dejar ya de pelear contra nosotros los israelitas y ponerse en paz para poder darse cuenta de que él es Dios y que es quien controla todo el mundo. ¡Ese gran Dios nos está ayudando a los israelitas!

Salmo 51

Oh Dios, ¡por tu amor, perdóname! Reconozco que he hecho algo muy malo, y que tú no estás contento conmigo. Tienes toda la razón al acusarme y al castigarme. Soy malo desde antes que naciera; pero por favor, perdóname y permíteme ser feliz de nuevo. Haz que mi corazón sea bueno y deseoso de obedecerte. No me mandes lejos de donde tú estás, ni quites de mí tu Santo Espíritu. En vez de eso, hazme feliz de nuevo pues tú me has rescatado, y permite que tu Espíritu me ayude.

Así podré enseñarles a otros que también han hecho cosas malas, cómo obedecerte. ¡Perdóname, por tu amor!; entonces te alabaré. Ya sé que matar animales para ofrendártelos no es lo que deseas; en lugar de eso, te ofrezco no ser orgulloso.

Haz prosperar a Jerusalén, y que sus habitantes te obedezcan más y más. Sólo así te agradecerán los animales que te ofrezcamos.

Salmo 73

¡Qué bueno es Dios con la gente que no hace cosas malas! Casi dejé de creer que eso era cierto cuando vi que a los malvados parece que les va muy bien. A pesar de que se han hecho ricos por maltratar a los demás y hablan con desprecio de Dios y de la gente que lo adora, parecen vivir muy seguros. Hasta algunos de la gente de Dios lo creyeron cuando los vieron. Pensaron que no valía la pena adorar a Dios.

También yo estuve a punto de creerlo y, si lo hubiera hecho, hubiera sido porque no estaba adorando verdaderamente a Dios. He pensado en ese problema, pero no pude entender nada hasta que entré al templo de Dios. Allí Dios me hizo

comprender que sí los iba a castigar. Y a pesar de todas mis tontas dudas, Dios me ha ayudado todo el tiempo. Él es todo lo que tengo y no necesito nada más. Él castigará a la gente que no le obedezca. Por mi parte, he decidido creer en él.

Salmo 89

Voy a decir en mis cánticos, Señor, cuánto nos amas y cuánto nos ayudas sin fallarnos nunca. Nadie es como tú, ni en la Tierra ni en el cielo. Eres muy poderoso y controlas todas las cosas. También eres bueno, justo y amoroso. Los que te son fieles son felices. Nos ha ido muy bien a los israelitas por causa tuya.

Le prometiste a David, el que tú escogiste para rey, que en Israel siempre sería rey uno de sus descendientes. Le prometiste ayudarlo a derrotar a sus enemigos y llegar a ser muy importante. También le dijiste que lo harías rey sobre un territorio muy grande. Le dijiste que si sus descendientes no te obedecían los castigarías, pero que cumplirías la promesa que le habías hecho.

Sin embargo, has dejado que nuestros enemigos nos venzan. ¡Ayúdanos pronto!; cumple tu promesa, Señor; no sigas enojado con nosotros. ¡Alabemos todos a Dios siempre!

Salmo 91

Dios cuida a todos los que confiamos en él y no deja que nos pase nada. Veremos a Dios castigando a los malvados, pero nosotros no sufriremos, porque confiamos en él. Dios envía a sus ángeles para que nos cuiden a dondequiera que vamos. Él ha dicho:

—A este hombre lo libraré de sus problemas porque me ama y me conoce. Cuando ore a mí, le contestaré y lo libraré de los problemas. Haré de él una persona muy importante y le permitiré vivir muchos años para que disfrute las cosas buenas que he hecho para él.

Salmo 95

Cantemos a Yahvé con alegría; él es quien nos libra de los problemas. Entremos a su templo dándole gracias y cantándole. Debemos hacerlo porque Yahvé es más grande que los dioses que otros adoran. Él es quien hizo el mar y la tierra y controla todo lo que sucede en las partes más lejanas del mundo.

Debemos inclinarnos y arrodillarnos delante de él, pues él nos creó, es nuestro Dios y nosotros somos su gente.

Si lo obedecemos, veremos lo poderoso que es. Dios ha dicho:

—No sean como sus antepasados cuando andaban viajando por el desierto. Se rebelaron contra mí aunque habían visto todo lo que yo había hecho por ellos; por eso estuve enojado con ellos durante cuarenta años. No los dejé entrar a la región de Canaán, en donde podían descansar, porque no me obedecieron.

Salmo 100

Todos los habitantes del mundo deben honrar a Yahvé y adorarlo con alegría. Debemos darnos cuenta de que él es el Dios verdadero. Él nos hizo, y por eso le pertenecemos. Somos su propia gente. Somos como un rebaño y Dios es nuestro pastor. Debemos ir a su templo dándole gracias y alabándolo porque él es bueno. Él siempre nos amará y nunca nos abandonará.

Salmo 103

Alabo a Dios con todo mi ser. No quiero olvidar ninguna de las cosas por las que debo darle gracias. Él perdona todo el mal que he cometido y me sana cuando estoy sufriendo. Me libra de la muerte y hace que siempre me vaya muy bien. ¡Él es tan bueno y justo! Se dio a conocer a Moisés y a los demás israelitas tal como es. No se enoja con nosotros rápidamente y siempre está dispuesto a perdonarnos. Nos trata mucho mejor de lo que merecemos. Sabe que somos débiles y humanos; por eso es tierno con nosotros, tan tierno como un padre con sus hijos, y perdona el mal que hemos hecho. Aunque nuestras vidas no duran más que la hierba y las flores, Dios nunca deja de amar a quienes lo respetan y obedecen. Dios reina sobre la Tierra y el cielo. Los ángeles deben alabarlos y todo lo que él ha hecho; yo lo alabo con todo mi ser.

Salmo 110

Dios le dijo a mi señor: "Siéntate a mi derecha, hasta que derrote a todos tus enemigos". Dios es quien le permite gobernar al rey. Le ha dado su ayuda desde que nació y le ha prometido que será sacerdote para siempre, la misma clase de sacerdote que era Melquisedec. Este rey será muy poderoso.

Salmo 118

Es bueno darle gracias a Dios, y todo israelita debería decirles a los demás que Dios nunca nos deja de amar. Oré a Dios y él me libró de mis enemigos. No importa cuántos enemigos tenga, Dios me ayudará a derrotarlos. Alabo a Dios porque me ha ayudado a derrotar a mis enemigos. La piedra que los constructores pensaron que no servía para nada, vino a ser la más importante de todas. Esto lo ha hecho Dios y estamos maravillados. Dios ha hecho hoy algo muy grande por nosotros; así que, debemos estar felices. Señor, por favor sigue librándonos de nuestros enemigos y dándonos tu ayuda. Dios está ayudando mucho al que viene a hacer su obra. Todos debemos dar gracias a Dios porque nunca deja de amarnos.

Salmo 119

Al que obedece las leyes de Dios le va bien. El joven que obedece las leyes de Dios, será una buena persona que tendrá una vida sin tacha. Trato de alabarte con todo mi ser, Señor. No permitas que deje de obedecer tus leyes. Pienso en ellas todo el tiempo para no hacer algo malo. Ayúdame a ver todas las cosas maravillosas que hay en tus leyes para mí. No obedecía tus leyes y sufrí por esta causa; por eso ahora sí las obedezco.

Señor, tus leyes son para siempre. Cuando las estudio, soy más sabio que mis enemigos, mis maestros o los ancianos. Tus palabras me dan más alegría que la miel o el oro; son como una lámpara porque me permiten ver qué debo hacer. Me pone muy triste que haya tanta gente que no obedezca tus leyes.

Salmo 121

El único que de veras puede ayudarnos es Yahvé, quien hizo el cielo y la Tierra. Él nunca se duerme y siempre cuida de nosotros. Nos libra de cualquier problema.

Salmo 135

¡Alabemos a Dios! Alábenlo todos los que trabajan en su templo, porque es bueno alabar a Dios y cantarle salmos. Él nos ha escogido a nosotros los israelitas para que seamos su gente. Él es muy grande y mucho más importante que todos los demás dioses. Hace todo lo que quiere; envía el viento y la lluvia. Mató a cada hijo mayor de las familias de los egipcios y también a la primera cría de sus animales. Mató a reyes poderosos; les quitó sus terrenos y nos los dio.

Señor, la gente siempre te alabará. Dios tratará con justicia a su gente, y también los perdonará.

Los dioses que adoran las gentes de otros países no son más que simples imágenes que algún hombre hizo. Tienen bocas que no pueden decir nada, ojos que no pueden ver, oídos que no pueden escuchar y narices que no respiran. La gente que las hace y los que creen que recibirán ayuda de estos dioses, terminarán siendo tan inútiles como las mismas imágenes. Pero todos los israelitas debemos alabar a Yahvé, el Dios verdadero, que vive en su templo en Jersualén.

Salmo 137

Sentados junto a los ríos de Babilonia, la capital de Caldea, los israelitas nos poníamos muy tristes al acordarnos de que Jerusalén estaba en ruinas. Los hombres de Caldea que nos habían llevado a Babilonia nos pedían que cantáramos algún cántico acerca de Jerusalén, pero nosotros no lo podíamos hacer en un país extranjero. Nunca olvidaré Jerusalén; es la ciudad de Dios y es más importante para mí que cualquier otra cosa en el mundo. Señor, castiga a la gente de Edom, porque se pusieron contentos cuando los caldeos destruyeron Jerusalén. Sé que un día Dios castigará a los caldeos por todo el mal que nos hicieron.

Salmo 139

Señor, tú conoces todo lo que hago y digo. No sé cómo lo haces, pero sé que no puedo escaparme de ti en ningún lugar. Estás en todas partes, ya sea en el cielo o en las profundidades de la Tierra. Puedes ver lo que pasa aun cuando afuera esté muy oscuro.

Tú eres quien me formó en el vientre de mi madre. Te alabaré porque eres maravilloso y porque es maravilloso lo que haces. Conoces completamente mi cuerpo y todo acerca de mí. Ni siquiera puedo contar el número de cosas que tú piensas de mí; son más que los granos de arena en la playa.

Odio a los que te odian; ¡castígalos, Señor! Y a mí, examíname, oh Dios. Tú conoces todos mis pensamientos; no me permitas hacer algo que no te agrade, sino ayúdame a hacer aquello que tú quieres que haga.

Salmo 146

Alabaré a Dios mientras viva, y también le cantaré salmos. No debemos poner nuestra confianza en los reyes o en ninguna otra persona cuando necesitamos ayuda, porque ellos no pueden darla. Todos ellos tendrán que morir un día.

En cambio, a la persona que el Dios que adoró Jacob ayuda, le va bien, pues él hizo la tierra, el cielo, el mar y todo lo que en ellos hay. Dios es bondadoso con aquellos que han sido maltratados por los demás. Les da de comer a los que tienen hambre y saca de la cárcel a los presos. Hace que los ciegos puedan ver y levanta a los desanimados. Ama a los que hacen el bien y cuida a las viudas, a los huérfanos y a los extranjeros que viven en Israel. En cambio, castiga a los malos.

Él reinará sobre todo el mundo por siempre. ¡Alabémosle!

EL PERÍODO INTERTESTAMENTARIO

Entre el Antiguo Testamento y el Nuevo: los israelitas bajo el dominio de los griegos y los romanos

1. Cuándo sucedieron las cosas que se relatan en el Antiguo Testamento

En la época en que fue escrito el Antiguo Testamento, no había manera de dar fechas que pudieran ser entendidas por cualquier persona del mundo. La forma en que se cuentan los años actualmente, comienza a partir del año en que Jesucristo nació. Por esa razón, cuando leemos año 1995, quiere decir que han pasado 1995 años desde el año en que alguna gente piensa que Jesús nació. (La mayoría de los historiadores creen que Jesús nació unos cuatro años antes de eso.)

Todo lo que relata el Antiguo Testamento sucedió antes de que Cristo naciera; por eso, actualmente, para dar fechas de aquella época, contamos los años hacia atrás comenzando desde el año en que Cristo nació. A esas fechas se les añaden las letras A.C., que significan antes de Cristo. Por ejemplo, 100 A.C. quiere decir cien años antes de Cristo; y 500 A.C., quinientos años antes de Cristo, o sea cuatrocientos años antes de 100 A.C.

Sin embargo, antes de que Cristo naciera, la única forma de dar una fecha era mencionando los años que cierto rey llevaba gobernando algún país. El Antiguo Testamento da fechas de esa manera y, por eso, no podemos encontrar en éste ninguna fecha con las letras A.C.

Las personas que estudian historia han intentado aclarar las fechas de los hechos que se relatan en el Antiguo Testamento. Han logrado encontrar con bastante seguridad los años en que sucedieron la mayoría de las cosas desde la época del rey David en adelante y, más o menos, los años en que sucedieron las cosas desde la época de Abraham hasta David. En cuanto a las primeras cosas que nos relata el Antiguo Testamento, desde la época en que Dios hizo al mundo hasta Abraham, nadie puede dar fechas seguras.

Éstas son algunas de las fechas en que sucedieron cosas importantes:

Abraham vivió alrededor del año 2000 A.C.

Moisés vivió alrededor de 1400 ó 1300 A.C.

David comenzó a reinar alrededor del año 1000 A.C.

El ejército asirio destruyó Samaria en el año 722 ó 721 A.C.

El ejército caldeo derrotó al rey Joacim en el año 598 ó 597 A.C.

El ejército caldeo destruyó Jerusalén en el año 587 A.C.

El rey Ciro les permitió regresar a los israelitas a Judá en el año 536 A.C.

El profeta Malaquías predicó alrededor del año 400 A.C.

El período de más o menos 400 años entre Malaquías y el nacimiento de Jesús es llamado período intertestamentario; es decir, entre el Antiguo y el Nuevo Testamento.

2. Los griegos vencen a los persas y reinan sobre muchos países

Judá bajo el dominio de los reyes de Persia

Lo último que nos relata el Antiguo Testamento es acerca de lo que dijeron e hicieron el sacerdote Esdras, el gobernador Nehemías y el profeta Malaquías. Ellos vivieron hasta, más o menos, el año 400 A.C. Durante aquellos años, los reyes de Persia dominaban muchos países, y también a Judá. Aunque les habían permitido a los israelitas regresar a Judá y reconstruir el templo de Dios y el muro que rodeaba la ciudad de Jerusalén, los israelitas todavía tenían que hacer lo que ordenara el rey de Persia.

Después de Nehemías, quien había sido nombrado gobernador de Judá por el rey Artajerjes de Persia, los reyes de Persia permitieron que los jefes de los sacerdotes fueran también gobernadores de Judá. Esta situación hizo al jefe de los sacerdotes una persona muy importante, y muchos hombres comenzaron a luchar por obtener ese puesto para llegar a ser poderosos, en lugar de quererlo para servir a Dios.

Los griegos conquistan a los persas

Durante los siguientes cien años los griegos fueron haciéndose cada vez más poderosos. La gente de muchos países comenzó a seguir sus costumbres y a hablar el idioma griego. Por fin, alrededor del año 330 A.C., Alejandro el Grande, rey de Grecia, conquistó a todos los países sobre los que habían reinado los persas hasta entonces.

Pero poco después de terminar de conquistarlos, murió; y como no tenía ningún hijo que ocupara su lugar como rey, los generales de su ejército dividieron en cuatro partes los países sobre los que había reinado Alejandro. Dos de las partes en que dividieron las naciones fueron Egipto y Siria. El general Tolomeo se convirtió en rey de Egipto. Escogió como capital de Egipto al puerto de Alejandría, que el rey Alejandro había construido. El general Seleuco se convirtió en el rey de Siria y de todos los países al oriente de Siria, y escogió a Antioquía como capital de Siria.

Judá bajo el dominio de los reyes griegos de Egipto

Como Judá quedaba entre Egipto y Siria, los dos reyes querían hacerla parte del país que gobernaban. En un principio el rey Tolomeo fue quien logró quedarse con ella y Judá formó parte de Egipto por más de cien años.

Tolomeo fue un buen rey y trató bien a los israelitas; permitió que el jefe de los sacerdotes fuera a la vez el gobernante de Judá y no les estorbó para nada en cuanto a su religión.

La traducción del Antiguo Testamento a otros idiomas

En aquella época muchos israelitas no vivían en Judá, sino en Egipto y en muchos otros lugares. Algunos de ellos ya no podían entender el idioma hebreo en que se hallaba escrito el Antiguo Testamento, porque habían crecido hablando el idioma griego. El siguiente rey de Egipto, hijo de Tolomeo, hizo que algunos israelitas que hablaban griego tradujeran el Antiguo Testamento al griego. Esta traducción, llamada Septuaginta, fue hecha, según la tradición, alrededor del año 278 A.C. en Alejandría.

Muchos israelitas también hablaban arameo, un idioma parecido al hebreo; así que algunos de ellos escribieron una interpretación en arameo del Antiguo Testamento en hebreo. A esta interpretación se les conoce como los Targumes.

Las sinagogas

Los israelitas que vivían lejos de Judá querían conservar su religión, a pesar de vivir muy lejos del templo de Jerusalén como para ir hasta allá. Así que comenzaron a construir pequeñas iglesias, a las que llamaron sinagogas. Las sinagogas no tenían altares para ofrecerle animales a Dios porque las ofrendas sólo se hacían en el templo. Las sinagogas eran lugares donde los israelitas podían reunirse para adorar a Dios; allí oraban, leían el Antiguo Testamento y cantaban salmos. Algunas veces un hombre les predicaba un sermón.

Si en un pueblo había al menos diez hombres israelitas, ellos construían una sinagoga y se reunían cada semana durante el día de descanso para adorar a Dios. La sinagoga también servía como salón de clases en donde los niños israelitas aprendían a leer el hebreo, para poder estudiar la ley de Dios. Muchos hombres israelitas se dedicaban a estudiar la ley de Dios con mucho cuidado; estos hombres eran llamados rabinos.

Los samaritanos

Además de los israelitas que vivían en Judá, aún había muchos israelitas que vivían en la parte norte de Israel, llamada Galilea. Sin embargo, en la parte central de Israel vivía mucha gente que no era israelita y era llamada samaritana. La mayoría de los samaritanos eran descendientes de la gente que los reyes de Asiria habían llevado para que vivieran allí cuando conquistaron a Efraín, pero algunos de ellos también tenían israelitas entre sus antepasados.

Los samaritanos les ofrecieron ayuda a Zorobabel y a los demás israelitas para reconstruir el templo; pero como Zorobabel no la aceptó, ellos se enojaron con los israelitas. Tiempo después, los samaritanos construyeron su propio templo y tuvieron su propia copia de los libros escritos por Moisés. Ellos comenzaron a decir que su religión era mejor que la de los israelitas que vivían en Judá, y los israelitas, a decir que su religión era la única verdadera. Así fue cómo

los israelitas y los samaritanos se convirtieron en enemigos que se odiaban entre sí.

3. El rey Antíoco Epífanés trata muy mal a los israelitas

Judá bajo el dominio de los reyes griegos de Siria

Durante cierto tiempo Judá estuvo bajo el dominio de los reyes de Egipto, pero sucedió que un día Egipto y Siria se empezaron a pelear nuevamente. Así que, en el año 198 A.C., Judá quedó bajo el dominio de Siria.

Durante un tiempo los reyes de Siria trataron bien a los israelitas, pero en el año 175 A.C. comenzó a reinar sobre Siria el rey Antíoco Epífanés. Este rey fue muy malo, y les causó muchos problemas a los israelitas. Quiso hacer que todos los que vivían en los países sobre los que reinaba siguieran las costumbres griegas y adoraran a los dioses griegos.

El rey Antíoco introduce costumbres griegas a Judá

Una de las formas en que trató de hacer que los israelitas siguieran las costumbres griegas fue nombrando a un nuevo jefe de los sacerdotes que tratara de hacer que los israelitas hicieran lo que él quería. Así que nombró nuevo jefe de los sacerdotes a un hombre llamado Jasón, que era hermano del jefe de los sacerdotes. Jasón trató de que los israelitas siguieran las costumbres griegas.

A algunos de los israelitas les gustaron las costumbres griegas e hicieron lo que Jasón quería; ellos fueron llamados helenistas. Pero otros quisieron seguir obedeciendo las leyes de Dios; ellos fueron llamados asideos.

Tres años después de que Jasón había sido nombrado jefe de los sacerdotes, un hombre llamado Menelao le ofreció mucho dinero al rey Antíoco si lo hacía jefe de los sacerdotes; así que Antíoco nombró a Menelao jefe de los sacerdotes en lugar de Jasón. No podemos estar completamente seguros, pero es muy posible que Menelao ni siquiera haya sido descendiente de Aarón. Esto, naturalmente, hizo que los asideos se enojaran.

Antíoco ataca dos veces a Jerusalén

En cierta ocasión, en que el rey Antíoco y su ejército estaban peleando contra Egipto, los israelitas oyeron un rumor falso de que Antíoco había muerto. Cuando Jasón lo supo, regresó a Jerusalén y se nombró a sí mismo jefe de los sacerdotes otra vez.

Pero cuando Antíoco se enteró de la situación, pensó que todos los israelitas se estaban rebelando contra él, y fue con su ejército a Jerusalén. Entonces mató a muchos israelitas y vendió a otros como esclavos; además, se llevó muchas cosas valiosas del templo a Antioquía, la capital de Siria.

Dos años después, el rey Antíoco y su ejército fueron a pelear otra vez contra los egipcios. Para entonces, los romanos, quienes vivían en el país llamado Italia, habían llegado a ser muy poderosos. Ellos no querían que el rey Antíoco conquistara Egipto, de modo que enviaron a algunos hombres a reunirse con él para que le dijeran que se regresara a Siria.

Antíoco no tuvo más remedio que obedecerlos, pero como le dio mucho coraje, decidió desquitarse con los israelitas. Entonces mandó a uno de sus oficiales, llamado Apolonio, con un ejército a destruir Jerusalén. Los israelitas vieron venir al ejército, pero no esperaban que los hicieran daño porque no habían hecho nada que hubiera hecho enojar al rey Antíoco.

El ejército llegó a Jerusalén el día de descanso, y los soldados mataron a todos los hombres que encontraron y agarraron a muchas mujeres y niños para venderlos como esclavos. También, construyeron una fortaleza cerca del templo y mataron a cualquiera que trató de acercarse al templo.

Entonces todos los israelitas que habían logrado escapar de la matanza y de ser capturados, huyeron a otras ciudades, y hasta los sacerdotes abandonaron el templo y huyeron.

Antíoco obliga a la gente a adorar a sus dioses

Luego el rey Antíoco estableció una ley que le ordenaba a toda la gente que vivía en los países que él gobernaba adorar a los dioses que él adoraba. Según

esa ley era un grave delito descansar el día de descanso, circuncidar a los niños o leer las leyes que Dios le había dado a Moisés.

Además, mandó a sus funcionarios a todas las ciudades de Judá para que allí construyeran altares a los dioses falsos. Forzaron a la gente a matar animales como ofrenda a los dioses falsos y a comer carne de puerco, y mataron a cualquier persona que desobedeciera alguna de estas leyes.

Como todos los de Judá que no eran israelitas ya adoraban a dioses falsos, les parecieron bien esas leyes. También los israelitas que eran helenistas estuvieron de acuerdo en obedecerlas, pues a ellos les gustaban las costumbres griegas.

Pero la mayoría de los israelitas eran asideos; muchos de ellos huyeron y se escondieron en el desierto, porque no querían dejar de obedecer las leyes de Dios.

Los soldados del rey Antíoco mataron a muchos asideos; llegaron hasta matar a golpes a un hombre llamado Eleazar porque se negó a comer carne de puerco. Una mujer tuvo que presenciar cómo los soldados torturaban a sus siete hijos hasta matarlos porque no querían hacer lo que las leyes de Dios decían que no debían hacer.

Una de las peores cosas que hizo el rey Antíoco fue convertir el templo de Dios en templo de Júpiter, un dios falso. Así que, a partir de diciembre del año 167 A.C., comenzó a ofrecerle animales allí. Llegó hasta meter al templo un puerco para ofrendárselo a Júpiter; eso estaba muy mal porque Dios les había dicho a los israelitas que no debían comer carne de puerco ni ofrecerle puercos. Unos cuatrocientos años antes, el profeta Daniel había predicho que un rey malo haría eso.

4. La familia del sacerdote Matatías mejora la situación de los israelitas

Unos seis meses después de que el rey Antíoco de Siria empezó a ofrecer animales al dios falso Júpiter en el templo de Dios, un sacerdote israelita llamado Matatías hizo algo para tratar de mejorar la situación de los israelitas.

Un funcionario del rey Antíoco trató de obligarlo a matar un animal como ofrenda a un dios falso, pero Matatías se negó a hacerlo. Así que el funcionario encontró a otro hombre que sí lo hizo; pero Matatías mató a ese hombre, porque las leyes de Dios dicen que los israelitas deben matar a cualquier israelita que adore imágenes. También tiró el altar y mató al funcionario.

Entonces él y sus cinco hijos huyeron y se escondieron en el desierto. Poco a poco otros israelitas se les empezaron a unir, pues también querían obedecer las leyes de Dios.

Los seguidores de Matatías pelean por las leyes de Dios

Formaron un ejército y empezaron a hacer ataques por sorpresa; iban por la noche a alguna de las ciudades de Judá y destruían los altares de los dioses falsos, circuncidaban a los niños que todavía no estaban circuncidados y mataban a los israelitas y a los funcionarios sirios que querían obligar a los israelitas a adorar a dioses falsos.

Matatías ya era viejo y murió pronto; pero antes, nombró general de su ejército a Judas, su tercer hijo, que era muy valiente. Judas dirigió al ejército israelita al continuar atacando a las ciudades, y hasta llegaron a derrotar a los sirios en tres batallas. La gente comenzó a decirle "Macabeo" a Judas, que quiere decir el martillador; después, a él y a toda su familia les comenzaron a decir "los Macabeos". También les decían asmoneos, porque así se llamaba uno de sus antepasados.

Judas el Macabeo repara el templo

Después de que los israelitas les ganaron esas batallas a los sirios, Judas pudo regresar a Jerusalén y reparar el templo. Judas y sus soldados tiraron el altar viejo del templo, porque la gente lo había usado para ofrecerles animales a los dioses falsos, e hicieron uno nuevo. Así que en diciembre del año 164 A.C., a los tres años de que el rey Antíoco había empezado a ofrecerle allí animales al dios falso Júpiter, los sacerdotes macabeos le ofrecieron otra vez animales al Dios verdadero.

Los israelitas se pusieron muy contentos y celebraron una gran fiesta que duró toda una semana; además, decidieron celebrar la misma fiesta cada año. Esta fiesta es llamada Janukká o fiesta de la dedicación.

Cuando el rey Antíoco se enteró de todo lo que había sucedido, se enojó mucho y decidió destruir a todos los israelitas, pero murió antes de poder hacerlo.

El reinado de los hermanos de Judas

Los israelitas tuvieron problemas con otros reyes de Siria. El ejército sirio mató a Judas durante una batalla, y Jonatán, hermano de Judas, quedó como general del ejército israelita. Tiempo después, Jonatán fue también jefe de los sacerdotes y gobernante de Judá; pero un día, alguien lo mató y su hermano Simón, el único que quedaba de los cinco hermanos, se convirtió en nuevo jefe de los sacerdotes y en nuevo gobernante de Judá.

Para entonces, los israelitas habían convencido a los sirios de que los dejaran gobernarse por sí mismos y de que no les impidieran practicar su religión.

El reinado de Juan Hircano

Pero alguien mató a Simón y a dos de sus hijos, y otro de los hijos de Simón, llamado Juan Hircano, se convirtió en jefe de los sacerdotes y en gobernante de Judá. Llegó a ser un hombre muy rico y un gobernante poderoso, y conquistó algunas de las ciudades que rodeaban a Judá, que para entonces era llamada Judea.

Entre los que conquistó estaban los idumeos. Ellos eran edomitas que huyeron hacia la parte sur de Judea cuando los árabes invadieron su territorio. El rey Juan Hircano les dijo que decidieran entre seguir la religión israelita o irse de Judea; y como los idumeos decidieron seguir la religión israelita, todos los hombres fueron circuncidados. El último gobernante poderoso de la familia de los asmoneos fue el rey Alejandro Janeo, quien murió en el año 78 A.C.

Los saduceos y los fariseos

Como algunos de los asideos querían que Judea fuera un país independiente, apoyaban a los sacerdotes-gobernantes asmoneos. Esta gente llegó a ser conocida como saducea; comenzó a seguir algunas costumbres e ideas griegas.

Además, le daban mucha importancia al templo en Jerusalén y a los sacerdotes que trabajaban allí, y pensaban que la mejor manera de adorar a Dios era ofreciéndole animales.

No creían en los ángeles ni que la gente pudiera volver a vivir después de morir, y solamente aceptaban, como su libro sagrado, los libros del Antiguo Testamento que Moisés escribió.

Otros asideos pensaban que los gobernantes asmoneos deberían haber dejado de pelear contra los sirios en cuanto éstos fueron convencidos de dejar que los israelitas siguieran su propia religión y sus costumbres. A ellos no les gustaba la manera en que los gobernantes asmoneos se peleaban por llegar a ser rey. Estos asideos llegaron a ser conocidos como los fariseos.

Los fariseos estudiaban con mucho cuidado las leyes de Dios y trataban de obedecerlas. También trataban de obedecer algunas costumbres que no tenían que ver con las leyes de Dios y, a veces, pensaban que eran mejores que los demás por hacer eso.

A los fariseos les gustaba la nueva costumbre de tener rabinos en las sinagogas, que enseñaran las leyes de Dios. Ellos pensaban que eso era más importante que ofrecer animales a Dios en el templo. Los fariseos aceptaban, no solamente los libros que escribió Moisés, sino todo el Antiguo Testamento, como su libro sagrado, incluyendo los salmos y los libros que escribieron los profetas. También creían en los ángeles y que la gente podía volver a vivir después de la muerte.

5. La familia herodiana gobierna a los israelitas

Los romanos conquistan a Siria y a Jerusalén

En aquella época, dos de los hijos del rey Alejandro Janeo estaban peleando para poder ser el nuevo rey de Judea. Un hombre idumeo llamado Antípatro, que había llegado a ser muy importante en Judea, decidió apoyar al que era menos poderoso, porque él mismo esperaba convertirse en rey en poco tiempo. Para entonces, los romanos, quienes vivían en el país llamado Italia, habían llegado a ser muy poderosos en todo el mundo. En el año 65 A.C. el general romano, Pompeyo, venció a Siria y la convirtió en una provincia perteneciente a Roma.

Dos años después, Pompeyo atacó a Jerusalén, y los romanos acordaron que fuera rey el hombre que Antípatro apoyaba. En realidad, Antípatro quería ser rey; por eso hizo todo lo que pudo para caerles bien a los romanos. Así que los romanos pusieron a Antípatro como funcionario romano en Judea, y a su hijo Herodes, que es conocido como Herodes el Grande, como gobernador de Galilea.

El rey Herodes y sus descendientes

Tiempo después, en el año 40 A.C., los romanos hicieron a Herodes rey de Judea, pero Herodes tardó tres años para conquistar a Jerusalén y comenzar a gobernar sobre Judea. Fue una persona muy mala y cruel. Mató a todos los miembros de la familia de los asmoneos que quedaban, y aun mató a dos de sus esposas y a tres de sus hijos. Además, adoró imágenes y, por eso, los israelitas lo odiaban. Como quería caerles mejor a los israelitas, hizo reconstruir el templo; ya que, además, le gustaba mucho hacer edificios bonitos. Este hombre era rey de Judea cuando nació Jesús, pero murió poco tiempo después.

Arquelao, hijo del rey Herodes el Grande, se convirtió en el siguiente rey; pero fue un rey tan malo que los romanos mandaron a un gobernador que gobernara Judea en lugar del rey. Pilato, Félix y Festo son los gobernadores romanos que el Nuevo Testamento menciona.

Herodes Antipas, otro de los hijos de Herodes el Grande, fue gobernante de Galilea; él fue quien ordenó a sus servidores matar a Juan el Bautista. También fue uno de los que decidió si Jesús merecía ser castigado con la muerte o no.

El nieto de Herodes el Grande fue quien mandó matar al apóstol Jacobo; y su bisnieto, llamado Herodes Agripa, fue ante quien habló el apóstol Pablo para defenderse.

Judá bajo el dominio de los romanos

Aun cuando los gobernadores romanos y los miembros de la familia herodiana gobernaron Judea y Galilea, estos gobernantes dejaron que los israelitas siguieran sus propias costumbres y su religión. A ellos no les preocupaban estas cosas mientras los israelitas no iniciaran alguna rebelión y no dejaran de pagar sus impuestos.

Los romanos no les caían bien a los israelitas, pero la mayoría de ellos pagaban sus impuestos y trataban de llevarse bien con los romanos. Los israelitas acudían a sus propios dirigentes (que eran los sacerdotes, el grupo de hombres que formaba el concejo supremo de los israelitas, llamado Sanedrín, y los rabinos) para que les dijeran qué hacer.

Algunos de los israelitas, que querían empezar una rebelión en contra de los romanos, eran llamados zelotes.

Mucha gente cree que la religión de los israelitas es buena

Cuando Jesús nació, había israelitas viviendo en todos los países gobernados por los romanos. Muchos que no eran israelitas vieron que la religión israelita era buena, y se comenzaron a dar cuenta que era tonto adorar imágenes. Les gustó la idea de que hay sólo un Dios, y empezaron a pensar que las leyes israelitas mostraban una buena manera de vivir. Así que mucha gente se hizo israelita. Muchos otros no se hicieron israelitas, pero creyeron que hay sólo un Dios y fueron a las sinagogas para adorar a Dios junto con los israelitas.

ÍNDICE GENERAL

Primera parte

En el principio: de la creación a la torre de Babel

1. Dios hace la Tierra y el cielo
(basado en Génesis 1.1–2.4)
2. Dios hace al primer hombre y a la primera mujer
(basado en Génesis 2.5–25)
3. El primer hombre y la primera mujer desobedecen a Dios
(basado en Génesis 3)
4. Adán y Eva tienen familia
(basado en Génesis 4–5)
5. Dios envía un diluvio para destruir el mundo
(basado en Génesis 6–9)
6. Dios hace que la gente hable diferentes idiomas
(basado en Génesis 11.1–9)

Segunda parte

Dios escoge a una familia: historias de Abraham e Isaac

7. Dios llama a Abram para que lo sirva
(basado en Génesis 11.10–12.20)
8. Abram y Lot se separan
(basado en Génesis 13)
9. Abram rescata a Lot
(basado en Génesis 14)
10. Dios le promete un hijo a Abram

(basado en Génesis 15)

11. Nace Ismael, hijo de Abram
(basado en Génesis 16)
12. Dios hace un trato con Abram
(basado en Génesis 17.1–18.15)
13. Dios destruye las ciudades de Sodoma y Gomorra
(basado en Génesis 18.16–19.38)
14. Nace Isaac, hijo de Abraham
(basado en Génesis 21)
15. Dios prueba la obediencia de Abraham
(basado en Génesis 22)
16. Muere Sara, la esposa de Abraham, y su hijo Isaac se casa con Rebeca
(basado en Génesis 23–24)
17. Muere Abraham
(basado en Génesis 25.1–18)

Tercera parte

La familia escogida abunda: historias de Jacob y José

18. Jacob, hijo de Isaac, engaña a Esaú, su hermano gemelo
(basado en Génesis 25.19–28.22)
19. Jacob vive en la casa de su tío Labán y se casa con Lea y Raquel
(basado en Génesis 29–33; 35–36)
20. José, hijo de Jacob, es llevado a Egipto y llega a ser un hombre muy importante
(basado en Génesis 37; 39–41)
21. José se reúne con su familia
(basado en Génesis 42–45)

22. Jacob y su familia van a Egipto
(basado en Génesis 46–50)

Cuarta parte
Libertad de la esclavitud:
Dios saca a los israelitas de Egipto

23. Los egipcios tratan mal a los israelitas
(basado en Exodo 1)
24. Moisés trata de ayudar a los israelitas
(basado en Exodo 2.1–22)
25. Dios llama a Moisés para que vaya a ayudar a los israelitas
(basado en Exodo 2.23–4.31)
26. El faraón que gobierna Egipto no quiere dejar salir a los israelitas
(basado en Exodo 5–10)
27. El faraón de Egipto ordena que salgan los israelitas
(basado en Exodo 11.1–13.16)
28. Dios ayuda a los israelitas a cruzar el Mar Rojo
(basado en Exodo 13.17–15.21)

Quinta parte
Los israelitas aprenden cómo seguir a Dios:
los diez mandamientos y el tabernáculo

29. Los israelitas van del Mar Rojo al cerro Sinaí
(basado en Exodo 15.22–17.16)
30. Dios hace un trato con los israelitas en el cerro Sinaí y les entrega los diez mandamientos
(basado en Exodo 19.1–20.20)
31. Dios le da a Moisés algunas leyes sobre los esclavos y sobre los robos

(basado en Exodo 20.21–23.33)

32. Moisés rocía a los israelitas con sangre para confirmar el trato que establecieron con Dios
(basado en Exodo 24)
33. Dios le dice a Moisés que los israelitas construyan un tabernáculo para él
(basado en Exodo 25.1–31.11; Levítico 24.1–9)
34. Los israelitas desobedecen a Dios y hacen una imagen
(basado en Exodo 31.18–34.35)
35. Los israelitas construyen el tabernáculo de Dios
(basado en Exodo 35–40)

Sexta parte

***Leyes, ofrendas y fiestas:
lo que Dios requería de los israelitas***

36. Dios le dice a Moisés cuáles son las ofrendas que quiere que le lleven los israelitas
(basado en Levítico 1–7; 17; Números 5; 15.1–31; 28.1–15)
37. Los sacerdotes empiezan su oficio
(basado en Levítico 8–9)
38. Las leyes que los sacerdotes tienen que obedecer
(basado en Levítico 21–22)
39. Dos de los hijos de Aarón desobedecen a Dios y pierden la vida
(basado en Levítico 10.1–7)
40. Dios no permite a los israelitas comer ciertos alimentos
(basado en Levítico 11)
41. Dios le dice a Moisés qué es lo que hace que la gente sea pura o impura delante de él
(basado en Levítico 12–15; Números 19)

42. Dios le da a Moisés otras leyes que desea que obedezcan los israelitas
(basado en Levítico 18–20)
43. Dios le habla a Moisés sobre las fiestas religiosas que los israelitas debían celebrar
(basado en Levítico 16; 23; Números 28.16–29.40)
44. Un hombre maldice a Dios y es castigado
(basado en Levítico 24.10–23)
45. Dios le da a Moisés leyes acerca de los terrenos y las casas
(basado en Levítico 25)
46. Dios le explica a Moisés la manera en que la gente podía ofrecerle regalos
(basado en Levítico 27)

Séptima parte

El castigo de los israelitas: viaje por el desierto

47. Dios le dice a Moisés que levante un censo y que le señale a cada tribu israelita un lugar para acampar
(basado en Números 1–2)
48. Dios escoge a la tribu de Leví para ayudar a los sacerdotes
(basado en Números 3–4; 7–8)
49. Dios le habla a Moisés sobre la promesa de los nazareos
(basado en Números 6; 30)
50. Los israelitas se van del cerro Sinaí y se dirigen a Canaán
(basado en Números 9.15–10.36)
51. Los israelitas se quejan de Dios dos veces
(basado en Números 11)
52. María y Aarón sienten envidia de Moisés
(basado en Números 12)
53. Los israelitas mandan a doce hombres a espiar la región de Canaán

(basado en Números 13–14)

54. Coré, Datán y Abiram se rebelan contra Dios
(basado en Números 16–17)
55. Moisés y Aarón desobedecen a Dios
(basado en Números 20.1–13; 22–29)
56. Los israelitas se quejan y Dios manda víboras para que los piquen
(basado en Números 20.14–21; 21.4–9)
57. Los israelitas ganan dos guerras
(basado en Números 21.21–35)
58. Balaam y el rey de Moab
(basado en Números 22–25; 31)
59. Moisés levanta otro censo
(basado en Números 26)
60. Dos tribus y media le piden a Moisés que les dé terrenos en el lado oriente del río Jordán
(basado en Números 32)
61. Dios les ordena a los israelitas dividir Canaán
(basado en Números 27.1–11; 34–36)

Octava parte

Los últimos consejos de Moisés: ¡sigan fieles a Dios!

62. Moisés le da buenos consejos a la gente que creció en el desierto
(basado en Deuteronomio 1–11)
63. Moisés les recuerda las leyes de Dios a los israelitas
(basado en Deuteronomio 12–26)
64. Moisés les da sus últimos consejos a los israelitas
(basado en Deuteronomio 27–30)

65. Moisés muere y Josué se convierte en el nuevo líder de los israelitas
(basado en *Números 27.12–23; Deuteronomio 31–34*)

Novena parte
Victoria para los israelitas:
la conquista de Canaán y los jueces

66. Los israelitas cruzan el río Jordán guiados por Josué
(basado en *Josué 1–5*)
67. Los israelitas conquistan Jericó
(basado en *Josué 6*)
68. Los israelitas tratan de conquistar Hai
(basado en *Josué 7–8*)
69. La gente de Gabaón engaña a los israelitas
(basado en *Josué 9*)
70. Los israelitas conquistan muchos otros pueblos y ciudades
(basado en *Josué 10–12*)
71. Josué divide la región entre las doce tribus israelitas
(basado en *Josué 13–22*)
72. Josué les da sus últimos consejos a los israelitas
(basado en *Josué 23–24*)
73. Los israelitas comienzan a desobedecer a Dios
(basado en *Jueces 1.1–3.6*)
74. Dios hace que los israelitas sean gobernados por jueces
(basado en *Jueces 3.7–5.31*)
75. Gedeón salva a los israelitas de los madianitas
(basado en *Jueces 6.1–8.29*)
76. Dios levanta más jueces para gobernar a los israelitas

(basado en Jueces 8.30–12.15)

77. Sansón rescata a los israelitas de manos de los filisteos
(basado en Jueces 13–16)

78. Rut aprende a confiar en el Dios verdadero
(basado en Rut 1–4)

Décima parte

***El último juez y el primer rey:
historias de Samuel y Saúl***

79. Samuel llega a ser un profeta que habla en nombre de Dios
(basado en 1 Samuel 1–3)

80. Los filisteos derrotan a los israelitas
(basado en 1 Samuel 4–7)

81. Dios nombra a Saúl rey de Israel
(basado en 1 Samuel 8.1–13.2)

82. El rey Saúl desobedece a Dios y Dios le dice que ya no seguirá siendo rey
(basado en 1 Samuel 13.3–15.35)

83. Dios nombra a David nuevo rey de Israel
(basado en 1 Samuel 16.1–13)

84. David toca su arpa para el rey Saúl
(basado en 1 Samuel 16.14–23)

85. David mata a un soldado filisteo muy alto
(basado en 1 Samuel 17.1–18.5)

86. El rey Saúl se pone celoso de David y trata de matarlo
(basado en 1 Samuel 18.6–20.42)

87. David huye del rey Saúl y la gente comienza a unírsele
(basado en 1 Samuel 21–23)

88. David deja pasar dos oportunidades de matar al rey Saúl
(basado en 1 Samuel 24–27)

89. El rey Saúl y sus hijos mueren en una batalla
(basado en 1 Samuel 28–31; 1 Crónicas 10)

Undécima parte

El rey escogido: la historia de David

90. David es proclamado segundo rey de Israel
(basado en 2 Samuel 1–6; 8–10; 1 Crónicas 11–16; 18–20; 26.29–27.34)

91. Dios le hace una promesa a David
(basado en 2 Samuel 7; 1 Crónicas 17)

92. El rey David hace algo muy malo, pero Dios lo perdona
(basado en 2 Samuel 11–12)

93. Absalón se rebela contra su padre, el rey David
(basado en 2 Samuel 11.3; 13–15; 23.34)

94. Dios hace que fracase la rebelión de Absalón
(basado en 2 Samuel 16–20)

95. El rey David prepara la construcción de un templo para Dios
(basado en 2 Samuel 24; 1 Crónicas 21.1–26.28; 28.1–29.22a)

96. El rey David escribe muchos cánticos para alabar a Dios
(basado en 2 Samuel 22–23; 1 Crónicas 16; Salmos 18; 96; 105.1–15)

Duodécima parte

Castigo por la desobediencia:

Israel es dividido en dos partes

97. Salomón, hijo del rey David, se convierte en tercer rey de Israel
(basado en 1 Reyes 1.1–2.12; 1 Crónicas 29.22b–30)

98. Salomón reina sobre Israel

(basado en 1 Reyes 2.13–4.34; 2 Crónicas 1)

99. El rey Salomón construye un templo para Dios
(basado en 1 Reyes 5–7; 2 Crónicas 2.1–5.1)
100. El rey Salomón realiza una ceremonia para dedicarle el templo a Dios
(basado en 1 Reyes 8.1–9.9; 2 Crónicas 5.2–7.22)
101. El rey Salomón llega a ser muy poderoso
(basado en 1 Reyes 9.10–10.29); 2 Crónicas 8.1–9.29)
102. Salomón desobedece a Dios siendo ya viejo
(basado en 1 Reyes 11; 2 Crónicas 9.30–31)
103. Israel es dividido en dos países
(basado en 1 Reyes 12.1–24; 2 Crónicas 10.1–11.4)
104. El rey Jeroboam gobierna la parte norte de Israel
(basado en 1 Reyes 12.25–14.20)
105. Los reinados de Nadab, Baasa, Ela, Zimri y Omri sobre Efraín
(basado en 1 Reyes 15.25–16.28)
106. Los reinados de Roboam, Abías y Asa sobre Judá
(basado en 1 Reyes 14.21–15.24; 2 Crónicas 11.5–16.14)

Decimotercera parte

***La voz de Dios se oye en Israel:
los profetas Elías y Eliseo***

107. Elías condena la maldad de Acab, rey de Efraín
(basado en 1 Reyes 16.29–19.21)
108. El rey Acab hace algo muy malo, y Elías le advierte que Dios lo va a castigar
(basado en 1 Reyes 20–21)
109. Josafat reina sobre Judá
(basado en 1 Reyes 22.1–50; 2 Crónicas 17.1–21.1a)

110. Los reinados de los hijos del rey Acab sobre Efraín, y cómo Eliseo toma el lugar de Elías como profeta
(basado en 1 Reyes 22.51–53; 2 Reyes 1–3)
111. El profeta Eliseo hace grandes maravillas
(basado en 2 Reyes 4–5)
112. Dios libra a la gente de Efraín de los sirios
(basado en 2 Reyes 6.8–8.15)
113. Joram reina sobre Judá
(basado en 2 Reyes 8.16–24; 2 Crónicas 21.1b–22.1)
114. Jehú acaba con la familia del rey Acab
(basado en 2 Reyes 8.25–10.36; 2 Crónicas 22.2–9)

Decimocuarta parte
Las naciones de Efraín y Judá: reyes y profetas

115. Los reinados de Atalía y Joás sobre Judá
(basado en 2 Reyes 11–12; 2 Crónicas 22.10–24.27)
116. El profeta Joel predica a la gente de Judá
(basado en Joel 1–3)
117. Los reinados de Joacaz, Joás y Jeroboam II sobre Efraín y el reinado de Amazías sobre Judá
(basado en 2 Reyes 13.1–14.24; 2 Crónicas 25)
118. Jonás habla con el rey de Efraín y profetiza la destrucción de Nínive
(basado en 2 Reyes 14.25; Jonás 1–4)
119. El profeta Amós predica a la gente de Efraín
(basado en Amós 1–9)
120. Uzías reina sobre Judá
(basado en 2 Reyes 15.1–7; 2 Crónicas 26)

121. El profeta Oseas predica a la gente de Efraín y Judá
(basado en Oseas 1–14)
122. El profeta Isaías comienza a predicar a la gente de Judá
(basado en Isaías 1–6)
123. Los reinados de Jotam y Acáz sobre Judá
(basado en 2 Reyes 15.32–16.20; 2 Crónicas 27–28; Isaías 7.1–9.7)
124. Isaías le predica a la gente de Judá y Efraín
(basado en Isaías 9.8–12.6)
125. El profeta Miqueas le predica a la gente de Judá y Efraín
(basado en Miqueas 1–7)

Decimoquinta parte

Castigo por la idolatría: los asirios destruyen Efraín

126. Los asirios destruyen Efraín
(basado en 2 Reyes 14.26–29; 15.8–31; 17)
127. Ezequías, un buen rey, reina sobre Judá
(basado en 2 Reyes 18–20; 2 Crónicas 29–32; Isaías 36–39)
128. Los reinados de Manasés, Amón y Josías sobre Judá
(basado en 2 Reyes 21.1–23.30; 2 Crónicas 33–35; Jeremías 1–6)
129. El profeta Nahúm le predica a la gente de Nínive
(basado en Nahúm 1–3)

Decimosexta parte

***Más castigo por la idolatría:
los caldeos destruyen Judá***

130. El profeta Sofonías le predica a la gente de Judá
(basado en Sofonías 1–3)

131. El profeta Habacuc le predica a la gente de Judá
(basado en *Habacuc 1–3*)
132. Los reinados de Joacaz y Joacim sobre Judá
(basado en *2 Reyes 23.31–24.7; 2 Crónicas 36.1–8; Jeremías 22.11–12; 25–26; 31; 36*)
133. Los caldeos se llevan a Babilonia a una parte de los habitantes de Judá
(basado en *Daniel 1–3*)
134. Joaquín reina sobre Judá
(basado en *2 Reyes 24.8–17; 2 Crónicas 36.9–10; Jeremías 22.24–30; 29.1–14*)
135. El profeta Ezequiel le predica a la gente de Judá que vive en Babilonia
(basado en *Ezequiel 1–24*)
136. Nabucodonosor, rey de Caldea, destruye Jerusalén
(basado en *2 Reyes 24.18–25.21; 2 Crónicas 36.11–20a; Jeremías 21; 24; 27.12–28.17; 32–35; 37–39; Ezequiel 17.11–18*)
137. Un poema triste acerca de Jerusalén
(basado en *Lamentaciones 1–5*)
138. Los profetas Abdías y Ezequiel predicán acerca de los habitantes de Edom
(basado en *Ezequiel 25; Abdías 1*)
139. La gente que quedó en Judá se va a Egipto
(basado en *2 Reyes 25.22–26; Jeremías 40–44; Ezequiel 29–32*)
140. El profeta Ezequiel le predica de nuevo a la gente de Judá que vive en Babilonia
(basado en *Ezequiel 33–34; 36–48*)
141. Nabucodonosor, rey de Caldea, se vuelve loco
(basado en *2 Reyes 25.27–30; Daniel 4*)

Decimoséptima parte
El castigo termina:
la gente de Juda regresa a su tierra

142. Los medos y los persas derrotan a los caldeos y reinan sobre muchos países
(basado en Daniel 5; 7–8)
143. Dios salva al profeta Daniel de los leones
(basado en Daniel 6)
144. Dios hace que Daniel tenga algunas visiones durante los reinados de Darío y de Ciro
(basado en Daniel 9–12)
145. El profeta Isaías les escribe a los israelitas que regresan a Judá
(basado en Isaías 40–66)
146. El rey Ciro permite que la gente de Judá regrese a Jerusalén
(basado en 2 Crónicas 36.20b–23; Esdras 1–2)
147. Los israelitas reconstruyen el templo de Jerusalén
(basado en Esdras 3–6; Hageo 1–2)
148. El profeta Zacarías le predica a la gente que había regresado a Jerusalén
(basado en Zacarías 1–14)

Decimoctava parte
Al fin del Antiguo Testamento:
los israelitas bajo el dominio de los persas

149. La reina Ester salva a los israelitas
(basado en Ester 1–10)
150. El sacerdote Esdras regresa a Jerusalén
(basado en Esdras 7–10)
151. Nehemías anima a los israelitas a reconstruir el muro que rodeaba Jerusalén
(basado en Nehemías 1–7)

152. Esdras y Nehemías enseñan a la gente a obedecer las leyes de Dios
(basado en Nehemías 8–13)
153. El profeta Malaquías les predica a los israelitas
(basado en Malaquías 1–4)

Decimonovena parte
Fe, sabiduría y alabanza: la poesía de los israelitas

154. Dios permite que sufra un hombre que le es fiel
(basado en Job 1.1–2.10)
155. Tres amigos de Job hablan con él
(basado en Job 2.11–14.21)
156. Los amigos de Job lo regañan otra vez
(basado en Job 15–21)
157. Los amigos de Job vuelven a discutir con él
(basado en Job 22–31)
158. Otro hombre regaña a Job
(basado en Job 32–37)
159. Dios le contesta a Job
(basado en Job 38–42)
160. Algunos dichos sabios de los israelitas
(basado en Proverbios 1–31)
161. Algunos de los cánticos con que los israelitas alababan a Dios
(basado en Salmos 1–150)

El período intertestamentario
Entre el Antiguo Testamento y el Nuevo: los israelitas
bajo el dominio de los griegos y los romanos

1. Cuándo sucedieron las cosas que se relatan en el Antiguo Testamento
2. Los griegos vencen a los persas y reinan sobre muchos países
3. El rey Antíoco Epífanés trata muy mal a los israelitas
4. La familia del sacerdote Matatías mejora la situación de los israelitas
5. La familia herodiana gobierna a los israelitas